
MARÍA JOSÉ TIRADO
EL REDIL
DE LAS OVEJAS
negras
Adagio 1

El Redil de las Ovejas Negras

Adagio 1

María José Tirado

El Redil de las Ovejas Negras

María José Tirado

2ª Edición diciembre 2024
Portada: Bubu Shop
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de la autora, bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.
© By María José Tirado
www.mariajosetirado.com

Nos vemos en:
Instagram: @mariajosetirado
Facebook: María José Tirado
TikTok: @mjtirado21

Para Eric, por su sonrisa.
Para Hugo, por corazón.
Sois los pilares de mi vida.

“La locura es el estado en el que
la felicidad deja de ser inalcanzable.”
Lewis Carroll,
Alicia en el País de las Maravillas.

Prefacio
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

Prefacio

Mikael se asomó por un lateral de la cortina de terciopelo rojo que ocultaba el patio de butacas y observó con detenimiento las filas de asientos repletas de público. Los palcos también comenzaban a llenarse y el teatro se llenaba del bullicio jubiloso previo a cada concierto. El hormigueo que solía recorrer su estómago antes de cada actuación hizo acto de presencia y él lo asumió con una sonrisa que llenó sus labios. Miró su reloj de pulsera plateado, aún faltaba más poco más de una hora para el inicio.

Últimamente siempre era así, los teatros se llenaban con mucha anticipación y el público se mostraba ansioso y entregado con su música.

Un sueño hecho realidad, su sueño hecho realidad.

Si alguien se lo hubiese dicho cuando era un adolescente que tocaba en garitos y daba clases de piano para subsistir, no lo hubiese creído.

Ahora las entradas para sus conciertos se vendían en horas y su rostro había llenado infinidad de portadas de revistas. Incluso había aparecido en las noticias. Sonrió al recordar cómo se atragantó con el café del desayuno al ver su imagen en primera plana en el informativo de la mañana, publicitando uno de sus conciertos en la capital.

Y la publicación en la revista People en español fue la guinda del pastel, el espaldarazo hacia el público no especializado. Le habían sacado en portada, refiriéndose a él como: *Mikael Levi, o la nueva música de cámara.* En sus páginas interiores decían cosas como que era un autor que rompía moldes, que enamoraba al público y la crítica con el sonido del piano clásico al servicio de la música contemporánea, en una mezcla sin precedentes. Además de nombrarle el músico menor de treinta años más sexy del país. Un titular cuya frivolidad le costó una discusión con la periodista.

Cerró la cortina y se mantuvo al otro lado un instante, pensativo. Se sentía feliz por cómo la ciudad le recibía de nuevo, pero a la vez, triste, porque una vez más, la única persona a la que ansiaba ver en una de aquellas butacas no estaba allí.

—¿Por qué te gusta tanto Sevilla? —le preguntó Maca, su asistente personal los últimos cuatro años, y con la que hacía unos meses mantenía una relación mucho más *personal*. Era la sexta ocasión en la que actuaba en aquel teatro, el Lope de Vega, con lleno absoluto de las setecientas cincuenta localidades en cada una de ellas.

La joven le miró fijamente con sus grandes ojos negros como si tratase de leer el interior de su mente. Y no supo darle una respuesta, porque para hacerlo tendría que hablarle de Lola. Porque *ella* y solo *ella* era la razón por la que su corazón le pedía volver, una y otra vez.

Y sabía de lo absurdo de su esperanza de encontrarla después de tantos años. Que

descubrirla de pronto entre el público y que le explicase el motivo de su ausencia, de su silencio, de su abandono, no era más que un sueño imposible.

Apretó la mandíbula y forzó una sonrisa, ante la punzada que le produjo en el pecho pensarla.

Quizá había llegado el momento de aceptar que jamás volvería a verla, ni a oír su risa escandalosa, ni a sentirse intimidado cuando le analizaba con sus ojos azules.

Nueve años. Nueve años sin saber nada de ella. Nueve años preguntándose si estaba bien, a salvo, e incluso si seguía viva.

Y ni siquiera el paso del tiempo le había ayudado a olvidarla. No sabía cómo cerrar aquel capítulo de su vida que le había ayudado a ser quien era.

Una vez incluso creyó verla, en su segundo concierto en la ciudad, sentada entre el público en uno de los palcos laterales. Fue un segundo, justo antes de que se encendiesen los focos que le iluminarían durante la actuación. Las luces no le permitieron tener una imagen clara, pero pasó todo el recital con el corazón acelerado, convencido de que era ella.

Cuando al fin el telón descendió y los focos se apagaron le arrebató el sombrero y las gafas a uno de los músicos para tratar de evitar ser reconocido y corrió hacia aquel lugar.

En ese momento una mujer rubia abandonaba el palco, vestida con un traje blanco, y él la agarró del brazo. La mujer se volvió y le miró sorprendida. No era ella. En absoluto.

—Discúlpeme, creí que era otra persona —le dijo.

La mujer sonrió al reconocerle y le pidió que le permitiese tomarse una fotografía con él. Mikael aceptó y pronto se formó un revuelo de gente a su alrededor que también querían fotografías. Hasta que Fermín, el jefe de su equipo de seguridad le encontró y le ayudó a salir de allí.

No quería arriesgarse a formar un alboroto semejante de nuevo, por eso espiaba desde bambalinas antes del inicio de cada concierto.

Miró entre las butacas de nuevo, un vistazo rápido, pero una vez más no la halló.

—Deberías ir a tu camerino y descansar un rato —le pidió Macarena tocándole en el hombro buscando su atención, siempre más atenta a sus necesidades que él mismo.

—Enseguida.

—Algún día tendrás que contarme qué es lo que buscas entre el público.

—Ni siquiera lo sé —mintió, forzando una sonrisa.

—Sí lo sabe, pero es un secreto —dijo Pablo, su amigo y representante, que les había alcanzado después de revisar que todo en el escenario estuviese como era debido. Le agarró del brazo dispuesto a llevárselo—. Yo me encargo —aseguró. Maca se retiró, sin poder camuflar una mueca de malestar por la curiosidad insatisfecha. Pablo tiró de él hasta su camerino, una vez allí Mikael se acomodó en el amplió sofá de piel y éste se sentó frente a él en un sillón acolchado—. ¿Qué te pasa? Pareces más nervioso que de costumbre.

—No lo sé. Hay algo… es una sensación extraña en la boca del estómago.

—Serán ardores —se burló observándole fijamente. Mikael sonrió, su amigo, vestido con un elegante traje azul, le miraba con un gesto que se debatía entre el enojo y el aburrimiento —. ¿De veras pretendes que me trague que no sabes qué te pasa?

—Te has tragado cosas mucho peores —contratacó provocándole la risa.

—En eso tienes razón.

—Es el concierto final de la gira, creo que tengo derecho a estar nervioso porque todo salga bien.

—Ya. Claro que sí —chascó incrédulo ajustándose el chaleco del traje sobre la camisa azul—. A mí no me engañas. Estás así por *ella*, ¿verdad? Estás pensando en *ella*.—Mikael desvió la mirada, ¿cómo podía conocerle tan bien? Pablo se pasó una mano por el cabello oscuro, sin importarle despeinar con los dedos el amplio tupé engominado—. Cada vez que vienes te sucede lo mismo y te empeñas en regresar una y otra vez. Han pasado nueve años… Debes aceptar que en nueve años hay muchas oportunidades de salir de entre las sombras, de reaparecer… y más cuando estás en todas las redes sociales habidas y por haber, y en ninguna de ellas hemos recibido un solo mensaje *suyo*. En ninguna.

—Y lo acepto… Aunque no entienda sus motivos.

—No todo tiene una explicación razonable, a veces la gente no tiene motivos para hacer las cosas, simplemente las hace, y nada más.

—Ella no es así.

—No era así, querrás decir. La conociste hace nueve años, Mikael.

—El mismo tiempo que hace que te conocí a ti y no es que hayas cambiado demasiado. —Pablo enarcó una ceja, incrédulo—. Bueno, vale, es cierto, has cambiado mucho, pero ella no tiene por qué haberlo hecho. Yo la conocí de verdad, la conocí como no he conocido a nadie en toda mi vida —aseguró dolido, no con su mejor amigo, ni siquiera sabía con quién, consigo mismo quizá por mantener vivo su recuerdo—. Es solo que, como no pude despedirme, aún le doy vueltas de vez en cuando…

—¿De vez en cuando? —preguntó Pablo irritado, enderezándose en el sillón—. Dime, ¿dónde tienes la carta?

—No sé dónde está —respondió sin mirarle a los ojos.

—Escúchame, Mikael. Ya no importa cuales fuesen sus motivos. Todos salimos muy tocados de allí, lo que pasó fue… Fue la *hostia* de fuerte y me jode que vuelvas atrás una y otra vez en lugar de dedicarte a disfrutar de lo que la vida te ofrece ahora, de lo que has ganado con tu talento y tu esfuerzo —dijo muy serio, sentado demasiado recto en el sillón como si el tema del que hablaban le impidiese relajarse lo más mínimo—. No se trata de olvidarla sino de mirar hacia adelante, porque volver al pasado solo te hará daño. Eres un pianista de éxito, ganas tanto dinero que puedes llevar adelante una fundación para ayudar a niños que lo necesitan, y además demostrarle a tu padre cuánto se equivocaba al tratar de impedirte cumplir tu sueño. ¿Por qué *cojones* no eres feliz?

—Soy feliz.

—Y yo el hermano gemelo de Mario Casas.

—Lo soy, de veras. Soy feliz, pero… lo que sentimos, lo que tuvimos, fue… especial. Casi podría decirte que vi su alma, como ella pudo ver la mía —confesó enderezándose, sentándose en el sofá, mirándole a los ojos como si tuviesen la respuesta a sus preguntas.

—Mikael, tenías dieciocho años y a esa edad los sentimientos se magnifican, más aún en aquellas circunstancias. Date la oportunidad de enamorarte…

—¿En serio crees que eso puede elegirse, Pablo? He tenido relaciones y con ninguna he sentido lo mismo, la misma complicidad, esa sensación de… de estar en casa, a su lado.

—No has tenido relaciones, Mikael. Has salido con algunas de las mujeres más guapas que he visto en mi vida, y mi opinión es bastante objetiva, pero eso no son relaciones, esos son revolcones, son… subsistencia sentimental. Date la oportunidad de conocer a una mujer de verdad, a una real, de las que se levantan despeinadas y con legañas por las mañanas.

—¿Me estás llamando superficial?

—No. Te estoy diciendo que mientras revoloteas entre las dulces y frágiles orquídeas, te

estás perdiendo a las hermosas y fuertes margaritas —sentenció, sonsacándole una nueva sonrisa.

—¿Maca es una orquídea o una margarita?

—Maca es un cardo borriquero.

—¡Pablo!

—¿Qué? Sabes tan bien como yo que lo tuyo con Maca no va a ninguna parte.

—¿Por qué dices eso? Ella me gusta.

—¿En serio?

—Es muy buena persona, es inteligente y es alguien con quien se puede hablar.

—Podría decir lo mismo de mi dentista y no quiero acostarme con él.—Mikael arrugó el entrecejo desconcertado—. ¿Por qué sigues con Maca? De verdad que no lo entiendo, se ve a leguas que no es quien necesitas.

—Ah, ¿no? Y a quién necesito, según tú.

—Pfff… Ojalá fueses gay, iba a presentarte a un par de amigos que te quitarían esa cara de amargado que arrastras.

—Pero no lo soy, tengo muy clara mi heterosexualidad. ¿Y qué te pasa con Maca? Llevas un tiempo que parece que no la soportas y me consta que antes te caía muy bien.

—¿A mí? —dudó algo irritado—. A mí no me pasa nada con Maca.

—Incluso ella se ha dado cuenta y piensa que estás celoso porque en el fondo estás enamorado de mí —confesó divertido.

—¿Eso te ha dicho? ¿Ves? Mientras fue solo tu asistente personal, antes de que plantases tu cebollino en su huerto, no iba de novia de artista.

—¿Y crees que ha cambiado por mi culpa?

—No, la única culpable es ella. O quizá siempre haya sido así pero no hemos sabido verlo —dijo como si reflexionase para sí mismo—. Bueno, por si te has hecho ilusiones, que sepas que no eres mi tipo y además soy muy feliz en mi relación.

—Lo sé. Se lo dije. Y no pienso que Maca haya cambiado.

—Pues yo sí. Y no me cae mal, a pesar de lo que pueda parecer, simplemente… ¿Quieres que sea franco?

—Lo serás de todos modos.

—Por supuesto. De lo contrario no sería un amigo, sino un palmero. Ella quiere que formalicéis vuestra relación, en plan *anillito* con un buen pedrusco, flores y comida con los suegros.

—¿Te lo ha dicho?

—No directamente, pero va presumiendo de ser tu novia, de que tiene un cepillo de dientes en tu apartamento… No para de decir lo bien que le caerás a su madre… Y yo sé que nada de lo que ella espera va a suceder. Lo sé porque te conozco y porque de lo contrario, no suspirarías por los rincones como un alma en pena por alguien que te rompió el corazón hace casi una década.

—Te habrás quedado a gusto.

—Y también sé que el haberte liado con tu asistente personal te traerá problemas en cuanto decidas romper con ella. Hay un sabio refrán budista que dice: Donde tengas la olla, no metas la p…

—Muchas gracias por tu franqueza, es suficiente —le cortó—. Estoy bien con Maca, estamos conociéndonos como pareja, porque como amiga y profesional ya sabía que es genial, no sé si duraremos mucho o poco, ¿quién puede saberlo? Y no suspiro por los rincones.

—Por favor, si a tu lado Bécquer se queda en un mero aficionado.

—Gracias por tu apoyo, ya me siento mucho mejor. Y soy más de Essenin, recuerda.

—Desde que eres famoso te hacen tanto la pelota que alguien tiene que decirte las verdades a la cara y esa es mi función.

—Pues no es necesario que te esmeres tanto.

—Vamos, no ha sido para tanto —bromeó, dándole un golpe en la pierna, haciéndole sonreír—. Descansa un poco y despeja la mente. Es el cierre de la gira y tienes que dejarlos con la boca abierta, una vez más —sentenció poniéndose de pie, estirándose el traje, y caminó hacia la salida—. Mucha mierda, amigo.

—Gracias —respondió antes de que se marchase dejándole a solas en la habitación.

Mikael se incorporó y caminó hasta la mesa alargada sobre la que había dejado su pequeño maletín de viaje de piel, lo abrió y extrajo de este una carta manuscrita, amarilleada por el paso del tiempo. La llevó al pecho, y la apretó con suavidad, caminó hasta el espejo y se detuvo ante este.

Se miró en él, observando los ojos almendrados y grises, la nariz recta, los labios llenos rodeados de una barba de varios días de color castaño oscuro, el mismo que el cabello corto y ligeramente ondulado en el flequillo.

¿Qué quedaba en él, a sus veintisiete años, del Mikael adolescente que odiaba su vida, que odiaba vivir?

Poco o nada.

Esa vida que cambió de forma radical desde el momento en el que decidió tomar el control, enfrentándose a sus padres, a su padre, al mundo que le rodeaba, desde que *la* conoció y ella le dio las alas que necesitaba para volar…

¿Dónde estás Lola? Se preguntó una vez más.

1

Mikael

Nueve años antes.

El día en el que conoció a Lola, Mikael solo quería morir. No morir de amor, ni de ningún modo metafórico o romántico, quería morir, sin más.

Aún estaba aturdido por la medicación que le habían administrado en el hospital, contra su voluntad, pero, sobre todo, se sentía defraudado con el mundo. Todo lo defraudado que se puede estar a los dieciocho años.

Defraudado con sus padres, por mirarle con aquella lástima de rostros arrugados y ojos enrojecidos que exhalaban en el aire a cada respiración, en la que envolvían todo su enfado y decepción. Él no era el hijo que ellos habrían deseado, en absoluto.

También estaba enfadado con los médicos por hacerle el lavado de estómago, ¿qué mierda les importaba a ellos su vida?

Con las pastillas, por no ser lo bastante rápidas, con el mundo por seguir girando como si nada hubiese sucedido. Pero sobre todo estaba enfadado consigo mismo, porque era tan inútil que ni siquiera había sido capaz de suicidarse.

Su madre le hablaba, pero no la oía. La observaba verter lágrimas, cómo estas trazaban hilos brillantes por su mejilla hasta llegar a sus labios, empapándolos, y entonces las chupaba y se las tragaba. Y no pudo evitar pensar que hasta para eso era cuadriculada, fluido que emitía, fluido que recuperaba.

Su padre en cambio le miraba sin decir nada y la sostenía de la mano, los dos frente a él, sentados en el sofá de terciopelo verde de la consulta de aquel psiquiatra de cara alargada y bigotillo ridículo, como un carril de hormigas. Enfrentados, una metáfora de su propia vida, pensó.

Internarle en aquella clínica de salud mental era su modo de castigarle por haberles decepcionado, una vez más.

Su padre seguía sin decir nada. Él nunca decía nada, solo sabía gritar o guardar silencio, hubiera preferido que le hubiese abofeteado, que le hubiese sacudido por los hombros preguntándole por qué lo había hecho. Cualquier cosa era preferible a su mirada de decepción y su silencio, que le hacían sentir cuánto se arrepentía de haberle adoptado diez años atrás.

Su silencio dolía mucho más que cualquier palabra.

Se despidió de ellos con frialdad, con su libro favorito en una de las manos, una de las

pocas pertenencias que le habían permitido llevar, y un bolso de viaje en la otra. Ni siquiera se volvió a mirarlos cuando el doctor le acompañó al interior de la clínica.

Aún no lo sabía, pero más allá de las puertas de cristal que separaban el área de consultas externas del área de ingreso, existía un mundo paralelo en el que debería pasar las siguientes semanas de su vida. Un mundo de pasillos anaranjados y puertas blancas. Un mundo en el que pronto descubriría que gobernaban reglas distintas a las del exterior. Reglas particulares y sencillas pero necesarias para sobrevivir en él.

Se detuvieron ante el mostrador de recepción. La recepcionista le entregó un bulto de sábanas al psiquiatra, el tipo alto y escuálido continuó hablándole tan despacio como si creyese que la medicación le había fundido el cerebro y fuese un milagro que lograse entenderle. Le dijo que debía hacer su cama e instalarse en su habitación, la número 14.

—Entrégale el bolso de la ropa, hará un inventario de todas tus pertenencias —pidió indicando hacia la recepcionista. Le obedeció, dejándolo sobre el mostrador.

La mujer preguntó algo al doctor y comenzaron a hablar entre ellos.

En ese momento Mikael miró hacia el pasillo que se extendía a su izquierda, al fondo, antes de que se doblase hacia la derecha, había dos tipos que llamaron su atención. Uno de ellos era de su altura aproximada y delgado, casi huesudo, con la frente prominente y el flequillo rubio cortado a cepillo. El otro, bastante grueso, también alto y con la cara llena de granos. Ambos vestían ropa deportiva. Parecían discutir, pero ninguno miraba a los ojos del otro. Como si se respondiesen por medio de una especie de angelito del bien y del mal subido a sus hombros. Ninguno debía tener mucho más de veinte años.

No pudo evitar preguntarse a qué clase de sitio le habían llevado a *recuperarse*, aquello parecía un *loquero* en toda regla, pero entonces la vio y aquel pensamiento se esfumó de su mente, estallando como una pompa de jabón. ¡Plof!

Una joven caminó entre los pacientes con andar decidido, sin que su extraña actitud la amedrentase un ápice. Era preciosa, rubia, con el cabello lacio sobre los hombros, muy menuda. Vestía un peto vaquero, una camiseta blanca de mangas demasiado largas para aquella época del año y zapatillas rojas. Se dirigía en su dirección y cuando sus ojos se encontraron le miró con curiosidad.

Al alcanzarle le guiñó un ojo, descarada, y continuó su camino con una sonrisa en los labios. Pero su expresión cambió al mirar al doctor que le acompañaba, como si no le hubiese visto hasta entonces, enseriando en el acto antes de alejarse de ambos. Él también le miró, su gesto era severo mientras se despedía de la recepcionista con cierta urgencia.

—Vamos, te acompañaré a tu habitación —dijo serio, entregándole la ropa de cama e instándole a seguir sus pasos.

Echó a andar siguiendo sus indicaciones. Los dos pacientes del pasillo ofrecieron la mano al doctor como saludo, con la mirada perdida, y este se las estrechó veloz, como un gesto repetido mil veces al día. Cuando giraron la esquina se inclinó un poco y con tono confidencial le dijo:

—Si me permites un consejo, no te acerques a esa chica.

—¿Qué chica?

—La que acaba de guiñarte un ojo. ¿No creerás que no lo he visto?

—¿Es una paciente?

—Sí. Es *mi* paciente desde hace años.—Aquel *mi* sonó casi posesivo, pensó—. Si no quieres quedarte aquí más tiempo del necesario, aléjate de ella.

—¿Por qué? ¿Es peligrosa?

—Mucho.

—No lo parece.

—Por eso lo es más aún—añadió arrugando el entrecejo en un mohín de incomodidad por su insistencia.

El psiquiatra fue nombrando cada una de las habitaciones: despacho de psicología, despacho de psiquiatría, despacho de terapia ocupacional, sala de usos múltiples, sala de televisión, fisioterapia... Sin que le prestase la menor atención. Atravesaron unas puertas cortafuegos y recorrieron un nuevo pasillo de puertas cerradas, que se abría en dos alas.

Tomaron la de la izquierda, en esta ocasión en la esquina superior derecha de cada una de las habitaciones, en un metacrilato, había grabado un número con letras azules junto al logotipo de la clínica, una representación en tinta azul de La Giralda y el nombre en letras árabes, *Clínica Híspalis*. Se detuvieron al llegar a la que tenía el número indicado, el 14.

El doctor la abrió, estaba vacía. Era un dormitorio pequeño con dos camas desnudas, con una pequeña estantería sobre el cabecero, dos mesitas de noche, dos sillas y una ventana alta. Una puerta lateral proporcionaba acceso al baño.

—Esta es tu habitación, instálate. Mañana comenzarás con las terapias, a tu ritmo. Puedes venir a verme primero a mí y después al psicólogo o la terapeuta, o a la inversa. En la puerta de la sala de usos múltiples, así como en el despacho de terapia, hay un pequeño cuadrante con todas las actividades de la semana —dijo.

—¿Es obligatorio asistir a las actividades?

—Es recomendable para tu recuperación. No hay nada obligatorio aquí, pero cuanto antes te encuentres bien antes podrás marcharte. Échales un vistazo a las actividades, hay desde bolos a talleres de cocina, además en breve comenzaremos con la natación en la piscina cubierta que hay al final del jardín. No pierdes nada y hará que los días pasen más rápido. Ahora descansa y acomódate.

—¿Cuántos días voy a estar aquí?

—Los necesarios. Ponte el chándal que encontrarás en el armario y deja tu ropa dentro de la bolsa amarilla de la cesta del baño.

—¿Tengo que vestir ese chándal a diario?

—No. En cuanto hagan inventario de tu ropa la colocarán en el armario, esta noche, o como muy tarde mañana por la mañana —respondió, aproximándose a la puerta para marcharse —. Y recuerda, estamos aquí para ayudarte.

—Ya. ¿Cuál era su nombre?

—Quintanilla, *doctor* Quintanilla —recalcó antes de abandonar la habitación, dejando la puerta entreabierta.

Mikael la cerró. Miró las dos camas vacías y soltó las sábanas en la que estaba bajo la ventana. Dejó su libro en la mesita de noche, subió a la cama y miró a través de esta, daba a un jardín que parecía enorme y en el que había varios pacientes paseando arriba y abajo. Estaba protegida por una reja. Resultaba lógico en un centro en el que trataban con pirados suicidas como él, pensó.

Estiró las sábanas e hizo la cama, después se desnudó y echó toda la ropa, excepto la interior, en la bolsa amarilla del baño, dentro de una cesta blanca como le habían indicado. Se puso el chándal, dos tallas más grandes de lo necesario, se tumbó sobre el lecho y cerró los ojos.

Por primera vez sintió arrepentimiento por lo que había hecho, no por intentar acabar con

su mísera existencia, sino por haber fallado, acabando allí.

2

Mikael

Fueraaaaaa….

Fueraaaaaaa….

El grito desgarrador le despertó. Alguien chillaba como si la habitación estuviese en llamas. Dio un respingo y se revolvió en la cama buscando el origen, descubriendo entonces a un tipo rubio, grueso y alto como una montaña a los pies de su cama, que le observaba con ojos desorbitados y no dejaba de vociferar: *Fueraaaaaa… Fueraaaaa...*

Le miró sin entender nada, inmóvil, consciente de que dada su envergadura de un solo guantazo podría enviarle a la estación espacial internacional.

Pero el tipo continuaba gritando lo mismo, sin parar.

—Esa es su cama, no deberías haberla ocupado —dijo alguien desde la puerta, una voz femenina, aunque la corpulencia del individuo no le permitía ver de quien se trataba. Se inclinó a un lado, era la chica del pasillo, masticando chicle y mirándole con aire aburrido. Mikael se incorporó, hizo un montón con las sabanas y las arrojó a la otra cama.

La reacción fue inmediata, como si le hubiesen desconectado el interruptor a aquel gigantón. Guardó silencio, se fue directo al lecho que él había ocupado y se tumbó sobre el colchón, acurrucándose sobre este como un animalillo en su madriguera, regalándole la visión de su amplia espalda peluda bajo una camiseta blanca de tirantes con manchas de sudor.

—No sabía que fuese su cama. ¿Es mi compañero de habitación? —preguntó a la chica rubia, tomando su libro de la otra mesita de noche y dejándolo sobre la suya.

—Has tenido suerte.

—¿Suerte?

—Con Jan, mientras no te apropies de sus cosas, todo irá sobre ruedas, hay compañeros mucho peores aquí —aseguró encogiéndose de hombros. Mikael no sabía si creerla, aquel tipo parecía un completo demente. Ella dio un paso dentro de la habitación observándole de arriba abajo, haciéndole sentir incómodo.

—¿Se llama Jan?

—Sí. Jan Jurguerstein o algo así.

—¿Y cómo sabré cuáles son sus cosas?

—Puedes preguntarle, no muerde. De todos modos, es obvio, las que no sean tuyas, ¿no te parece? —preguntó con una sonrisa irónica.

—¿Duerme sin sábanas?

—Cree que en las sábanas hay *bichos* que le recorren el cuerpo mientras duerme. Eso le asusta bastante. Recuerda, no toques sus cosas y todo irá bien. De todos modos, aquí no hay mucho que tener. Un libro, una fotografía, un cuaderno, poco más… —Dio un paso hacia la

mesita de noche en la que había dejado su libro, lo tomó sin permiso—. Antes de octubre, Serguéi Essenin —leyó el título y lo devolvió a su lugar—. «*Del abedul en el bosque oscuro, zarcillos sonoros cuelgan, y con los brotes de las lilas en el jardín, la mariposa revolotea.*» —recitó de memoria, con la mirada perdida en el horizonte, sin la menor emoción, dejándole estupefacto.

—¿Conoces a Essenin? —preguntó incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír. Era la primera vez que se tropezaba con alguien de su edad aproximada que supiese de su obra, que conociese su nombre siquiera.

—Tuve que hacer un trabajo en el instituto sobre los principales poetas rusos y, a veces, no puedo evitar recordar cosas inútiles —añadió sin más y dándose media vuelta se marchó de la habitación sin despedirse.

A él desde luego, conocer la obra de su poeta favorito le parecía de todo menos inútil. Pero ¿quién era aquella chica? Ni siquiera le había dicho su nombre.

El doctor Quintanilla le había advertido que no debía acercarse a ella. Y no lo había hecho, era ella quien se le había acercado.

¿De verdad era peligrosa? No lo parecía.

Su compañero de habitación dio un ronquido, sobresaltándole. Le miró, o mejor dicho a su espalda. Al pantalón de chándal gris se le había doblado la cinturilla permitiéndole ver su *hucha* peluda, una imagen de lo más desagradable. Ajeno al resto del mundo, se había dormido con placidez sobre el colchón.

¿Dónde me han metido? Volvió a preguntarse.

¿En serio sus padres creían que estar encerrado en aquel lugar le devolvería las ganas de vivir?

Tomó las sábanas para hacer la que, ahora sí, era su cama y decidió que hablaría con el doctor para preguntarle si era seguro dormir junto a aquel tipo con aspecto de luchador de sumo nórdico y falto de higiene.

Al tirar de la sábana de algodón ajustándola al colchón sus dedos se encogieron en una especie de espasmo y los estiró de inmediato. Algo en su interior le dijo que añoraban las teclas, casi tanto como las odiaban. Ese pensamiento provocó que una punzada honda le llenase el pecho en un instante, como un fogonazo ardiente, sintió que su respiración se aceleraba y sus vías respiratorias se estrechaban. Como si algo le constriñese la garganta. Percibió que se le disparaba el pulso y le inundaba la sensación inminente de que algo horrible iba a suceder.

Se tumbó en la cama y miró al techo, tratando de controlar la respiración, pero la opresión en el esternón era cada vez mayor.

Comenzó a acariciar con los dedos el medallón que colgaba de la fina cadena de plata que llevaba al cuello.

Tranquilízate y pasará.

Tranquilízate y pasará.

Se repitió una y otra vez como un mantra.

No era la primera vez que se sentía así.

Aquellos ataques de ansiedad le habían asaltado casi cada semana durante los últimos dos meses.

Desde que comenzó la recta final para su actuación en el Teatro de la Maestranza aquella

angustia que antes había sido capaz de mantener a raya se había hecho con el control y ya no era capaz de sobreponerse a ella.

Inspiró lo más despacio que fue capaz y apretó los puños mientras percibía cómo el corazón le golpeaba bajo el esternón.

Sentía tanta rabia como impotencia al no ser capaz de dominarlo y esto no hacía sino aumentar la ansiedad en un círculo vicioso difícil de romper.

Su padre no podía disimular su enfado cada vez que fallaba una nota como un principiante, y cuanto más tropezaba entre las teclas, más le obligaba a ensayar. Más horas de ensayo, menos descanso, más ansiedad... Los dos últimos días antes del… *incidente*, fueron catorce horas diarias frente al piano, ya en aquella ciudad.

«¿Sabes cuánto me ha costado conseguir esta oportunidad para ti? Si la desaprovechas no habrá otra igual, nunca. Fallar no es una opción». Le había recriminado una y otra vez durante esas horas. Él agachaba la cabeza y volvía a comenzar.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

Y pensaba en el esfuerzo que les había costado a sus padres preparar su debut con la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla.

Y maldecía su suerte al ser seleccionado por el comité nacional de música clásica como representante para el Concurso de Jóvenes Músicos Europeos, que se celebraría en Austria, en dos meses.

Su padre había invitado a todos los grandes pianistas del país y sus representantes a su debut previo al concurso.

Había invitado a las personalidades y políticos locales.

El director de la orquesta, Mateo Torres, era amigo personal de su progenitor y había organizado un recital sin parangón. El prestigio como maestro del gran pianista Joaquín Levi, su padre, estaba en juego, porque él era su mayor creación.

No podía fallarles después de todo lo que habían hecho por él.

Después de que le hubiesen arrancado de la pobreza de un orfanato en su Rusia natal y le hubiesen proporcionado una familia, una profesión.

Después de todo.

Nada.

Los calambres en los dedos.

La opresión en el pecho.

Tranquilízate y pasará.

Tranquilízate y pasará. Volvió a repetirse.

Pero no pasaba.

Como no pasó la noche del *incidente*.

El recuerdo volvió a su cabeza, aquello sí que no le ayudaría a tranquilizarse.

Pero no podía evitar pensar en ello.

Cómo odiaba ser incapaz de controlar aquellos recuerdos.

La noche en la que sintió que no podía más y decidió acabar con todo, para siempre. En la que se coló en la habitación de sus padres en el hotel y se tomó de una sola vez todo el blíster de ansiolíticos del neceser de su madre y después se encerró en su habitación.

Despertó un día más tarde en la unidad de cuidados intensivos del hospital Virgen Macarena.

Fue el psiquiatra del hospital quien, antes de darle el alta, les recomendó a sus padres que le ingresasen en aquella exclusiva clínica durante un tiempo, porque afirmaba percibir que estaba mintiéndoles cuando le decía que se arrepentía de haber tratado de suicidarse.

Un hacha el tipo, pensó Mikael.

Cuando despertó, en la UCI, las primeras palabras de su padre fueron: *¿Es que eres idiota? ¿Sabes cuánto va a costarnos esta tontería tuya?*

Esta tontería tuya.

Y ante su silencio añadió: *Menos mal que he podido justificar tu ausencia alegando una apendicitis y realizaremos el concierto en un mes. Así que ya puedes espabilar*.

Un mes.

No fue capaz de decirle que no quería realizarlo en un mes, ni en dos, ni nunca. Que no quería volver a tocar el piano. Que sentía pánico ante la mera idea de hacerlo.

Pero nunca era capaz de decirle nada.

Tenía pavor a la expresión de su rostro cuando algo le disgustaba. Nunca le había lastimado físicamente, pero sus castigos podían ser bastante crueles.

Él era su creación y no estaba dispuesto a perderla.

Jan dio otro ronquido, sacándole de sus pensamientos, y después dejó de respirar. Mikael continuó en silencio tratando de oír su inspiración, pero esta pareció no llegar durante unos segundos eternos. Hasta que por fin dio un gran resoplido que debió llenarle los pulmones de una sola vez.

Ese mastodonte demente sigue vivo, se dijo para sí.

Tenía que marcharse de allí, cuanto antes.

Lola

Sevilla, 5 abril 2011

Querida Silvana;

Me siento un poco idiota escribiéndote esta carta, la verdad. Pero Salva, mi loquero, está convencido de que será bueno para mí, porque dice que escribir ordena los pensamientos. Como si hubiese algo que pudiese ordenarse en mi cabeza. De todos modos, lo probaré, mientras llega el momento de volver a vernos, no pierdo nada. No es que crea en lo que me dice, ni él ni nadie de aquí, sé que los pacientes les importamos una mierda. Ellos, vestidos con sus batas blancas, fingen que se preocupan por nosotros y creen que nos conocen solo porque se han leído nuestro historial.

Ellos, saben la verdad… y no hacen nada. Lo saben, Silvana, lo veo en sus ojos, en cómo me miran, con esa lástima repugnante de quien puede hacer algo y no hace nada, dan asco. O quizá estoy volviéndome paranoica y creo que llevo mis pecados escritos en la cara, que todos pueden verlos y juzgarme. No quiero pensar en eso. Ahora no.

Mejor te cuento algo que me ha sucedido hoy, estoy segura de que para ti será una tontería, de hecho, te imagino partiéndote de risa al leerlo, pero bueno, te lo cuento: He sentido como un «salto en el corazón». No sé si alguna vez te has sentido así, si lo hiciste nunca me lo contaste.

Verás, hoy ha ingresado un chico nuevo. Estaba en mitad del pasillo, esperando que le hiciesen el recorrido de la primera visita. El recorrido en el que te enseñan las salas en las que los distintos loqueros tratarán de mostrarte qué bello es vivir (¡Ja!), para después pasar a los pasillos de las habitaciones.

No es demasiado atlético, ni demasiado delgado, pero es alto y tiene los hombros anchos y los brazos fuertes. Su cabello es castaño oscuro, y su piel clara le hace destacar los ojos, de un tono entre gris y azul, como el hielo. Iba vestido con unos vaqueros negros gastados que le marcaban el trasero y una camiseta del mismo color con la imagen de una nota musical enredada en una calavera. Llevaba las manos en los bolsillos, miraba un poco al suelo, un poco a todas partes mientras el desgraciado de Quintanilla, a su lado, hablaba con Sonia, la recepcionista. Estaban asignándole habitación y entregándole las sábanas. Y sin embargo él no parecía uno más.

Me vino a la mente la imagen de una pantera, una pantera negra encaramada a la rama de un árbol sobre un precipicio. Un animal fiero pero muerto de miedo.

Yo y mi manía de ver reflejados animales en las personas, ya sabes que es algo que no puedo evitar. Por ejemplo, la recepcionista es una gallina, con sus plumas hinchadas. Es bajita y regordeta, tiene unos cincuenta años, está recién divorciada y es madre de dos hijos. No es que me importe su vida, pero a base de escuchar sus miserias me he ganado su confianza. Se pasa

todo el día sentada en aquella silla viendo series de televisión en su móvil, con uno de sus auriculares puestos, pasando olímpicamente de nosotros y nuestras miserias. Tiene la nariz alargada como un pico, solo le falta hacer coc, coc, coc. Quintanilla en cambio es un cerdo, un maldito y repugnante cerdo traicionero, capaz de comerse hasta tus huesos si tiene oportunidad.

Bueno, estoy desviándome de lo que te estaba contando. Me dirigía a la consulta de Salva, dispuesta a soportar otra tediosa sesión de vamos-desahógate-que-yo-estoy-aquí-para-ayudarte, e interpretar mi mejor papel de chica-recuperada, porque tengo que salir de aquí cuanto antes para poder cumplir mi promesa. Entonces los ojos de El chico pantera se posaron en mí, fue solo un segundo, pero sentí algo extraño. Algo que no puedo explicar, como una especie de chispazo entre nosotros, un cosquilleo en la boca del estómago. Y no sé por qué, pero creo que también él pudo sentirlo.

Al pasar junto a ellos se quedó mirándome y entonces, le guiñé un ojo. ¿Te acuerdas cuando lo hacíamos? Tú me enseñaste a descolocar a los chicos así. Él pareció sorprendido, pero no desvió la mirada. Reí para mí hasta que tropecé con los ojos de Quintanilla que me había cazado.

Ese malnacido siempre está pendiente a cada movimiento mío, cada día lo soporto menos, pero tengo que ser fuerte, no puedo perder los nervios, no soportaría que volviese a sedarme…

Me pregunto qué hará aquí El chico pantera. A primera vista no le he detectado tics, ni movimientos nerviosos, ni la mirada perdida en plan: por las noches veo muertos. En fin, que no parece ningún pirado, ninguno como… yo, por ejemplo.

Casi puedo oírte diciéndome que yo tampoco pertenezco a este sitio, pero cualquiera que me mire de arriba abajo pensaría lo contrario.

Cuando salí de la consulta del psicólogo, me acerqué a la recepcionista y traté de sonsacarle información. Sonia puede ser una auténtica cabrona cuando se lo propone, pero yo le caigo bien. Quizá sea por fingir que me interesan sus tonterías, o porque le doy pena (ella sí que da pena con ese culo gordo y esas patas de gallo) o porque la he pillado viendo porno en el móvil. Sea cual sea el motivo, conmigo es menos cabrona que con el resto.

Hace como cinco días le pregunté si tenía un cigarrillo, y desde entonces, un día sí y otro también, me deja su paquete con cuatro o cinco en el mostrador, dentro de un calendario de cartón de esos que se ponen de pie en el escritorio. Y no solo me deja tabaco, también chicles, caramelos e incluso hace una semana se dejó caer con una pequeña botella de ginebra, de esas que venden en los aeropuertos. Sí, yo también aluciné cuando la vi, se la había pedido un par de veces y su respuesta había sido una negativa rotunda.

Si necesito algo basta con ponerle ojos de cordero degollado un par de días y ya lo tengo en la mano. Me enseñaste tú, amiga, y no había quien te ganara haciéndolo.

—Buenas tardes, Sonia. ¿Y el nuevo? —le pregunté.

—Sabes que no puedo hablar de los pacientes —me respondió muy digna.

—Vamos, ¿de qué palo va? Parece que se haya escapado de una reunión de góticos todo vestido de negro.—Aquel comentario avivó la llama del cotilleo en sus ojos.

—Se llama Mikael —me dijo.

—¿Mikael? ¿Es extranjero?

—No lo creo, a él no le he oído, pero sus padres hablan muy bien el castellano. Es músico, al parecer es una especie de prodigio de la música. Toca el violín, creo.

—Anda, un prodigio musical, ya podemos montar el circo al completo.—Mi comentario la hizo reír a carcajadas.

—Qué cosas tienes. Sus padres están forrados, pero forrados de verdad.

—¿Te lo ha dicho Quintanilla?

—No. Pero oí cómo su padre le decía a Quintanilla en la puerta al despedirse que tenía que curarle, costase lo que costase. El señor llevaba un traje de firma y su madre unos Manolos de tres mil euros.—De otra cosa no, pero Sonia entiende de marcas, cuánto daño han hecho las revistas de moda.

—¿Y qué tiene? ¿Por qué está aquí?

—Tiene activado el protocolo de suicidio —susurró con aire confidencial.

—Por eso le han puesto con Jan.—Jan padece esquizofrenia, y además un gran instinto de protección, jamás permitiría que se hiciese daño en su presencia, lo cual le convierte en el mejor compañero de habitación para los pirados que tratan de quitarse del medio.

—Lo que no entiendo es, ¿qué problemas puede tener un niño rico para querer suicidarse? —me preguntó como si por un momento se hubiese olvidado de con quién estaba hablando.

Le respondí que el dinero no da la felicidad, a veces incluso la hace imposible. Mis palabras provocaron que descendiese la mirada avergonzada por su comentario.

Me da tanta rabia que la gente nos juzgue sin conocernos... Parece que todo en la vida se reduce al dinero. Si lo tienes, o lo tiene tu familia, no tienes derecho a estar triste. Es como si creyesen que puedes comprar la felicidad. Y no es así, tú lo sabes y yo lo sé, pero parece que el resto del mundo no.

Cuando volvía a mi habitación oí gritar a Jan, el compañero de habitación de El chico pantera, y me asomé a ver qué le sucedía. Estaba espantado porque el grandullón estaba gritándole (es que Jan es enorme e impresiona bastante cuando no le conoces, después te das cuenta de que no es capaz de hacerle daño ni a una mosca). Y todo porque se había acostado en su cama. En cuanto se levantó dejó de gritarle.

Le dije que no tocase sus cosas, es lo que más pone nervioso a Jan, y entonces vi que tenía en la mesita de noche un libro de poesía. ¿Recuerdas el trabajo que nos obligaron a hacer en el instituto el año pasado del poeta ruso que se enamoró de una bailarina estadounidense? Serguéi Essenin, pues por lo visto le va ese rollo.

Así que le va la poesía rusa. Ya sé lo que opinas de los poetas, que son todos unos pesados y unos perdedores que no tienen vida propia. Pero él no parece un perdedor, de veras que no.

Se quedó bastante impresionado cuando recité un pedacito de la poesía que nos hicieron memorizar en clase, el que me tocó a mí. Aunque no me importa si le ha impresionado, o no. Mi interés por El chico pantera es mera curiosidad, nada más.

De regreso a mi habitación oí cómo me llamaban por megafonía para que acudiese al despacho de ese cerdo. Pero yo no quería ir, cada vez que lo hago es como jugar a la ruleta rusa.

Siento como si una corriente de aire helado surgiese de su puerta entreabierta y me congelase los pasos, provocando que mis piernas se ralenticen. Como esas cabras que vimos una vez en la televisión a las que habían mutado genéticamente para que cuando se asustasen cayesen al suelo inmóviles, ¿te acuerdas de que pensamos que era una gran putada lo que les habían hecho? Pues así me siento yo cada vez que me detengo ante aquella puerta.

Estaba abierta. Dudé en volverme y salir corriendo, esconderme, aún sabiendo que sería inútil porque él me encontraría.

—Ratita Presumida, pasa, por favor —escuché desde el interior y mi piel se erizó. No

quería, no podía entrar.

Inspiré hondo ante el umbral.

Allí estaba, terminando de rellenar unos documentos, sin levantar la vista, sin mirarme, pero sabía que estaba allí.

—Dígame, doctor Quintanilla.

—Pasa y cierra, por favor, tenemos unos asuntos que tratar.—Yo ya sabía a qué asuntos se refería el desgraciado.

Ya te hablaré de ellos, cuando me sienta con fuerzas. No puedo seguir con esto Silvana, duele demasiado.

Un beso.
Siempre juntas.
Mejores amigas por siempre.

Te quiere.
Mimi.

3

Mikael

—Buenas noches, mi nombre es Isabel y soy la enfermera de guardia esta noche —se presentó una mujer joven que había entrado en la habitación después de dar un par de golpes con los nudillos en la puerta. Era menuda y morena, tendría en torno a los veintipocos años. Él la miró desde la cama, tumbado—. Eres Mikael Levi, ¿verdad?

—Sí.

—Pues es la hora de cenar.

—No tengo hambre.

—Pero hay que tomar la medicación.

—¿Qué medicación?

—La que te ha pautado el doctor Quintanilla.

—No pienso tomar ninguna medicación.—Si pensaban que iban a volver a drogarle hasta convertirle en un muñeco sin voluntad estaban muy equivocados.

—Mejor piénsalo. Si no te la tomas, te la inyectaremos.

—No podéis inyectarme nada sin mi consentimiento.

—Tenemos una autorización de tus padres para tratarte sin tu consentimiento.—Aquella revelación sonó a amenaza.

—Soy mayor de edad, mis padres no pueden decidir por mí.

—En este momento sí.

—Dejadme en paz, ¿no podéis dejadme en paz todos? —exigió lanzándole la almohada para que se marchase. Ella la esquivó haciéndose a un lado.

—Si vuelves a hacer algo así avisaré a los celadores para que te sujeten mientras te inyecto la medicación. Ahora te esperaré en el comedor para darte tu tratamiento, ya decides si lo quieres por vía oral o intramuscular —sentenció con prepotencia—. Jan, a cenar, vamos —añadió acercándose al león marino que había acostado en la cama de al lado, al menos roncaba como tal, dándole un golpecito en la espalda. Este reaccionó de inmediato, moviéndose, bamboleándose hasta lograr sentarse sobre el lecho.

Le dedicó una mirada larga y silenciosa mientras la enfermera se marchaba y después se puso en pie, era alto como un edificio.

—Si no vas, ellos pinchan. Mejor ir —le dijo. Su voz era grave y profunda como si proviniese de una gruta abierta en mitad de su pecho, y su acento extraño, extranjero. Tenía las paletas separadas y los labios finos enmarcados por una barba rubia de varios días. No dijo nada más y se fue. Mikael se tapó la cabeza con la sábana. Cuánto le gustaría poder desaparecer.

¿Cuánto tiempo tendría que pasar entre aquellas paredes para que le permitiesen volver a casa? A su habitación, su refugio, el único lugar en el que se sentía a salvo.

Oyó crujir la puerta y temió que los celadores viniesen a sujetarle para inyectarle lo que fuese. Cuando se descubrió vio de nuevo a la joven rubia de pie frente a su cama. Tenía el cabello algo despeinado y las mejillas enrojecidas como si acabase de correr una maratón.

—Arriba, idiota. Dice Jan que no quieres ir a cenar, pero tienes que hacerlo —le increpó.

—No voy a cenar. Y no me llames idiota.—Odiaba esa palabra, esa palabra le encendía la sangre, provocaba que todos sus músculos se pusiesen en tensión.

—Está bien, *chico listo*. ¿Quieres que te droguen y te dejen como un zombi? Porque es lo que harán si no obedeces. Tú decides —se aproximó a él, deteniéndose justo enfrente.

—Déjame en paz, ¿a ti qué te importa?

—Vaya, cuánta educación. ¿Es que quieres acabar como Jan? Jan siempre se resistía a todo, y mírale ahora.

—Estás de coña, ¿no?

—¿Eso crees? Después de unas cuantas inyecciones tu cerebro ya no se opondrá a nada porque estará frito, como una patata —aseguró alejándose hacia la puerta.

—No pueden hacer eso, es ilegal.

—¿También crees en Papá Noel? —se burló—. Vas a estar aquí varios días, mínimo un par de semanas, primero porque tu padre las ha pagado ya, de lo contrario no estarías en esa cama, y segundo porque necesitas tratamiento, sino no habrías tomado pastillas para suicidarte.

—¿Y tú cómo sabes lo que hice?

—No tienes marcas en el cuello, ni en las muñecas. Así que solo queda que seas un *cobarde* que ha tratado de llamar la atención con el bote de antidepresivas de su madre.

—Vete a la mierda —respondió ofendido.

—Vivo en ella, desde hace años —advirtió con una sonrisa forzada—. Cuando te den las pastillas en el comedor, métetelas con la lengua en el hueco que queda entre la encía y la mejilla, muy arriba y muy atrás, hacia las muelas, y finge que te las has tragado. Después las escupes en una servilleta, la tiras al váter y ya está.

—Te crees que lo sabes todo, ¿no? —dijo mirándola con desdén, ¿quién se había creído que era para hablarle como si fuese retrasado? Ella sonrió como si sacarle de quicio la divirtiese y se marchó de la habitación sin más.

Mikael volvió a preguntarse quién narices era aquella chica y por qué parecía dispuesta a inmiscuirse en sus asuntos.

Una cosa tenía clara, no quería que acudiesen a inyectarle nada así que se levantó y fue al comedor. Quintanilla le había indicado su ubicación en el paseo de reconocimiento, solo que en ese momento la puerta había estado cerrada.

Era una sala amplia, de al menos noventa metros cuadrados, próxima a la salida posterior que daba al jardín, con mesas largas, para unas diez o doce personas, con bancos de madera sujetos al suelo.

Había al menos una treintena de personas en aquel comedor, chicos y chicas. La mayoría de edad similar a la suya, calculó a simple vista. *Clínica Híspalis. Centro de recuperación mental para jóvenes*, había leído en grandes letras negras sobre el arco de la entrada a su llegada a aquel lugar situado a las afueras de la ciudad.

Observó el derredor. Algunos de los pacientes hablaban entre ellos, conversaban distendidos mientras hacían la cola del servicio de catering, al fondo, otros degustaban sus platos sentados ya a las largas mesas, solos o en pequeños grupos. Reconoció al tipo rubio con flequillo cortado como si le hubiesen dado un hachazo en la frente, junto a una ventana, no dejaba de mirar por esta, parecía algo mayor que él, en torno a los veintipocos. Era alto, de cara alargada y

con los huesos marcados bajo la piel.

En la mesa más próxima a la salida había una joven con una larga melena castaña sentada ante un plato vacío que parecía canturrear algo entre dientes sin parar mientras se mecía despacio, observando su plato como si de una operación matemática se tratase. Junto a ella había sentada una enfermera, hablándole. A su lado había otras chicas, tres o cuatro, y un joven, todos ellos muy delgados, escuálidos.

En otra, al fondo, había un joven moreno, con el flequillo largo, la nariz prominente despuntaba bajo unas gruesas gafas de pasta. Estaba junto a un grupo en el que había un par de chicos y tres chicas, pero comía en silencio despacio, con la mirada perdida.

La enfermera a la que le había lanzado la almohada iba por las mesas empujando un pequeño carrito repleto de cajones diminutos, entregándoles vasos monodosis con sus nombres escritos con rotulador, repletos de pastillas que les entregaba y esperaba a que se las tragasen y le mostrasen la boca vacía.

Distinguió a Jan, su enorme envergadura era inconfundible, caminando con pasos lentos hacia la fila en la que esperaban su turno para que les sirviesen la comida. Se colocó el último, cuando le llegó el turno de preparar su bandeja percibió cómo todo el servicio de mesa, cuchillos, tenedores, vasos, etc. eran de plástico.

—Veo que me has hecho caso, *Pastillero*. Te irá bien si me haces caso —le dijo la joven rubia por encima del hombro, sobresaltándole, deteniéndose a su lado con una bandeja vacía entre las manos.

—No me llames *Pastillero*.

—Te tomaste pastillas, ¿no? Entonces eres un *pastillero*. ¿Cómo quieres que te llame sino?

—Preferiría que no me llamases de ningún modo, pero si tienes que hacerlo me llamo Mikael —respondió de mala gana, ¿es que no pensaba dejarle en paz? Si la primera vez que la vio le pareció un ángel en ese momento le parecía un auténtico incordio.

—Es un poco pijo, pero puedo llamarte así. O mejor Mik, me gusta más.

—Nadie me llama Mik.

—Yo sí —aseguró con una gran sonrisa, él resopló resignado.

—¿Y tú?

—No soy ninguna *pastillera*. A mí me van más las cuchillas —dijo pegando la bandeja a su cuerpo, sosteniendo los cubiertos con la otra mano, para poder subirse la manga izquierda de la camiseta lo suficiente para mostrarle varias cicatrices en su muñeca, de distinta antigüedad. La más reciente aún estaba roja, como si le hubiesen retirado la sutura recientemente. La visión le dejó estremecido, ella en cambio sonrió como si se sintiese satisfecha de haber provocado la reacción esperada.

—Me refería a tu nombre. No al modo en el que has intentado acabar con tu vida —respondió tratando de fingir que no le había impresionado.

—Llamarlo vida es decir mucho —añadió ella dejando la bandeja sobre el deslizador de acero, mientras poco a poco se acercaban al servicio—. Me llamo Lola. Lola Mateo Espinel —dijo ofreciéndole la mano para estrecharla. Él, aunque le extrañó el gesto, lo hizo y recibió una especie de descarga eléctrica, un cosquilleo interior. Ella le miró a los ojos con cierta sorpresa, como si también lo hubiese sentido, pero ambos se liberaron del contacto del otro sin decir nada al respecto. Energía estática, pensó.

Continuaron en silencio en la fila hasta que les sirvieron la comida. Mikael se dirigió a una de las mesas vacías y al sentarse comprobó que Lola seguía sus pasos y tomaba asiento a su

lado.

En ese momento volvió a pensar en las palabras del doctor Quintanilla sobre ella, pero no parecía peligrosa, no más que cualquiera de los que les rodeaban.

—¿Quieres que te explique un poco cómo van las cosas aquí? —ofreció.

—No —gruñó dando una cucharada de puré de patata que se llevó a la boca.

—Claro que no me importa —respondió fingiendo que la respuesta había sido afirmativa —. Mira, aquel grupo de allí son el grupo de *dismorfofobia* —apuntó indicando al grupo al que pertenecía la chica de la melena castaña —. Unos se ven gordos, otros delgados, anorexia, bulimia, etc.… Aún están en la fase aguda de tratamiento y no basta con pesarlos, alguien tiene que vigilarles mientras se alimentan. Siempre que no saques el tema de la comida o de la ropa se puede hablar con ellos —apuntó en tono confidencial—. El de la ventana es Tim, de Timoteo, sufre de paranoia con delirios visuales y auditivos, siempre está mirando por las ventanas porque está convencido de que un ovni comandado por Jesucristo vendrá a recogerlo para llevarlo al paraíso. Él es el elegido y solo se llevará a unos pocos antes del Apocalipsis así que debes ser amable con él si quieres ser uno de los elegidos. A mí me llevará —aseguró en tono jocoso.

—¿Por qué le pasa eso? ¿Qué enfermedad tiene?

—Al parecer estaba bien, pero hace tres años se pasó en una Feria de Abril con las drogas y se le despertó una psicosis o algo similar y se quedó así.

—Joder.

—El de la cabeza afeitada y su amigo son *rabiosos* —indicó hacia dos chicos que conversaban con naturalidad en una de las mesas de la izquierda en los que él no había reparado. Estaban solos, parecía que nadie se atreviese a ocupar los sitios vacíos a su lado—, tienen problemas de control de la ira. Como esos que ves en la televisión partiendo las puertas a cabezazos y lanzándolo todo por los aires. Solo que aquí si lanzan algo después se llevan un día entero haciendo *La Bella Durmiente.*—Mikael dudó en preguntarle qué significaba aquello, pero lo entendió al instante—. La chica que está en la mesa de enfrente —dijo indicandoa una chica a la que saludó con la mano, esta le devolvió el saludo, con gesto contrito—. Es mi compañera de habitación, se llama Almudena, tiene veintitrés años y acaba de ser madre. Es un encanto.

—¿Y qué hace aquí?

—Depresión post parto. Su familia tiene miedo de que le haga daño al bebé. Su marido y sus padres se lo traen cada fin de semana y la dejan que lo coja un poco y van comprobando cómo reacciona.

—¿Por qué temen que le haga daño?

—Ella nunca le haría daño. Pero lo dejó sin comer veinticuatro horas porque no soportaba que mamase de su pecho. No lo cambiaba, no lo acunaba…

—Vaya, es terrible.

—Sí, lo es. Pero tengo la certeza de que se recuperará. En realidad, es muy buena chica.

—¿Quién se recuperará, *listilla*? —le preguntó la enfermera, deteniéndose a su lado, posando sobre la mesa su pequeño vasito con dos pastillas en su interior. Lola lo tomó y se lo llevó a los labios, después bebió un sorbo de zumo y le mostró la boca vacía.

—Almudena, estoy segura de que se recuperará muy pronto — respondió.

—Ahora va a resultar que eres psiquiatra —se burló esta—. ¿Estás haciendo de anfitriona con *el nuevo*? Si te está molestando no tienes más que decirlo —dijo a Mikael con una expresión que le llevó a pensar que Lola no le caía demasiado simpática.

—No está molestándome y si lo hiciese sé apañármelas solo, gracias.

—De nada —añadió malencarada, entregándole su vasito con tres comprimidos.

—¿Qué pastillas son?

—Las que te ha pautado el doctor.—La enfermera levantó la vista hacia los dos celadores que había en la puerta del comedor. En ese instante Mikael recibió una patada por debajo de la mesa, Lola le instaba a que no preguntase más e hiciese como que se las tomaba. La obedeció, se llevó el vaso a la boca y lo empinó, las tres pastillas cayeron sobre su lengua, mientras cogía el vaso de zumo y se lo llevaba a los labios las movió hasta las muelas de la parte superior derecha. Tragó el zumo y le mostró la boca. Ella se volvió no sin antes dedicarles una mirada llena de antipatía y prosiguió con su tarea.

—Aquí están las mías —dijo Lola sacándose las pastillas de la boca con disimulo y las dejó bajo el yogurt.

—Y aquí las mías —proclamó Mikael sacándoselas, pero en lugar de tres, solo había dos —. Vaya, parece que me he debido de tragar una.

—Bueno, esta noche disfrutarás de un sueño reparador.

—No me consuela demasiado teniendo en cuenta que mi compañero de habitación está completamente pirado.

—Pero bueno, ¿tú no querías suicidarte? Si te mata te hará un favor, ¿no? —preguntó con una sonrisa. Mikael pensó que tenía una sonrisa bonita, se le marcaban hoyuelos en ambas mejillas—. ¿Por qué intentaste quitarte del medio?

—Veo que las sutilezas no van contigo.

—La vida es muy corta para andarse con rodeos —dijo buscando a alguien con la mirada antes de dar una pequeña cucharada de su puré de patata—. Además, todos los que estamos aquí estamos enfermos, no se nos presupone un futuro muy halagüeño, ¿no crees?

—Yo no estoy enfermo.

—Claro que no. Tragarse un bote de pastillas es de lo más normal.

—¿Quieres dejar de decirlo en voz alta? ¡No soy un enfermo! —protestó serio, brusco incluso. Pero a ella no pareció amedrentarla lo más mínimo.

—Cuando superes la fase de *negación* seguimos hablando de ello, ¿te parece? Me agota todo eso de: estoy bien y lo mío con San Pedro ha sido solo el rollo de una noche y blablabá. A ver, Mik, ¿qué crees que es esto? —preguntó indicando hacia el derredor con ambos brazos abiertos.

—¿Un comedor?

—Sube un poco más.

—¿Un loquero? —sugirió sospechando que tampoco iba a acertar la respuesta.

—Voy a decirte una cosa que quizás nadie más se atreva.—Se inclinó hacia él, aproximándose a su oído—. Este es el redil de las ovejas negras.

—¿Qué? —dudó girándose para poder mirarla a los ojos.

—¿Sabes cuánto cuesta una semana en este lugar?

—No.

—Mil quinientos euros. ¿Crees que una familia media puede pagar esos honorarios? Los padres, los hermanos, los abuelos de quienes estamos aquí, son gente poderosa, de la alta sociedad sevillana en su mayoría, personas con grandes recursos económicos.

—¿Y?

—Piensa un momento, mientras estemos aquí no les causaremos problemas. No tendrán que avergonzarse de nosotros, no tendrán que preocuparse de lo que estamos haciendo...

—Pero la estancia aquí es voluntaria, yo he tenido que firmar un documento.

—El mismo que firmó Jan hace dos años. ¿No? Hay muchas formas de obligar a alguien

a hacer algo que no desea, y no me refiero a nada extraño, en plan tortura y eso —advirtió como si adivinase por donde se extraviarían sus pensamientos—. Me refiero a convencerle, a comerle el coco para que se quede aquí… sin forzarle.

—¿Ese es tu caso?

—No.

—Admites que estás enferma, pero te comportas como una guía turística —dijo taladrándola con la mirada, ella apretó los labios en un mohín de incomodidad.

—Solo trato de hacértelo más fácil, me hubiese gustado que alguien lo hiciese conmigo cuando llegué hace dos semanas. Y sí, estoy enferma y sé que voy a morir joven, siempre lo he sabido.

—¿Y lo sabes porque te lo ha dicho Jesucristo desde su ovni? —Ella permaneció muy seria y después asintió. Sin saber por qué, Mikael sintió que se le aceleraba el corazón, no podía estar *tan zumbada*. De pronto rompió a reír, se había burlado de él.

—Lo sé porque lo que has visto en mi muñeca no es nada comparado con el resto de mi cuerpo —respondió de pronto, provocando que se le atragantase el sorbo de zumo que acababa de tomar. Tosió y tosió hasta que pudo respirar con normalidad, mientras ella, a su lado, continuaba remoloneando con el tenedor, ahora en el plato de estofado.

Los ojos de Lola se dirigieron entonces a la entrada, y sin decir nada más tomó su bandeja blanca de plástico y, levantándose de su sitio, se marchó.

La siguió con los ojos, hasta ver cómo se sentaba en otra mesa, junto a la chica que había dicho que era su compañera de habitación, frente a él. Miró entonces a la puerta del comedor y vio cómo el psiquiatra la había atravesado y caminaba en su dirección. Inmediatamente sospechó que le daría un sermón sobre su advertencia de relacionarse con Lola. Tomó asiento a su lado.

—Buenas noches, Mikael.

—Buenas noches, doctor Quintanilla.

—Puedes llamarme solo Jaime, si te resulta más cómodo.

—Prefiero llamarle doctor Quintanilla, así no me olvido de quién es y de que me sacará de aquí cuanto antes.

—Sabes que puedes marcharte cuando quieras. Esto no es una cárcel.

—Lo sé. Como sé que mis padres cancelarán la beca mensual que aportan al orfanato en el que me adoptaron si me marcho antes de recibir el alta.—Él sonrió, como si se admirase del método de sus progenitores para obligarle a asistir a terapia.

—¿Te preocupan esos niños?

—Yo fui uno de ellos hasta los ocho años.

—¿Guardas recuerdos de aquella época?

—Creí que comenzaría con las terapias mañana.

—Así es. Esto es solo una conversación —dijo elevando la vista al frente y Mikael no necesitó seguir su mirada para saber que observaba a Lola.

—Guardo pocos recuerdos de aquellos años.—Sus ojos regresaron a él—. Pero sé de dónde vengo y…

—Bueno Mikael, como bien dices mañana tendremos nuestra primera sesión y podremos hablar de lo que te apetezca, con calma —aseguró incorporándose, sin dejarle terminar la frase. Lo hizo cuando Lola se levantó y abandonó el comedor—. Hasta mañana.

Y Quintanilla se marchó también.

Mikael se quedó dándole vueltas a la cabeza, removiendo el puré de patatas que se había enfriado. Aquello iba a ser mucho más duro de lo que había imaginado, solo llevaba en el centro

una tarde y estaba siendo una de las más largas de toda su existencia.

Añoraba la seguridad de su habitación. Lo que más desearía en ese momento era tumbarse en su cama con las persianas hasta abajo y enrollarse entre las coberteras, poner a los Dire Straits a todo volumen y desaparecer durante horas.

Horas. Días.

O hasta que su padre entrase, subiese las persianas y tirase de las sábanas arreándole, llamándole *idiota* perezoso. Repitiendo una y otra vez aquella frase de Picasso que le había hecho detestar: *Cuando la inspiración llegue que te pille trabajando*. Y añadía: *Los genios no esperan la inspiración, la buscan incesantemente.*

Incesantemente.

Detestaba el tono de su voz. El modo en el que le hacía sentir que no valía nada.

Detestaba su silencio, cuando solo lo rompía para estallar acusándole de no ser lo suficientemente bueno.

Levantó la vista y buscó a Jan con los ojos. Estaba sentado en una mesa a su derecha, solo. Disfrutaba de su puré y su estofado como si de un manjar celestial se tratase. Dos años llevaba en aquel lugar, dos *jodidos* años.

Pensó que jamás podría pasar tanto tiempo allí.

Se levantó de su asiento y fue hasta el gran cubo de basura que había al fondo de la sala donde vació la bandeja, dejándola en la estantería que había sobre este. Cuando caminaba en dirección a la salida, alguien le puso la zancadilla y cayó de bruces, golpeándose en la mejilla, en el torso y en ambos codos contra el suelo. Automáticamente se preocupó por sus dedos, pero estaban intactos. Después pensó en que era un idiota por preocuparse por sus dedos ya que no pensaba volver a tocar.

Apoyó los brazos en el suelo y se levantó despacio. Mientras oía las carcajadas de quien debía haberle hecho caer al suelo.

Mikael había sido un niño menudo y poco sociable. Haber crecido rodeado de muchos otros niños tan desamparados como él le había enseñado a luchar con los demás por todo. Luchar por conseguir su juguete favorito del gran arcón, por la cama más cómoda, por el mejor lugar junto al fuego de la chimenea... Y aunque cuando llegó a casa de los Levi todo eso cambió, porque de vivir en la más rotunda escasez pasó a convertirse en el dueño de un sinfín de cosas, esa sensación de no ser propietario de nada, siempre le había acompañado.

En el colegio, cuando logró hacerse con el idioma, entendió que las burlas de algunos de sus compañeros hacían referencia a que era adoptado. No hizo demasiados amigos, por ello sus padres insistieron en que le cambiasen de compañeros al entrar en el instituto. Pero la cosa no fue a mejor.

El primer año el matón de turno decidió convertirlo en el objetivo de sus burlas. Mikael sabía que si lo permitía estaría condenado a ser humillado hasta el último de sus días en aquel lugar. La segunda ocasión en la que trató de intimidarle, cuando le detuvo en el pasillo y le empujó, llamándole *ruso de mierda muerto de hambre*, antes de que le golpease, le dio un cabezazo con toda su fuerza, partiéndole la nariz. Hizo lo propio con el segundo que lo intentó, y con el tercero. Después de eso se ganó una merecida fama de salvaje y nadie volvió a meterse con él. Esto trajo consigo que fuese expulsado en varias ocasiones y el recelo de muchos de sus compañeros, que le miraban como a una especie de bicho raro. Pero en el segundo curso conoció a Iván, un repetidor que acabaría convirtiéndose en su mejor amigo, y la opinión que tuviesen el resto de sus compañeros de él dejó de importarle.

Pero el chico de la cabeza rapada, el que Lola había tildado de ser un *rabioso*, nada sabía de su fama de salvaje, aunque tampoco parecía que le hubiese importado demasiado de saberlo. Una pelea en su primer día en aquel lugar no era un buen comienzo para su recuperación. Se incorporó tratando de evitar mirarle a los ojos.

—Ten cuidado por donde andas, *novato* —le dijo. Mikael buscó con los ojos a los celadores, que conversaban entre ellos junto a la puerta, ajenos a lo que acababa de suceder. Estaba convencido de que no iba a acabar ahí, pero trató de continuar su camino—. Eh, no he terminado de hablar contigo. ¿Sabes que los nuevos tienen que *chupársela* a los veteranos? —insistió el *rabioso* entre risas, pero continuó caminando. Algo le impactó en la espalda y cayó a sus pies, era un plátano—. Vamos cógelo y enséñame cómo lo haces, con cariño.

Continuó caminando hasta que le agarró del hombro, se volvió dispuesto a encajar un golpe, o más de uno, pero a repartir unos cuantos. Iba a defenderse, no pensaba quedarse quieto, pero entonces una *montaña* se interpuso entre él y el *rabioso,* obligándole a apartarse.

—Tú no tocas amigo de Jan. Jan parte tu cara —dijo su compañero de habitación, dando un empujón al tipo que le hizo caer de espaldas sobre la mesa para acabar en el suelo. Esto hizo mucho ruido al tirar las bandejas, provocando que los celadores al fin se diesen cuenta de que sucedía algo. Echaron a correr y cuando les alcanzaron agarraron a Jan por los brazos, el gigantón que les sacaba un par de cabezas no se resistió.

—¡Eh! ¿Qué hacéis? Él no ha sido, ha sido este el que me ha puesto la zancadilla. Él solo trataba de ayudarme —les dijo Mikael.

—¡Cállate! —le gritó uno de ellos tirando del brazo de Jan, sin embargo, no lograba moverlo.

—¡Decidle que ha sido él! —pidió al grupo de chicas de la *dismorfofobia*, pero todas volvieron sus rostros escuálidos como si no le oyesen. Los celadores tiraban de Jan hacia la puerta, sin lograr moverle, mientras el *rabioso* se levantaba del suelo.

—Muévete Jan, vamos a la enfermería —exigió uno de ellos. La palabra *enfermería* le puso nervioso y comenzó a agitar los brazos, tratando de liberarse de quienes le sujetaban, zarandeándolos. Uno salió disparado por los suelos y entonces el otro tocó un silbato que llevaba al cuello bajo el pijama sanitario. Otros cuatro celadores más aparecieron a toda velocidad por la puerta y se abalanzaron sobre Jan como jugadores de rugby, entre todos lograron tirarle al suelo.

—¡Eh!¡Dejadle en paz! —exigió Mikael— ¡No ha hecho nada! —Trató de hacerse oír, pero no le escuchaban. Agarró a uno de ellos del brazo y logró que lo soltase, pero entonces otro le agarró a él —. ¡Soltadme, soltadme!

Un celador volvió a tocar el silbato y llegaron dos más, uno de ellos ayudó a retener a Mikael mientras entre las cinco personas que estaban sobre el gigantón apenas podían sostenerlo.

La enfermera apareció con una jeringuilla preparada.

—¡Dejadle, joder! ¡Él no ha hecho nada! —le gritó a ella mientras le inyectaba a Jan en el brazo.

—O te calmas o te pincho a ti también.—Fue su respuesta. Los celadores se apartaron de Jan poco a poco, el efecto del sedante fue casi inmediato. Mikael, aún sostenido por los otros dos miró al *rabioso*, que sonreía plácido después del revuelo que había propiciado.

—Soltadme, soltadme, por favor —pidió dejando de luchar, relajando sus músculos. La enfermera asintió a los celadores y estos le liberaron, trató de aproximarse a Jan, pero le impidieron acercarse.

Se levantó con dificultad, con la mirada ausente, entre tres le sacaron de la habitación tirando de él, ahora sin resistencia.

—Echadle en la cama antes de que caiga desplomado. Y tú, más vale que te comportes —le advirtió la enfermera antes de marcharse.

Mikael les siguió, no se fiaba de si en realidad le llevarían hasta la habitación. Pero fue así, Jan cayó sobre el colchón como un fardo y se marcharon. Él se sentó en su cama, observándole. Respiraba despacio, de modo superficial, sumido ya en un profundo sueño. Caminó hasta su cama y le sacó los zapatos, unos náuticos que nada armonizaban con el chándal que vestía y que además olían a pies con avaricia. Los echó a un lado.

El grandullón estaba demasiado dormido como para protestar así que le cubrió con una de las sábanas que había sobre su silla, con las que debería haber hecho su cama.

Después volvió a acostarse, aunque veía difícil conciliar el sueño.

Decidió que al día siguiente hablaría de aquello con el doctor Quintanilla. La actuación de la enfermera y de los celadores había sido desproporcionada. Jan lo único que había hecho fue tratar de defenderle de una agresión. Sintió una gran compasión por él.

«Tú no tocas amigo de Jan. Jan parte tu cara».

Acababa de descubrir que aquel gigante y él ahora eran amigos.

Qué ironía, pensó. Hacer amigos nunca le había resultado sencillo, entre su carácter reservado y las capas y capas con las que se había cubierto como una matrioska, había sido difícil.

Sonrió al pensar en cómo conoció a Iván. Este tomó asiento a su lado en un banco del patio del instituto, con su bocadillo de paté en las manos. Lo miró de arriba abajo, no sabía qué pretendía aquel chico nuevo que acababa de repetir curso, quizá convertirse en el ídolo de la clase al burlarse de él. Pero este continuó degustando su bocadillo sin decir nada.

Al día siguiente hizo lo mismo. Solo se sentó y comió.

Y al siguiente.

Al cuarto día, cuando terminó su desayuno, le miró a los ojos y dijo:

—Parece que eres uno de los tíos más listos de la clase, especialmente en inglés y lengua. Esas dos asignaturas son mi cruz y si no las apruebo este año mi padre me enviará a una academia militar. Si me ayudas a aprobar te pagaré, ¿qué te parece si me das clases particulares? —Mikael le miró preguntándose si hablaba en serio. Lo hacía.

—No me hace falta el dinero, gracias.—Fue su respuesta. Iván echó a reír.

—Tío, eres un antipático. No me extraña que no tengas amigos.—Se levantó dispuesto a marcharse, no le apetecía quedarse a oír cómo se burlaba de él—. Eh, espera. No necesitas el dinero, pero seguro que hay algo que pueda hacer por ti.

—No lo creo.

—Puedo ser tu coartada. Mi padre es un jefazo de la policía, todo el mundo le hace la pelota, seguro que si le dices a tus padres que eres amigo mío te dejarán venir a casa y así tendrás una excusa para hacer lo que te dé la gana porque yo te cubriré.—Mikael se quedó pensativo un instante, nunca se le había ocurrido algo así. Sus días transcurrían entre el instituto y los ensayos en casa, hacía siglos que no iba a pasear al Retiro, a comerse una hamburguesa o sencillamente a tumbarse en el césped en un parque a leer oyendo rock and roll, música que su padre detestaba.

—Ven por las tardes a casa a hacer los deberes, de cuatro a cinco, si te retrasas un solo día, se acabó. Te anotaré la dirección en un papel.—Fue su respuesta.

Y no lo hizo, no se retrasó un solo día. Y aprobó ambas asignaturas.

Años después Iván le había contado que nunca le había costado tanto ganarse la confianza de alguien. Los amigos de Iván, un año mayores que él, se convirtieron en sus amigos, y eso hizo crecer su círculo social. Sin duda su amigo le había ayudado a abrirse al mundo.

Fue Iván quien le animó a contactar con el orfanato de Múrmansk del que procedía, consciente de su necesidad de recuperar esa parte de su pasado, de retomar el contacto con la que había sido su vida.

Pero aquella amistad que en principio fue muy bien recibida por sus padres (¡Al fin Mikael tenía amigos!), acabó convirtiéndose en un obstáculo, sobre todo los dos últimos años. Un obstáculo en sus planes para el hijo que habían *diseñado* tener desde un principio.

Iván era una mala influencia para Mikael, porque extendía sus alas y le animaba a volar en una dirección muy distinta a la que *ellos* habían elegido.

Y trazaron un plan para alejarle de él.

4

Mikael

Apenas pudo pegar ojo en toda la noche, el tranquilizante, o lo que fuese la pastilla que no pudo evitar tragarse, no le produjo el menor efecto. Pudo contar las placas de escayola del techo, cincuenta y dos, las tiras de aluminio que las sostenían, quince, los focos cuya luz de emergencia anaranjada permanecía encendida, dos, el número de ronquidos de Jan antes de cambiar de postura en cuanto las fuerzas se lo permitieron, allá por la madrugada, seiscientos.

Aquel cuarto era un espacio aséptico, como una habitación hospitalaria, nadie podría considerarlo *su* habitación, nadie podría sentirse a salvo en aquel lugar. Ni, aunque pasase dos años en él.

¿Qué habría hecho Jan para acabar allí?

¿Qué enfermedad padecía? Se preguntó en silencio en mitad de la oscuridad.

También pensó en Lola, en las cicatrices de su muñeca menuda.

«Lo que has visto no es nada comparado con el resto de mi cuerpo».

¿Quién era aquella chica? ¿Qué le sucedía?

Si de algo estaba convencido era de que pertenecía al tipo de chicas que en cualquier otra circunstancia ni siquiera se habrían dado cuenta de su existencia. Las populares del instituto, las líderes que marcaban tendencia por los pasillos y miraban al resto de mortales por encima del hombro. Hablaba con esa naturalidad y ese descaro que conceden la alta autoestima. Pero en algún momento, algo o alguien, la habría bajado de su pedestal, probablemente de una forma bastante brusca, y había acabado allí.

«Este es el redil de las ovejas negras… …mientras estemos aquí no avergonzaremos a nadie.» Le había dicho. Desde luego sonaba bastante cuerda al decir aquello.

En algún momento debió quedarse dormido, fue consciente cuando despertó sobresaltado ante un nuevo ronquido de su compañero de habitación. Dio gracias porque las lámparas estuviesen incrustadas en el techo porque de lo contrario, habrían acabado dentro de su boca. Porque cuando inspiraba tras cada ronquido lo hacía con tanta fuerza que casi provocaba el vacío en la habitación.

La luz del sol había comenzado a clarear a través de la ventana. Se levantó y caminó hasta el baño, allí se desnudó y se metió en la ducha. Suspiró mientras las gotas de agua le recorrían la espalda, alzó el rostro en busca de su contacto. Fue una sensación placentera sentir cómo se desentumecían sus músculos, cómo su espina dorsal se estiraba por completo y sus muslos se relajaban. Comenzaba su segundo día en aquel lugar, su segundo día de condena, qué iluso fue al creer que después del hospital se irían a casa. No recordaba nada desde la noche del viernes hasta que despertó en la UCI el sábado por la tarde, esas horas habían desaparecido como un largo sueño. Sí recordaba en cambio, con detalle, los cuatro días que había pasado con sus

padres en el hospital. Se habría tomado no uno, sino siete blísteres de pastillas por evitarlo.

Esas horas después de llamarle IDIOTA nada más despertar.

Su palabra favorita, junto con su expresión de repulsa.

Esfumó ese pensamiento de su mente mientras se enjabonaba el cabello con el champú que olía a cítricos y permitió que aquel aroma le invadiese, le llenase con su esencia, dejando que la opresión en el pecho fuese mitigándose poco a poco.

Tranquilízate y pasará.

Eso le había dicho el doctor del hospital cuando le habló de las sensaciones en las que en ocasiones se sentía envuelto y que diagnosticó como ataques de ansiedad.

Ataques de ansiedad. Él, una persona cuadriculada y disciplinada al extremo, dejándose llevar por sus emociones. ¿Cómo iban a entenderlo sus padres si ni él mismo era capaz de hacerlo?

Volvió a inspirar hondo, arropado por la acogedora nube de vapor.

Cuando logró relajarse centró sus pensamientos en la que sería la primera tarea de su segundo día en aquel lugar: hablar con el doctor Quintanilla de lo sucedido tras la cena. Y después, haría todo lo necesario para salir de allí lo antes posible.

Al descorrer la cortina de la ducha se topó de frente con Jan, esperando su turno de pie ante esta, completamente desnudo. El grandullón le miró de arriba abajo sin reparos.

Mikael se cubrió los genitales con las manos, siempre había sido bastante pudoroso con su intimidad porque…

—Mikael, pene grande —observó este con total naturalidad. Él alcanzó la toalla con una mano mientras se cubría como podía con la otra.

—Gracias. Tú tampoco vas mal servido —respondió sin saber qué decir, sin poder evitar ruborizarse, mientras enrollaba la toalla alrededor de su cintura.

—Chicas gustan penes grandes.

—Imagino que dependerá de la chica, habrá chicas a las que sí y otras a las que no.

—¿Chicas gustan, Mikael?

—¿Que si me gustan las chicas? —Le miraba anhelando su respuesta, sin moverse, como una estatua de Botero inmensa y peluda que le impedía el paso hacia la salida—. Sí me gustan. No soy gay si es lo que quieres saber.

—Jan da igual mientras no enamoras de Rosa. Rosa novia de Jan. Mikael amigo de Jan. Mikael no enamora de Rosa.

—No, claro que no. Jamás me enamoraría de la novia de un amigo —respondió entre risas relajándose a pesar de lo incómodo de la situación—. ¿Quién es Rosa?

—Rosa trabaja aquí, es novia de Jan.

—¿Sabe ella que es tu novia?

—Sí sabe, pero no dice a nadie, todavía —dijo encogiéndose de hombros, con cierto pudor, provocándole una sonrisa.

—Gracias por ayudarme ayer, *amigo*.

—Amigos ayudan amigos —respondió.

En ese momento aquel mastodonte desnudo le abrazó, estrechándole contra su pecho lechoso, encajando su cabeza entre sus pectorales, provocando que los vellos rubios de su torso se le metiesen por la nariz haciéndole cosquillas. Trató de revolverse con cuidado para no ofenderle, intentando por todos los medios evitar que su miembro desnudo le rozase por ninguna parte, como si diese calambre, pero le tenía bien agarrado.

—Ya vale, Jan. Suéltame que me asfixio —pidió y este lo hizo de inmediato. Descubrió

entonces que había una mujer de pie junto a la puerta vestida con uniforme sanitario, observándoles.

—Esto no es lo que parece —acertó a decir y ella sonrió. Parecía bastante joven, en torno a los veintipocos, delgada, de estatura media. Tenía el cabello moreno, corto, y lo llevaba recogido en una pequeña coleta.

—Buenos días, soy Rosa, la terapeuta ocupacional, vengo a ayudar a Jan con el baño —se presentó, dando un paso hacia el interior. Mikael se apretó la toalla en la cintura y miró a Jan con picardía, así que ella era Rosa.

—Hola, soy Mikael.

—Jan quiere a Mikael —dijo su efusivo nuevo amigo.

—Pero no en sentido romántico —aclaró. A Rosa debió de parecerle de lo más divertida su incomodidad porque echó a reír.

—Me gustaría que vinieses a verme al despacho, Mikael. Está justo frente al del doctor Quintanilla, al final del pasillo. Tengo que hacer tu ficha de ingreso. ¿Te pasarás hoy?

—Está bien —admitió resignado y aún enrollado en la toalla regresó al dormitorio y cerró la puerta del baño.

Miró dentro del armario empotrado en la pared frente a los pies de su cama, allí encontró su ropa tal y como le había advertido Quintanilla, debieron colocarla durante la cena. Le habían adherido una etiqueta térmica por el interior con su nombre, para evitar confusiones, imaginó.

Se vistió deprisa temiendo que la terapeuta saliese del baño y le pillase desnudo. Fue un alivio volver a vestir de oscuro, no se sentía miembro de ninguna tribu urbana, pero incluso se habría sentido más cómodo con los trajes que su padre le había obligado a utilizar para los recitales de piano que con aquel chándal color café.

En el instituto solía vestir con vaqueros y camiseta.

El instituto.

En aquel momento importaba poco, pero todo apuntaba a que iba a perderse los exámenes finales del último curso.

Su media de sobresaliente iba a caer de un modo estrepitoso, podía despedirse de su matrícula de honor.

¿Se habrían enterado ellos de lo que había hecho?

Si lo habían hecho pasaría de ser el salvaje antisocial al pirado suicida.

Sus padres habían mentido para posponer el recital de su debut, habían dicho que había padecido una apendicitis. Esperaba que hubiesen contado la misma historia al director del instituto. Aquel era el último año, los últimos meses antes de que finalizasen sus estudios de bachillerato. Y no había sido nada fácil compatibilizarlos con la preparación de su debut como representante nacional para el concurso de jóvenes músicos europeos.

Quizá su padre tuviese razón después de todo, había sido una *idiotez* esforzarse tanto en sus estudios académicos, cuando nada de aquello importaba para convertirse en un gran pianista.

Él siempre tuvo la esperanza de que si sus notas eran excelentes lograría convencerle de que podría compatibilizar el piano clásico con matricularse en el Grado en Composición de Música Contemporánea para poder ejercer como profesor algún día.

Porque Mikael había nacido para tocar el piano, para componer, su padre no dejaba de repetírselo, pero solo música clásica, todo lo que se saliese de ese ámbito era una auténtica herejía para él.

El piano. Su liberación y su condena.

En lugar de dirigirse al comedor para el desayuno fue directo al despacho del doctor Quintanilla, le apremiaba la necesidad de exponer lo sucedido la noche anterior. Llamó a la puerta, que permanecía entreabierta.

—Adelante —pidió este invitándole a pasar. Era su primera visita a aquel despacho. El día anterior había visitado otro mucho más amplio y con las paredes llenas de títulos, en el que había atendido a sus padres, en la zona de consultas externas, más cercano a la salida principal, más allá del mostrador de recepción. Aquel era bastante más pequeño, con muebles robustos de color oscuro. A la derecha, junto a la única ventana de la habitación, había un sofá morado de tres plazas y próximo a este un sillón orejero del mismo color—. Buenos días, Mikael. Qué madrugador. Cierra la puerta y ponte cómodo —le pidió indicando hacia el sofá morado. Obedeció su orden de cerrar la puerta, pero en lugar que ocupar el sofá, se sentó en la silla frente a su mesa—. Y bien, ¿cómo estás?

—Listo para marcharme —afirmó.

—Eso solo dependerá de ti. En principio vas a pasar dos semanas aquí —dijo. Las palabras de Lola resonaron en su cabeza: *Vas a estar aquí varios días, mínimo un par de semanas, primero porque tu padre las ha pagado ya*...

—¿En principio? Le aseguro que dentro de dos semanas no estaré aquí.

—Todo dependerá de ti —aseguró peinando con los dedos su bigote castaño, enrollándolo entre el índice y el pulgar en un movimiento hipnótico. Su expresión le decía que no acostumbraba a aceptar negativas—. Pero vayamos paso a paso. ¿Estás listo para comenzar las terapias?

—No he venido para eso.

—Y entonces, ¿para qué has venido?

—Para contarle que anoche fui agredido por un tipo con el pelo rapado que…

—¿Agredido? Eso no es lo que pone en el registro de enfermería.

—¿No? ¿Y qué pone?

—Que te enfrentaste a Jaime Romero sin motivo aparente.

—El *motivo aparente* fue que me puso la zancadilla. Y no me enfrenté a él, trató de…

—¿No será que estás buscando crear un conflicto que haga que tus padres te saquen de aquí?

—No tengo porqué buscar una excusa para marcharme, estoy aquí de forma voluntaria.

—Ya… —dijo sin la menor convicción, con una sonrisa extraña, que conociese cuál era el verdadero motivo por el que había accedido a ingresar no ayudaba demasiado.

—No he venido para quejarme de que ese tipo trató de agredirme. Sino de que anoche varios enfermeros, celadores o lo que sean, se abalanzaron sobre mi compañero de habitación, Jan, no sé su apellido, lo redujeron en el suelo y le inyectaron un sedante que le dejó KO.

—¿Y?

—¿Cómo que, *y*? Eso no está bien.

—¿Eres sanitario? —preguntó irritado—. No, ¿verdad? Pues entonces no pongas en duda la profesionalidad de unos trabajadores altamente cualificados.

—¿Cualificados? Pues esa cualificación no les impidió saltar como monos encima de un tipo que no había hecho nada. Sobre alguien que solo trataba de defenderme.

—Es decir, que alentaste su participación en la discusión —No podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—No hubo discusión. El tal Jaime me puso la zancadilla, me caí, me levanté, traté de marcharme, pero me agarró del hombro e intentó agredirme. Jan le empujó para que no lo

hiciese. Fin.

—Esa es tu versión.

—Por supuesto que es mi versión. Y la de cualquiera de las personas que estaban en el comedor, puede preguntarles.

—¿Algo más que añadir? —inquirió con desgana tomando un folio de su mesa de escritorio y mirándolo sin demasiado interés.

—Que espero que no se repita.

—Nosotros también esperamos que un incidente como ese no vuelva a repetirse. Y yo, particularmente *yo* —enfatizó—, espero que la próxima vez que acudas a este despacho sea para enfrentar tus problemas y no para buscar excusas con las que no hacerlo porque te dan demasiado miedo —advirtió con una sonrisa cínica.

—Si quiere ayudarme de verdad, no permita que seden a alguien solo por miedo a su reacción. Esto no es Minority Report.

—Cuando te sientas preparado, estaré aquí para ayudarte, Mikael.

Salió de aquel despacho lleno de ira, con la sensación de haber hablado con una pared.

¿Cómo alguien podía ser tan cínico? Estaba diciéndole que había visto cómo agredían a su compañero y eso al parecer no importaba, su palabra no importaba en aquel lugar.

¿Por qué? ¿Por qué su palabra no valía nada?

¿Porque había intentado suicidarse? ¿Eso le hacía incapaz de discernir entre lo correcto y lo que no lo era?

¿Cómo creer que alguien para quien su opinión no tenía el menor valor pretendía ayudarle?

Pasaría un par de semanas encerrado, al parecer, pero ello no le obligaba a recibir terapia ni tratamientos de un tipo como aquel. De un tipo cuya expresión acababa de dejarle claro que en absoluto estaba preocupado por su bienestar ni por el de ninguno de los pacientes de aquella clínica. Pasaría dos semanas acostado en aquella habitación sin alma y después se marcharía.

No había planes más allá de su partida porque imaginarlos le turbaba. El único consejo que había oído del psiquiatra del hospital, de todos los que le había dado el día en el que recibió el alta para acto seguido ingresar en aquella clínica, había sido que viviese día a día sin preocuparse por el mañana, al menos hasta que se sintiese más recuperado mentalmente. E iba a hacerlo.

Nada más salir del despacho se encontró con la terapeuta que había ayudado a Jan a asearse, su mirada amable le hizo saber que iba a hablarle y no se equivocó.

—Hola otra vez, Mikael. ¿Tienes un momento?

—¿Para qué? No pienso participar en ninguna actividad.

—Solo pretendo hacer tu ficha de ingreso, ¿puedes dedicarme diez minutos? —preguntó con una sonrisa. Estaba enfadado con Quintanilla, enfado que hacía extensible a aquel lugar, pero entonces pensó que ella no tenía la culpa, solo intentaba hacer su trabajo.

—Está bien.

—¿Has desayunado ya?

—No. Aún no, pero no importa.

—Sí importa, debes tomarte el tratamiento. Ve, desayuna y estaré esperándote en mi despacho.

Mikael caminó hasta el comedor e hizo la cola para el desayuno, desde esta vio a Jan sentado a una de las mesas, a solas. No había rastro de Lola, tampoco del matón de la noche anterior. Cuando regresaba con su bandeja el grandullón le miró con sus ojos azules y pequeños llenos de ilusión, rogándole sin palabras que se sentase a su lado. Mikael suspiró resignado con su incapacidad de negarse y tomó asiento a la mesa, frente a él.

—¿Dónde estaba Mikael? Tarda mucho.

—Fui a ver a alguien.

—¿Al doctor *Pinchazo?*

—¿Quién es el doctor *Pinchazo*? —preguntó curioso, pero pronto cayó en la cuenta. Era Quintanilla. Su broma le arrancó una sonrisa.

—¿Así le llamas? ¿Doctor *Pinchazo*?

—Habla con él y *pinchazo*, siempre *pinchazo*—respondió antes de dar un sorbo a su café. Mikael rompió a reír. Jan soltó su vaso y comenzó a fingir que se rizaba el bigote con aire de superioridad—. Tú mal, tú crees estás bien, pero tú mal, todo mal. Yo sé todo, tú nada. *Pinchazo.*

—Lo imitas genial, tío —rio divertido—. ¿De dónde eres, Jan?

—Danés. Un gran danés —bromeó haciendo referencia a la raza de perros gigantes.

—Y tanto. Un *gran* gran danés —siguió su broma entre risas—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Dos años. Mucho tiempo ya. ¿De dónde Mikael?

—Vivo en Madrid, pero nací en Rusia. Soy adoptado.

—¿Eso problema? ¿Tú sientes mal?

—No, en absoluto. Cuando pequeño los niños se burlaban de mí por eso, pero siempre he asumido que mi madre me entregó porque no podía cuidar de mí y creyó que era la mejor opción.

—Niños también burlaban de Jan. Muy grande, partía silla colegio —reveló encogiéndose de hombros—. ¿Padres España buenos? —preguntó y fue Mikael quien se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Nunca me ha faltado de nada.

—Familia ser lo peor —sentenció el grandullón apropiándose de su segunda rebanada de pan.

—No te cortes —dijo y él sonrió, mordiéndola.

En ese momento vio cómo Lola entraba en el comedor, vestida con unos vaqueros y una camiseta de rayas horizontales blancas y rojas y un gorro beanie también rojo, bajo el cual llevaba el largo cabello suelto. Parecía que se hubiese escapado de un libro de *¿Dónde está Wally?* pensó Mikael. Estaba seria, pero cuando los vio en la distancia les sonrió y les dedicó un guiño antes de ponerse en la cola para el desayuno.

—Lola es buena con Jan.

—¿Crees que es de fiar? Quintanilla dice que no me fie de ella.

—Porque eres guapo —respondió como si nada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El doctor *Pinchazo* quiere a Lola. Lola para él.

Mikael pensó que Jan desvariaba al hacer aquel comentario. Él que tenía una novia ficticia trabajando en el centro, debía creer que lo que sugería era algo normal.

La observó servirse el desayuno y tomar asiento a otra mesa para degustarlo. Como también observó sus miradas furtivas hacia ellos, como si se hubiese vuelto tímida de repente.

Reconoció a la chica que había a su lado del día anterior, Almudena, la joven con depresión postparto.

Tras el desayuno, una chica que se había presentado como Martina, la auxiliar de terapia, fue captando participantes, como si de un animador social de un extraño resort hotelero se tratase, para jugar a los bolos. Jan marchó con ella y él se dirigió entonces hasta el despacho de la terapeuta. Pasó antes por su habitación para tirar en el váter las dos pastillas que le había entregado la enfermera.

Su despacho, como le había descrito, estaba situado frente al de Quintanilla. Miró el letrero de metacrilato junto a la puerta, Rosa Rodríguez, terapeuta ocupacional. Llamó con los nudillos sobre la madera lacada y oyó cómo le invitaba a pasar, la observó acomodada tras la mesa del escritorio, frente al ordenador, mirándole con cierta curiosidad. Mikael no pudo evitar notar que se había cambiado de ropa y vestía un traje rojo hasta las rodillas bajo la bata blanca en lugar del pijama sanitario que llevaba cuando se encontraron antes, además, se había maquillado.

—Bienvenido.

—Gracias.

—¿Comenzamos? —Asintió—. ¿Cuántos años tienes, Mikael?

—Dieciocho.

—Pareces mayor.—No era la primera vez que le decían algo así. Tampoco es que le preocupase demasiado la edad que aparentaba.

—Será porque llevo mucho vivido a mis espaldas.

—¿A qué te refieres con *mucho vivido*?

—A que no he tenido una vida corriente. ¿Podemos hacer la ficha?

—Sí claro —respondió con una nueva sonrisa. Sus sonrisas no eran falsas, o a él no se lo parecían—. ¿Lugar de nacimiento?

—El real, no lo sé. Pero en mi DNI pone Múrmansk.

—Y eso está en…

—En la península de Kola, al noroeste de Rusia. Todo eso debe ponerlo en mi documentación de ingreso, ¿no?

—Ya, pero prefiero que me lo cuentes tú, si no te importa —respondió mirándole a los ojos con algo parecido a la ternura y comenzó a anotar datos en el ordenador—. ¿Y cómo llegó un niño ruso hasta España?

—Por medio de una agencia internacional de adopción.

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho.

—Hablarás ruso a la perfección entonces.

—Lo entiendo mejor de lo que lo hablo, pero me defiendo bastante bien.

—¿Dónde vives?

—En Madrid.

—¿Y por qué has ingresado en esta clínica de Sevilla?

—Porque estábamos aquí cuando intenté… Cuando…

—Entiendo. ¿Padeces alguna enfermedad?

—No.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Seis de abril.

—¿Y día de la semana?

—Miércoles.

—¿Estudias actualmente?

—Segundo de bachillerato. Aunque me puedo dar por suspendido, imagino.

—No hay porqué. Puedes realizar los exámenes cuando regreses y sino siempre quedará septiembre. ¿Qué quieres estudiar?

—Nada.

—¿Nada? Bueno, tomarse un año sabático para decidirse tampoco es ningún pecado. Siempre he pensado que debemos elegir a qué queremos dedicarnos demasiado jóvenes. Yo recuerdo que no lo tenía demasiado claro y al final me decanté por la terapia ocupacional. Y hoy por hoy estoy contenta de haberlo hecho, pero podría haber metido la pata —relató con mirada soñadora, se le notaba demasiado que estaba tratando de ganarse su confianza, pensó Mikael, y a pesar de todo no le caía mal.

—Yo estudio piano.

—¿De forma intensiva?

—De lunes a domingo.

—¿Todos los días?

—Todos los días. *Un gran pianista no se hace vagueando* —repitió las palabras de su padre.

—¿Y ese es tu objetivo, ser un gran pianista?

—Supongo.

—¿Supones?

—Aún no lo sé. Si mi padre me oyese dejaría de hablarme.

—¿Te gusta tocar el piano?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Llevas años haciéndolo.

—Diez. Antes me gustaba.

—¿Ahora ya no? —preguntó llevándose una mano al mentón y Mikael sintió que estaba analizándole.

—Ahora no lo hago por placer. Ahora es una obligación.

—¿Tienes buena relación con tu familia?

—Más o menos.

—¿Cómo es la relación con tu padre?

—Buena. ¿Necesita saber algo más? —respondió incómodo al hablar de su progenitor—. Me gustaría marcharme.

—Preferiría que continuásemos hablando un poco más, pero está bien —aceptó mirándole a los ojos fijamente—. Mañana por la mañana tenemos un taller de yoga, creo que podría resultarte interesante.

—¿Por qué?

—Porque si asistes a los talleres de terapia el tiempo transcurrirá más deprisa aquí dentro. Jan, tu compañero, asiste. ¿Vendrás?

—Ya veremos.

—Es a las once, en la sala de usos múltiples. De todos modos, aquí me tienes para lo que necesites, nunca viene mal un oído amigo —aseguró con una nueva sonrisa.

La conversación con aquella mujer le produjo sentimientos encontrados, por una parte, desconfiaba de las intenciones de cualquiera que pretendiese *ayudarle*, y por otra le había provocado buenas sensaciones. Pero tampoco podía fiarse de ella, convencerle de que podía

hacerlo era su trabajo. Pensó que quizá Rosa y el doctor Quintanilla jugaban a aquello de *poli malo, poli bueno*. Se dirigió a su habitación dispuesto a echarse sobre la cama y dejar pasar el tiempo hasta la hora del almuerzo, pero al doblar el pasillo vio como el *rabioso* de la noche anterior, Jaime Romero, y uno de sus colegas abandonaban la sala de usos múltiples. Ellos se alejaron en dirección opuesta y no le vieron. Iban riéndose, como si compartiesen su satisfacción por algo que acabasen de hacer, esto le hizo sospechar que algo no iba bien.

Habían dejado la puerta entreabierta así que se asomó por esta, descubriendo en su interior a un chico atado a una silla de plástico. Debía tener su edad aproximada, sus brazos eran menudos y largos, su cabello moreno, el largo flequillo le caía sobre el rostro. Mikael le reconoció, le había visto en el comedor, comiendo a solas. Esos matones le habían envuelto con cuerdas de saltar unidas entre sí en el pecho y le habían llenado la boca con un trapo, en su frente podía leerse la palabra *Friki*, escrita con rotulador. En el suelo tiradas bajo la silla permanecían unas gafas de pasta negras.

Corrió hacia él, le sacó el trapo de la boca y comenzó a desatarle.

—Pero ¿qué te han hecho?

—Son unos bromistas —respondió serio.

—¿Bromistas? Son unos desgraciados. Debes hablar con el director de inmediato —advirtió mientras terminaba de liberarle. El chico se puso de pie y se estiró la ropa, eran aproximadamente igual de altos.

—No es nada.

—Si no les denuncias volverán a hacerlo.

—Es solo una broma, ya te lo he dicho.

—En las bromas se divierten las dos partes, no te veo muy feliz. ¿Te gusta que te hagan esto?

—No, claro que no me gusta, no soy gilipollas. Pero no puedo hacer nada para evitarlo, si me enfrento a ellos conseguiré el mismo resultado, pero con la nariz rota o un ojo morado.— Se agachó y recogió sus gafas de debajo de la silla, uno de los vidrios estaba hecho añicos—. Mierda están rotas, mi padre me va a matar. Menos mal que tengo las de repuesto.

—No las has roto tú, deberías quejarte a Quintanilla.

—¿A Quintanilla? ¿Cuándo llegaste, ayer? —le miró con escepticismo.

—Sí.

—Pues voy a explicarte algo. El padre de Jaime Romero es magistrado del tribunal constitucional y un gran benefactor de esta mierda de sitio. Jaime debería estar cumpliendo condena por darle una paliza a un *chino* cuando él y su amigo entraron en su tienda a robar. En cambio, en lugar de estar en un centro de menores, pasarán seis meses aquí y después a casa como si nada, por gentileza de Quintanilla.

—¿Hay gente cumpliendo condena aquí?

—Que yo sepa, él y su amigo JR. Se llama José Ramón, pero si le llamas así te partirá la nariz.

—No me importa quién sea ese tío. No puedes permitir que te hagan esto. Si vuelven a intentar acorralarte… avísame y te ayudaré, me llamo Mikael —dijo ofreciéndole la mano. El joven se quedó mirándola en el aire sin decidirse a estrecharla.

—¿Vas de Supermán o qué?

—No, en absoluto. Pero creo que una sola abeja no puede vencer a un asno, pero varias abejas juntas sí.

—¿El asno es Jaime?

—Quien dice un asno dice un cerdo.—Su comentario le hizo reír y al fin se decidió a apretar su mano. Oyeron entonces un crujido y ambos miraron hacia la puerta de entrada a medio abrir, pero no había nadie allí.

—Me llamo Pablo. Gracias por soltarme, Mikael —dijo antes de liberar su mano y marcharse con sus gafas de pasta rotas en la otra.

Cuando llegó a su habitación buscó su iPod en el armario, se colocó los auriculares con *Supermassive Black Hole*, de Muse y retomó su relectura de *Antes de octubre*. Essenin y Muse siempre eran un buen plan para apaciguar su alma. Un conjunto extraño. Como él mismo.

¿Cómo podían permitir en aquel lugar que aquel matón de Jaime Romero amedrentase a otros chicos? Por muy juez del tribunal que fuese su padre. Así fuese sobrino del Papa, aquello no era admisible.

¿Es que no lo sabían?

Lo dudaba.

Y aquel chico, Pablo, ¿por qué estaría allí?

Lo cierto es que jamás había pensado en el tipo de personas que podrían encontrarse internadas en un centro mental, pero si hubiese tenido que hacerlo quizá habría imaginado que irían disfrazados de Napoleón Bonaparte, o que crerían ser Iván el Terrible o María Antonieta. Y, sin embargo, en el poco tiempo que llevaba en aquel lugar estaba descubriendo que la mayoría eran jóvenes como los que podía encontrar en el instituto, como él mismo, personas más o menos… *normales*. Con lo que quiera que significase esa palabra.

Jan entró en la habitación, le miró un instante y se tumbó sobre su colchón, las sábanas permanecían sobre la silla que había junto a su cama. Mikael se deshizo de los auriculares y se sentó en la cama.

—¿Cómo sigues, amigo?

—Bien. Jan estaba con Rosa. Mikael debe ir terapia. Terapia buena.

—Paso.

—Rosa es buena con Jan. Rosa ayuda a Jan y ayuda a Mikael, si Mikael deja.

—No lo creo. Mikael ya no tiene arreglo, Jan.

—Todo el mundo tiene arreglo, dice Rosa. A veces algo se rompe aquí —afirmó tocándose la sien con el dedo índice, del diámetro de una bratwurst. Su cara era redonda y pálida como una luna llena, hacía que sus ojos azules pareciesen minúsculos. Una incipiente barba rubia cubría su mentón algo prominente en la mandíbula inferior, y una nada comedida papada—, pero puede arreglarse. Todo el mundo merece segunda oportunidad. Ella es buena y guapa —sugirió haciéndole sonreír.

—Sí, es guapa y parece buena persona.

—¿Mikael gusta Rosa?

—No. Rosa es tu novia, y Mikael respeta eso.—Asintió satisfecho con su respuesta.

—No todos malos como doctor *Pinchazo*. Él manda pinchar a Jan—afirmó con gesto de enfado—. También manda pastillas a Jan, Jan cansado, mucho. Pero ya no ve *Conejito azul*.

—¿Qué es *Conejito azul*?

—Un amigo de Jan que vive aquí —apuntó tocándose la sien de nuevo—. Jan ya no lo ve, muchas pastillas.—Mikael se había planteado enseñarle la técnica de Lola para no tragarlas, pero eso de que un conejito azul vivía en su mente era un indicio evidente de que las necesitaba.

—¿Veías un conejito azul?

—Él cantaba canciones a Jan cuando Jan en Skagen.

—Le veías, ¿cómo me ves a mí ahora?

—Sí.

—¿Por eso entraste aquí, porque veías un conejito azul?

—Porque el conejito decía cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas como… mata compañero de cuarto, saca tripas y cuelga en lámpara.—Aquel momento *Cuarto Milenio* le erizó la piel. De pronto Jan comenzó a reír a carcajadas, sacudiéndose como un edificio en un terremoto, provocándole un susto de muerte. Supo que se trataba de una broma, rompió a reír él también—. Conejito cantaba canciones y Jan escribía y tocaba con grupo. Una muy famosa, hacer gira.

—¿En serio? ¿Qué instrumento tocas?

—La batería.

—Es genial. Yo toco el piano.

—Jan sabe. Mikael manos de pianista.—Miró sus manos. Normales y corrientes, sin nada especial, ¿podría saberlo de verdad?

—Podríamos tocar algo juntos.

—Hay instrumentos en sala de música.

—¿Hay una sala de música?

—Piano, trompeta, batería... En planta de arriba, sobre gimnasio.

—¿También hay gimnasio? —preguntó sorprendido por ambas cosas.

— Sí. Jan hacer rehabilitación. ¿Mikael solo ha visto habitación?

—Y el despacho del doctor *Pinchazo* y el de Rosa —admitió con una sonrisa —. ¿Y cómo se llama esa canción tan famosa que te cantó el conejito azul?

—*Never stop the motion. Thinking in the motion, living on a dream, revolving all emotions, we´ll never be the same…* —canturreó por lo bajo y para su sorpresa reconoció la canción de inmediato. Era un rock, un rock que le había martilleado las sienes en la radio, en el hilo musical de los centros comerciales y cada vez que salía de casa, durante todo un verano, varios años atrás.

—Esa es de los Blue Devils, creo que se llaman así.

—Es mía —proclamó ceñudo. Mikael pensó que deliraba. Debía haberla oído en la radio como él mismo y creído que era su autor. Decidió no llevarle la contraria, si decía que era suya no se lo rebatiría, no tenía sentido disgustarle—. Jan hace Blue Devils con hermanos, tocar mucho y ganar mucho dinero. Yo cuento a ellos veo conejito azul y ellos llevan al médico. Médico manda pastillas y conejito azul se va. No más canciones para Jan. Hermanos piensan que Jan mejor aquí. Ellos mandan dinero. Jan estar bien aquí, pero Jan quiere salir a veces.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no sales?

—¿Dónde? Sevilla lejos, ir en coche. Y gente asusta de Jan. Jan no amigos fuera.

—¿Y tus hermanos?

—Ellos en gira. Mandan postales, Jan —dijo poniéndose en pie, se agachó y sacó una caja de zapatos de debajo de la cama, la abrió y en efecto estaba llena de postales. Las observó de cerca, había de Tahití, de Tailandia, de Madrid, de Pisa…

—Dos años de gira es mucho tiempo —reflexionó en voz alta.

—Ellos famosos, viajan mucho.

Y tú aquí encerrado, pensó.

En aquellas postales no había ni una sola imagen de los supuestos hermanos de Jan, solo

texto manuscrito en un idioma desconocido, danés, probablemente. Pensó que en sus delirios había imaginado que los componentes de aquel grupo eran familiares suyos y que esa famosa canción había sido escrita por él.

—¿Cuántos años tienes, Jan?

—Veinte y tres.—Vaya, le pensaba joven, pero no tanto. Si lo que Lola le había contado era cierto llevaba desde los veintiún años en ese lugar.

—Pues deberías salir, pedir un taxi y dar un paseo algún día, ir al cine…

—Jan da miedo, igual que a Mikael cuando llega.—Así que se había dado cuenta.

—Que te pusieses a gritarme no fue el mejor recibimiento.

—Mikael cama de Jan.

—Ya, pero no puedes recibir a la gente gritando como un loco…—El grandullón descendió el rostro al oír aquella palabra y su mandíbula se encogió, adelantando el labio inferior, como si fuese a ponerse a hacer pucheros.

—Jan no loco, Jan enfermo —masculló tomando asiento sobre la cama.

—Lo siento, perdóname. No quería decir eso, no volveré a utilizar esa palabra, te lo prometo. Yo también estoy enfermo, como tú.

—No —dijo levantando el rostro, mirándole de frente—. Mikael no ve cosas que no existen. Jan tiene miedo de ver cosas que no existen otra vez. Conejito azul no fue primera vez.

—¿No?

—No. Jan tenía amigo cuando pequeño, padres de Jan pensar era amigo imaginario, pero Jan veía de verdad.

—¿Y te llevaron al médico?

—Sí. Médico manda tratamiento durante un tiempo y Jan tomar. Pero Jan hacer mayor y dejar tratamiento sin decir a nadie.

—¿Por qué lo dejaste?

—Pene Jan muerto.

—Ah —entendió Mikael.

—Jan querer chicas. Jan tirar medicación váter —afirmó observándole con resignación. Mikael le entendió perfectamente, a su edad la sexualidad estaba casi en la cima de sus preocupaciones—. Todo bien hasta que aparecer *Conejito azul*, Jan saber que no ser real, ser alucinación. Pero cantar canciones bonitas, Jan escribirlas y montar grupo con hermanos mayores.

—¿Y qué pasó?

—Jan beber mucho, fumar, estar con chicas, muchas. Conejito azul aparecer todas horas, todas horas, Jan no dormir. Jan estallar y romper habitación hotel Sevilla antes de concierto.

—Vaya.

—Llamar policía. Policía lleva hospital. Hospital Jan obligar medicación. Conejito desaparecer, también canciones.

—¿Y tus padres?

—Muertos. Ellos accidente coche cuando viajan a Sevilla por Jan —reveló apesadumbrado, sus ojos brillaban de emoción—. Nunca ver más.

—Lo siento.

—Hermanos buscar clínica. Si padres Jan vivos, Jan no aquí —aseguró encogiéndose de hombros. Aquella última frase le entristeció. No era ningún sentimental y no quería empezar a serlo en ese momento, pero sintió una ternura infinita por él, le veía tan grande y a la vez tan indefenso. Así que sabía que la historia de la gira de sus supuestos hermanos no era más que una

excusa que aceptaba creerse porque era mucho menos duro que aceptar que sus hermanos no querían hacerse cargo de él—. Jan aguanta aquí, aunque nuevos amigos siempre marchan.

—Quizá haya llegado el momento de volver a salir ahí fuera, Jan. Y si el mundo no está preparado para alguien como tú, tendremos que cambiar el mundo nosotros —sentenció y el danés sonrió con los ojos brillantes de emoción.

A la hora del almuerzo volvieron a sentarse juntos, y no pudo dejar de pensar en la historia que le había contado.

De lejos vio a Pablo, sentado con el grupo que Lola había llamado, los de la *dismorfofobia*. Él le dedicó un gesto con la ceja a modo de saludo que no le devolvió. Observó que, aunque estaba próximo a otros chicos, no conversaba con nadie.

No le resultó difícil localizar también al *rabioso,* comiendo distraído con su amigo tan delincuente como él.

—No mires —le advirtió Jan. Se había dado cuenta de que estaba observando a aquel tipo—. Mucho feo daña la vista —añadió provocándole la risa.

—Eres genial.—El danés se encogió de hombros de nuevo y siguió degustando su plato de macarrones carbonara.

Mikael desvió la mirada hacia Lola, comía a solas en una de las mesas del fondo. Había llegado después de ellos y una vez más había preferido tomar asiento apartada, después de dedicarles una mirada y una sonrisa triste al pasar por su lado.

¿Qué le sucedía? El día anterior se mostraba tan amigable y ahora le rehuía.

—Mujeres complicadas —sugirió Jan al descubrirle mirándola.

—Y tanto. ¿Crees que le falta un tornillo?

—¿Preguntas Jan? —sugirió provocándole la risa—. Lola ser Lola. Hacer daño ella misma.

—¿Por qué?

—No lo sé. No ha dicho a Jan.—Si algo tenía claro desde que llegó a aquel lugar es que preguntar a los demás por qué estaban allí era una especie de tabú, a él mismo no le había resultado agradable que Lola lo diese por hecho.

De pronto oyó un golpe y al levantar la vista vio a Pablo en el suelo, a su derecha, aún sentado a su mesa estaba Jaime Romero, riéndose a pierna suelta. No necesitaba haberlo visto para saber que había vuelto a utilizar la jugarreta de la zancadilla.

—No te muevas de aquí, pase lo que pase —pidió a Jan mientras se levantaba y caminaba directo hasta allí sin pensarlo un instante. Ofreció su mano a Pablo para levantarse, pero este la rechazó, entonces se detuvo frente a Jaime.

—¿A ti qué coño te pasa? —le increpó. Este le miró de reojo con desprecio y después volvió la vista a su amigo—. ¿Qué tipo de problema tienes que necesitas humillar a los demás para sentirte bien?

Sabía que había muchas posibilidades de acabar con un ojo morado, pero alguien tenía que plantarle cara a aquel imbécil y no parecía que hubiese nadie más dispuesto hacerlo. Jaime se revolvió como un abejorro en su asiento y se levantó de un salto, aproximándose amenazador, invadiendo su espacio, pegando su nariz a la suya, pero Mikael no se movió.

—¿Qué has dicho puto retrasado?—Su aliento a beicon demasiado cerca le provocó un asco infinito.

—Lo que has oído. ¿Es que eres sordo?

—Seguro que tiene la polla como un cacahuete y eso le tiene acomplejado —dijo Lola a

su espalda.

—Cuando quieras te la enseño —le dirigió este haciéndose a un lado para enfrentar sus ojos.

—No me van los pijos malcriados, gracias —respondió altiva, a su lado estaba Pablo que se había puesto en pie.

—Ya, a las putas como tú os gustan *mayores*...

—Si vuelves a llamarla puta voy a tener que enseñarte los modales que no te han dado en tu casa —dijo Mikael con más determinación de la que verdaderamente sentía.

—Te voy a partir el alma hijo de puta.

—Tú intenta —dijo Jan a su espalda, su sombra, como la de una montaña, les envolvió por completo.

—¿Qué pasa a aquí? —intervino Quintanilla ceñudo, alcanzándoles veloz desde la entrada, situándose entre ellos.

—Nada. Solo estábamos hablando —dijo Pablo.

—¿Qué ha pasado, Levi? —le preguntó.

—Ya ha oído a Pablo, nada.

—Nada —repitió Jaime apretando los dientes con rabia, volviendo a su mesa y tomando asiento para terminar su plato de macarrones.

—Pues si no pasa nada cada uno a su sitio.—Los ojos del psiquiatra se detuvieron en Lola, a su izquierda, mirándola fijamente. Después se posaron en Mikael—. Señorita Mateo, ¿puede acompañarme al despacho?

—¿Yo? ¿Por qué? No he hecho nada.

—A mi despacho —exigió antes de volverse y caminar hacia la salida sin esperar su respuesta.

Lola descendió el rostro contrariada y después miró a Mikael.

—Esta noche no te duermas temprano, iré a verte —le dijo en un susurro al pasar por su lado. Él la observó caminar hacia la salida embutida en sus vaqueros y la camiseta de rayas, con la larga melena color caramelo meciéndose a cada paso. Regresó a su mesa, aunque se le había quitado el apetito de golpe.

—¿Lo de apoyarnos lo has dicho en serio? —le preguntó Pablo siguiendo sus pasos.

—¿No ha quedado suficientemente claro?

—Ya. Gracias, tío, tíos —dijo elevando la vista para alcanzar a Jan que caminaba a su lado—. Esta tarde tengo clase de informática, ¿queréis venir?

—¿Hay clases de informática?

—Bueno así llaman a que nos dejan utilizar los ordenadores del aula de audiovisuales durante una hora. Después de esto necesitaré los servicios de un guardaespaldas —añadió preocupado.

—Te acompaño, al fin y al cabo, no tengo otra cosa que hacer.

—Jan no. Jan dormir siesta, dos horas, costumbre española.

—Pero si tú eres danés —le recriminó Mikael.

—Daneses adaptar bien a costumbres españolas —argumentó—. Menos comer caracoles.

—¿A qué hora es? —preguntó Mikael entre risas.

—De cinco y media a seis y media.

—¿Cuál es tu habitación?

—La cinco. Está cerca de la salida del jardín. ¿Me recoges?

—A ver si vas a querer que haga guardia en tu puerta —bromeó Mikael.

—No estaría mal. No me fio de ese idiota, esto no va a quedar así, lo sé.

—No deberías tenerle tanto miedo, si te defiendes dejará de meterse contigo.

—¿Me has visto? Mis brazos son dos pajitas comparados con los suyos. ¿Crees que puedo defenderme? Me convertirá en carne picada.

—Está bien, iré a recogerte.

A Mikael no le apetecía enfrentarse a ese tipo de nuevo, pero tampoco le asustaba. Muy a su pesar se había defendido a golpes en demasiadas ocasiones.

Después del almuerzo se tumbó en la cama y estuvo leyendo un rato, lo que los ronquidos de Don *Adaptado-a-las-costumbres-españolas* le permitió. Cuando su reloj de pulsera le avisó de la hora acordada se levantó de la cama y caminó hasta el aula de audiovisuales. Jan no se levantaría hasta las cinco, cuando la fisioterapeuta iría a buscarle para hacer una hora de ejercicio, o eso le había contado antes de caer fulminado por el sueño.

—¿Por qué tienes que hacer ejercicio con la fisio? —le había preguntado antes de que se durmiese.

—Corazón de Jan mal. Mucho peso hace débil. Ella ayuda.

Vaya. Así que también tenía un problema de corazón, algo lógico con su sobrepeso si se detenía a pensarlo, esperaba que no demasiado grave.

Pablo, cuando fue a recogerle, le miró con una sonrisa por encima de sus gafas de pasta, agradeciéndole su servicio de protección y Mikael sintió cierta ternura hacia él. El aula de audiovisuales se encontraba abierta, era una sala de mediano tamaño con seis equipos informáticos, tres de ellos ocupados, cada uno situado en una mesa amplia, creando tres filas horizontales de dos equipos, frente a las cuales permanecía Rosa, la terapeuta, en el ordenador principal.

—Buenas tardes, chicos —les saludó al verlos llegar.

—Buenas tardes —respondió Mikael, Pablo tomó asiento junto a uno de los ordenadores libres con cierta urgencia.

—Veo que te has animado a participar —añadió la mujer con una sonrisa. Mikael se acercó para evitar hablarle en voz alta.

—Solo he venido a acompañarle.

—¿Protegiendo al débil?

—¿Sabéis lo que le hacen esos tíos?—Ella apretó los labios como si acabase de darse cuenta de que había metido la pata, lo sabía, no cabía duda.

—No sé a qué te refieres.

—¿Cómo podéis permitir que amedrenten al resto de compañeros?

—¿Quién permite qué? —preguntó seria.

—¿No sabes que el tal Jaime, el de la cabeza rapada, y su amigo disfrutan burlándose de los demás?

—Sé que han sido amonestados por ello. Que no se haga en tu presencia no significa que no se tomen medidas.—Su tono de voz le hizo saber que se había molestado, mucho. Regresó la mirada al ordenador.

—Pues no parecen demasiado efectivas. Lo que sucedió con Jan ayer no fue culpa suya...

—No voy a hablar contigo de otro paciente, igual que no hablaría con él nada referente a ti, debes entenderlo.

—Puedo entenderlo, pero me cuesta aceptar que se sede a alguien por miedo a su reacción.

—Te repito que no voy a hablar…

—Ya, ya.

—Solo te diré que creo que soy una de las personas de este centro que mejor conoce a Jan. Le conozco muy bien, he conocido al Jan tranquilo y al Jan en pleno brote, y no es fácil de controlar. Y cuando se altera el mayor perjudicado es él, créeme.

—Jan es un gran tipo. Y no me refiero a su tamaño.

—Lo es.

—Y está enamorado de ti.—Sus palabras provocaron que volviese a apartar la vista del ordenador para mirarle con una sonrisa.

—Cree que está enamorado de mí. Jan necesita afecto, mucho afecto, y es lo que ha encontrado en mí. Me alegro de que hayáis congeniado tan bien.

—Al principio me dio un poco de miedo, pero por lo que me ha demostrado hasta el momento es un buen tío.

—Él jamás haría daño a nadie, de forma voluntaria —puntualizó.

—Eso de ver un conejito azul que canta canciones no debe ser muy normal, ¿verdad?

—¿Te ha dicho que sigue viéndolo?

—No. Me ha dicho que lo veía, antes de tomar la medicación. Y que tuvo un amigo imaginario…

—Bueno, dejemos de hablar de Jan, ¿te veré mañana en yoga?

—No lo sé.

—Te estaremos esperando con los brazos abiertos.

—Ya veré qué hago —dijo a modo de despedida.

Tomó asiento frente al ordenador que quedaba libre, junto a Pablo, que parecía bastante concentrado en un video en el que varios tipos se daban diversos batacazos mientras subían por paredes y saltaban de un lado a otro.

Llevado por la curiosidad tecleó el nombre del grupo al que Jan afirmaba haber pertenecido, los Blue Devils. Encontró imágenes actuales, observó sus rostros, ¿a cuál de ellos creería parecerse? Según él los tres componentes eran sus hermanos. Desde luego eran daneses, como él. Buscó la canción, Never stop the motion, hallando infinidad de instantáneas de los conciertos, del grupo que en efecto en aquella época eran cuatro.

En una de las imágenes distinguió la silueta enorme del batería. La amplió en la pantalla del ordenador y…

—Joder.

—¿Qué te pasa? —preguntó Pablo sin apartar la mirada de su pantalla.

—Que lo que Jan me ha contado es cierto. ¿Cómo puedo buscar el nombre del autor de una canción?

—Muy fácil. ¿Cómo se llama la canción? —le dijo el nombre y este lo tecleó, aparecía a nombre del grupo, pero Pablo buscó en una página en inglés de derechos intelectuales y el resultado fue asombroso: J. Jørgensen.

—J. Jørgensen, Jan Jørgensen. Según esto Jan es el autor de esa canción.

—Eso es imposible.

—Pero mírale es el de las fotos. Está mucho más delgado y es casi imposible reconocerlo, pero es él —dijo mostrándoselas. Pablo se acercó a la pantalla y abrió los ojos como platos.

—Joder tío. Es verdad. Pues según esto la canción ha tenido más de tres billones de descargas. Tres billones. Si es así ese gigante chiflado es millonario.

—Me ha dicho la verdad y no le he creído… Y no le llames chiflado. Porque tú también debes estarlo cuando estás aquí.

—Supongo que sí.

Mikael Levi, tiene una llamada telefónica, acuda a recepción. Anunció la megafonía, miró a Pablo que le hizo una señal de que podía marcharse. Se despidió de Rosa con un gesto y abandonó el aula.

Estaba seguro de que se trataría de su madre. ¿Quién más podía llamarle a aquel lugar? La recepcionista le miró de arriba abajo como si le viese por primera vez.

—Soy Mikael Levi, tengo una llamada.

—Ya.—Fue su respuesta y le cedió el auricular. La intimidad era nula, el cable medía menos de un metro, así que se apoyó en el mostrador mientras ella fingía estar ocupada y no prestar atención a su conversación.

—Diga.

—¿Mikael? ¿Cómo estás, mi vida?—En efecto era su madre como había sospechado. Por su tono de voz estaba nerviosa, mucho, casi temblaba.

—Bien.

—¿Te encuentras mejor?

—Si te refieres a si ya me han convencido de no volver a intentar suicidarme, no lo he decidido aún —respondió, recibiendo una mirada reprobatoria de la recepcionista.

—¿Por qué me dices esas cosas que sabes que me hacen daño?

—Porque es lo que quieres saber, ¿no, mamá?

—Solo quiero saber cómo te va ahí, que me digas si estás bien —pensó en contarle lo del matón descerebrado, o lo de su compañero de habitación al que un conejito imaginario le había proporcionado un éxito internacional de ventas, pero nada de eso la ayudaría a sentirse mejor.

—Estoy bien, mamá. Me tratan bien.

—Eso es lo que quiero saber.—*Más bien lo que quieres oír*, dijo en su fuero interno—. Estamos en el hotel, pasaremos aquí los días que sean necesarios para que te recuperes, cariño.

—También hay clínicas en Madrid, mamá.

—Ya pero allí nos conocen demasiado.—Ah, claro, nadie podía enterarse de que su hijo, el adoptado, les había salido defectuoso. Mikael apretó los dientes con rabia—. Quiero decir… es mejor quedarnos aquí, esa clínica tiene muy buenas referencias y…

—No me apetece hablar de la clínica. Llevo dos días metido aquí.

—Un día y medio, en realidad. Tu padre está muy preocupado por ti.—Ya, por eso ni siquiera me ha llamado, pensó—. En unos días estarás bien. ¿Y tus manos?

—Siguen funcionando igual de bien, me sirven para coger cosas y eso.

—Vamos cariño, no seas sarcástico, ¿se te han pasado los calambres? El doctor Quintanilla me ha dicho que puedes utilizar su piano…

—Sigo con los calambres, a todas horas —mintió.

—Qué contrariedad. ¿Estás tomándote el tratamiento?

—Por supuesto.

—En unos días mejorarás, ya lo verás, mi vida.

—Seguro que sí.

—Descansa, recupérate, cuídate, y cuida tus manos, todo va a estar bien.

—Claro que sí —respondió con ironía.

Sus manos. La gran preocupación de su familia. Si se hubiese quedado cojo tras la intoxicación de medicamentos no habría sido tan importante para sus padres como si se le hubiese quedado inútil uno solo de sus dedos.

Por eso cuando, un par de meses atrás, les habló de los calambres que sentía le llevaron de inmediato a un especialista, este determinó tras varias pruebas que no había nada malo en sus manos, pero los calambres continuaron. Porque el problema no estaba en sus manos, sino en su cabeza, o en la de su padre y su obsesión por convertirle en una nueva versión de sí mismo.

Esa noche llegó al comedor demasiado pronto, solicitó su tratamiento a la enfermera, fingió tomárselo y se marchó directo a la cama. Se encerró en su habitación y se tapó la cabeza con la almohada sin poder dejar de rumiar la conversación con su madre.

¿Es que no podían dejar de pensar en su futuro como pianista clásico un solo instante? ¿Es que era lo único que les importaba?

Mikael Levi, el niño prodigio del piano, el que con nueve años componía sus propias melodías, el que a los quince había culminado con maestría el perfeccionamiento. Maldecía el día en el que su padre le ofreció sentarse a su lado junto al teclado y empezó a aporrear las melodías de Beethoven y Mozart con sus dedos torpes.

Se sentía como resbalando dentro de un tubo mojado directo hacia su propio cataclismo.

¿No era nada más para ellos?

¿No podían olvidar por un instante su habilidad con el piano?

En ese momento pensar en tocar una sola melodía traía a su cabeza de nuevo toda la ansiedad y provocaba que se le revolviese el estómago.

Él adoraba tocar, disfrutar de cada nota, de cada melodía, del Rock, incluso del Pop, componer ese tipo de canciones con el piano era una pasión. Pero no podía hacerlo, no en casa, donde su padre pudiese oír ese *sacrilegio*. No quería ni recordar cuando le descubrió tocando Don’t Stop Me Now, de Queen. Entró en cólera y le preguntó entre gritos que si lo que quería hacer con su vida era ser un *ridículo teclista que acompañe canciones en un grupo de mala muerte*.

¿Queen un grupo de mala muerte? ¿En serio?

Jamás podría entenderle, ni en un millón de años.

Jan se había dormido pronto, sin preguntarle por qué no había cenado. El grandullón a su regreso del comedor tan solo le había mirado, le había sonreído y se había cepillado los dientes antes de acostarse. Como si fuese plenamente consciente de su necesidad de estar a solas no le había dirigido una sola palabra. En seguida sus ronquidos le hicieron saber que se había entregado a los brazos de Morfeo. Ojalá Morfeo le hubiese tapado la boca, pensó. De pronto los ronquidos pararon de forma abrupta.

Mikael se levantó de la cama, se acercó y le miró. En efecto estaba dormido. Y no respiraba. Era como si se hubiese quedado sin aire. Esperó unos segundos, aguardando el sonido de su respiración, o un nuevo ronquido. Pero no llegaba. Hasta que de repente se agitó y realizó una inspiración tan profunda que Mikael temió que hubiese absorbido todo el oxígeno de la habitación, acto seguido por un sonoro pedo que hizo temblar el cristal de la ventana.

Ninguno de ambos ruidos le despertó.

Mikael huyó a su cama, tapándose la cabeza con la sábana en lo que resultó un intento

fútil de sobrevivir a la tormenta tóxica desatada en el cuarto.

Entonces oyó pasos fuera de la habitación, en el corredor, debían ser las auxiliares dando una ronda. A punto estuvo de salir a pedirles una máscara de oxígeno, cuando el olor fétido y putrefacto comenzó a colarse a través del algodón. Inspiró todo lo hondo que pudo y se armó de valor para subirse al colchón de Jan y tirar de la hoja de la ventana hasta abrirla. Lo logró al segundo intento, cuando ya comenzaba a quedarse sin aire, y se refugió en el lavabo durante unos minutos, hasta que la atmósfera volvió a ser respirable.

Regresó a la cama, trató de relajarse y descansar. Al menos toda aquella aventura fétida había evitado que continuase regodeándose en sus circunstancias y su dolor.

Lola

Sevilla, 6 abril 2011

Querida Silvana,

El día de hoy ha sido eterno. Me he pasado toda la mañana dando paseos en el jardín con mi compañera de habitación, porque ella no quería ir a las zonas comunes, no le apetecía ver a nadie. Y la tarde encerrada en este cuarto, que cada día es más y más pequeño, se me ha hecho eterna.

Ayer El cerdo me asaltó en el pasillo, después de la cena, me dijo que tengo que aprender a andar sin contonearme, a andar normal, que con esa actitud puedo hacer entender a los hombres que quiero algo que en realidad no quiero. ¡Pero yo ando normal! No quiero que me diga esas cosas, me da asco que se fije en esas cosas en mí.

Recuerdo cuando tú me decías que moviese las caderas, que caminase como una chica y no como una marimacho, pero ni siquiera he estado haciéndolo así.

También me dijo que me aleje de El chico pantera, que su influencia no es buena para mí. Como si la de alguien lo fuese.

Hoy otra vez me exigió que fuese a verle a su despacho. Y tuve que hacerlo. No puedo seguir aquí. No lo soporto, no soporto cuando me habla como si fuese idiota y no me diese cuenta de nada. Cuando me pone las manos encima siento nauseas, me siento sucia, no quiero que me toque ni con un solo dedo y él lo sabe. Intenta rozarme con cualquier excusa, eso me pone muy nerviosa, pero debo controlarme. Si me porto bien, no tiene que pincharme.

Hoy a la hora del almuerzo estaba tan agobiada que he sentido unas ganas terribles de ponerme a comer como una vaca. Pero tranquila, he sabido controlarme. No he comido, pero me he cortado. Me siento mal por haber vuelto a cortarme... No quiero hacerlo.

Ya sé que tú piensas que no es malo, pero me siento fatal cuando lo hago, siento que estoy defraudando a mi padre. Le prometí que no volvería a cortarme, pero es el único modo que tengo de controlar esta ansiedad tan grande.

Mejor no te doy más la lata con mis paranoias.

Te contaré otra cosa. Una bonita.

Esta mañana, El chico pantera defendió a otro chico con el que se habían metido un par de matones. Sé que piensas que cada uno tiene que apañárselas, pero me pareció bonito que le defendiese. Al final ha hecho muy buenas migas con Jan. Creo que es una buena persona, igual incluso podríamos ser amigos.

Ya sé que no necesito a nadie, solo a ti. Me lo dices siempre, pero ahora no estás y necesito hablar con alguien que no sea un loquero. No te enfades por eso, ¿vale? Entiende que lo necesito o voy a volverme loca de verdad.

Te quiere.
Mimi.

5

Mikael

—Eh, vamos, espabila —le susurró una voz al oído, sobresaltándole. Sintió una ligera humedad en la frente, como un beso débil, que provocó que abriese los ojos. Al hacerlo la luz de emergencia con su brillo anaranjado le permitió distinguir a Lola, agazapada junto a su cama.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sentándose.

—Te dije que vendría a buscarte.

—¿Qué hora es?

—Hora de irnos a dar una vuelta, vamos —dijo poniéndose de pie, vestida con sus vaqueros y una camiseta, en sus manos llevaba una bolsa de tela.

—¿Dónde?

—Tú sígueme —pidió.

—¿Por qué?

—¿No te apetece un poco de libertad?

—No pienso escaparme ni nada parecido.

—Yo tampoco, ¿vienes o no? —preguntó con expresión pícara.

—¿Y Jan? Quizá a él también le apetezca el aire fresco.

—No me extrañaría con la peste que tenéis en la habitación —dijo tapándose la nariz—. ¿En serio crees que Jan puede salir del cuarto sin que lo pillen?

—Está bien. Voy. Y que conste que no soy el autor material del olor.

—Ya, eso suelen decir los culpables —masculló por lo bajo.

Mikael dudó en hacerle caso, no quería meterse en ningún lío, pero no tenía sueño y no perdía nada por acompañarla. Se puso las zapatillas y salió tras ella de la habitación cerrando la puerta. El pasillo estaba a oscuras, aunque el fulgor de las luces de emergencia le permitió seguir sus pasos con relativa facilidad. Caminaba despacio pegada a la pared y él hizo lo mismo sin tener ni una remota idea de dónde le llevaba. Se detuvo justo antes de la esquina del pasillo que se doblaba a la izquierda, de pronto una luz se encendió en aquella parte.

—Espera —le susurró al oído, rozándole la oreja con los labios, y Mikael sintió cómo se le erizaba la piel. Entonces le cogió la mano y entrecruzó sus dedos mientras podían oír cómo las auxiliares del turno de noche conversaban tras aquella esquina. De pronto las voces se aproximaban a ellos, así como el discurrir de ruedas de algo que arrastraban—. Tranquilo —volvió a susurrarle y apartándose de la pared le llevó hasta la puerta más próxima y la abrió, entraron dentro y cerró tras ellos.

Era una habitación idéntica a la suya, una habitación ocupada. Había dos chicas acostadas en aquellas camas. Mikael le hizo un gesto indicando a la puerta de que debían

marcharse, no se atrevía a hablar. Pero Lola echó a reír y él temió que despertase a las ocupantes de la habitación. Le tapó la boca con la mano tratando de silenciar su risa.

Lola enserió en el acto. Apartó su mano despacio, deslizándola sobre sus labios, situándose frente a él le empujó con cuidado contra la puerta, aprisionándole contra esta y su cuerpo, y después, le miró fijamente a los ojos con la respiración acelerada. Casi pudo percibir el roce de su mirada en los labios, en su piel, y sintió un irracional deseo darle un beso. Buscó el brillo en su mirada, entre penumbras, preguntándose cómo reaccionaría.

—Podemos marcharnos, ya han pasado las auxiliares —dijo ella, acariciándole con su aliento. Y Mikael sintió que la oportunidad se había esfumado como el paso de un ángel.

Entrecruzó sus dedos con los suyos y le sacó de aquella habitación. Recorrieron el pasillo hasta llegar a una puerta cerrada frente a la cual Lola tiró de un cordel que llevaba al cuello en el que llevaba una llave con la que la abrió y pasaron al interior, se trataba del acceso a una escalera de emergencia.

—¿Dónde vamos? —volvió a preguntarle.

—No seas impaciente, enseguida lo verás —respondió comenzando el ascenso de la escalera. Subieron cuatro plantas hasta llegar al final de esta, donde con la misma llave abrió la puerta. Estaban en la azotea de la clínica.

Una espectacular noche estrellada se descubrió ante sus cabezas como un lienzo inmenso salpicado de infinitas motas de purpurina dorada, con la capital hispalense brillando como una supernova en la lejanía del horizonte, más allá de las arboledas que les rodeaban. La luna, en gibosa creciente, les permitió ver con cierta claridad.

Mikael se quedó impresionado con la cantidad de estrellas de aquel cielo, desde el chalet de sus padres en Madrid no podían verse con tanta intensidad, grandes y pequeñas, y mucho menos desde el apartamento en la capital donde la contaminación lumínica las hacía desaparecer por completo.

Lola caminó hasta unos cuadrados grandes de metal, sorteando el cableado y tuberías del suelo, eran los aparatos del aire acondicionado, se agachó y abrió una pequeña chapa en uno de estos. Él la siguió.

—¿Cómo has conseguido esa llave?

—Es una llave maestra, se la robé a una de las auxiliares. Siéntate —pidió ofreciéndole una antigua caja de fruta, volcada para utilizarla como asiento, había cuatro o cinco. Lo hizo y ella se sentó a su lado en otra, dejando en el suelo una botella diminuta de ginebra y un paquete de tabaco que había sacado de su escondite.

—Vaya, ¿es tu rincón secreto o qué?

—Es un lugar en el que refugiarme cuando no quiero ver a nadie, o cuando me apetece fumarme un cigarro.

—¿Por qué no lo haces en el patio? He visto gente fumando, no está prohibido.

—Porque mi padre no sabe que fumo. De todos modos, no fumo demasiado, solo un cigarrillo de cuando en cuando para relajarme. ¿Quieres uno? —preguntó ofreciéndoselo.

—Nunca lo he probado.

—¿Nunca? —le miró como si acabase de volverse azul Pitufo.

—De pequeño tenía asma y…

—¿Y aún lo tienes?

—No. Creo.

—Pues pruébalo. Si no lo pruebas no sabrás si te gusta —dijo encendiendo un cigarrillo con el mechero que guardaba dentro de la cajetilla y después de darle una honda calada se lo

brindó. Mikael lo miró un instante antes de cogerlo—. Vamos, no me digas que después de intentar suicidarte te preocupa que te salga cáncer de pulmón en cuarenta años.

Le dio una calada. El humo se le atascó en la garganta, saliéndole por la nariz. Su sabor era fuerte, amargo, comenzó a toser una y otra vez. A ella le pareció de lo más divertido y estuvo riéndose por lo bajo cuando le devolvió el cigarrillo.

—¿Por qué fumas si es asqueroso?

—Es asqueroso las primeras veces, después le coges el gusto.

—No creo que merezca la pena cogerle el gusto.

—¿Siempre te rindes tan pronto? —preguntó. No tuvo muy claro que se refiriese al cigarrillo.

—No. De hecho, soy bastante obcecado cuando algo me gusta.

—Obcecado… Repitió. Hablas como una enciclopedia —se sonrió. Mikael no supo si tomarlo como una crítica o como un halago—. ¿Y qué te gusta? —preguntó desenroscando el tapón de la botellita de ginebra que estaba por la mitad y le dio un sorbo. ¿Para qué le había llevado hasta allí, para que la viese emborracharse? Se la pasó, no le vendría mal un trago de cualquier cosa después de todo lo acontecido la última semana, pensó. Pero nunca había tomado ginebra sola. Se la llevó a los labios y pronto el licor le quemó el esófago como si hubiese bebido gasolina, trató de disimular para que no volviese a burlarse de él. Necesitó un instante para recuperarse antes de poder contestarle, ella le observaba divertida.

—Me gustan muchas cosas. Me gusta la música, la poesía, salir con los amigos, pasear los domingos por el Retiro…

—Los tarros de pastillas para cenar.—Tampoco supo cómo encajar aquello, aún no la conocía lo suficiente como para saber si era un reproche o una burla—. El Retiro es un parque de Madrid. ¿verdad?

—Sí.

—¿Vives allí?

—Sí.

—Me encantaría visitar Madrid.

—¿No has ido nunca?

—No. ¿Y qué haces aquí en Sevilla?

—Vine unos días por trabajo.

—¿En qué trabajas?

—Toco el piano.

—¿Haces espectáculos en garitos y eso?—Él asintió con una sonrisa, si su padre la oyese llamar *garito* al Teatro de la Maestranza se santiguaría—. ¿Y se gana dinero con eso?

—A mi padre no le ha ido mal haciéndolo.

—Mikael Levi, pianista —pronunció paladeando las palabras con mirada soñadora como si estuviese leyéndolas en un gran cartel luminoso. La suave brisa le meció el cabello, arrebolándolo contra el rostro. Lo apartó con suavidad con los dedos—. ¿Y en qué momento se volvió tu vida una mierda tan grande como para querer dejar este mundo?

—Puedo preguntarte lo mismo, ¿no crees?

—He preguntado primero —dijo forzando una sonrisa—. Además, yo no he intentado suicidarme.

—Ah, ¿no? ¿Y los cortes en tus muñecas?

—Me estaba *cortando* y se me fue de las manos. Mi padre me descubrió y volvió a ingresarme.

—¿Volvió? ¿Has estado aquí antes?

—Sí. Esta es mi segunda vez.—Mikael trató de camuflar su sorpresa. A pesar de las penumbras que les envolvían la luz lunar les permitía que se observasen con relativa nitidez. Dos veces. Si algo tenía claro era que en el momento en el que abandonase aquel lugar no pensaba regresar jamás—. Si te portas bien, colaboras y dices que no volverás a *hacerlo* te dejan marcharte pronto. Te darán una palmadita en la espalda, un puñado de pastillas, y te dirán vete a casa que ya está todo solucionado —dio una honda calada al cigarrillo, exhalando una gran pompa de humo—. Una mierda para ellos, para *todos* ellos. Yo no necesito pastillas para ser feliz, lo que necesito son motivos.

—¿Y no los tienes?

—Mi vida es un asco. No puedes siquiera imaginarte la vida de mierda que tengo.

—Quizás la mía no sea mucho mejor.

—Seguro que tocar el piano es un verdadero martirio —se burló.

—He estado tocando seis horas diarias todos los días, excepto los domingos, desde los doce años. Desde hace dos meses he pasado a tocar catorce horas diarias, *todos* los días, todos, sábados, domingos, *todos*, preparándome para una audición. Al principio lo disfrutaba porque era el único modo de estar con mi padre, pero poco a poco ha ido convirtiéndose en algo muy distinto a la música. No me permite hacer otra cosa desde que me levanto hasta que me acuesto prácticamente, a excepción de las horas que paso en el instituto. Apenas veo a mis amigos, apenas salgo de casa, y ni aun así jamás seré lo suficientemente bueno para él.

—¿Y por qué no le dices que no te apetece hacerlo más? —La miró sin dar crédito a lo que acababa de sugerir.

—No conoces a mi padre.

—¿Qué va a hacer, desheredarte? Si odias tocar el piano plántate ante y él y dile: *No voy a hacerlo más*. Y punto. ¿Qué puede hacer, darte una paliza?

—Nunca me ha pegado.

—¿Entonces?

—No odio tocar el piano. Me gusta tocar el piano, lo que odio es hacerlo a su modo, con sus reglas. No me preocupa si podré dedicarme a ello de forma profesional o no, lo cual es su obsesión, que continúe su saga familiar de ilustres pianistas clásicos, como lo fue mi abuelo, como lo es él. Incluso creo que ese fue el único motivo por el que me adoptó, para que la saga de pianistas Levi no acabase con él.

—¿Eres adoptado?

—Sí.

—¿Desde muy pequeño?

—Con ocho años me adoptaron en Rusia.

—Así que eres ruso.

—En realidad soy sami, ¿has oído hablar de los lapones?

—Me suena a algo de Papá Noel, ¿no? —rio antes de dar una nueva calada a su cigarrillo.

—Los sami o lapones somos una tribu que habita zonas de Noruega, Suiza, Finlandia y Rusia. Una de las culturas nómadas más antiguas del mundo, somos los *cuidadores de renos*.

—Querrás decir *son*.

—Somos. Es mi raza, aunque haya crecido lejos de allí. Además, aún mantengo algo de contacto con el orfanato en el que crecí.

—Vaya. ¿Y conoces a tu familia biológica?

—No, lo único que sé es que mi madre debía ser una criadora de renos que se quedó embarazada demasiado joven. Ella me entregó en el orfanato en una cesta tejida por sus manos, con esto.—Tiró de la diminuta cadena de plata que llevaba al cuello, mostrándole el colgante que siempre llevaba consigo—. Es el sáráhkká, el símbolo del pueblo sami.—Lola le acercó el mechero prendido para observarlo mejor.

—Es como una especie de cabaña hecha con cuernos, ¿no? —Él asintió—. ¿Y a tus padres les parece bien que tengas contacto con el orfanato?

—Mi madre finge que le parece bien, pero no es cierto. Cada vez que he mostrado interés en conocer las costumbres o la cultura samis, tuerce el gesto. Incluso me costó que me dijese el nombre del orfanato en el que me adoptaron y cuando me puse en contacto con ellos se enfadó bastante, aunque era menor de edad y no podía comprometerme con nadie sin su permiso.

—¿Comprometerte?

—Me comprometí a enviarles mi paga mensual. Y lo sigo haciendo, desde hace cuatro años.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho. ¿Y tú?

—Diecisiete, hasta el tres de junio no cumplo los dieciocho. Entonces, ¿tu madre no quiere que conozcas tus orígenes?

—Es como si tuviese miedo a que me sienta más parte de ellos que de mi propia familia. Lo cual no tiene sentido porque a pesar de nuestras diferencias la quiero mucho.

—¿Y te gustaría buscar a tu familia biológica?

—Nunca me lo he planteado, porque sé que le haría daño a mi madre, así que no me atrevo a sugerirlo siquiera.

—¿Y a tu padre? ¿A él también le sienta mal que quieras conocer tus orígenes?

—A mi padre todo lo que no sea tocar el piano le parece una gilipollez.

—Pues tendrás que decirle que estás harto. A veces hay que ser más valiente para enfrentarte a alguien que te importa que para entrar en un edificio en llamas —dijo antes de dar otro trago a la botellita—. Inténtalo, primero con cosas sencillas y después con las importantes, al principio será difícil, pero le cogerás el gusto.

—No lo sé. Siento que les debo demasiado.

—¿Qué les debes?

—¿Todo? El tipo que soy hoy día se lo debo a ellos.

—Y una mierda. No les debes nada. Ellos te adoptaron porque les dio la gana, ¿tú les pediste que te adoptasen?

—¿Cómo iba a hacerlo?

—Entonces no les debes nada. Quizá sean ellos quienes están en deuda contigo. Ahora tienen un heredero, un hijo y alguien de quien presumir en sus círculos sociales. No les debes nada. O al menos no más que ellos a ti. A veces estamos tan encerrados en nuestra propia realidad que no creemos que otra sea posible, y lo es, hay mil vidas distintas ahí fuera para cada uno de nosotros, esperándonos. Solo vamos a vivir una vez, si te crees todo el rollo ese de la vida eterna vas listo, poco antes de que tu carne se esté pudriendo en un hoyo de lo único que te arrepentirás será de todas las cosas que no hiciste —sentenció lapidaria con la mirada perdida en el horizonte, mucho más allá de aquella azotea, del bosque de pinos que les rodeaba.

—¿Y tú, Lola? Si, como dices, ahí fuera hay tantas vidas esperándonos y es tan fácil cambiar, ¿por qué te cortas? ¿No te duele? —preguntó. Ella dejó caer la colilla entre sus piernas apagándola de un pisotón, y se arremangó ambas mangas de la camiseta hasta el codo. Con el

mechero se iluminó uno de los brazos, estaba lleno de cicatrices verticales, cortes ya sanados de diversa consideración desde la flexura del codo hasta la muñeca.

—Yo no he dicho que sea fácil. No lo es. Y claro que me duele. Todas y cada una de estas heridas me han dolido.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque me lo… —se contuvo—. Porque a veces lo *necesito*. *Necesito* hacerlo. No espero que lo entiendas, pero es así. ¿Y tú? ¿Por qué te tomaste las pastillas? ¿Qué pasó? —*Joder, no estoy seguro de querer hablar de eso con ella*, pensó Mikael.

—No lo sé.

—Y una mierda. Yo puedo decirte que no sé por qué lo hago, pero en el fondo lo sé. Y tú, también. ¿Qué te tenía tan agobiado? ¿Fue por no enfrentarte a tu padre?

—¿Estás tratando de hacerme terapia? Es ridículo.

—Imagino que tu padre habrá sido siempre así contigo, algo debió suceder para que decidieses hacerlo en ese momento. Un *desencadenante*, como lo llaman *ellos*.—Ellos eran los especialistas, supuso—. ¿Los estudios? ¿Alguna novia que te ha puesto los cuernos?

—Los estudios me van bien y no tengo novia. Y tú, ¿por qué necesitas *cortarte*?

—Simplemente lo necesito y punto. Solo trato de hacerte ver que no pegas aquí. No deberías estar aquí.

—¿Por qué dices eso?

—Tu compañero de habitación ve animalitos que le hablan, tu nuevo amigo Pablo vive obsesionado con los videojuegos, día y noche, y yo me hago cortes en la piel con la hoja de una cuchilla…—Sintió escalofríos al oírla decir aquello—. Mírate, ¿qué coño haces tú aquí? Porque si estás tan loco como nosotros lo escondes muy bien.

—Cometí un error.

—Ya. Creías que los ansiolíticos eran gominolas.

—No. En absoluto. Sabía lo que eran, pero aún no me explico cómo fui capaz de tomármelos. No soy ningún valiente, ¿sabes? En realidad, morir me asusta bastante —dijo deteniéndose a analizar lo que sentía, algo que se había negado desde el *incidente*.

—¿Qué te dio el valor para hacerlo?

—No lo recuerdo —mintió.

—¿No recuerdas qué lo provocó? Debiste planearlo.

—Está todo borroso en mi cabeza —mintió de nuevo. Lo recordaba a la perfección, cómo se coló en la habitación de sus padres por el balcón de la suya pues eran contiguas, cómo tomó la caja de pastillas del neceser de su madre y regresó a su cuarto, encerrándose en este.

—¿Volverías a hacerlo? A mí no tienes que mentirme no soy una loquera.

—No lo sé. En este momento no, porque lo cierto es que creo que no quiero morir. Pero cuando vuelva a casa y a la rutina…

—¿En serio eres capaz de suicidarte por no mandar a tu padre a la mierda? —Mikael reflexionó en silencio. ¿Tenía razón? Ella no conocía a su padre, no conocía las circunstancias. Lola pulsó la luz en el reloj en su muñeca para ver la hora—. Vamos a hacer una prueba. Ven aquí —dijo poniéndose en pie, ofreciéndole su mano de nuevo. La tomó y sintió cómo tiraba de él con energía, le condujo hasta el borde exterior del edificio. Por un momento comenzó a temer que le propusiese saltar ambos al vacío, o peor aún que le tirase de un empujón—. Cuando diga tres, grita conmigo: Vete a la mierda, papá.

—¿Estás loca? Nos van a descubrir.

—No lo harán. Confía en mi —dijo volviendo a mirar el reloj que llevaba en su pulsera. Él en cambio miró hacia abajo, a sus pies se extendía el amplio jardín posterior del centro, con sus altos cipreses de copas oscuras que se alzaban como gigantes barbudos entre las sombras. De pronto, comenzaron a sonar las campanas de la pequeña capilla anexa al centro, que se encontraba a su espalda —. ¡Ya!

—¡Vete a la mierda, papá! —gritaron al unísono como si les fuese la vida en ello mientras las campanadas resonaban con fuerza, silenciando sus gritos. Una bandada de pájaros echó a volar entre las sombras de la noche invadiendo el cielo.

Ambos se miraron cómplices y echaron a reír. Lola le soltó la mano y regresó al recodo entre los aires acondicionados. Él siguió sus pasos.

—Sienta bien, ¿eh? —preguntó encendiendo otro cigarrillo. Volvió a ofrecérselo, estaba húmedo de sus labios, él sin pensarlo le dio una calada. En esta ocasión no tosió tanto y ella le miró con aprobación.

—Sí. Sienta muy bien.

—Pues ahora solo tienes que decírselo a la cara.—Mikael echó a reír descreído. Dio otro trago a la ginebra, apurando el contenido de la botellita, no se creía capaz, ni aunque bebiese de una vez una de aquellas de tamaño real—. Prométemelo, prométeme que le dirás que no a aquello que te haga daño.

—No puedo prometértelo.

—Quizás ahora no, pero en unos días estarás listo. Y debes cumplirlo, ¿eh? Porque si no, acabarás aquí de nuevo, o en cualquier otro lugar, o peor aún, muerto.

—Lo intentaré —afirmó sin demasiada convicción.

—Los padres son lo peor. Ojalá yo pudiese hacer desaparecer a los míos de un plumazo.

—¿Te llevas mal con ellos?

—Mi madre se largó cuando yo tenía nueve años. Ella y mi padre se divorciaron cuando tenía seis, porque a mi padre se le había *acabado* el amor. Llevaban diez años de novios y se divorcian a los cinco de casados, menudos imbéciles. Los tres primeros años tras el divorcio viví con mi madre, y bien, hasta que conoció a un tipo más joven y en menos de seis meses lo metió a vivir a casa. El tipo era un desgraciado, discutíamos continuamente y después de un año de convivencia la hizo elegir entre él y yo. Así que acabé viviendo en casa de mi padre.

—Vaya, lo siento.

—En realidad mi padre no está mal, es un tío sumiso, nadie lo diría al verle dar las órdenes en su trabajo, es el director de un concesionario de coches de alta gama. Pero al año de separarse volvió a casarse y claro, cuando mi madre me envió a su casa, yo no entraba en los planes de su nueva familia con su nueva mujercita y su nuevo bebé.

—¿Te llevas mal con su mujer?

—No me llevo. Quiero mucho a mi hermana Bea, de verdad, es una niña adorable que no se parece en nada a ninguno de los dos. Pero es como si ella fuese la única importante en aquella casa.

—¿Y por eso te cortas? ¿Por qué tienes celos de tu hermana pequeña?

—¿Crees que soy estúpida? Su mujer me detesta, me ningunea y él se hace el sueco. Nunca ha sacado la cara por mí cuando hemos discutido.

—Te fuiste a vivir con ellos cuando tenías nueve años, ¿verdad? —Lola asintió—. Yo tenía ocho cuando me adoptaron.

—¿Y los sientes tus padres?—No dudó en afirmarlo. Quizá no eran los mejores del mundo, de hecho, estaba convencido de que no lo eran, pero sí se habían comportado como

padres. Pensó en las noches que su madre había pasado en vela cuando pilló la varicela, o anginas, acunándole y haciéndole sentir seguro, mientras su padre se la pasaba sentado en el sofá del salón, incapaz de conciliar el sueño mientras su hijo estaba enfermo. O cuando su padre voló directo desde Michigan donde había dado un recital hasta Madrid sin dormir para verle tocar en una actuación del colegio en sexto de primaria.

—Sí. Con sus defectos, por supuesto, pero son mis padres.

—Rafaela nunca ha intentado ser una madre para mí. Ni siquiera mi verdadera madre lo ha hecho así que imagino que no puedo culparla. Además, fue ella quien se encargó de encontrar este centro la primera vez que me ingresaron, tratando de librarse de mí.

—¿Cuántos años tenías?

—Catorce.

—¿Qué hiciste?

—Nada. Todo fue porque a ellos nunca les ha caído bien mi mejor amiga. Un día estábamos en mi habitación, hablando de nuestras cosas, y Rafaela subió y se puso como una loca. Cuando mi padre llegó de trabajar empezó a comerle el coco sobre que ella era una mala influencia para mí, incluso llegó a plantearle que me cambiase de colegio.

—¿De qué estabais hablando?

—De nosotras, de nuestras cosas. Nada del otro mundo. Yo me puse muy nerviosa, rompí un mueble de una patada con tan mala suerte que un jarrón que había encima le cayó en la cabeza y le hizo una herida a Rafaela.

—Entonces te ingresaron por *rabiosa*.

—Sí —afirmó, desviando la mirada, lo que le hizo sospechar que estaba mintiéndole.

—¿Dejaste de ver a tu amiga?

—Claro que no. Ella es la única persona en el mundo que me entiende, estábamos juntas desde que me cambié de colegio y no iba a dejar de verla por los arrebatos de una estúpida.

—¿Cuánto tiempo pasaste aquí?

—Un mes. Por suerte fue a principios de julio y nadie del instituto se enteró. Mientras mis amigas pasaban el verano en el chalet de sus padres en Zahara de los Atunes yo estaba aquí encerrada.

—¿Ya entonces te cortabas?

—Empecé a hacerlo poco después de salir de aquí.

—¿Por qué?

—Porque es mi forma de aliviar la ansiedad.

—¿Y a qué se debe la ansiedad? Te haré la misma pregunta que me has hecho tú a mí, ¿algún chico? ¿los estudios?

—¿Acaso vivir no es un estado de ansiedad constante? Ir al instituto, aprobar, los padres, el día a día…

—Respeto que no quieras contármelo —dijo sorprendiéndola, Lola le miró en silencio un instante.

—Es mucho más fácil desnudar el cuerpo que el alma —sugirió ofreciéndole el cigarrillo de nuevo.

—En ocasiones es cuestión de tiempo, otras de confianza. Puedes estar tranquila, no diré una palabra de lo que me has contado.—Su tono confidencial le provocó una sonrisa que transmitía una dulzura incalculable, una sonrisa que Mikael sintió como una pequeña victoria.

—¿Siempre eres tan perfecto? Te vi esta tarde con Pablo, vi cómo le acompañaste para que ese imbécil no se metiese con él.

—¿Perfecto? Soy un cobarde.

—Un cobarde jamás le habría plantado cara a Jaime.

—Soy un cobarde descerebrado.

—Hazme caso, Mik. Pórtate bien, acude a las terapias y en seguida podrás marcharte. ¿No es lo que quieres?

—Claro.

—Pues si haces lo que te digo estarás fuera enseguida. No te rebeles, no les muestres tus sentimientos. Y cuando vuelvas a casa manda a tu padre a la mierda, fúgate o haz lo que quieras, pero no vuelvas a tomar pastillas.

—Te haré caso si me prometes que no volverás a cortarte.

—Ya te lo he dicho, es mi forma de liberar la tensión.

—Busquemos otra, ¿vale?

—¿Cuál?

—Cuando sientas ganas de hacerte daño avísame y te haré cosquillas o te sujetaré muy fuerte, o te cantaré una canción… Haré cualquier cosa para distraerte y que no pienses en hacerte daño.

—No funcionaría. Pero gracias por la oferta.

—Vamos, no seas tan escéptica. Déjame intentarlo.

—No es tan sencillo.

—Y te prometo que mandaré a mi padre a la mierda.

—No eres capaz.

—Es cierto, no lo soy ahora, pero lo haré cuando salga de aquí —sugirió ofreciéndole la mano para estrecharla. Lola enarcó una ceja, escéptica, sin decidirse a estrecharla.

—Está bien, lo haré, te avisaré.

—¿Aún tienes la cuchilla?

—No.

—Entonces qué utilizas, porque esas heridas son recientes.

—He…—Por primera vez leyó vergüenza en su expresión, en su mirada esquiva—. He afilado la parte trasera de mi cepillo de dientes, la he pulido contra la pared.

—Pues ahora me lo entregas y…

—Ahora no, por la mañana.

—No iras a cortarte…

—No.

—Promételo.

—Prometo… que intentaré no hacerlo.

—Es suficiente por ahora. Y yo prometo que no volveré a tomar pastillas.—Lola apretó su mano y después la soltó—. Será mejor que nos marchemos.

Lola

Sevilla, 6 abril 2011

Querida Silvana,

Otra vez estoy aquí, escribiéndote porque no puedo dormir.
¿Recuerdas eso que siempre decías sobre que los hombres y las mujeres no pueden ser amigos? ¿Aún sigues creyéndolo?

No es que tenga dudas, pero El chico pantera, parece de fiar, de veras. No se parece en nada a los chicos que conocemos. Ya sé que todos buscan lo mismo y tienen las mismas debilidades, pero… esta noche me quedé con él a solas en una habitación, me dio la risa y él me tapó los labios con la mano. Estábamos muy cerca, mucho, tanto que podía oler el perfume de su colonia, y no ha tratado de besarme, ni de tocarme, ni nada... Ni lo ha intentado. Y no creo que sea gay.

Quizá haya chicos a los que les mueve algo más que el sexo… ¿Y si nos equivocábamos en eso? Es solo una duda, no te enfades, por favor.

Hemos estado en la azotea, hablando. Me ha contado porqué intentó suicidarse. Sus padres le tienen agobiado, sobre todo su padre. Es pianista, y le obliga a ensayar horas y horas. ¿Por qué tienen que ser así los padres? ¿Por qué no pueden dejarnos vivir nuestra vida en paz? ¿Por qué el mío no puede dejarme tranquila? No sabes cómo me gustaría poder hablar contigo ahora, aunque fuese un instante. Tengo tantas ganas de verte...

Hoy he estado rememorando la primera vez que Rafaela nos descubrió juntas en el cuarto de baño. Todo se fue a la mierda por su culpa. Por su culpa entré en este centro, por su culpa se enteraron tus padres de nuestro secreto, todo fue culpa suya.

¿Y cuándo salga de aquí tendré que volver a mirarla a la cara?

Bueno, tengo que dejarte porque Almu, mi compañera de cuarto me pide que apague la luz, dice que no la dejo dormir y son más de las dos de la mañana. Echo tanto de menos tus consejos, tu fuerza…

Amigas para siempre.
Te quiere.
Mimi.

6

Mikael

A la mañana siguiente despertó con un regusto a alcohol y tabaco del que pensó que solo lograría zafarse tras un buen cepillado de dientes y una buena ducha. Fue al baño y al buscar su reflejo en el espejo descubrió en este unas palabras escritas con carmín rojo: *Cumple tu parte*. Sobre el lavabo había un cepillo de dientes, con el extremo inferior afilado.

Sonrió al comprobar que había cumplido su promesa. La noche anterior se despidieron en el pasillo, sin que ninguno de los dos tuviese el menor deseo de que aquel rato de confidencias compartidas acabase. Ella debía haber visitado su habitación mientras dormía para dejarle el cepillo… y aquel mensaje. Tocó las letras con los dedos pensándola, manchándolos de carmín. Rompió el cepillo en dos y lo tiró a la basura.

Había algo en ella que no podía describir, que le decía que todo ese descaro y desparpajo con el que actuaba no eran más que una careta con la que trataba de proteger su fragilidad. Como él mismo, cuando se había convertido en un salvaje para evitar las burlas en el instituto.

¿Pero qué era lo que la atormentaba? Lo que le producía tal ansiedad que necesitaba dañarse para controlarla.

Y lo más importante de todo, ¿cómo podría ayudarla?

La conversación de la azotea le había hecho reflexionar sobre su actitud. Sus palabras le habían calado como una lluvia fina, penetrando en sus barreras mentales como ningún terapeuta podría haberlo hecho. Si continuaba mostrándose reacio a *colaborar* en su recuperación tan solo demostraría que necesitaba estar allí. Y no quería estar allí, en absoluto.

Así que decidió participar en todo cuanto fuese posible para así mostrar sus ganas de *curarse* y acortar su estancia en aquel lugar.

Después de desayunar acompañó a Jan a la sala de usos múltiples, donde junto a otros diez pacientes, entre los que no estaba Lola, practicarían estiramientos en una especie de versión adaptada de yoga. Rosa, la terapeuta, le saludó con una sonrisa nada más entrar, parecía feliz de verle allí.

Mientras realizaba las posturas, Mikael no dejaba de dar vueltas a las confesiones que se habían hecho entre penumbras, a sus palabras, a sus brazos llenos de heridas cicatrizadas que le llevaban a intuir que las de su alma eran mucho más graves, y a la promesa que se habían hecho.

¿Cómo podían sus padres haberla traicionado de ese modo?

Su madre marchándose, priorizando a su pareja ante su propia hija.

Y su padre escondiendo la cabeza tras su nueva esposa.

No conocía los detalles, pero si todo era tal y como lo había contado, resultaba incluso lógico que tuviese tantos problemas.

Él no odiaba a su padre. Lo sabía un capullo controlador y prepotente, estaba dolido y enfadado con él, pero en el fondo le quería.

¿Qué había sucedido en aquella casa que había provocado que Lola acabase ocasionándole una herida a la mujer de su padre?

Había algo que no le había contado, algo grave.

Fuera lo que fuese, no podía imaginar una situación capaz de justificar algo así. Pensó en su risa ante su torpeza para fumar. Era ruidosa, limpia y franca, incluso burlándose de él.

Le había prometido que sería capaz de decir que no a sus padres, a su padre. Para ella parecía algo sencillo, para él no lo era en absoluto. Todo lo contrario.

«Mírate. No perteneces aquí.» Le había dicho.

¿Y ella sí?

¿Por qué?

Parecía tan segura de sí misma y a la vez tan frágil.

De pronto oyó cómo se abría la puerta de la sala y, como si la hubiese invocado con sus pensamientos, Lola entró en la habitación vestida con unas mallas de color rosa y una camiseta del mismo color.

En ese momento acudió a su mente la imagen de un *pettit suisse* de fresa, adoraba los *pettit suisses*. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño despeinado y la piel desnuda de cualquier tipo de maquillaje. La observó coger una esterilla del montón que conformaban en el suelo las que había traído la terapeuta y colocarse en la parte delantera de la sala.

Le miró y le dedicó una sonrisa.

—Vamos, Mikael. Hemos cambiado de movimiento hace un rato —le recriminó Rosa, devolviéndole a la realidad—. Lola, aunque agradezco que nos honres con tu presencia esta no es hora de llegar al taller, la próxima vez te quedas fuera —le dijo. Ella asintió, parecía de demasiado buen humor como para discutir.

No la perdió de vista en toda la clase. Se había colocado en una fila posterior a la suya, pero Mikael aprovechaba cada ocasión para volverse y mirarla. Y cada vez que sus miradas se encontraban el brillo de la complicidad resplandecía en ellas.

Se moría de ganas de volver a hablar con ella.

Pensó en el momento en el que se quedaron a solas en aquella habitación a oscuras. En ese beso que le acudió al corazón y que no se atrevió a llevar hasta los labios.

No tenía demasiada experiencia con las chicas. En realidad, no la tenía en casi nada que no fuese el piano, pero aquel no habría sido su primer beso, ni mucho menos. Su primer beso fue con Teresa, la hija del jardinero, en el cuarto de la piscina, con catorce años, pero fue algo demasiado rápido y frío. Ella era un año mayor pero igualmente inexperta y le metió la lengua en la boca de sopetón. Su único recuerdo de aquel momento era una invasión húmeda que sabía a *Frigopié*.

Después, a los dieciséis, tuvo una especie de *relación* con una chica del instituto que tocaba la flauta travesera en el coro, se llamaba Carmen y estuvieron *juntos* durante ocho meses. Solían verse tras las gradas del gimnasio del instituto, entre clases. Allí se besaban, como muchas otras parejas, alejados de los ojos de los profesores. Hasta que un día se atrevió a bajar un poco la mano para tocarle el culo y ella le dio una bofetada.

Bofetada que le pareció de lo más injusta porque ella le había tocado el *paquete* en un par de ocasiones en esos momentos de frenesí y sin embargo él no la había abofeteado. Aquella chica le gustaba, pero después de la bofetada decidió que sería mejor continuar cada uno por su lado. En ese momento la chica le dijo que lamentaba haberle golpeado y que si alguna vez

triunfaba en la música contase con ella para su orquesta.

En resumen, su vida amorosa apestaba.

Estaba convencido que El Jorobado de Notre Damme había tenido más vida sexual que él.

Cuando oía hablar a Iván de sus conquistas, se preguntaba si algún día viviría esas experiencias en carne propia. Salir, entrar, hacer locuras, desfasar, conocer chicas, enamorarse, desenamorarse… Eran tan contadas las ocasiones en las que su padre le había permitido salir con los amigos que en algún momento se había visualizado a los cincuenta años, calvo, barrigón y solo, sentado en el porche de una casa de campo. Eso sí, con un montón de premios de piano colgados en la pared.

No era el futuro que quería.

La alarma del móvil de la terapeuta indicó mediante su melodía que la clase de yoga había terminado.

Rosa se acercó a él.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó.

—Ha estado bastante bien.

—El yoga es una buena terapia para combatir la ansiedad, si te aficionas a practicarlo será muy bueno para tu recuperación.—Vio como Lola se situaba tras ella y escuchaba la conversación con atención. Le hizo un gesto con los pulgares hacia arriba.

—Lo haré. He estado pensando en que si no pongo de mi parte será imposible recuperarme.

—Por supuesto. Sin tu colaboración sería imposible. Ya verás cómo poco a poco se vuelve más sencillo, date tiempo —respondió mirándole con sus ojos castaños, dedicándole una sonrisa y posando una mano en su hombro. Volvió a sonreírle y se giró, en ese momento, Lola que estaba haciéndole un gesto con la mano abriéndola y cerrándola como si fuese una boca que no para de hablar, la guardó en la espalda—. Y tú, si vas a asistir no vuelvas a llegar tarde.

Lola asintió y la observó marcharse.

En ese momento sintió un impacto en el hombro, alguien había chocado con él por detrás. Miró hacia el lado y descubrió el rostro fruncido de Jan.

—Eh, amigo, ¿qué te pasa?

—¿Amigo? No amigo, Mikael quiere a Rosa —dijo en voz baja, cruzándose de brazos ante él.

—¿Qué?

—Mikael quiere a Rosa.

—En absoluto —dijo sin poder evitar que le resultasen divertidos sus celos—. Rosa no me interesa.

—¿Tienes novia? No has dicho a Jan.—El grandullón enarcó una ceja, lleno de dudas.

—No tengo novia, pero Rosa no es mi tipo.

—Ella es guapa.

—Sí lo es. Es perfecta para Jan.

—¿Rosa no gusta?

—En absoluto. No soy un tipo de morenas, me van las rubias —añadió con una sonrisa.

—Perdona a Jan —pidió este agachando la cabeza, contrito.

—Tranquilo amigo, jamás te traicionaría.

Sonrió y recibió un golpe de camaradería en la espalda con el que, aún sin mala intención, le recolocó cada una de las vértebras de en su sitio, antes de marcharse hacia la salida.

Aquel tipo era como un niño grande y le producía una ternura infinita.

—Así que te van las rubias, ¿no? —preguntó Lola con una mirada pícara.

—En realidad no tengo preferencias, no me importa si son rubias, morenas o pelirrojas —respondió sin pensarlo, hallando cierta decepción en su expresión—. Lo he dicho para que no sienta celos, está colado por Rosa.

—El pobre no puede darse cuenta de que en realidad es una bruja.

—A mí me parece bastante maja.

—Ella y Quintanilla no son muy distintos, créeme. La única diferencia es que él es un malnacido que va de frente y Rosa finge ser una buena persona.

—¿No crees que eres un poco dura con ella?

—Los lobos con piel de cordero son mi especialidad —respondió con una sonrisa forzada—. ¿Me acompañas al jardín a dar un paseo?

—Claro.

Caminaron en silencio hasta el jardín. Varios pacientes realizaban actividades en el exterior, algunos jugaban a las cartas en las mesas de piedra, otros al dominó, otro grupo a la petanca guiados por una de las auxiliares. Pasaron por entre los grupos de actividades y se adentraron por uno de los senderos, en silencio, entre las estatuas de mármol y grandes setos recortados por el paseo de arena. Todo el espacio estaba delimitado por una alta verja oscura. Lola parecía pensativa, como si diese vueltas a algo en su cabeza.

—¿En qué piensas? —dijo él sacándola de sus pensamientos como quien estalla una pompa de jabón.

—Perdona, estaba pensando en que no creo que me equivoque con Rosa, pero no debo influir en tu opinión sobre ella —aseguró con una sonrisa.

—Mi abuela paterna solía decir que las acciones de las personas te dirán todo lo que necesitas saber sobre ellas.

—Tu abuela debe ser una mujer muy sabia.—Él asintió.

—Lo era. La perdí hace un par de años.

—Lo siento.

—Era muy mayor, pero la mujer con más vitalidad que puedas imaginar. Era la única capaz de enfrentarse a mi padre —admitió con un leve reflejo de dolor en el fondo de sus iris—. Pero ella jugaba con ventaja, era su madre.

—¿Tu madre no es capaz?

—En contadas ocasiones lo ha hecho. Pero eso ha provocado que esté días, incluso semanas, sin dirigirle la palabra. Es una mujer de carácter débil y por encima de todo le quiere —admitió resignado.

—¿Crees que sería capaz de enfrentarse a él por ti?

—Pienso que sí. Pero no me perdonaría a mí mismo obligarla a ponerse en esa situación.

—Madurar es darnos cuenta de que nuestros padres no lo saben todo. Tomar decisiones, acertadas o erróneas, equivocarnos y tener la oportunidad de rectificar.

—¿Lo dices por experiencia?

—Yo tuve que hacerlo demasiado pronto —respondió dándole una patada a un guijarro que rebotó contra uno de los bancos de piedra. Se habían detenido ante un alto encino cuya sombra les cobijaba en un cariñoso abrazo. Lola caminó hasta la base del árbol y se sentó apoyándose contra su tronco, cruzando ambas piernas flexionadas por los tobillos. Mikael se sentó a su lado.

—¿Cuántos días llevas aquí?

—Dos semanas. Mi padre forzó la puerta del baño porque no respondía y cuando la abrió me encontró en el interior de la bañera.

—¿En serio no querías morir?

—No. Soy una cobarde, como tú. Pero deberían haberme dejado, todo habría sido mucho más fácil. Si mi padre hubiese llegado tan solo unos minutos más tarde todo habría acabado.

—¿Aún quieres morir?

—La pregunta del millón —dijo sin poder camuflar el cansancio en su voz—. No tengo nada ahí fuera, Mikael. Nadie espera mi regreso con ilusión.

—Estoy convencido de que tu padre sí —sugirió recibiendo una mirada reprobatoria.

—A mi padre solo le importan su mujer y su hija pequeña. A mí solo se dirige para recriminarme cosas o para tratar de controlar *mi* vida para que no le avergüence ante su *mujercita* y sus amigos.

—Aunque eso fuese cierto, hace muy poco, alguien me dijo que hay mil vidas ahí fuera esperándonos —sugirió cómplice, provocándole una sonrisa—. Elige una y vívela por ti, solo por ti. Intenta ser feliz.

—Hice una promesa a una amiga y debo cumplirla en cuanto salga de aquí.

—¿Y después?—Lola se encogió de hombros.

—No quiero pensar en el después. Cumpliré los dieciocho y nadie podrá retenerme contra mi voluntad, podré hacer con mi vida lo que quiera. Quizá me vaya lejos, tomaré un autobús tan lejos como me alcance el dinero.

—¿Y de qué trabajarás?

—De cualquier cosa; limpiaré escaleras, fregaré casas, pediré trabajo en una gasolinera o en una hamburguesería…

—¿De veras prefieres eso a cumplir sus normas?

—Ese es el precio de mi libertad y estoy dispuesta a pagarlo —dijo con la mirada perdida—. Y tú, ¿estás dispuesto a pagar el precio de la tuya? ¿O prefieres ser la marioneta de tu padre para siempre? —Él apretó los labios y asintió.

—Lo haré. Me enfrentaré a él, aunque me cague en los pantalones mientras lo hago —aseguró con una sinceridad descarnada, provocándole la risa—. No te rías, tú no has visto a mi padre enfadado. Aprieta la mandíbula y se le marcan los pómulos tanto que se le ponen los ojos a punto de salirle de las cuencas, los zombis de The Walking Dead le darían las buenas tardes y saldrían por patas al verle —Lola reía a carcajadas de un modo escandaloso. Su risa era encantadora, pensó Mikael.

—Pues díselo con los ojos cerrados.

—No creo que quede muy convincente, pero lo tendré en cuenta —afirmó—. Si de verdad te marchas y pasas por Madrid, llámame. Te daré mi número de móvil y mi dirección.

—¿Crees que voy a presentarme en tu casa?

—¿Por qué no? Me encantará ayudarte. Si mi padre no me ha dejado fuera de combate después de enfrentarme a él.

—No creo que pase por Madrid —dijo fijando la mirada en otro de los pacientes sentado en uno de los bancos de piedra, moviendo las manos en el aire en una danza vertiginosa, a una docena de metros de ellos—. No tengo ni idea de dónde iré, lo único que tengo claro es que no voy a volver ni a la casa de mis padres ni a este lugar.

—¿Y tu mejor amiga, no puedes quedarte con ella?

—No. No tengo a nadie.

—¿Por eso te cortas? ¿Por qué habéis dejado de ser amigas y te sientes sola?

—Me corto desde que tenía quince años, no juegues al psicólogo conmigo, ¿vale? —pidió poniéndose en pie, incómoda, como si hubiese hablado más de lo que habría querido.

—Perdóname, no pretendía agobiarte —pidió incorporándose, buscando sus ojos con la mirada.

—Qué cielo tan bonito, ¿verdad? —dijo ella dando los pasos que los separaban del banco de piedra que había al borde del camino. Subió a este, abriendo los brazos, y alzó el rostro hacia el sol, que brillaba en mitad del cielo despejado, aceptando su caricia tibia, mirando las copas antes de cerrar los ojos e inspirar hondo—. Me produce tanta paz...

—Los samis creen que la naturaleza es sagrada —dijo Mikael subiendo a su lado, no quedaba malestar en la expresión serena de su rostro—. Veneran la tierra, el cielo, el mar, las montañas, las rocas y los árboles. Quizá por eso la naturaleza me tranquiliza, me sosiega y deja que mi alma sane. Todas estas paredes, todo este hormigón por todas partes, vivir *encerrado* en una ciudad puede ser devastador para el alma. Si mi padre me hubiese permitido volver a casa, al campo, dos días, solo dos días le había pedido, antes del concierto, probablemente no me habría sentido como me sentí. Toda esa ansiedad que me impedía respirar, esa punzada honda dentro del pecho... —confesó alzando la vista al firmamento—. Pero él pensaba que era una estupidez mía, la promoción del concierto era mucho más importante que mis nervios. Lo que hice fue intentar huir de algo a lo que me sentía incapaz de enfrentarme. Ahora, en este momento, pienso que fue la idiotez más grande que he cometido en mi vida.

—¿De veras? —preguntó ella mirándole con fijeza, la luz del sol hacía resplandecer sus ojos azules, parecía sorprendida por su arranque de sinceridad.

—De veras.

—Y sin acudir a terapia ni nada —bromeó.

—Casi, sin acudir a terapia. Discutí con mi padre —añadió de improviso—. Me preguntaste cuál fue el *detonante* para que hiciese algo así. Esa noche, discutí con mi padre.

—¿Por qué?

—Íbamos en el ferry restaurante que recorre el Guadalquivir, mientras cenábamos con un periodista y un fotógrafo que habían estado realizándonos una entrevista sobre la familia de pianistas, sobre la experiencia de mi padre como profesor de su hijo y ese rollo... Comencé a imaginarme cómo sería esa situación la noche del estreno, donde no sería uno, sino varios, los periodistas que me harían preguntas. Cuando nos dejaron un momento a solas me armé de valor y le dije a mi padre que no
podía hacerlo. Que no tocaría al día siguiente porque no me sentía capaz. Le confesé que quería marcharme a Múrmansk una temporada, quería pasar el verano allí para aclarar mis ideas y conocer mis orígenes.

—¿Y qué sucedió?

—Me dijo que no tenía ideas que aclarar, y de un tirón me arrancó el colgante que me regaló mi madre biológica y lo arrojó al Guadalquivir.

—Pero, si aún lo tienes.

—Porque en realidad no lo tiró, se lo guardó en el bolsillo, pero me hizo creer que lo había hecho. Me lo devolvió en el hospital, sin la menor disculpa. Cuando creí que había arrojado el colgante… sentí que no podía más —confesó sobrecogido. De un salto bajó del banco y tomó asiento en este. Lola hizo lo mismo, situándose a su lado, muy cerca—. Mi padre me ha obligado a alejarme de mi mejor amigo, con la amenaza de denunciarle por consumo de drogas e incitación al consumo, porque puso una cámara en mi habitación y le grabó fumándose un porro

que me ofreció y yo decliné.

—Pero grabarte en tu habitación es ilegal...

—Como si eso importase —aseguró descorazonado—. Se opone a que me matricule en la universidad, me obliga a tocar y tocar a todas horas, y ahora acababa de tirar por la borda mi única conexión con mi madre biológica. Sentí que mi vida no valía la pena, que no quería vivir un solo día más porque no había salida a mi situación. Esa misma noche, mientras ellos tomaban una copa en el bar, entré en su habitación y el resto es historia.

—Silvana suele decir que todo vale para conseguir lo que deseamos, creo que tu padre piensa lo mismo.

—Pues yo creo que se equivoca —corrigió—. No todo vale, en absoluto. En el momento en el que tengo que dañar a alguien inocente para conseguir lo que quiero, en ese momento, deja de valer una mierda lo que quiero. Me preguntabas si mi padre me había pegado alguna vez, ¿sabes cuál es el arma más poderosa de todas?

—¿Una ametralladora? —bromeó.

—El silencio. Días y días sin mirarte y sin decirte una palabra, haciéndote sentir que no existes, que eres menos que una cucaracha. Que comáis en la misma mesa, que pase por tu lado, sin detener los ojos en ti ni un momento, aunque le hables. Oír a tu madre llorar por las noches, porque no puede soportar que tu padre no te mire a la cara. El silencio es el arma más poderosa de todas, llega un momento en el que tú mismo
crees que no existes.

—Eso es tortura psicológica.

—Mi padre también es capaz de todo por conseguir lo que quiere, solo que esta vez no agacharé la cabeza.—Lola sonrió, era una sonrisa triste que no hizo resplandecer sus ojos, pero con la que le decía que le entendía mucho más de lo que era capaz de explicar con palabras—. ¿Silvana es la misma amiga con la que te descubrió hablando la mujer de tu padre?

—Sí. Es mi mejor amiga desde que me mudé a vivir con mi padre. Cuando llegué nueva al colegio, estaba sola. Acababa de dejar a todas mis amigas en la otra punta de Sevilla y ella se acercó a mí el primer día. Estaba sentada en un banco en el recreo, ella vino hasta mí y me dijo que le gustaban mis Converse. Me presentó a sus amigas y desde ese día nos hicimos inseparables. Su casa se convirtió en mi segunda casa, sus padres casi nunca estaban antes de divorciarse y después ya ni aparecían siquiera. Su habitación era enorme, tenía un mural detrás de la cama que imitaba a un inmenso bosque con hojas moradas, por el suelo, en las ramas, hojas moradas por todas partes. Incluso perdí la virginidad en su dormitorio —rememoró con un resplandor de tristeza en el océano de su mirada—. Todas las amigas lo hicimos.

—¿Todas? ¿A la vez?

—No, pervertido. Cada una cuando llegó su momento. Ningún chico quiere acostarse con una mojigata sin experiencia, por eso cuanto antes perdiésemos la virginidad antes estaríamos listas para el *chico de verdad*. Era un *trámite* necesario para estar preparadas.

—¿Un trámite?—Aquella expresión le dejó totalmente descolocado. Quizá fuese un romántico de otro tiempo, pero él esperaba que su primera vez fuese un momento único y especial.

—Sí, claro. Por eso a ella le gustaba esperar fuera por si nos sentíamos mal o al chico se le iba la cabeza.

—¿Es que no le conocías lo suficiente como para no necesitar carabina? ¿O es que estabais borrachos, o qué?—Lola le miró un instante como preguntándose si debía contestar o no. Como si sintiese que otra vez se había dejado llevar y había hablado más de la cuenta.

—Claro que los conocíamos. Eran amigos de su hermano mayor. Universitarios.

—Pero, eran vuestras parejas, ¿no?

—¿Cómo puedes ser tan anticuado? ¿En serio eres de los que piensan que está mal acostarte con alguien que no sea tu pareja?

—Si te apetece no, por supuesto. Si es una cita que ha concertado tu amiga, como si fuese una *Madame*, con unos tíos mayores, y más tratándose de la primera vez. No me parece adecuado —Lola guardó silencio un instante reflexionando en sus palabras como si por primera vez se plantease cuestionar algo que para ella antes tuvo todo el sentido—. ¿Silvana también se cortaba?

—Ella me enseñó a hacerlo, para que doliese menos. Era nuestro modo de calmar la ansiedad.

—¿La ansiedad de qué? ¿Del instituto?

—Sí —respondió esquivando su mirada, mentía de nuevo—. Ella también lo hizo hasta que su madre la pilló una vez y la amenazó con dejarla sin paga si volvía a hacerlo. Por eso lo dejó.

—¿Dejarla sin paga? —preguntó incrédulo.

—Eso la puso de los nervios, ¿cómo iba a comprarse la ropa si no tenía dinero? Por culpa de su madre comenzó a calmar su ansiedad con pastillas.

—La ropa, qué cosa tan importante.—Su tono sonó demasiado a burla y Lola no lo pasó por alto.

—Pues sí, lo es. ¿Es que en tu instituto no había chicas populares?

—¿Te refieres a tías superficiales cuya única preocupación es su físico?

—Quizá esa no sea su única preocupación, solo que no te has molestado en conocerlas para saberlo —protestó ofendida.

—No creo que sus *majestades*, ellas y ellos, que también los hay, me permitiesen acercarme lo suficiente. ¿Vosotras también os burlabais de los chicos a los que acosaban los matones de turno? Porque eso se estila bastante en mi instituto.

—No.

—Mientes. Os burlabais de la gente, ¿verdad?

—Yo no, ¿vale? Nunca me he burlado de nadie.

—Ella lo hacía y tú no decías nada.

—¿Qué podía decir? Ella era mi amiga. No podía dejarla en ridículo ante el resto.

—Mira mi nariz —dijo mostrándole una línea en el dorso, una cicatriz, casi imperceptible—. Me la partí de un cabezazo a uno de esos tipos, los reyes del instituto, porque decidí que no sería el motivo de burlas de nadie.

—¿Se burlaban de ti?

—Lo intentaron. Tipos como vosotras.

—Te he dicho que yo no me he burlado de nadie. ¿Vale? Eres un imbécil. Ojalá no te hubiese contado nada. No tienes derecho a juzgarme y mucho menos a juzgarla a ella. Ella era la única persona que me entendía,
que cuidaba de mí, que me enseñó a…

—A cortarte. A burlarte de los más débiles. A acostarte con tipos a los que no conocías...

—¡Vete a la mierda! Tú no la conoces, ¿vale? —protestó muy enfadada y se levantó alejándose deprisa por el sendero.

Mikael se levantó tras ella y la alcanzó, sujetándola del brazo.

—No necesito conocerla para ver el daño que te ha hecho.

Lola se zafó de un tirón y se marchó corriendo hacia el interior de la clínica.

Lola

Sevilla, 7 abril 2011

Querida Silvana:

¿Recuerdas todo lo que te conté anoche sobre que El chico pantera es especial? Pues olvídalo, es un idiota. Ahora mismo estoy llorando por su culpa. La pantera ha sacado sus garras y hemos discutido.

Estábamos hablando y me ha contado cosas de su vida, yo le he hablado de la mía, de ti, de nuestras amigas... Y prácticamente me ha dicho que somos lo peor. Al parecer él sufrió acoso en el instituto y todo el que no sea un perdedor es un acosador.

Nosotras nunca hemos acosado a nadie. ¿Verdad?

Cuando me ha acusado de burlarme de la gente me vinieron a la mente tus palabras: «Esos putos perdedores; el friki, el marica, la machirula, los pobretones becados por Cáritas… Ni los mires. Si te ven con ellos no vuelvas a acercarte a mí, porque se te habrá contagiado la horterez.»

La horterez.

¿Sabes que incluso busqué la palabra en el diccionario y no existe? Pero no fui capaz de decírtelo porque te habrías enfadado.

Sé que, si hubieses estado aquí, me habrías callado de un bofetón para que no le hablase de nosotras. No habría sido el primero.

Y sé que jamás me entenderías, pero es que con él no puedo tener la boca cerrada. Los terapeutas me dicen que soy hermética, que es muy difícil hacerme hablar, pero con El chico pantera mi lengua cobra vida propia, es como si necesitase contarle las cosas.

Ahora mismo siento mucha rabia, mucha… y pienso en el cepillo de dientes que le entregué esta mañana, porque me hizo prometer que no volvería a cortarme. Sí, soy idiota, me lo pidió y se lo di. Sé que, si lo deslizara sobre los muslos y me hiciese un pequeño corte, solo un poco, el dolor me haría sentir aliviada.

Y después pienso en lo que me convierte hacerlo y me arrepiento de haberlo pensado. No quiero volver a hacerlo, aunque lo necesite.

No quiero estar mal de la cabeza.

Ya sé lo que me dirías si estuvieses aquí, ellos son los que están mal de la cabeza, no nosotras.

Nadie nos entiende, nadie. Y duele tanto…

El chico pantera cree que acostarnos con los amigos de Roberto estuvo mal. Que todo eso de que la primera vez es un puro trámite es una estupidez.

¿No lo es verdad?

Es cierto, ¿no es así?

Porque me dolió. Me dolió muchísimo cuando me acosté con ese chico, Rubén. Él tenía mucha prisa y después de darnos un par de besos sentados en la cama se tumbó encima de mí y me bajó los pantalones de un solo tirón.

Eso me asustó y le agarré de los brazos. No grité, porque no quería que pensaseis que soy idiota. Volvió a besarme y traté de relajarme mientras me abría las piernas y se acomodaba entre ellas.

No fue dulce ni delicado.

Me penetró del primer empujón y… nunca te lo he dicho, pero sentí cómo algo se me rompía dentro. Y no me refiero a mi virginidad. Fue como si en ese mismo instante mi infancia se hubiese roto, como un cristal que se desintegra en un sinfín de pedacitos pequeños imposibles de recomponer. Cerré los ojos mientras él terminaba y me tragué las lágrimas.

Me vino a la mente lo que me dijiste antes de entrar en la habitación cuando me asaltaron las dudas:«¿Es que no te das cuenta? Leo nunca se fijará en una mojigata como tú. A él le van las chicas con experiencia, me lo ha dicho. Nadie quiere desvirgar a una mojigata».

Esa era tu frase favorita en aquella época. Y no paraste de repetirla hasta que todas las chicas del grupo dejamos de ser vírgenes.

Tú sabías que estaba loca por Leo, aunque él pasaba de mí.

Y lo único que cambió desde que perdí la virginidad fue que me dejaste en paz sobre ese tema.

¿Por qué Silvana?

¿Por qué te preocupaba tanto que dejásemos de ser vírgenes? ¿Porque tú no lo eras?

Ninguna de nosotras teníamos la culpa de lo que te sucedió.

No lo digo a modo de reproche, por favor no me entiendas mal. Nadie nos puso una pistola en la sien, ni tú ni nadie, pero complacerte se había convertido casi en una necesidad para nosotras, al menos para mí.

Nos hacías sentir tan miserables cuando te molestabas por algo…

Recuerdo cuando discutimos el año pasado, después de que agarrases por la coleta a Martina porque la pillaste besándose con Miguel, el chico que hacía las fotografías en la revista del instituto. Dijiste que ninguna de nosotras debía volver a dirigirle la palabra porque era una puta… Una puta. Por haberse liado con un chico al que detestabas porque una vez puso en el periódico del instituto una foto tuya despeinada por el viento sobre la leyenda: ¿La reina de la selva? Junto a otras imágenes de caídas, de bicicletas pinchadas y un montón de cosas que debían parecerle graciosas.

Si él hubiese sabido cuánto odio acarrearía aquella foto, te garantizo que jamás la habría hecho.

Yo me negué a hacerle el vacío a Martina, ¿recuerdas?

Y mi teléfono móvil comenzó a sonar sin parar. Me llamaban tíos y más tíos, no fue gracioso que pusieses mi número de teléfono en un anuncio en una página de contactos. Tuve que cambiar de número. Y mentirle a mi padre acerca del motivo porque si no me habría impedido volver a verte.

Después lo arreglaste todo diciéndome: «No seas tonta, tú me hiciste actuar así. Solo quería que entendieses lo importante que eres para mí. No puedes traicionarme, tú no, eres mi mejor amiga».

Y me sentí súper importante. Porque yo, una pringada insegura, gorda y llena de granos era tu mejor amiga.

¿Me quisiste de verdad alguna vez?

Con cariño,

Mimi.

7

Mikael

Jan partía las patatas del estofado de carne en cuatro pedacitos, todas, incluso las más pequeñas, y después se las comía. Parsimonioso tomaba el tenedor y lo apretaba sobre la superficie hasta que la atravesaba. Mikael le observó en silencio hasta que se decidió a preguntarle.

—¿Por qué en cuatro pedazos?

—Jan garganta estrecha.

—¿Estrecha?—Dudó. Su cuello tenía la anchura de la pata de un elefante, él asintió convencido—. ¿Y por qué cuatro y no dos, o tres?

—*Cuatro* dice Pitágoras es raíz de todos números, número del cuadrado, firmeza, resolución y buena voluntad. *Cuatro* elementos: tierra, agua, aire y fuego. En Jardín del Edén nacer cuatro ríos dirección *cuatro* puntos cardinales. *Cuatro* reglas matemáticas: suma, resta, multiplicación y división. *Cuatro* Jinetes Apocalipsis: guerra, hambre, peste y muerte...

—Tú el de peste lo tienes dominado —le interrumpió, cabeceando resignado, como si algo de todo aquello diese algún sentido a su manía con las patatas. Jan elevó un brazo oliéndose el sobaco.

—Jan no peste. Jan Heno de Pravia —dijo provocándole la risa.

Entonces Lola entró en la habitación, Mikael la saludó con un leve gesto con la mano, ella los vio, pero apartó la mirada y se situó en la cola para la comida.

—¿Pelea? —preguntó el grandullón con su voz grave.

—Algo así. Lola ha estado hablándome de su mejor amiga, y por lo que me ha contado era una auténtica bruja.

—¿Mikael ha dicho a Lola?

—Sí. No debería haberlo hecho, ¿verdad?—Ahora era Jan quien cabeceaba.

—La verdad duele dentro. Yo sé hermanos no de gira. Pero prefiero pensar ellos de gira. —Mikael le miró y este hizo una mueca encogiéndose de hombros.

—No debería haberle dicho nada. Debería haberme limitado a oírla sin más.

—Entonces no ser amigo. Ser terapeuta —respondió el danés con la vista fija en su comida—. Amigos siempre dicen verdad.

—¿Siempre?

—Si no decir verdad, no confianza, si no confianza no amigo.

En ese momento llegó Pablo y se detuvo junto a ellos. Mikael le dedicó una sonrisa al verle llegar con su bandeja.

—Bienvenido a *El redil de las ovejas negras* —le recibió. Jan echó a reír por lo bajo, su espalda se agitó como la nieve en un alud.

—¿Alguna norma del club que deba saber? —preguntó Pablo con una sonrisa antes de tomar asiento.

—La única norma es decir siempre la verdad. Que ves conejitos azules, admítelo y te aceptamos —proclamó mirando a Jan y este asintió—. Que eres un cobarde incapaz de enfrentarte a tu padre —Se indicó a sí mismo—, admítelo y te aceptamos. Que eres un friki de los videojuegos al que no le da el sol, admítelo y te aceptamos.—Pablo sonrió—. Y si eres un *pajillero* que te tocas pensando en las modelos de la tele, admítelo y también te aceptamos.

—Pero Jan no da mano —apuntó muy serio y los tres rompieron a reír.

—Entonces, ¿hay sitio para una oveja más?

—Por supuesto.

—Nunca he pertenecido a un grupo, así que esto es nuevo para mí —confesó Pablo, una verdad entre bromas.

Mikael aún mantenía la sonrisa en los labios cuando vio cómo Lola regresaba con su bandeja llena de comida en las manos. La observó caminar entre las mesas y tomar asiento en el otro extremo del comedor, sola. Estaba enfadada, tanto que no quería ni mirarle.

Hubo un momento, en el que la manga de la blusa, se le subió un poco al doblar el brazo, en ese momento Mikael percibió que su muñeca derecha estaba vendada.

El corazón le dio un vuelco al pensar que había vuelto a lesionarse, que incluso podría haber hecho algo peor, por su culpa.

¿Cómo podía haber sido tan torpe?

Él le había hablado de su cobardía, del miedo que sentía hacia su padre, y ella le había escuchado, le había animado a enfrentarle, pero en ningún momento le había juzgado, ni le había acusado de nada.

¿Quién era él para juzgarla?

Lola le había dicho que era su modo de controlar la ansiedad y él con sus palabras debía haberla llevado al límite.

Un imbécil, un puto imbécil, ese era él.

Tenía que hablar con ella y disculparse.

Esperó a que terminase de comer y la aguardó fuera en el pasillo, a solas.

—¿Podemos hablar? —le preguntó interceptándola al salir del comedor.

—No tengo nada que hablar contigo.—Trató de pasar, pero se lo impidió.

—Por favor, quiero disculparme. Necesito disculparme.

—¿Por qué? Supongo que lo que me has dicho es lo que piensas, ¿no? ¿O es que has cambiado de opinión?—Sus ojos azules tenían un resplandor distinto, a causa de la rabia que fulguraba en ellos—. ¿Has cambiado de opinión?

—No.—No quería mentirle, aunque quizá en ese momento hubiese sido lo mejor. Ella intentó pasar y volvió a impedírselo poniéndose en su camino—. Escúchame, por favor. El antiguo Mikael se habría apartado y te habría dejado marchar, pero me he prometido a mí mismo que ya no seré más ese tipo, que diré lo que tengo que decir, aunque nadie me haga el menor caso —dijo arrugando el entrecejo hasta convertirlo en un acordeón de pensamientos encontrados. Apretó los labios, sin apartar los ojos de los suyos.

—Está bien, el *nuevo* Mikael puede hablar.

—Siento haberte dicho que tú y tu amiga erais unas acosadoras. Sobre todo, siento haber dicho que tú lo eras, porque a tu amiga no la conozco, pero a ti sí, y por lo poco que te conozco desde que llegué aquí creo que eres una buena persona.—La expresión de Lola se transformó de modo automático al oírle decir aquello, como si una tijera invisible hubiese cortado todos los

hilos de tensión que mantenían su rictus serio e impenetrable, le oía, expectante.

—¿Por qué dices eso? Tú no me conoces.

—Es lo que me has demostrado. Te he visto preocuparte por Jan, por Pablo, por Almudena, e incluso por mí... Y eso no lo hace una zorra sin corazón.—Estaba nervioso, mucho. Lola apretó los labios hasta que perdieron el color—. No quiero que te lastimes por mi culpa —dijo indicándole hacia la muñeca vendada. Ella se levantó la manga para descubrir el vendaje.

—Por esto me has dicho todo eso, ¿verdad? —preguntó sin camuflar su decepción—. Me he dado un golpe con el pomo de la puerta y
me han vendado la muñeca.

—No me mientas.

—No te miento. Joder —dijo tirando del vendaje hasta sacárselo por completo, dejando la piel desnuda con un hematoma morado en el dorso de la mano. Mikael la sujetó y comprobó la piel intacta. Lola se estremeció al contacto de aquellos dedos suaves, como si una pequeña descarga eléctrica la hubiese recorrido desde la palma hasta el estómago. Pero pronto recuperó su rictus serio, la había ofendido con sus palabras. Apartó su mano de un tirón, alejándola del contacto de sus dedos—. Lo he prometido y aunque hoy me lo has puesto muy difícil no lo he hecho. Deberías aprender a confiar un poco más en las personas, sobre todo si te crees con derecho a juzgarlas —sentenció atravesándole con una mirada furibunda.

Mikael Levi, tiene una llamada, acuda a recepción.

Se oyó en la megafonía del centro.

Mikael la miró, no quería que la conversación quedase ahí, necesitaba explicarle que no estaba juzgándola, que sencillamente se había preocupado al pensar que se hubiese dañado por su culpa.

—Lo siento, perdóname, por favor.

—Te llaman por teléfono, será mejor que vayas —dijo antes de marcharse sin mirar atrás.

Era un completo idiota, y por cada minuto que pasaba su idiotez crecía de modo exponencial.

¿Por qué no le había preguntado sin más lo que le sucedía en la muñeca antes de acusarla de haberse autolesionado de nuevo?

Joder, joder, había vuelto a cagarla.

Mikael Levi, tiene una llamada, acuda a recepción. Insistió la megafonía.

Debía tratarse de su madre, querría que volviese a decirle lo bien que estaba y lo poco que faltaba para recuperar su antigua vida. Solo que ahora estaba decidido a que eso jamás sucediese.

Cuando llegó al mostrador de recepción se encontró, como el día anterior, el rostro inexpresivo de la recepcionista.

—Hola. Tengo una llamada.

—Es tu padre —le dijo antes de pasarle el auricular del aparato. Dudó un instante antes de llevárselo al oído. ¿Su padre? ¿En serio? Con su habitual parquedad de palabras en persona, mucho le sorprendía que se hubiese decidido a llamarle.

¿Qué iba a decirle?

Inspiró hondo, estaba dispuesto a plantarle cara incluso por teléfono, no había vuelta atrás.

—¿Papá?

—¿Se puede saber qué cojones has hecho? —le preguntó una voz masculina que llevaba demasiado tiempo sin oír, una voz que provocó que las lágrimas acudiesen a sus ojos sin poder contenerlo. Aun así, trató de calmarse.

—¿Iván? —La recepcionista le miró con cara de pocos amigos. Sin molestarse en disimular que oía la conversación con atención sin el menor pudor. Él contuvo la emoción y carraspeó para aclararse la garganta—. Papá. ¿Cómo has… cómo estás?

—Dime que no has intentado matarte, joder.

—Ah, claro, la ciática, tienes que cuidarte.—Por suerte una auxiliar llegó al mostrador y comenzó a conversar con la recepcionista, distrayéndola—. Sí, lo hice.

—¿Por qué *cojones* has hecho algo así, tío?

—No lo sé. Sentí que no podía más. Solo quería desconectar y descansar.

—¿Desconectar y descansar yéndote al puto *Más Allá*? Ha sido por tu padre, ¿a qué sí? ¿Qué te ha hecho?

—Ha sido por todo. No podía más.

—¿Y por qué no te largaste? ¿Por qué no te viniste a mi casa? Sabes que aquí siempre tendrás sitio. ¿Por qué no hiciste cualquier cosa, joder, menos tratar de matarte?—Ya, pero si se iba a vivir a casa de Iván su padre utilizaría la baza que tenía contra él, y por encima de todo no quería perjudicarle.

—No podía más, todo el tema del debut me superó. Discutí con mi padre y se me fue la cabeza. Fue un momento de debilidad.

—Joder Mikael, es que aún no puedo creerme que no me pidieses ayuda.

—No podía, en serio. Lo siento.—Y lo hacía, sentía haberle preocupado de ese modo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Por el chófer de tu padre. El día de tu *famoso* concierto de debut —el tono despreciativo de la palabra era una muestra más de cuánto le conocía—, vi en la prensa que se había suspendido por una apendicitis. Te llamé, pero tu teléfono aparecía apagado, llamé a tu madre y me dijo que estabas bien, que solo había sido un susto. Pero había algo en su voz que me decía que me mentía. Llamé al día siguiente y me dijo que estabas bien, le pedí que me dejase hablar contigo y tu padre le quitó el teléfono y me dijo que no volviese a llamar. Pasaron los días y me extrañó que no respondieses a mis mensajes, sé que estás enfadado conmigo, aún no sé por qué, pero en un caso así me importa una mierda…

—No estoy enfadado contigo. Nunca lo he estado, Iván. Cuando salga de aquí te lo explicaré todo, te lo prometo.

—Eso espero, porque te juro que no lo entiendo —se lamentó desconcertado—. Como no tenía otro modo de saber de ti llamé a vuestro chófer, Paco. Siempre ha sido muy amable conmigo, hablábamos mucho cuando me llevaba de vuelta a casa desde el chalet. Fue él quien me contó que estabas ahí y lo que habías hecho.—Mikael no pudo evitar pensar que si su padre descubriese la indiscreción del chófer le despediría de inmediato—. Ayer llamé para hablar contigo y la recepcionista me dijo que tienes restringidas las llamadas, que solo podías hablar con tus padres. Así que hoy soy tu padre.

—Menudo cambio has dado, papá —bromeó.

—Tío, aún no me puedo creer que intentases borrarte del mapa.

—Yo tampoco.

—Si fue un momento de debilidad, ese momento de debilidad no se puede repetir en la *puta* vida, ¿vale?

—Vale.

—¿Y cómo estás ahí? ¿Te tratan bien?

Estuvo al menos media hora hablando con su mejor amigo. Sintiendo como si los ocho meses que habían pasado sin tener contacto no hubiesen sido sino una pesadilla. Nada había cambiado entre ambos, en eso consistía la amistad verdadera.

Siempre pendiente del oído privilegiado de la recepcionista le habló de Jan, de Pablo, de los matones de turno, aunque sin hacer referencia a los motivos por los que estaban allí ninguno de ellos. Y sin darse cuenta se encontró hablándole de Lola. Le contó que había una chica en aquel lugar que había sido muy amable con él desde su llegada, pero Iván le conocía demasiado bien como para pasar por alto el hecho de que la mencionase.

—Una chica… ¿Y es guapa?

—Lo es. Aunque eso no importa.

—¿Por qué?

—Porque está como una cabra —dijo aún dolido por su rechazo.

—Entonces hacéis buena pareja, ¿no? —sugirió su amigo.

—Supongo que sí.

—Pues tú céntrate en recuperarte, ¿vale? Cuídate mucho y en cuanto estés de vuelta te largas de la casa de tus padres.

—Voy a dejarlo, Iván. La música clásica, todo eso del concurso europeo... Voy a mandarlo todo a la mierda. No quiero seguir adelante.

—Si estás seguro, te apoyo.

—Me dedicaré a tocar la música que me gusta, echaré la matrícula para la universidad, si es que no me las suspenden todas en el instituto, y estudiaré composición. Trabajaré en clubs y donde sea para ganar dinero, pero me dedicaré a tocar la música que me hace feliz.

—Tienes dieciocho, Mikael, si no tomas las riendas de tu vida ahora no lo harás nunca, te lo he dicho mil veces. Sé que no quieres hacer daño a tus padres, sobre todo a tu madre, pero no existe una solución buena para todos. O vives tu vida, aunque les haga infelices, o eres infeliz viviendo la vida que ellos han planeado para ti.

—Lo sé. Ellos tuvieron la oportunidad de elegir su camino, imagino. Yo haré lo mismo.

—Oye dile a tu nuevo amigo el gigante danés que te componga algo, el nuevo hit del verano, por ejemplo —sugirió haciéndole reír —. Te llamaré en un par de días. Te quiero, tío.

—Y yo a ti.

—De una forma completamente hetero, que quede claro —puntualizó haciéndole reír de nuevo.

—Por supuesto.

Mikael pensó en cómo su vida y la de Lola habían cambiado a raíz de la amistad. Ambos se sentían solos y se aferraron a esa persona que había traído un soplo de aire fresco a su vida. Solo que, en el caso de Lola, su amiga se había apoderado de su voluntad, de su cerebro, decidiendo en su lugar con quién relacionarse, e incluso con quién debía acostarse.

Lola

Sevilla, 7 abril 2011

Querida Silvana,

El chico pantera acaba de pedirme perdón. De una forma tan torpe que al final ha hecho que vuelva a enfadarme con él. No sé cómo puede dolerme tanto que hayamos discutido si apenas le conozco.

Sé que la culpa es mía por acercarme a él, pero por algún motivo no puedo evitarlo. Me gusta hablar con él. Quizá sea porque me mira como a una persona normal, no como a alguien enfermo. Su mirada me transmite mucha calma, es como si le conociese de hace mucho. No sonríe demasiado pero cuando lo hace es un espectáculo, se le forma un hoyuelo en una de las mejillas, solo una, la derecha creo, y se le llenan los ojos de luz.

¿Recuerdas cuando llegué nueva al colegio? Alguien había corrido el chisme de que había pasado de vivir en un apartamento a hacerlo en un chalet, de un colegio público al exclusivo centro privado, y todo aquello porque mi madre, además de ser pobre, no me quería. Oí a dos niñas hablando de esto en el recreo y eso me hizo mucho daño.

Antes de conocerte no soportaba que la gente me tuviese lástima, que nadie me mirase con esa expresión de pena ridícula, como si ellos fuesen mejores que yo. Discutí con compañeros, incluso con los profesores por eso. Yo no quería su lástima, solo su respeto. Es cierto que mi madre se desentendió de mí, pero no por ello tenía que convertirme en una «Pobrecita». Si hubiese recibido un euro por cada vez que había oído esa palabra entre susurros, sería millonaria.

Pero entonces te conocí y nos hicimos amigas, me acogiste en tu círculo como una más y poco a poco llegamos a convertirnos en íntimas.

Fuiste tú quien me abriste los ojos y me dijiste que hiciese lo que hiciese, la lástima continuaría ahí, por siempre, que todo el mundo me miraría a través de ella. Pero que esa lástima podría convertirse en una ventaja. Yo era el producto de los daños colaterales de la relación fallida de mis padres y por ello merecía ser compensada por lo desgraciada que era mi vida. Tú tenías tan claro como funcionaba el mundo y yo me sentía tan perdida...

No lo cuestioné.

No cuestioné ninguna de tus decisiones.

Pero no veo lástima en los ojos de El chico pantera cuando me mira. Y eso me gusta.

Con cariño

Mimi.

8

Mikael

—¿Mikael Levi? —preguntó alguien a su espalda, una voz masculina. Cuando se giró vio a un tipo alto, moreno, en torno a los treinta años, vestido con un pijama sanitario azul.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Salvador Riera y soy uno de los psicólogos del centro —dijo ofreciéndole la mano para estrecharla. Lo hizo y recibió un fuerte apretón que le devolvió—. ¿Podríamos hablar unos minutos en el despacho? Es el tercero a la derecha desde el principio del pasillo.

—¿De qué quiere hablar?

—Solo quiero presentarme y hacer el ingreso. Estaba esperando que vinieses por ti mismo, pero llevas tres días en el centro y aún no nos conocemos.

Mikael recordó las palabras de Lola: *Si quieres salir pronto de aquí haz todo lo que te pidan.*

—Está bien. Iré.

—Te espero allí en quince minutos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El psicólogo se marchó y él fue al encuentro de Pablo y Jan para explicarles su retraso. Les encontró en el jardín, jugando una partida de cartas en uno de los merenderos con mesas de azulejo azul y bancos de piedra.

—Hemos oído por megafonía que tenías una llamada, ¿qué tal ha ido? —le preguntó Pablo.

Tomó asiento junto a ellos. Jan permanecía muy concentrado en sus cartas, observándolas con el ceño fruncido, por el montón que había bajo las manos de Pablo, el danés iba perdiendo.

—Era mi amigo Iván.

—¿Y te han pasado la llamada?

—Ha dicho que era mi padre.

—Un crack. ¿Y qué tal?

—Bien. Estoy deseando salir de aquí y recuperar mi vida.

—Bienvenido al club —chascó Pablo dejando sobre la mesa una *Escalera de color* con la que le daba la puntilla al grandullón que resopló disgustado y se puso en pie.

—Jan no juega más —dijo.

—Vamos, no te enfades. Perder forja el carácter —sugirió Pablo y Jan le mostró el dedo corazón mientras se alejaba dando grandes zancadas, provocándole la risa.

—Vamos Jan, no te enfades.

—Dale un respiro, ¿no? —sugirió Mikael, mientras Pablo recogía la baraja—. ¿Dónde

aprendiste a jugar?

—En el póker *on-line*.

—Ya.

—He ganado mucho dinero.

—Me lo imagino. Pero podrías dejarle ganar alguna vez, al fin y al cabo, no os jugáis nada.

—No me gusta perder nunca, soy muy competitivo. Y sí nos hemos jugado algo, esta noche me comeré su postre —afirmó con una sonrisa pícara—. Jugar sin motivación no tiene sentido.

—Ya veo.—Mikael acudió a buscar al danés—. Vamos Jan, no te enfades es solo un juego. Ven aquí —le pidió trayéndole de vuelta hasta el banco en el que estaban sentados, este cruzó ambos brazos sobre el pecho con el ceño fruncido.

—¿Jugamos una partida los tres?

—No, puedo. Tengo que ir al despacho del psicólogo, me ha abordado en el pasillo y me ha pedido que vaya a verle. No me apetece nada hablar con ese tipo.

—Ya. Pero debes hacerlo, si él emite un informe positivo sobre ti estarás aquí menos de una semana —afirmó Pablo.

—¿Creéis que es de fiar?

—Es nuevo, Jan conoce poco.

—No lo sé —dijo Pablo—. No parece mal tipo, conmigo estuvo hablando por lo menos una hora, él era el que lo hablaba todo, pero me cae bien. Y a mis padres les cae genial, porque dos veces que he hablado con ellos me lo han dicho, que siga sus consejos que es un gran profesional y toda esa mierda.

—Yo es que ya no me fio de nadie —dijo Mikael.

—¿Ni de mí? —preguntó con ironía.

—¿De ti? De ti menos todavía. Pero si acabas de ingresar a nuestro club, chaval, ¿verdad Jan?—Este asintió con los labios fruncidos—. Ni siquiera sé tu historia, ¿cómo voy a fiarme de ti? Aún estás en periodo de pruebas —respondió sin dejar de sonreír. Pablo rio a su vez.

—¿Y de Jan?

—De ti sí, grandullón, en ti confío al cien por cien —dijo Mikael echándole el brazo por encima del hombro, lo cual le hizo crecerse como un pavo real de puro orgullo.

—Tú di que arrepentir, no volver a hacer y venir al jardín. Nosotros jugar petanca.

—¿Petanca? ¿Eso no es de viejos? —sugirió Pablo.

—No viejos. Rosa dar clase —protestó Jan, dedicándole una mirada furibunda.

—Eso lo explica todo —concluyó Mikael con una sonrisa—. Bueno voy a ver a ese tío. Divertíos.

Acudió al despacho del psicólogo sin ganas de hablar de nada, cansado de que todo el mundo quisiese saber los motivos de su intento de suicidio.

Se detuvo ante la puerta y no pudo evitar percibir cómo en el interior sonaba una de las melodías clásicas de Beethoven más conocidas, Para Elisa. Esta junto con Claro de Luna eran sus obras favoritas del compositor alemán, desde niño.

Al oír la música sintió ganas de echarse a llorar, la había interpretado tantas y tantas veces que sus dedos casi se movían solos buscando las teclas. Su ausencia le dolió por primera vez desde que estaba allí, pero, si había llegado a odiar tocar el piano… ¿Cómo podía echarlo de menos en aquel momento?

Cerró los ojos y durante unos segundos se permitió navegar en su mente por aquellas

notas que le traían recuerdos de su infancia. Cuando *tocar* era un momento mágico, sentado junto a su padre, viendo el orgullo en sus ojos, su sonrisa en los labios mientras sus manos se deslizaban sobre las teclas.

Su mente viajó al piano en el que había interpretado aquella melodía una y otra vez, pensó en el salón de la casa de campo, en su piano Bechstein-Zimmermann color caoba, junto a la cristalera, por la noche, con la luz de la lámpara de araña encendida lo justo para permitirle ver la partitura que ni siquiera necesitaba.

Y de pronto pensó en Lola, la imaginó vestida con un largo camisón blanco, con sus cabellos dorados cayéndole en cascada sobre los hombros menudos y los labios rojos aún sin carmín, mirándole con una sonrisa.

Lola.

¿Lola?

Ella nunca había estado en su casa.

Ese pensamiento le hizo despabilar de golpe, regresar a aquel pasillo, a aquel momento real.

Su mente acababa de jugarle una mala pasada.

¿Por qué pensaba en ella en aquel momento?

Quizá porque se sentía mal por haberla molestado.

Llamó a la puerta y la abrió pensando que le encontraría tocando en el interior, pero la fantasía se esfumó al comprobar que estaba sentado ante la mesa de su escritorio y que la música provenía del equipo musical situado en una estantería a su derecha. Este se incorporó y bajó el volumen a su llegada.

—Bienvenido a mi humilde cueva —dijo con una sonrisa amable ofreciéndole con un gesto la silla frente a su mesa. Mikael se sentía contrariado, se había prometido a sí mismo no volver a tocar y ahora se encontraba echándolo de menos con una intensidad tal que dolía.

—Quería hablar conmigo. Aquí estoy.

—Tutéame por favor. Puedes llamarme Salva, eso de llamarse Salvador siendo psicólogo es demasiada presión.—No rio su broma, porque no le nació hacerlo, aunque debía reconocer que tenía su gracia—. Bueno, tengo todos tus datos en esta carpeta; los informes del hospital, un informe social con tus antecedentes personales, podría decirse que lo sé todo de ti. Y sin embargo no te conozco.—¿Qué pretendía que le respondiese? Salvador cogió un triturador de papel que tenía en el suelo y lo puso sobre la mesa. Sin dudar un instante pasó la carpeta por este, tenía el grosor de una veintena de folios que fueron convirtiéndose en tiras junto con el cartón en el fondo del recipiente—. Quiero conocerte, pero quiero que seas tú quien me cuentes quién eres, ¿Quién es Mikael Levi? —le preguntó mirándole a los ojos. Mikael le observó en silencio, sin poder camuflar su escepticismo—. Empezaré yo, presentándome como es debido. Como te he dicho me gusta que me llamen Salva, soy de Sevilla, tengo treinta y dos años, con dieciséis me operaron de apendicitis, siempre quise estudiar psicología porque en mi familia andamos todos un poco tocados de la azotea —dijo con humor—. Acabé hace diez años, tuve distintos trabajos hasta hace cinco meses que empecé en este centro. Tengo novia, desde hace cinco años, y me gustan las motos y la música, toco la guitarra, me dan miedo los gatos y odio el chocolate. ¿Qué tal si ahora pruebas tú?

Mikael inspiró hondo tratando de hacerse un mapa mental de lo que le apetecía contarle y lo que no.

—Nací en algún punto de la península de Kola, en el noroeste de Rusia. Mi madre me

abandonó en la puerta del orfanato en el que crecí en Múrmansk cuando tenía unos seis meses, en un cesto hecho de cuernos de reno, por lo que imagino que sería una criadora de estos animales. Llevaba este colgante en la cesta —dijo mostrándoselo, él le observó con curiosidad—. Después de revisarme en el hospital me llevaron de vuelta al orfanato dónde permanecí hasta los ocho años, cuando fui adoptado por mis padres.

—Debió ser un cambio brutal, ¿verdad? Pasar de vivir en Rusia a vivir en España.

—Casi no lo recuerdo. Mi madre me dice que en seis meses ya hablaba bastante bien el idioma. Lo único que recuerdo de esa época es lo grande que me pareció mi habitación, después de haber estado durmiendo con diez niños más en un cuarto, uno solo para mí me pareció un sueño —recordó con cierta melancolía.

—¿Y con tus padres? ¿Cómo fue adaptarte a vivir con ellos? ¿Congeniasteis desde el principio?

—Creo que sí. Mi padre nunca ha sido una persona cariñosa, mi madre en cambio sí lo es, así que supongo que primero me adapté a ella.

—¿Dirías que has echado en falta el cariño de tu padre?

—No lo sé. Siempre he pensado que instruirme en el piano ha sido su modo de demostrarme afecto.

—Entonces, tocas el piano.

—Tocaba.

—¿Ya no?

—No.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me tomé las pastillas.

—¿Has dejado de tocar como venganza hacia tu padre?

—No.—Aquella sugerencia le molestó. Porque si hubiese sido así, sería una persona mucho más débil de lo que él mismo creía—. He decidido dejarlo como respeto hacia mí mismo. Tocaré cómo, dónde y cuándo me apetezca.

—¿Has tenido conflictos con tus padres a causa del piano?

—Con mis padres no, con mi padre. Siempre he querido ser un buen hijo, el hijo perfecto, que se sintiese orgulloso de mí, pero he descubierto que eso no es posible. Para él nunca nada que haga será suficiente. He pasado los últimos dos años tocando de seis a ocho horas al día los siete días de la semana, a la salida del instituto, preparándome para la audiencia de selección del concurso de Jóvenes Músicos Europeos.

—Pero, entonces no tendrías tiempo para estudiar —opinó reflexivo, enarcando una ceja.

—No. Pero a pesar de ello he aprobado, hasta el momento al menos.

—¿Y cuándo era la audiencia?

—En marzo, hace un mes más o menos.

—¿Y qué tal?

—Toqué *El vuelo del Abejorro* de Korsakov y gané. Fui seleccionado entre más de cien jóvenes talentos de toda España.

—Enhorabuena.

—No me la des. Eso solo hizo que las cosas empeoraran. A partir de ese momento, según mi padre, mi único objetivo debe ser convertirme en un gran concertista, como lo es él. Y con todo ese tema de prepararme para el concurso la cosa se le fue de las manos. Las horas en el instituto se convirtieron en mi único tiempo de descanso del piano.

—Vaya.

—Tocaba y tocaba a todas horas, sin descanso, con él a mi lado revisando cada nota. Así estuvimos preparando el concierto de debut como representante de España, aquí en Sevilla, antes de marcharnos a Viena para el concurso.

—¿Y qué pasó?

—Que no pude más. Tenía calambres en las manos, sentía una fuerte opresión en el pecho cuando me paraba ante el piano. Cuando pensaba en tocar delante de tantas y tantas personas, de la prensa, de profesionales que me aplaudirían y harían que mi padre quisiese más y más de mí… Pensaba en que si ganaba aquel concurso perdería el control de mi vida para siempre.

—¿Por qué?

—Porque ya nunca podría dedicarme a tocar la música que me gusta, a estudiar, a componer, a llevar la vida de cualquier chico de mi edad. Toda mi vida iría enfocada a convertirme en un gran concertista de música clásica, única y exclusivamente.

—Y no te gusta la música clásica.

—Me gusta, aunque desde luego no es mi favorita.

—¿Qué tipo de música te gusta?

—Me gusta el rock, el metal, pero también el blues, me encanta el blues.

—¿Y por qué no podrías compaginar ambas?

—Porque sé que él no me lo permitiría, me cortaría las manos antes de dejarme tocar un blues en un teatro.

—¿Por qué? Es música.

—Para mi padre es bazofia.

—Entonces, por resumir —dijo con aire pensativo—, concluimos que no te disgusta tocar el piano. Lo que no quieres es hacerlo del modo en el que lo estabas haciendo hasta el momento, como tu única actividad, digámoslo de ese modo, y cerrar tu abanico musical a la música clásica, ¿estamos de acuerdo?—Mikael reflexionó un instante antes de contestar.

—Supongo que sí. Lo cierto es que no puedo negarme a mí mismo que me gusta tocar el piano. Cuando entraba a tu despacho y he oído *Para Elisa*, que sé que la has puesto por mí y no trates de convencerme de lo contrario.—Salva alzó las manos, mostrándole las palmas como si se rindiese—. Mis dedos han extrañado las teclas, pero también necesito vivir, viajar, divertirme, estudiar, tener nuevas experiencias…

—¿Y se lo has dicho a tu padre?

—Lo he intentado —pensó en las palabras de Lola recriminándole que no lo hubiese hecho con más ahínco—. No, no lo he intentado siquiera, al menos no lo suficiente.

—¿Por qué?

—Porque… me asusta su rechazo —confesó, sintiendo cómo un gran peso se desvanecía en su interior, por fin había sido capaz de decirlo en voz alta.

—¿Crees que tu padre sería capaz de rechazarte porque no quieres seguir sus pasos?

—No lo creo, lo sé. Sé que se pondrá como un energúmeno.

—¿Tanto temor sientes a enfrentarte a él? ¿Por qué?

—Porque no soy capaz de soportar su mirada, es como si me dijese: Después de todo lo que hemos hecho por ti, después de sacarte de un orfanato y darte unos estudios, una casa, un apellido…

—Mis padres también hicieron todo eso conmigo, lo de sacarme de un orfanato no, porque soy su hijo biológico, pero sí darme unos estudios siendo una familia obrera, ayudarme a que pudiese terminar la carrera fuera del país, vestirme, darme de comer, ponerme así de grande

—indicó apuntando a sí mismo—. Pero no por ello me he convertido en un esclavo de los deseos de mi padre. Un filósofo muy sabio decía que el mejor modo en el que los hijos podemos honrar a nuestros padres y agradecerles todo lo que han hecho por nosotros es ser felices y vivir nuestra vida de un modo pleno.

—¿Sartre?

—No. Mi abuelo José María —apuntó con una sonrisa—. Aunque hay una frase de Sartre que viene muy bien a colación en este momento: *Es el deber de todo individuo hacer lo que quiera hacer, pensar lo que quiera pensar, no responder a nadie excepto a sí mismo, y cuestionar toda idea y a todo individuo*. Ahí es nada. Mikael, eres muy joven aún y tienes mucho camino por delante, no permitas que nadie te quite las ganas de vivir, porque lo que hoy te parece una piedra inmensa en el camino, dentro de unos años será solo un grano de arena.—Aquella frase le dejó reflexionando en silencio, un instante—. Estaré aquí cuando me necesites, y si quieres me reuniré con tus padres y contigo, para apoyar técnicamente como profesional tu decisión de no tocar más el piano, al menos en sus términos.

—¿En serio harías algo así?

—Por supuesto. Estoy aquí para ayudarte, nada más.

—Muchas gracias, Salva —dijo poniéndose en pie. Le ofreció la mano que estrechó.

—De nada. Pero si alguna vez, se te pasa por la cabeza volver…

—No. En serio, de veras.

—Estaré aquí.

—Gracias.

Salió del despacho con la sensación de que, por primera vez, había encontrado un oído amigo entre los profesionales de aquel lugar. No había estado mal hablar con aquel tipo, solo esperaba que fuese capaz de cumplir con lo que le había dicho y apoyarle en su decisión de tomar el control de su propia vida.

Jan balanceaba una bola en su mano una y otra vez, antes de soltarla. Cuando lo hizo la esfera plateada salió disparada hacia el lugar en el que se encontraban el resto, golpeando una de ellas con tanta fuerza que se salió del espacio de tierra designado para el juego.

—Uno de estos días va a llegar a Sevilla una de las bolas —le dijo Rosa, la terapeuta. El grandullón echó a reír, mirándola orgulloso.

Había media docena de jugadores, uno de los equipos estaba formado por Jan, otro chico y Tim, que no dejaba de mirar al cielo. Pablo les observaba sentado en el mismo banco de piedra en el que le había dejado minutos antes, caminó hasta él y tomó asiento a su lado.

—¿Tú no juegas? —le preguntó. Hizo un gesto de negación, se atusó el flequillo hacia detrás y se recolocó las gafas de pasta negras.

—Me da miedo que baje el platillo volante que tiene que recoger a Tim, se equivoque y me lleve a mí a conocer la quinta luna de Júpiter, que
no me apetece lo más mínimo —dijo haciéndole reír.

—Ya, no eres un tipo de mucha aventura.

—Desde fuera de la pantalla no —afirmó enarcando las cejas—. Dentro, la cosa cambia. O, mejor dicho, cambiaba. Ahora con eso de la limitación, por el momento tengo una hora de ordenador a la semana, lo que para mí es como echarle el humo en la cara a un fumador.

—Imagino que has llegado a esta situación por ti mismo.

—Ya, no soy imbécil. Sé que cómo estaba últimamente no era sano, ni medio normal. Pero es difícil vivir en la vida real siendo un pringado cuando en el mundo virtual eres *el puto*

amo.

—¿En qué eres el puto amo? —preguntó desviando la mirada hacia Jan, que daba un salto de alegría al empujar una de las bolas del equipo contrario a una posición desde la cual le costaría demasiado acercarse a la pequeña esfera roja.

—En Leyends of God's.

—¿Eso es un grupo de música?

—¿No conoces Leyends of God's? —preguntó con los ojos muy abiertos, aún más grandes aumentados por el efecto de las gafas. Mikael negó con la cabeza—. ¿En qué mundo vives?

—¿En el *real*?

—¿En serio nunca has jugado? ¿No tienes un avatar del juego?

—No. Solo he jugado un par de veces a la Xbox de mi amigo Iván, tengo muy poco tiempo libre como para desperdiciarlo con un videojuego.

—¿Desperdiciarlo? En Leyends of God's puedes ser quien quieras, crear tu propio avatar, ser todo lo alto que quieras… Puedes ser fuerte, tener el pelo del color que quieras... Comienzas como un sirviente y vas ascendiendo mediante pruebas, pasas de ser lacayo de un noble a lacayo de primer orden… En fin, hasta que te conviertes en caballero y en noble. Mi nombre en el juego es BlueHero20 y soy emperador. ¿En serio no te suena?

—Lo mismo que el chino mandarín.

—He tardado dos años en convertirme en emperador. Dos años de sacrificio y horas, muchas horas, hasta lograrlo. Los jugadores hacían capturas de pantalla de su avatar junto al mío y las subían a las redes sociales. El puto amo, en serio.

—Y se te fue de las manos.

—Mis padres se fueron un viernes a pasar el fin de semana a una casa rural en la sierra, les dije que no me apetecía, que tenía que estudiar para un examen final, y estuve conectado desde el viernes hasta el domingo.

—¿Todo el fin de semana? ¿Sin parar?

—Sin parar.

—¿Y para ir al baño?

—Hacía pis en una botella de suavizante vacía —confesó.

—¿Y qué comiste?

—Pan de molde con foie gras y bebidas energéticas.

—¿Sin dormir?

—Es que había un tío que quería usurparme el trono… No podía despegarme de la pantalla ni un instante —aseguró descendiendo la mirada, abochornado—. Cuando mis padres llegaron el domingo, puedes imaginarte el estado de la habitación, y el mío propio. Mi padre arrancó el cable de la pared y me puse como un loco.

—Como un drogadicto al que le falta su dosis.

—Nunca he visto uno, pero me imagino que debe ser algo parecido. Jamás olvidaré la expresión de horror de mi madre, me miraba como si no me conociese. Pero es que mis padres no pueden entenderme. Nunca lo harán. Mi padre es el típico tío cachas que se casó con la típica chica guapa, que es mi madre, ambos han sido populares, siempre. Yo no tengo ni un puñetero amigo en la vida real, bueno tengo uno, Fernando, mi vecino, pero tiene nueve años y viene, venía, a jugar a casa. En cambio, en *Leyends* soy uno de los tíos más populares, todo el mundo se acerca a mí, porque nadie sabe quién soy en realidad.

—¿Y quién eres?

—Un puto pringado de mierda al que nadie quiere acercarse, excepto los tipos como Jaime Romero para hacerle la vida imposible.

—Pues yo no veo eso cuando te miro.

—¿No? ¿Y qué ves?

—Un tío majo. Que necesita una inyección de autoestima casi tanto como un corte de pelo, pero majo.—Pablo echó a reír—. Con el que además se puede hablar.

—Es que soy como Sansón, si me corto el pelo pierdo fuerza.

—Pablo, tú puedes ser *Blue-lo-que-sea* en la vida real. Solo tienes que dedicarle el mismo empeño que has puesto en ser *emperador* en ese juego en el día a día. No te digo que te vayas a convertir en popular, pero ¿quién lo necesita? Los populares son los nuevos pringados, los frikis hemos tomado el poder ahora.

—Estás cómo un cencerro.

—Como todos aquí, pero lo hago por no desentonar —afirmó y ambos echaron a reír. Mikael le ofreció la mano abierta para que la estrechase y Pablo lo hizo—. Ya puedes quitar la L, eres oficialmente un miembro del *redil*. Enhorabuena.

—Gracias.

—¿Cuánto tiempo te han dicho que estarás aquí?

—Llevo dos semanas, me marcho la próxima. Supuestamente estoy recuperado. Ahora sé que tengo que ponerme límites y cumplirlos. No quiero morir virgen —dijo con una sonrisa casi infantil.

—Yo tampoco —respondió Mikael devolviéndole la sonrisa.

—Venga ya.

—¿Qué?

—¿Eres virgen? ¿Tú?

—¿Qué pasa? Una de las normas de nuestro club es no mentirnos, ¿no? Soy virgen, lo soy.

—Anda ya. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho. ¿Y tú?

—Los mismos… No me lo puedo creer. ¿Eres virgen?

—Joder no creo que sea algo tan raro, acabo de cumplirlos.

—No es eso, es que tú… Eres alto y guapo y tienes los ojos grises…

—¿Qué pasa que los tíos de ojos grises tenemos que perder la virginidad antes? Pues este tío no se ha comido una rosca en su vida. Y como me sigas mirando así, comenzaré a avergonzarme de ello.

—Joder, qué alivio.

—¿A qué te refieres?

—Me quedan dos semanas para cumplir dieciocho y temía que si no me había estrenado antes sería el tío más patético del mundo.

—Vaya, gracias por la parte que me toca.

—No quiero decir eso, joder. Me refiero a que todo el mundo alardea en internet de que han perdido la virginidad a los quince, a dieciséis, a los diecisiete…

—A ver cuándo te enteras de una vez que no debes creer todo lo que ves en internet —se burló, poniéndose en pie para aplaudir a Jan pues su equipo había logrado la victoria. Este alzó entre sus brazos a Rosa, la terapeuta, y la hizo girar en el aire como a una bailarina de Broadway, ella se dejó hacer entre risas. Tim en cambio hacía la señal de victoria hacia el cielo y mandaba besos hacia arriba. Ambos echaron a reír.

Pero la diversión duró poco, Mikael distinguió en la distancia cómo Jaime Romero, que fumaba junto a la puerta de entrada, se acercaba a los dos celadores que hacían guardia junto a esta y les decía algo. Entonces uno de ellos, un tipo pelirrojo con el flequillo de punta, comenzó a caminar deprisa hacia ellos seguido del otro celador.

—Eh, tú, suelta a Rosa en el suelo —le gritó el del flequillo a voces mientras se acercaba.

Mikael temiéndose el enfrentamiento corrió hasta donde estaba Jan, seguido de Pablo, y le tocó en el hombro, provocando que le mirase, sus pequeños ojos azules estaban llenos de una ilusión enternecedora.

—Jan, déjala en el suelo —le pidió y su amigo le hizo caso. Rosa le dedicó una sonrisa.

—Eh, tú, no vuelvas a coger a la señorita de ese modo, ¿te enteras? —le recriminó ofuscado el celador cuando les hubo alcanzado. El otro se detuvo a su lado segundos después.

—Tranquilo Miguel, Jan se ha emocionado, nada más —intervino Rosa, conciliadora. Mikael sintió cómo Jan apretaba los puños a ambos lados de su cuerpo, mirándole fijamente.

—No debe tratarte así, Rosa. Puede hacerte daño —dijo el del flequillo puntiagudo a la terapeuta, como si ellos no estuviesen allí.

—Jan nunca hacer daño a Rosa —se defendió este, con la mandíbula constreñida como un cepo de acero.

—No ha sido nada, Miguel, en serio. Bueno, tengo que ir dentro, Pablo, ¿me ayudas a recoger las pelotas? —preguntó y este reaccionó como si acabasen de colocarle las pilas. La siguió el par de pasos que les separaban del terreno del juego en el que estaban esparcidas las pelotas y comenzaron a recogerlas.

En cambio, ni el del *flequillo*, ni el otro celador, frente a ellos, movieron un solo músculo. La tensión en el aire era tal que casi les cortaba la respiración.

Mikael observó la expresión de aquel tipo, el desprecio con el que miraba a Jan. En cuanto Rosa estuvo lo suficientemente alejada como para no oírle, dio un paso más hacia el danés.

—Tú, maldito tarado de mierda, si vuelves a acercarte a ella haré que te duerman, pero para siempre —masculló entre dientes, con un odio inconmensurable. Jan dio un paso hacia él, dispuesto a atacarlo, pero Mikael se interpuso.

—¿De qué vas, tío? No puedes insultarle —le recriminó.

—Rosa mi novia —rugió iracundo Jan. Capturando la atención de Rosa, de Pablo y el resto de los pacientes. Mikael le sostuvo con toda la fuerza de su cuerpo.

—Eh, eh, tranquilo amigo. Mírame —le pidió, Mikael, dándole un golpe en el pecho, en el pectoral, para lograr su atención—. No le mires a él, mírame a mí. Tranquilo, hazme caso.

—Puto tarado de mierda —insistió el celador entre dientes, desafiándole.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosa alcanzándoles.

—Este tío está tratando de provocar a Jan —dijo Mikael.

—¿De qué hablas? —preguntó este como si acabase de inventárselo.

—De lo que acabas de decir. Le has insultado, te he oído perfectamente.

—¿Es eso verdad, Miguel? —preguntó Rosa, mirándole fijamente.

—¿Vas a creerle? ¿En serio?

—Bueno, ya está bien. Jan, ¿me acompañas a llevar todas estas pelotas a la sala de terapia? —le preguntó Rosa y agarrándole del brazo le sacó de allí.

—Cuando te refieras a mí, jodido niñato, lo haces con respeto, ¿vale? O voy a tener que enseñarte modales —dijo a Mikael cuando se quedaron a solas.

—Ya se ve que eres todo un valiente. ¿A ver qué opina el doctor Quintanilla de todo esto?

Miguel rompió a reír, el otro celador descendió el rostro, después le dio un golpecito en el hombro indicándole que sería mejor regresar a su puesto de guardia del jardín.

—Coméntaselo, a ver qué te dice —fueron sus palabras antes de marcharse.

—¿De qué coño va ese desgraciado? —preguntó Mikael exasperado.

—Está liado con Rosa, los he visto follar en la sala de usos múltiples —dijo Pablo con total naturalidad, como si hablase del tiempo, cuando se quedaron a solas.

—¿En serio?

—En serio. A ella le gusta ponerse arriba. En el descanso de después de comer.

—¿Y cómo los has visto?

—La sala tiene una cámara. Me metí en el control y hackeé la IP, puedo verla desde cualquier ordenador. Una vez pasé y los oí, me colé en el despacho del psicólogo y ¡bingo! Estaban tumbados en una de las colchonetas de yoga.—A Mikael la imagen en su mente le pareció cualquier cosa menos erótica.

—Tú estás muy mal, ¿eh? ¿Eres un mirón?

—Solo intento aprender algo mientras me llega el momento de estrenarme, chaval.

—¿Y si Salva te hubiese descubierto?

—Imposible, después de comer se suben a las habitaciones de descanso, en la primera planta, y no bajan hasta las cuatro. Les controlo con las cámaras de los pasillos.

—Madre mía. Eres un peligro informático.

—Se llama *hacker*. Ese tío, *Fleki*, le llamo yo, sabe que Rosa tiene cierta debilidad por Jan y por eso le tiene un odio que no veas.

—¿Cómo puede estar celoso de un paciente?

—También somos personas, los pacientes, ¿eh?

—Ya, no pretendo decir lo contrario. Pero debería saber que el afecto de Rosa por Jan no es… sentimental. O no debe serlo.

—No trates de entenderlo. Es un desgraciado que se divierte mortificando a los pacientes. Se burla de Tim diciéndole que el ovni se estrelló, a otros pacientes les dice que su madre se ha muerto, yo que sé… Si se entera de cuál es tu debilidad te golpeará en ella una y otra vez. Se lleva bien con Jaime, con eso te lo digo todo. Hay quien dice que el padre de Jaime le paga para que a su hijo no le falte de nada.

—¿Y cómo es que Quintanilla se lo permite?

—Porque es su hermano.

—¿Qué? Joder, no me lo puedo creer, ¿Quintanilla ha metido a trabajar aquí a su hermano sádico de los cojones? Le ha dicho a Jan que lo va a poner a dormir para siempre, eso es una amenaza.

—Y tu palabra contra la suya.

—La mía y la de Jan.

—Ya, seguro que tienen muy en cuenta la palabra de Jan.

—El otro celador también lo ha oído.

—¿Cuándo comenzaste a creer en los unicornios? —se burló Pablo, dándole un golpecito en el hombro.

—En serio, esto no puede quedar así.

—Cuanto antes lo digieras antes dejará de mortificarte. Aunque… se me está ocurriendo un modo de vengarnos de él.

—Soy todo oídos.

9

Mikael

—Vamos, date prisa. Ha sido una mala idea traernos a Jan —proclamó Pablo pasando una tarjeta por el lector, misteriosamente la luz azul se encendió y la puerta se abrió.

—Jan no se queda —proclamó este con el ceño fruncido—. Jan del club y Jan no queda atrás.

—Cállate que nos van a pillar y vamos a ser del club del *aislamiento*. Entra de una vez —le apremió, empujándole en el rellano de la escalera al que habían accedido a través de esa puerta. Cerraron tras de sí.

— ¿Por qué tienes una de estas tarjetas? —le preguntó Mikael.

—La programé en el ordenador de recepción una noche, guardan las vírgenes en el cajón. Como habéis visto solo se puede acceder a la primera planta con llaves digitales. Con ellas me escapaba por las noches a jugar en el ordenador del despacho de la primera planta.

—¿Qué despacho?

—El despacho privado de Quintanilla.

—¿Cuántos despachos tiene este hombre?

—Por lo pronto tres. Aunque el de arriba es el de dirección, no de consulta.

—¿Y te metías allí a jugar?

—Sí, entre la primera ronda, que es a las once más o menos, y la segunda que es a las cuatro, me subía al despacho a jugar.

—¿Todavía lo haces?

—No, ya no. Hace más de una semana que lo dejé porque Salva me convenció de que debía dejar de jugar. Bueno, callaros ya.

—¿Salva lo sabe?

—No, ¿crees que iba a decírselo? Él se refiere a cuando salga de aquí.

—Jan no seguro estar bien. Echarán de menos en cena.

—No les va a dar tiempo a echarnos de menos. Subimos, actuamos y bajamos —aseguró Pablo, comenzando a ascender los escalones de dos en dos seguido del resto de la expedición.

—¿Qué actuamos? —dudó el grandullón.

—¿Quieres vengarte de Fleki o no?

—Sí.

—Pues menos hablar y más subir.

Aquella era una escalera distinta a la que había ascendido con Lola hasta el tejado, aunque se cuidó de no mencionar nada, probablemente Pablo desconociese que también ella tenía una llave, aunque en su caso no era digital. Desde luego las noches en aquel lugar eran cualquier cosa excepto tranquilas.

Habían accedido al rellano tras atravesar una puerta del pasillo principal, esquivando las cámaras, cuyos ángulos eran controlados por Pablo de forma casi profesional. Era una escalera enlucida, con peldaños y pasamanos de madera, subieron una planta que se doblaba hacia la derecha. Al final de la escalera había otra puerta de emergencia con lector, Pablo volvió a pasar la tarjeta y se abrió. Accedieron a un pasillo con varias puertas más. Se dirigió a una y sacó un peine fino del bolsillo, lo introdujo en el hueco entre la hoja y el marco y giro el pomo. Se abrió ante la sorpresa de Mikael y Jan que se encogieron de hombros.

—Pablo poder robar bancos.

—*Voila* —dijo este orgulloso.

—¿Tienes un pasado de asaltador de viviendas o algo? —afirmó Mikael entrando en el despacho. Estaba en una disposición parecida al de la planta inferior. Aunque al fondo tras la mesa de escritorio había un balcón en lugar de la pared atestada de títulos—. ¿Cómo diste con este lugar?

—Como he dado con todos, investigando por las noches —aseguró este cerrando la puerta tras ellos—. El imbécil de *Fleki* tiene una rutina más marcada que el tanga de Beyoncé. Cada vez que está de guardia, mientras se abre el comedor y comienzan a entrar los pacientes se sale al jardín y se fuma un cigarrillo tras el seto de la derecha de la puerta. Y ese seto está justo bajo este balcón. Tened mucho cuidado con hacer ruido —pidió abriendo despacio las hojas de la estructura de madera. Era pequeño, apenas cabían los tres de pie. Anochecía y el jardín estaba vacío, todos debían haber entrado ya para el comedor, Mikael se asomó y efectivamente tal y cómo Pablo había dicho allí estaba Fleki, encendiendo un cigarrillo.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó Mikael.

—Que le tiremos algo y nos larguemos corriendo.

—¿Algo? ¿Cómo qué?

—Como un ramo de flores, no te fastidia.

Ambos se volvieron buscando a Jan que había caminado hacia el interior del despacho y tomado una estatua de bronce con forma de caballo de un pedestal, Mikael entró deprisa a detenerle.

—¿Estás loco? ¿Es que quieres clavarlo en el suelo como un clavo?

—Dijo pondría a Jan a dormir.

—Ya, es un desgraciado, pero tampoco podemos cargárnoslo, hombre —afirmó Mikael.

—Tengo una idea. ¿Y si le echamos un *gapo*? —sugirió Pablo.

Los tres se miraron entre sí, Jan y Mikael asintieron.

Se asomaron al borde, el primero en escupir fue Pablo, la saliva cayo en el suelo, a la espalda de su objetivo, sin rozarle siquiera, que siguió fumando sin percatarse lo más mínimo.

—Menos mal que no te dedicaste al baloncesto —chascó Mikael.

—Es más fácil disparar con el ordenador —se justificó.

—Ahora Mikael —dijo Jan. Nunca había hecho nada parecido, pero pensó en la mirada de desprecio del individuo hacia Jan y sus insultos y no lo dudó. Los tres volvieron a asomarse y en esta ocasión disparó él. Parte de la saliva le cayó justo en la cabeza, *Fleki* miró hacia arriba como acto reflejo, pero tuvieron tiempo de esconderse.

—Vámonos tíos, nos van a descubrir —pidió Pablo.

—Falta Jan —dijo este antes de volver a meterse en el despacho para carraspear con contundencia, arrastrando hasta el último resquicio de la repugnancia que le provocaba aquel tipo. Volvieron a asomarse. Fleki apuraba el cigarrillo cuando Jan disparó un residuo nuclear con la puntería de un francotirador sobre su cabeza.

Eh, Joder, ¿esto qué coño es?, le oyeron vociferar mientras cerraban las hojas del balcón con cuidado y echaban a correr de regreso a la planta principal a toda velocidad con el corazón latiendo a mil por hora. Y la risa haciéndoles estremecer de pies a cabeza.

Esa noche, una vez en la cama, Mikael dio un salto al oír una profunda tos en Jan, creyó que estaba ahogándose y acudió a ver qué le sucedía, descubriéndole muerto de la risa de nuevo.

—¿Qué te pasa tío?

—Jan recordar Fleki en comedor.—Fue capaz de decir entre risas con la mirada fija en el techo como si estuviese visionando la reproducción de la jugada. Mikael rompió a reír otra vez.

Cuando el celador entró en el comedor no quedaba ni rastro de su tupé, llevaba el cabello húmedo y repeinado hacia detrás. Debía de habérselo enjugado en uno de los baños. Pablo, Jan y Mikael se miraron entre sí sentados a la mesa en la que degustaban su cena conteniendo las ganas de reír a duras penas.

Casi podían ver fuego centelleando en los ojos de Fleki, les dedicó una mirada furibunda que extendió por todo el comedor, pero no tenía modo de saber que eran ellos los autores de la *venganza*.

—¿Crees que sospecha que hemos sido nosotros? —le preguntó Pablo inquieto.

—Imagino que cuando se tienen tantos enemigos es difícil adivinar quién lo ha hecho —respondió Mikael con una sonrisa.

Jan sin dejar de reír en la cama recordando la aventura se giró y le miró a los ojos.

—Mikael amigo de Jan, Pablo amigo de Jan.

—Jan buen amigo. Descansa y duérmete que nos van a oír reírnos y vendrán a ver qué sucede.

Pero todo no habían sido risas aquella tarde. Una idea le atormentaba, había visto a Lola en el comedor durante de la cena, y una vez más no había querido sentarse con ellos, sino con Almudena en una mesa alejada. Sus ojos se habían cruzado con los suyos en más de una ocasión y ella había apartado la mirada. Se sentía mal por haberla molestado y era un tema que pensaba solucionar al día siguiente sin falta.

10

Mikael

La puerta del despacho de Salvador estaba entornada, aun así, llamó con los nudillos antes de entrar y verle de pie, sacando un archivador del armario que había a la derecha de su mesa.

—Buenos días, Mikael, siéntate —le dijo a modo de bienvenida y tomó asiento en su silla de oficina, ofreciéndole la que estaba al otro lado de la mesa.

—Buenos días.

—¿Cómo estás?

—Bien. Sigo sin querer suicidarme —admitió con sarcasmo provocando una sonrisa en su interlocutor.

—Eso está bien —admitió—. Parece que me hayas leído el pensamiento porque pensaba ir a buscarte para comentarte algo.

—¿Qué? —La idea de que hubiesen descubierto de algún modo que habían sido ellos los autores del escupitajo a Fleki le sacudió de arriba abajo. ¿Tendría consecuencias? En aquel lugar, seguro.

—Ayer estuve hablando con tus padres, con tu madre en realidad —Mikael sintió que su corazón se aceleraba. Aunque no quería mostrarse nervioso no podía evitar hacerlo.

—¿Han venido a verte?

—No, después de nuestra conversación llamé por teléfono al móvil de tu padre y respondió tu madre.—El psicólogo se atusó el cabello hacia detrás, apretando un mohín con los labios—. ¿Suele hacerlo? ¿Contestar el móvil de tu padre?

—No. Si lo hizo fue una de dos; o estaba en el baño o no quería cogerlo. Conociéndole la segunda opción sea la más factible.

—¿Por qué crees que ha preferido no hablar conmigo?

—Porque vive todo este asunto de… *mi intento de suicidio*,—cada vez le costaba menos decirlo—, como un fracaso por su parte, estoy seguro de ello. Como te dije, yo soy su *obra maestra.* No te lo tomes como algo personal, tampoco ha querido hablar conmigo.

—Quizá sea su forma de gestionar el dolor —sugirió. Mikael, no tenía la menor idea—. ¿Quieres saber de lo que hablé con tu madre?

—¿Del tiempo?

—Un poco menos de sarcasmo no estaría mal.

—Lo siento.

—Hablamos de ti, por supuesto. Le comenté que estás bien, que te has adaptado e incluso has hecho amigos. Este es un lugar muy pequeño y aquí se sabe todo —reveló cómplice —. También le he dicho que te que has sentido demasiado presionado a tocar y que con casi total

probabilidad todo ese estrés y esa presión han resultado demasiado para ti.

—¿Y qué te dijo?

—Que el piano siempre ha sido tu vida.

—No me han permitido tener otra —masculló entre dientes.

—Le he dicho que me gustaría hablar con ambos en persona.

—¿Y vendrán a verte?

—Sí, pero no sé cuándo.

—¿Y por qué no han venido aún?

—No pienses nada extraño. Quintanilla siempre recomienda a los familiares que no realicen visitas los primeros días para facilitar la adaptación, estoy convencido de que ese es el motivo. ¿Tienes ganas de verlos?

—Sí y no. Tengo ganas de verlos porque los quiero. Pero a la vez me preocupa que su único tema de conversación sea el piano.

—No temas. Le he dicho a tu madre que por el momento el piano es un tema tabú que no debemos tratar hasta que estés preparado. A ella le ha costado entenderlo, pero lo ha aceptado.

—Ella. Mi padre es un cabezota.

—Se aprende, Mikael, a veces cuesta, pero todo eso de que la gente no cambia no es cierto, tú no eres el mismo hoy del que serás dentro de cinco años, tampoco yo. Trabajaremos con tu padre hasta que acepte tu postura.

—Gracias, Salva —dijo mirándole a los ojos.

—¿Viniste a verme para preguntarme por todo esto? He comenzado a hablar y ni siquiera te he preguntado.

—No, venía por algo muy distinto.

—Dime.

—Es por el comportamiento de Fle… de Miguel, el celador.

—¿Qué le pasa?

—Se divierte mortificando a los pacientes, buscando sus debilidades y burlándose de ellos.

—¿Lo has visto? O es algo que te han contado…

—Le he oído llamar *puto tarado* y *retrasado de mierda* a Jan. Solo porque cogió a Rosa en brazos después de ganar a la petanca. Trataba de provocarle para que le agrediese. Le ha amenazado con *ponerle a dormir para siempre*…

—Mikael, esa es una acusación muy grave que no puedes hacer a la ligera, probablemente le entendiste mal. Miguel es un gran profesional.

—No le entendí mal, le entendí perfectamente. Sé que es hermano de Quintanilla, pero no creo que eso le de derecho…

—¿Cómo sabes que es hermano de Quintanilla?

—*Este es un lugar muy pequeño y aquí se sabe todo*—repitió la frase que le había dedicado—. Estoy seguro de que no es la primera vez que alguien se queja de su comportamiento —Salva desvió la mirada, fue solo un segundo, pero lo suficiente como para que lo entendiese como un sí—. Mira, me parece que eres la única persona de fiar que he encontrado aquí y por eso no puedes permitir algo así, porque si lo haces eres tan culpable como él —sentenció antes de levantarse para marcharse—. Gracias por la ayuda con mis padres.

Abandonó el despacho con una sensación agridulce, se sentía bien porque Salva parecía realmente implicado en su situación, dispuesto a ayudarle. Y mal porque comenzaba a atisbar

que en aquel lugar reinaba una especie de ley del silencio que podía tener graves consecuencias para quien la desobedeciese.

Dobló la esquina, caminando con prisas hacia el salón de la televisión para buscar a Jan y a Pablo, y vio la puerta del despacho de Rosa abierta. Ella permanecía en el interior atenta al ordenador. Aquella mañana no la había visto durante el aseo del grandullón, había salido disparado al comedor para desayunar y de este al despacho de Salva.

¿Sabría ella del odio de *Fleki* hacia Jan? ¿Le importaba?

Lola no creía que fuese de fiar por eso Salvador había sido su primera opción pensó mientras pasaba de largo.

—Mikael.—Oyó cómo le llamaba. Se volvió y se asomó a la entrada.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Tienes un momento? —le preguntó.

—Sí, claro.

—¿Qué tal estás?

—Mejor.

—Me alegro. Hoy vamos a hacer un taller de actualidad, vamos a hablar de las noticias de esta semana, ¿te apetece asistir?

—No lo sé.

—Va a estar muy interesante. Hablaremos de la Semana Santa Sevillana. ¿La has visitado alguna vez o has oído hablar de ella?

—He oído hablar de ella, pero nunca he asistido.

—Pues hoy hablaremos de eso, de los penitentes, de las hermandades y esta tarde haremos broches en el taller de manualidades… —Explicaba con naturalidad como si el incidente del día anterior no hubiese ocurrido. Pero Mikael tenía una pregunta rondándole en la cabeza que no pensaba dejar pasar por alto.

—Rosa, ayer, ¿tú oíste lo que le dijo Miguel, el celador, a Jan cuando te apartaste?

—¿Cuándo la competición de petanca?

—Sí.

—Le dijo que no volviese a agarrarme.

—No me refiero a eso. Me refiero a cuando le insultó.

—Yo no oí que le insultase, en ningún momento.

—Pues lo hizo.

—¿Te lo ha dicho Jan?

—Le oí yo. Le insultó, dos veces, y le amenazó con *ponerle a dormir para siempre*.

—Imagino que es una forma de hablar para tratar de contenerlo.

—Eso es una amenaza, aquí y en la China popular. Si Jan le hubiese dicho a él que le iba a poner a dormir para siempre, ¿qué habría sucedido? Seguro que le habríais sedado.

—Lo primero Mikael, es que yo no he sedado a nadie, nunca, porque ni soy médico ni soy enfermera. Y lo segundo es que no soy responsable de lo que diga Miguel. Si crees que dijo algo inapropiado, háblalo con él, o con el director del centro, que ya sabes quién es —respondió altiva.

—Lo haré. Pero, aunque no fui el único que le oí, no creo que mi palabra tenga demasiado peso contra la del hermano del *jefe*.

—Pues no lo sé, Mikael. Yo no sé qué crees que oíste, pero hasta el día de hoy Miguel es un trabajador ejemplar.

—Ya —afirmó mirándola con decepción—. Creo que será mejor que me vaya.

—Te espero en el taller de actualidad.

—No creo que asista, me han entrado náuseas, de repente. Hasta luego, Rosa.

Se marchó con la rabia burbujeándole en las venas. Ella le había oído, estaba convencido, pero no pensaba delatar a su… *amante*. Aunque fuese un auténtico sádico desgraciado.

Recordó las palabras de Lola.

Ella y Quintanilla no son muy distintos, créeme. La única diferencia es que él es un malnacido que va de frente y Rosa finge ser una buena persona.

Ahora creía que tenía razón.

Vio entonces cómo Almudena, la amiga de Lola, salía a su vez del despacho de Quintanilla. Su rostro estaba enrojecido y su cabello desmadejado, parecía bastante afectada, se sorbía los mocos y limpiaba las lágrimas con las manos.

Caminó hacia ella.

—Hola, ¿qué te pasa?—Almudena le miró a los ojos e hizo un gesto de negación, apretando el paso. La siguió por el pasillo y vio como entraba en una de las habitaciones, la número 7, y cerraba la puerta.

Sintió la tentación de llamar, pero él no la conocía, lo más probable es que rechazase su intento de consuelo. Continuó caminando hasta el salón principal, Lola no estaba allí, fue hasta el comedor donde algunos terminaban de desayunar, tampoco estaba allí, salió al jardín a buscarla y la encontró, sentada en uno de los bancos, escribiendo algo en una libreta.

—Hola.—Ella alzó la vista, le miró, y volvió a descenderla cerrando la libreta. Sin responder a su saludo—. Vale que estés enfadada conmigo, pero Almudena te necesita.

—¿Qué le pasa? —preguntó incorporándose como si la hubiesen pinchado.

—Ha salido llorando del despacho de Quintanilla.

—Ese hijo de puta —masculló—. ¿Dónde está?

—Creo que en vuestro dormitorio.

Lola salió disparada hacia el interior de la clínica.

Mikael siguió sus pasos y esperó fuera cuando entró en la habitación. Pasados unos minutos, llamó a la puerta y segundos después Lola se asomó por esta.

—¿Está bien?

—Sí.

—¿Qué le ha pasado?—Lola miró hacia el interior, a su amiga, supuso Mikael, antes de responder.

—Es complicado… Pero está bien. Gracias por avisarme —dijo con un brillo especial en los ojos, un brillo que le dio esperanzas de que la relación entre ambos podía mejorar.

—Es lo que hacen los amigos, ¿no? Se cuidan entre ellos —ella desvió la mirada.

—Tengo que entrar.

—Está bien. Si necesitas… si necesitáis algo, ya sabes.

—Gracias —se despidió regresando al interior de la habitación.

Mikael fue a su dormitorio, tomó su libro de poesía y con él en las manos salió al jardín. Allí dejó pasar el tiempo despacio, leyendo con la espalda apoyada en un árbol o dormitando en el césped, hasta que llegó la hora del almuerzo. Se reunió en el comedor con Pablo y Jan, donde

este último estuvo contándoles historias del último concierto previo a su ingreso en el centro. La gira, los viajes, las groupies… A su modo, les explicó que el peor momento era cuando todo acababa y cada uno se retiraba a la habitación del hotel. Si no estaba acompañado, la noche podía hacerse eterna para Jan, por suerte *El conejito azul* hacía acto de presencia y mientras conversaba con él o, en otras ocasiones, trataba de darle caza, las horas pasaban más deprisa.

A pesar de lo interesante de la historia que su amigo estaba relatándoles no podía quitarse de la cabeza a Lola y Almudena. No había vuelto a verlas, aún no habían acudido a comer, creía que ninguna de las dos había salido de la habitación. No paraba de preguntarse qué le habría sucedido a aquella joven en la consulta de Quintanilla para abandonarla tan afectada. ¿O acaso este le había dado algún tipo de noticia?

Una de las auxiliares, morena y bajita, entró en el comedor seguida de Lola a corta distancia, con cara de pocos amigos. Ella se colocó en la fila mientras la auxiliar se acercaba a la enfermera y le comentaba algo. La enfermera cerró el carro de la medicación y salió del comedor.

—¿Qué creéis que ha pasado? —les preguntó Pablo—. Lola parece muy enfadada.

—Ella no gusta la comida y tiene que comerla. Por eso ir por ella, para comer y ella enfada —explicó Jan a su modo.

—No está enfadada por eso, bueno, probablemente sí, porque hayan ido a por ella a la habitación. Pero estaba con Almudena porque salió llorando del despacho de Quintanilla.

—Ella triste siempre —notó Jan.

—Ya.

—Yo ni siquiera sé por qué está Lola aquí —dijo Pablo, observándola en la distancia. Mikael sí lo sabía, pero era un secreto, su secreto, y él no tenía ningún derecho a contarlo.

—¿A ti no te hizo de guía el primer día? —le preguntó. Pablo se peinó el flequillo hacia detrás con los dedos e hizo un gesto de negación.

—¿Lola? No, siempre la he visto con esa chica, desde que ingresé, no suele relacionarse con casi nadie. Al menos antes de que tú llegaras.

Lola tomó su bandeja con comida y comenzó a recorrer el pasillo entre las mesas. Mikael pensó que quizá decidiese sentarse con ellos, pero en cambio tomó asiento en una de las vacías, sin dedicarles una mirada siquiera, como si estuviese inmersa en sus pensamientos.

Dudó en acercarse y preguntarle por el estado de su amiga, por qué no había acudido al comedor. Quizá a ella no le apeteciese hablar con él, pero estaba preocupado y necesitaba preguntarle, así su respuesta fuese que se metiese en sus propios asuntos. Pero en ese momento entró *Fleki* sujetando a la otra joven del brazo. Lola la capturó de inmediato con la mirada, alerta como un suricato que ha visto a una serpiente, pero el celador la soltó y esta caminó cabizbaja, como si llevase suelas de hormigón en los zapatos hacia la fila de la comida. Lola se incorporó y acudió a su lado, la llevó hasta la mesa y la ayudó a sentarse y después se colocó en la fila de la comida de nuevo. La enfermera entró en la habitación poco después y se dirigió al carro de medicación dispuesta a continuar su tarea.

—Inyección —dijo Jan.

—¿En serio? ¿Crees que le han pinchado algo solo por estar nerviosa y llorando? —preguntó incrédulo Mikael. El grandullón asintió.

—Mi madre dice que las penas hay que llorarlas, porque de lo contrario se enquistan dentro y se convierten en un cáncer del alma —dijo Pablo de improviso, pinchando un trozo de brócoli de su plato, al percibir la atención de ambos alzó la vista—. Ya. Soy un *niño mimado* que cita a su madre, ¿no?—Jan le dio un golpe de *colegas* en la espalda que le sacudió toda la espina

dorsal.

—*Niño mimado* guay —proclamó con ambos pulgares hacia arriba haciéndoles reír.

—Bueno, ahora que me ha recolocado la espina dorsal, ¿qué tal si vemos una película en la sala de cine? Hoy es viernes y toca peli.

—¿Qué película? —preguntó Mikael sin apartar la vista de Lola que regresaba con la bandeja llena a la mesa junto a Almudena.

—Da igual, como si es Bambi. ¿Es que tenéis otra cosa que hacer? —preguntó Pablo.

—Jan gusta Bambi. Menos cuando madre muere —aseguró Jan.

Mikael Levi, acuda a recepción, tiene una llamada. Oyó por megafonía.

Lola le buscó con la mirada, sintió una especie de electricidad al tropezar con sus ojos, le pareció tan hermosa, tan bonita, incluso con aquella expresión triste, que se sintió muy desdichado por haber contribuido de algún modo en su tristeza.

Almudena en cambio tenía la vista perdida en algún lugar de la mesa.

—Os veo en la sala de cine, ¿vale? —les dijo a Jan y Pablo mientras se alejaba hacia el pasillo cuando la megafonía insistía en su llamada.

Se acercó a la recepcionista que le esperaba de pie junto al teléfono con el bolso colgado al hombro.

—Menos mal, ¿es que te crees que los demás tenemos todo el día? Son las dos, te he llamado dos veces —le recriminó.

—Lo siento. Estaba en el comedor. ¿Quién es?

—Ni idea, voy con el tiempo justo como para ponerme a preguntar. Cuando termines de hablar cuelgas el teléfono y lo dejas por detrás del mostrador, ¿vale? Que me están esperando mis hijos para comer —dijo antes de pulsar uno de los botones y entregarle el auricular. Mikael asintió.

—¿Diga?

—Hola cariño.—La voz dulce de su madre le zarandeó por dentro, mucho más de lo que habría esperado—. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá. Estoy mejor. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Y papá?

—Papá está bien. Nosotros estamos bien, lo importante es que te recuperes tú. Que te tomes el tiempo que necesites para ponerte bien.

—Gracias mamá. Pero creo que ya estoy bien, me gustaría volver a casa…

—El doctor Quintanilla piensa que aún no estás listo. Cree que estás enmascarando tus sentimientos con una calma fingida.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, hablamos con él todos los días y nos va informando de tus progresos.

—Pues resulta muy extraño cuando él y yo solo hemos hablado en una ocasión desde que llegué. Mamá, no creas en nada que te diga, él no sabe nada de mí.

—Es un gran profesional, cariño. Tiene mucha experiencia…

—Eso no significa nada, mamá. Es una mala persona, créeme. ¿Has hablado con Salvador?

—¿Con el psicólogo?

—Sí.

—Sí, estuvimos hablando y me dijo que quería vernos a mí y a papá en persona.

—¿Te dijo algo sobre mí?

—Que vas muy bien. Que has hecho amigos. Estamos muy contentos por eso.

—¿Nada más?

—No.

—¿Seguro?

—No. ¿Hay algo que deba contarme?

—No, no… Nada en especial.—Imaginó que Salva preferiría tratar el tema del piano con ellos cara a cara.

—Te noto mucho mejor por la voz, cariño.

—Lo estoy, mamá. Te echo de menos —confesó, pudo oír entonces cómo su madre rompía a llorar—. No llores.

—Es la emoción, cariño. Yo también te echo mucho de menos.

—¿Vais a venir a verme?

—No podemos aún, cariño, pero iremos mañana o pasado, en el fin de semana, ¿vale? Tenemos muchas ganas de verte.

—¿Los dos?

—Por supuesto, no te atrevas a dudarlo, Mikael, tu padre te quiere mucho.

—Ya.

—Y cuéntame, ¿cómo te va?—Por un momento pensó en contarle lo sucedido con Jan y el celador, que le había amenazado, hacerla ver que aquel no era un lugar seguro y debía sacarle de allí. Pero no quería preocuparla y estaba convencido de que si lo hacía Quintanilla se encargaría de convencerla de que mentía.

—Bien, mamá. Estoy bien.

Cuando llegó a la sala de usos múltiples, en aquella ocasión utilizada como cine, ni Jan ni Pablo se encontraban allí. Había varios pacientes sentados en los sillones contemplando La caída del Imperio Romano reflejada en la pared desde un pequeño proyector. Así que salió de la sala intentando provocar el menor ruido bajo la atenta mirada del auxiliar que estaba al cargo.

Acudió al salón en el que veían la televisión, tampoco estaban allí, los buscó en la sala de audiovisuales, que permanecía cerrada, en la de fisioterapia, vacía. Solo le quedaban: el comedor, el jardín y sus habitaciones.

Les halló en su dormitorio. En cuanto abrió la puerta Pablo le pidió que la cerrase y pudo contemplar a Jan vestido por una sábana blanca atada al hombro al más puro estilo senador romano, de pie sobre su cama, con la cabeza rozando el techo. Y a Pablo observándole sentado en la suya ataviado con la misma indumentaria por encima de la ropa.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacéis aquí?

—Nos han echado de la película —reveló Pablo entre risas, tirando de su brazo haciendo que se sentase a su lado.

—¿Por qué?

Pablo le hizo un gesto señalando a Jan que continuaba con la vista al frente como si controlase sus legiones romanas.

—Ave, Cesar —le dijo, haciendo el saludo militar.

—Yo César Jan Augusto Pitus Enórmicus, este ser cónsul Pablo el *Canijicus,* ¿quién ser tú? —le preguntó. El ataque de risa con los nombres de sus compañeros fue considerable y se tomó un instante en pensar cuál sería su nombre.

—Yo ser, general Pianus Panicus —proclamó poniéndose de pie y cuadrándose ante él

—. ¿Os extraña que os echaran de la sala? —Todos rompieron a reír.

—Queridos súbditos, llegar momento de paseo imperial —proclamó Jan saltando de la cama al suelo, que tembló como si se hubiese caído una columna de mármol, y se dirigió directo hacia la puerta de la habitación. Pablo abrió el armario en busca de otra sábana que le echó por encima a Mikael. Él la anudó entre risas sobre el hombro derecho y ambos siguieron a Jan por el pasillo, desfilando como senadores romanos por el foro, ante los ojos desconcertados del resto de pacientes. Algunos de ellos comenzaron a saludarles con el típico Ave César, a lo que Jan les respondió con un saludo imperial. Todo el pasillo hasta el jardín posterior se quedó mirándolos, algunos con asombro, otros con sorpresa y la mayoría entre risas.

Mikael observó a Pablo con especial interés, a pesar de su timidez parecía a gusto metido en el papel de senador romano saludando a la concurrencia. Comenzaba a abrirse a ellos, a confiar en ellos.

Jan, tan grande y corpulento, comenzó a bailar en la explanada anterior del jardín, como si de repente, una mano invisible le hubiese dado cuerda.

—¿No oís la música?—Se detuvo un instante y les preguntó con cierta inquietud. Mikael fue consciente de que él sí oía la música dentro de su cabeza.

—Claro que sí —proclamó para no disgustarle, se subió a un banco de piedra y comenzó a bailar. Pablo le siguió y Jan recuperó la sonrisa. En ese momento Lola se asomó a la puerta del jardín, acompañada de Almudena, a ver qué sucedía, cuál era el motivo del revuelo de risas y aplausos, y permaneció observándoles un instante, antes de que una sonrisa borrase de su rostro cualquier signo de malestar.

Una sonrisa que Mikael le devolvió sin dejar de bailar, mientras una docena de pacientes formaban un corro a su alrededor. Hizo un gesto a Lola para que se uniese a ellos y ella asintió, tirando de Almudena, quien dio los pasos que las separaban del corro. Entonces Lola se unió al baile silencioso, seguida de muchos otros de los chicos que les rodeaban que también comenzaron a bailar como si todos pudiesen oír la música que sonaba dentro de la cabeza de Jan.

Mikael observó a sus nuevos amigos, el grandullón estaba totalmente entregado, Pablo tenía dibujada una enorme sonrisa bajo las gafas de pasta negras, y Lola resplandecía como una estrella de la mañana, mientras Almudena les observaba con una sonrisa contenida.

Entonces vio cómo alguien más se asomaba a la puerta, Jaime Romero, quien tras asomarse regresaba al interior del edificio. Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando el doctor Quintanilla apareció por esta. Venía seguido de dos celadores, uno de los cuales era *Fleki*, de nuevo. En ese momento Jan le había subido sobre los hombros como si de una novia en un concierto se tratase.

—¡Usted, abajo, bájelo! —exigió Quintanilla con un desprecio que casi rizó las puntas de su bigotillo. Mikael dio un golpecito a su amigo para que saliese del trance musical y le permitiese posar los pies en el suelo. En cuanto lo hizo se dirigió al doctor y los celadores se cerraron a su espalda como dos gladiadores romanos. También lo hicieron sus amigos a la suya. Como dos bandas callejeras enfrentadas esperando que saltase la chispa de la violencia—. ¿Se puede saber qué clase de estupidez es esta? Están alterando a todos los pacientes.

—No estamos haciendo nada malo, solo estamos bailando.

—¿Bailando? Y destrozando las sábanas de paso, ¿no?—Mikael miró sus pies, habían pisoteado las sábanas y estaban manchadas de tierra, incluso algo rotas por abajo, pero a sus ojos eso no justificaba que aquel hombre los mirase con semejante desprecio.

—Son solo tres sábanas. Si me dice cuánto cuestan se las pagaré.—Su respuesta hizo refulgir una rabia inconmensurable en los ojos del psiquiatra, que pasaron de los suyos a los de

Lola, que casi se escondía detrás de su cuerpo.

—Todo se arregla con dinero, ¿verdad? Pues no señor Levi, aquí no todo se arregla con dinero. Aquí hay normas y hay que cumplirlas.

—Por parte de todos, me imagino, ¿o solo tenemos que cumplirlas los pacientes?

—¿Está usted insinuando algo? —preguntó atravesándole con la mirada. No era el único, Fleki apretaba los puños, furioso.

—No insinúo nada. Solo digo que un poco de diversión no va a matar a nadie, sus sedantes y sus pastillas quizás sí —proclamó envalentonado.

—Parece que quiere usted proclamarse el gallo del corral por méritos propios. Lástima que no siempre haya sido tan valiente.—Menudo hijo de puta, pensó. Estaba tratando de atacarle donde más le dolía para ver si le doblegaba.

—Nunca es tarde para tomar las riendas de la vida, ¿no cree?

—¿Tiene respuesta para todo, señor Levi?

—Excepto cuando trata de analizarme, que no le entiendo. O cuando su *hermano* amenaza con poner a dormir *para siempre* a mi amigo Jan, ahí también me quedé sin saber cómo reaccionar.—Quintanilla miró de reojo al mencionado, que bufaba como un toro.

—Pues esta noche la pasará en una habitación de aislamiento, para que tenga oportunidad de reflexionar sobre el respeto a las instalaciones, a los compañeros y a los profesionales de este centro.

Jan rugió como un león a su espalda al oírle decir aquello, y dio un paso adelante, situándose entre Quintanilla y sus hombres y su cuerpo, también Pablo y Lola hicieron lo mismo.

—¡Idea de romano es de Jan! —proclamó lleno de rabia.

—Así que todos, ¿no? Todos queréis pasar la noche en aislamiento…

—No, solo iré yo. Tranquilos chicos —les pidió. La idea de que volviesen a sedar a Jan le preocupaba demasiado—. Yo he sido el de la idea y pagaré las consecuencias. Seguro que he dormido en sitios peores —
chascó y se atrevió a guiñar un ojo a Lola que le devolvió una sonrisa triste. Se detuvo junto a Jan y le susurró al oído—. Tengo un nombre romano para él: *Gilipollicus Máximus*.

La risa de su amigo le reconfortó mientras caminaba hacia los celadores. Quintanilla le dedicó una mirada con la que parecía pretender despellejarle, mirada que mantuvo, no le tenía ningún miedo.

—Lola, ¿podrías venir a mi despacho? —preguntó entonces. Mikael se detuvo para escuchar qué iba a decirle, y los celadores le agarraron de los brazos, pero se zafó de ellos de un tirón, advirtiéndoles que sabía caminar solo.

—No puedo, doctor Quintanilla. Tengo cita con Rosa.

—Ven después.

—Después tengo cita con Salva.

Mikael continuó caminando hacia donde le guiaban los celadores. En el pasillo de las habitaciones accedieron por la puerta de emergencia por la que Lola y él habían subido a la azotea el día siguiente a su llegada, la abrieron y tomaron la escalera en sentido descendente, hacia el sótano.

Caminó tras los hombres por un corredor de paredes blancas con luces halógenas en el que había cinco puertas del mismo color con una ventana circular a la altura del rostro. La primera de ellas, a la izquierda, estaba abierta. Dentro había un sillón sobre el que resplandecía la luz de varias pantallas de televisión cuya imagen no alcanzaba a ver.

El celador, moreno y con importantes entradas, abrió la primera de las puertas de la derecha, Mikael percibió cierto remordimiento en su mirada, como si no quisiese hacer lo que iban a hacer.

Miró al interior. Así que las habitaciones acolchadas de las películas existían en realidad, pensó. En el dintel de la puerta había una cámara que apuntaba hacia dentro.

—Aquí está el interruptor de la luz —dijo el celador, lo pulsó y al apagarlo la luz era rojiza, volvió a encenderlo—. Ahí hay un timbre —indicó pulsando hacia un intercomunicador, como los porteros automáticos de las viviendas—. Y aquello que ves allí es el váter.—Una placa de policarbonato con un agujero en el suelo—. Si ves que toda la noche es demasiado para ti llama, discúlpate, y te sacaremos como mucho en un par de horas. Voy a por una botella de agua.

—Tranquilo, gracias, Gerardo —dijo, leyendo su nombre del bolsillo de su pijama blanco. El celador regresó sobre sus pasos en el pasillo dejándole a solas con Fleki.

Mikael se introdujo en la habitación de mullidas paredes blancas. Le quedaban por delante varias horas allí encerrado. Al menos no le habían puesto una camisa de fuerza.

—En un rato estarás llorando como el niñato que eres, aunque nadie te abrirá, es lo que le pasa a los *gallitos* como tú —añadió observándole desde el umbral.

—Debes sentirte muy orgulloso de ti mismo, ¿verdad? Amedrentando a jóvenes enfermos, burlándote de sus debilidades.—La mandíbula del celador se había convertido en un cable de acero, a punto de saltar—. ¿Lo sabe Rosa? ¿Sabe que sientes celos de los pacientes a los que trata?—Fleki se lanzó hacia él, empujándole, haciéndole rodar por el suelo de la habitación. Su rostro impactó con el acolchado, provocándose un corte con sus propios dientes en el labio, se llevó la mano a la boca y vio cómo la sangre corría por su mentón.

—Maldito hijo de puta, cierra esa boca o te la cierro yo para siempre.

—Bravo, esto es lo que mejor sabes hacer; amenazar y golpear a la gente, ¿verdad? —le preguntó incorporándose dispuesto a enfrentarse a él, mostrándole la sangre que manchaba sus manos—. Qué valiente. Tu hermano debe sentirse muy orgulloso de ti.

En ese momento apareció el otro celador con la botella de agua.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó al ver el mentón manchado de sangre de Mikael.

—Ha tropezado y se ha caído —aseguró Fleki. Mikael echó a reír con sarcasmo.

—¿En serio? ¿Eso es lo que vas a decir?

—Miguel, lárgate, yo me encargo —dijo Gerardo dejando la botella de agua en el suelo y saliendo en busca de algo.

—Te tengo calado —dijo a Mikael antes de marcharse.

—Y yo a ti —respondió este sin amedrentarse, con el sabor de la sangre empapándole los labios. El pelirrojo se marchó, dejándole a solas en aquella habitación.

Segundos después entró de nuevo Gerardo con una toalla y un bote de agua oxigenada.

—Ten, toma, póntelo en la herida y enseguida se cortará, es poca cosa —dijo impregnando la toalla con el desinfectante y entregándoselo.

—No creerá que me he hecho esto yo solo, ¿verdad?

—No creo nada porque no he visto nada —respondió esquivando sus ojos—. Si ves que no te encuentras bien y quieres salir, dímelo, a ser posible antes de media hora que el doctor Quintanilla se
marcha y no vuelve hasta el lunes, para que puedas disculparte. Sino estarás aquí hasta la hora del desayuno.

—¿Quintanilla no está el fin de semana?

—No. Ni él, ni el psicólogo, ni la terapeuta, ni la fisio…

—¿Y si hay una urgencia?

—Están las enfermeras o si es grave llamarían al médico de urgencias. Bueno, tú piénsate si prefieres disculparte o pasar la noche ahí.—Mikael hizo un gesto de negación—. Tienes que darme el reloj.

—¿Por qué?

—Son las normas de aislamiento. Dámelo —le pidió y Mikael lo desabrochó de su muñeca. Gerardo lo cogió y cerró la puerta.

El agua oxigenada escocía. La herida en su labio era pequeña, apenas un rasguño, pero había sangrado bastante, incluso le había manchado la camiseta. Arrojó la toalla manchada al otro lado de la habitación y dio un trago de agua.

Pasaría todo el fin de semana allí encerrado en caso necesario antes de pedirle perdón. ¿Perdón por qué? ¿Cuál había sido su crimen, divertirse?

Pronto fue consciente de que lo peor de aquel lugar no era la soledad, ni siquiera la ausencia de cualquier cosa con la que poder distraerse. Lo peor era la incapacidad de controlar el tiempo, no saber si habían transcurrido diez minutos, veinte o un par de horas. La ausencia de la luz solar no le permitiría saber si era de día o de noche.

Aunque sí sabía que cuando le llevaron el sol comenzaba a ocultarse tras los árboles del jardín por lo que, si no había anochecido aún, debía restarle muy poco.

Apretó los puños con rabia al recordar cómo ese desgraciado de Quintanilla le había hablado. Maldito fuera. Esa sensación de sentirse todopoderoso no debía de ser sana.

Además, estaba el modo en el que había solicitado la presencia de Lola en su despacho, le había parecido cualquier cosa menos profesional hablarle con tanta rabia. Si intentaba culparla de algo o castigarla a ella también, hablaría con sus padres y pondría una queja formal. Lola solo merecía ser feliz. Merecía cariño. Que la cuidasen y la tratasen con respeto.

Por supuesto el asunto de su herida en el labio tampoco pensaba dejarlo pasar por alto. ¿Dónde perdió Rosa el gusto para fijarse en semejante *gremling*?

Le trajeron la cena en una bandeja que dejaron en el suelo, fue Gerardo, quien parecía haber quedado relegado a su atención.

Crema de verduras, desconocía si era la misma cena del comedor o Quintanilla pretendía castigarle también con la comida. Dadas las circunstancias de su tierna infancia tenía un paladar muy poco delicado. Tomó el cuenco de la bandeja y dio buena cuenta del contenido, estaba bastante bueno, después dejó los cacharros sucios junto a la puerta y se quedó sentado en el suelo.

Así que iba a pasar la noche allí. Sin cama, en aquella especie de tapiz mullido que le rodeaba. Pasado otro intervalo de tiempo Gerardo volvió para recoger los enseres.

—Si no puedes más, llama por el interfono y hablaré para que te dejen salir.

—Estoy bien, gracias —le respondió. Él cabeceó sin entender su obstinación en cumplir el castigo.

—El orgullo no hace héroes, sino necios, chaval —dijo con expresión paternal, provocándole una sonrisa.

—Prefiero ser un necio a vender mi dignidad. Gracias de todos modos, solo… ¿Podría decirme qué hora es?—Gerardo miró su reloj de pulsera.

—Son casi las diez.

—Gracias. Hasta mañana, entonces —dijo y se puso de pie mientras el celador cerraba la

puerta y apagaba la luz. Iluminado con el brillo rojizo de la bombilla de emergencia se aproximó hasta la esquina del fondo para apoyar la cabeza en la otra pared y así intentar dormir algo. La luz blanca del pasillo también se apagó y él cerró los ojos dispuesto a rendirse a los brazos de Morfeo.

Tuvo un sueño extraño. En él aparecía Lola vestida con un camisón blanco en mitad de una explanada nevada, sentada en una especie de sillón frente al piano en el que él interpretaba una pieza. Se trataba de una pieza que le era desconocida pero que el Mikael de su sueño conocía a la perfección e interpretaba con los ojos cerrados, era un adagio. Un adagio hermoso de notas suaves, una melodía maravillosa que trató de retener en su mente. Una y otra vez, una y otra vez, sus dedos se deslizaban por teclas imaginarias mientras la música le envolvía como una bruma.

Sentía que podía inspirarla, llenándose de ella, sosegando su alma dolorida, reconciliándose con el rincón más íntimo y pequeño de su ser. Ese en el que se resguardaba en ocasiones, tratando de protegerse del dolor, de la sensación de abandono, del temor al fracaso. Justo ahí penetraba aquella melodía, envolviéndole, liberándole, haciéndole saber que no había nada que temer, que la música formaba parte de sí mismo y siempre lo haría, hasta el último de sus días. Su música, esa que le nacía del corazón. Esa que Lola había inspirado con su sola presencia, porque Lola era eso, una melodía capaz de templar su alma.

11

Mikael

Despertó con la imperiosa necesidad de tocar el piano, *necesitaba* interpretar aquella pieza. Necesitaba escribirla para no olvidarla. A falta de papel y lápiz se dispuso a memorizarla de forma mecánica. Posó ambas manos en el suelo mullido y movió los dedos en la semioscuridad que le envolvía, como si verdaderamente estuviese tocándola, con los ojos cerrados. Y fue capaz de oírla de nuevo, dentro de su cabeza, sonaba espectacular.

—¿Qué haces? —preguntó alguien a su lado, una voz que creyó reconocer, sobresaltándole. Abrió los ojos buscándola, aún inmerso en la melodía.

—¿Lola? —Su silueta se materializó entre las penumbras rojizas de la habitación, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad pudo reconocer sus facciones, su mentón delicado y su nariz respingona. Se arrodilló junto a él—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Por la puerta, ni te has dado cuenta de que la he abierto.

—¿Cómo la has abierto?

—Gerardo me ha permitido entrar. Me colé sin que nadie me viese hasta el sótano, pero me ha descubierto al pasar bajo el mostrador de la sala de control.—Estaba mascando chicle, podía oler el frescor a menta de su aliento.

—No me lo puedo creer.

—Pues créelo. Le he suplicado que no me delate, que tenía miedo de que te diese un ataque de ansiedad o intentases ahogarte con la ropa y amanecieses muerto. Le he dicho que me quedaré unas horas contigo para vigilarte y después me marcharé si estás tranquilo.

—¿Y se lo ha creído?

—Sí —dijo poniéndose de pie y se dirigió hacia la puerta, hizo malabarismos enganchándose al marco y regresó a su lado— Ya está.

—¿Qué has hecho?

—He pegado un chicle en la cámara de vigilancia —proclamó acercándose y sin mediar palabra le abrazó.

Fue un contacto brusco, como quienes llevan demasiado tiempo anhelándose y al fin se encuentran. Mikael sintió que se le arrebolaba el corazón cuando sus mejillas se rozaron y sus pechos le presionaron el torso. También percibió el calor húmedo de una lágrima en su mejilla.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando? —le preguntó apartándose para poder mirarla a los ojos que resplandecían bajo la luz rojiza.

—Estaba tan preocupada por ti... Temía que estuvieses dando vueltas.

—¿Como un tigre enjaulado?

—Como una pantera más bien.—Se limpió las lágrimas con una sonrisa.

—Tranquila. No voy a alterarme por el castigo de ese imbécil, no voy a darle el gusto de

ofrecerle una excusa para que me inyecte a saber qué. Estoy acostumbrado a la soledad y al silencio, muchas veces lo necesito para serenarme —dijo pellizcándole la mejilla, ella cogió su mano y llevándosela a los labios la besó. Un hormigueo eléctrico recorrió aquella zona, dejando la mano inmóvil como si la hubiesen paralizado. Mikael comenzó a sentirse confuso, solo le había tocado, ¿por qué reaccionaba así? Trató de sobreponerse a la explosión de emociones que estaban asaltándole y mostrar naturalidad—. Hacía mucho tiempo que no me reía como esta tarde.

—Yo también. Estaba en la sala de cine con Almudena, me la llevé allí para que se distrajese un poco, cuando llegaron Pablo y Jan—afirmó con voz cansada—. Pablo comenzó a inventarse esos nombres romanos graciosos y a decirlos en voz baja. Nombres como Orgasmus Mínimus, o Coitus Interruptus, y Jan proclamó en voz alta que él era Pijus Máximus. Toda la sala rompió a reír a carcajadas. Fue entonces cuando el auxiliar les pidió por favor que se marchasen de la habitación. Pablo y él se marcharon juntos, hablando como amigos. Has hecho algo genial, no te das cuenta, ¿verdad?

—¿Qué he hecho?

—Les has unido, ellos dos vagaban solos por este lugar, no habían cruzado una palabra, iban dejando pasar los días, años en el caso de Jan, y tú has hecho que se abran, que se atrevan a confiar en alguien, en ti. Eres muy especial, Mik, sabes consolar a las almas incomprendidas —dijo con una sonrisa sincera. Él permaneció en silencio, estaba acostumbrado a oír que no era suficientemente bueno, no a lo contrario, en absoluto.

—Menos contigo, a ti te hice sentir mal con mis palabras.—Aún se sentía culpable por ello. Lola descendió el rostro e inspiró hondo como si hubiese tratado de apartar esa conversación de su mente, sin conseguirlo—. Necesito que me perdones.

—No puedo perdonarte por algo que no has hecho con mala intención. ¿Sabes? Yo nunca me he permitido recriminarme a mí misma por las cosas que hice con… *ella*. Nunca fui capaz de cuestionar lo que hacía, lo que hacíamos.

—¿A qué te refieres?

—Cuando estaba con ella, era como si… no fuese yo. Como si una parte de mí a la que solo le importaba complacerla tomase el control. Conseguir su aprobación estaba por encima de todo. Tenía tanto miedo a su rechazo que nunca fui sincera. Nunca fui realmente yo.

—¿Y por qué tanto miedo? Tenías más amigas, ¿no?

—Ninguna de ellas se habría puesto en contra de Silvana por apoyarme. He visto cómo ha tratado a quien se le ha puesto en frente: otras amigas, exparejas… *Si te enfrentas a Silvana García puedes dar por muerta tu vida social*, era una frase que se repetía en el instituto y de la que se sentía muy orgullosa —afirmó apretando su mano entre las suyas, cálidas, suaves—. Silvana colgaba en los tablones de anuncios del instituto fotos de sus *enemigos* en situaciones comprometidas, o les decía a sus novios que les habían sido infieles, o a sus padres que habían tomado drogas… *Silvana no rechaza, destruye*. Era otra de sus frases favoritas. No es fácil pasar de ser popular a convertirte en un apestado al que ni los perdedores le dirigen la palabra.

—¿Los perdedores como yo?

—Tú no eres un perdedor.

—¿Y qué es ser un perdedor, Lola? ¿No ser popular? ¿No ir peinado como el imbécil famoso de turno? ¿No jugar al futbol, sacar buenas notas, no llevar ropa de marca? Todo eso no es más que mierda.—Ella descendió la mirada, afligida—. Es pura superficialidad, lo importante de las personas no está en su ropa o en su peinado. Prefiero ser eso que llamas un *perdedor* a ser un cascarón vacío con un bonito exterior.

—Soy un fraude —dijo de pronto rompiendo a llorar.

—¿Por qué dices eso? Eh, vamos no llores.

—Lo soy. Soy una fachada sin nada en su interior, un cascarón vacío como dices tú. He seguido los pasos de Silvana sin preguntarme nunca si lo que hacía estaba bien, sin pensar en nadie más, ni siquiera en mi padre…—Las lágrimas recorrieron veloces sus mejillas mientras ella las limpiaba con las mangas de su camiseta—. Llevo fingiendo ser feliz tanto tiempo que ya ni siquiera recuerdo como es en realidad. Mi vida ha sido un infierno y la única responsable he sido yo misma. Por más que haya querido culpar a todo el mundo de mis desgracias lo cierto es que lo tenía todo para ser feliz y lo he desaprovechado, es mi culpa, solo mía.

—¿A qué te refieres? ¿Qué has hecho?

—El verano en el que cumplí trece años, mi padre, Rafaela, mi hermana Beatriz y yo estuvimos de vacaciones en la playa y cogí algo de peso. Entre tanto helado y tanta cena fuera engordé al menos cinco kilos. Me puse *gordita*, mi padre me lo decía como una broma y a mí, aunque me molestaba, no me acomplejaba porque pensaba que en cuanto regresase a la rutina recuperaría mi peso normal. Pero cuando terminaron las vacaciones y volví al instituto, había alguien que no iba a dejar pasar por alto mi aumento de peso.—La emoción la obligó a detener su relato para tomar fuerzas para continuar—. Silvana fue muy cruel. Me preguntó cómo podía haberme dejado llevar de ese modo. Me llamó vaca y me dijo que con esos *michelines* nadie me querría porque daba asco. Ese día me arrancó el bocadillo de las manos y lo tiró a la basura. Dijo que cada vez que sintiese hambre bebiese agua. Si quería seguir siendo su amiga debía bajar de peso como fuese.

—¿Con trece años?

—Sí.—Mikael resopló sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo—. Le dije que lo haría, que perdería peso como fuese, no había nada que me diese más miedo que quedarme sin amigas otra vez, como cuando me cambié de colegio. Todos los días me miraba al espejo y sentía asco de mi misma, me veía gorda, inmensa. Intentaba no comer, si me comía cualquier cosa, no podía parar de pensar en cuánto engordaría. Pasé dos semanas comiendo cuatro galletas, fruta y cuatro litros de agua al día. En seguida se notó la pérdida de peso, pero tenía tanta hambre que por la noche soñaba con comida, soñaba que comía pizzas, espaguetis, tortilla… y después me despertaba aliviada de que solo fuese un sueño. Comencé a verme bien, Silvana me dio la enhorabuena, tenía los brazos menudos, mis piernas se veían más largas y tenía el estómago hundido. Me gustaba mirarme al espejo y ver cómo se me marcaban las clavículas, pero sin embargo no me gustaba lo seca que estaba mi piel, que parecía opaca, sin brillo, o el pelo, que se me comenzó a caer, a mechones en la almohada.

—¿Y tu padre no se daba cuenta de que no comías?

—Almorzaba en el comedor del instituto y a la hora de cenar en casa me levantaba la primera a recoger los platos, así nadie se fijaba en lo poco que había comido, o escupía la comida en una servilleta. Y siempre vestía ropa muy holgada, para disimular, por eso tardaron más en notarlo. Ellos pensaban que estaba perdiendo peso por la llegada de la pubertad. Hasta que eso no fue suficiente para justificar mi malestar, ni mis ganas de estar siempre acostada cuando llegaba del instituto. Rafaela comenzó a vigilarme en la cena. Trataba de disimular para que no me diese cuenta, pero vi que me observaba, y mi padre también. Lo hablé con Silvana y ella me dijo que sabía cómo evitar que me descubriesen. La primera vez que ingresé en este centro, ¿recuerdas que te conté que la mujer de mi padre nos descubrió hablando? No es así, te mentí. Rafaela nos descubrió cuando Silvana estaba enseñándome a vomitar en el baño, fue poco antes

de las vacaciones de Navidad.

—¿Enseñándote a vomitar?

—Ella lo hacía desde los doce, vomitar tras las comidas para no engordar.

—Madre mía.

—Rafaela la echó de casa y llamó a su madre, que no le dio importancia, para ella eran *cosas de niñas*. Pero yo acabé en el hospital, tenía desnutrición severa. Las uñas se me caían solas, mi cuerpo había consumido mis músculos y apenas era capaz de mantenerme en pie. Pero negaba estar enferma. Siempre me lo he negado. Cuando me dieron el alta en el hospital mi padre me trajo aquí —dijo limpiándose las lágrimas con las manos—. Me cuesta mucho vomitar, me siento muy mal, es superior a mí, así que al principio me negué a comer, pero pronto entendí que no saldría de aquí si no lo hacía. Asistí a las terapias y engordé. Cuando volví a casa de mi padre este había retirado todos los espejos grandes, no quería que pudiese mirarme en ninguno de ellos.

—¿Y qué pasó?

—Estuve más o menos bien durante un mes, hasta que regresé al instituto. Mi padre había hablado de trasladarme, pero le supliqué que no lo hiciese, le prometí que no volvería a vomitar la comida, en lo que no estaba mintiéndole porque me era muy difícil, y él me dio una oportunidad, con la prohibición de que me relacionase con Silvana. Pero yo no podía alejarme de ella, era mi amiga, mi mejor amiga y me necesitaba, nos necesitábamos ambas… En cuanto me vio, sus primeras palabras no fueron: ¿estás mejor? O, ¿cómo te sientes? No. Me dijo que *esos imbéciles del hospital me habían cebado como a una cerda*.

—Que hija de puta.

—Estaba preocupada por mí, lo estaba de verdad.

—¿Cómo puedes pensar eso? Tu vida estaba en juego, da igual lo que ella creyese.

—Para ella estar delgada era lo más importante, lo único importante. Porque estar delgada era sinónimo de ser perfecta, popular, de gustar a los chicos... Yo no podía vomitar, no quería hacerlo, y ella me enseñó otro modo de controlar la ansiedad.

—Los cortes.—Asintió.

—Sabía que en el momento en el que volviese a perder tanto peso mi padre y Rafaela volverían a internarme en el hospital. En invierno era más fácil ocultarlo que en verano. Así que me vestía con varias capas de ropa y comencé a tener el valor suficiente para cortarme, ella me lo hizo la primera vez, en el baño entre clases, con un clip estirado. Poco antes de cumplir dieciséis años.

—¿Y tu padre lo descubrió?

—Tardó en hacerlo, primero me cortaba en los muslos, en la barriga, en zonas poco visibles.

—¿Y cómo podía eso aliviar tu necesidad de comer?

—No lo hacía, pero me sentía mejor porque me castigaba a mí misma por comer como una cerda, por no ser perfecta, por dejarme llevar por la gula…—Mikael hizo un gesto de negación, sobrecogido por lo que estaba relatándole—. Sé que es difícil de entender, pero es la verdad. Castigarme aliviaba el sentimiento de culpa que sentía.

—Y cuando salgas de aquí, ¿vas a volver a buscarla? ¿Vas a continuar haciéndole caso a lo que te diga? Porque esa tía no está bien de la cabeza, te lo aseguro.

—No hables así de ella, tú no la conoces.

—No necesito conocerla para darme cuenta de que es una desgraciada. ¿En serio vas a ir a buscarla para que siga taladrándote el cerebro con su basura?

—No.

—¿Estás segura?

—No puedo ir a buscarla, porque está muerta.

—¿Qué?—Mikael sintió que se le paraba el corazón.

—Se suicidó.

—¿Cómo?

—Saltó desde la azotea de su casa. Se dejó caer de espaldas hacia detrás. Y yo… Yo la traicioné —masculló ahogada entre lágrimas, su respiración rápida y sobrecogida apenas le permitía hablar. Mikael la abrazó, sosteniéndola contra su pecho con ternura—. Debíamos hacerlo juntas y no fui capaz... Habíamos planeado que la mejor forma de dejar de sufrir era esa, cerrar los ojos y volar como un pájaro. Así siempre seríamos jóvenes, siempre delgadas y guapas. Silvana preparó una carta de despedida para las dos, decidió la ropa que teníamos que ponernos…

—Ella lo planeó todo —dijo apretando los dientes con rabia—. ¿Y tú querías hacerlo?

—Quería dejar de sentirme tan mal, pero me asustaba demasiado morir. Ya te he dicho que soy una cobarde.

—¿Y qué sucedió?

—No fui capaz, cuando estábamos arriba, en la azotea, pensé en mi hermana pequeña. Ella... es una niña tan dulce y me quiere tanto... Cuando era pequeña no sabía decir mi nombre y comenzó a llamarme como a una de sus princesas favoritas de los cuentos e hizo que todos me llamaran así... —relató nerviosa, llena de tristeza—. Su imagen acudió a mi mente en ese instante, dos días antes había venido a mi habitación mientras hacía los deberes del instituto, se había sentado en la cama y me había preguntado si ella sería como yo cuando fuese mayor, si sabría tantas cosas y sería tan guapa.—Lola rompió a llorar de nuevo—. No quiero que mi hermana sea como yo, quiero que sea lo más distinta a mí posible. Pero por encima de todo me aterrorizó la idea de que también ella decidiese suicidarse algún día. Así que estando juntas en el borde de la azotea le dije a Silvana que no podía hacerlo. Me dijo que la había traicionado, que era un cobarde. Me agarró de la muñeca y tiró de mí. Pero logré agarrarme al soporte de la antena parabólica y aunque me rompió la blusa ella cayó y yo no.

—Menuda malnacida.

—No hables así de ella, por favor, ya está muerta.

—La muerte no convierte a la gente en buenas personas, Lola.

—Ella estaba mal… No tuvo una vida fácil.

—Y tanto. Pero su afán de arrastrarte en su enfermedad ha estado a punto de costarte la vida.

—Mi padre me encontró en la azotea, me había puesto una especie de localizador en el móvil o algo así sin que lo supiese y le saltó la alarma de que estaba en su casa. Llegó justo después de que Silvana saltase mientras el personal del servicio revoloteaba sin saber qué hacer alrededor de su cadáver y me encontró allí, agazapada.

—Ojalá ella hubiese tenido a alguien que se preocupase por ella como lo hizo tu padre por ti.

—Sus padres, cada uno hacía su vida y le daban todo lo que quería, pero no le prestaban atención. Y le sucedieron cosas… que la hicieron infeliz, y que no pudo compartir con nadie, excepto conmigo. Yo era su único apoyo y no puedo evitar sentir que la he traicionado. Que está esperando a que me reúna con ella. Sus frases acuden a mi mente, se repiten una y otra vez dentro de mi cabeza. La oigo llamarme gorda, decirme con quién puedo hablar y con quién no…

Yo tendría que haber muerto con ella —aseguró llevándose ambas manos a los oídos.

—No digas eso, no se te ocurra volver a decir algo así. ¿No te das cuenta de que intentó matarte?

—Pero sé que ella está esperándome.

—Ella ya no existe, ella ya no es nada, *nada* por cruel que resulte decirlo. Y si existe algo más allá, allí su mente enferma se habrá curado y habrá visto lo equivocada que estaba. Si te quería tanto como dices, solo querrá tu felicidad. Y para lograrlo tienes que ser libre, libre para comer, para vestir, para ser tú. Como tú misma me dijiste solo tenemos una vida, si la desperdiciamos no habrá una segunda oportunidad. Despídete de ella, dile adiós y deja que se marche para siempre.

—No puedo…

—¿Por qué no? ¿Pretendes vivir el resto de tu vida aferrada a un recuerdo que solo te hará daño?

—¿Y cómo lo hago? ¿Cómo cambio mi forma de pensar? ¿Cómo hago para dejar de sentirme mal cada vez que me meto algo en la boca?

—Han sido cuatro años de tu vida, tienes por delante… ochenta quizá. Cuatro años pueden no ser nada si decides cambiar aquí y ahora. Tienes que dejar todo eso atrás, todo lo de los cortes, lo de no ser capaz de mirarte sin verte gorda, porque no lo estás. Dices que consuelo a las almas incomprendidas, pues confía en mí, ¿vale? Ojalá pudieses verte con mis ojos, eres perfecta, eres preciosa tal y como eres. De veras, créeme, por favor. ¿Me crees?

Ella asintió y sin decir nada más acurrucó el rostro en su cuello. Él la rodeó con sus brazos, percibiendo el calor de su respiración en la garganta abrazó su cuerpo menudo, con el corazón hecho pedazos.

¿Cómo podía sentirse así cuando era preciosa? ¿Cómo podía dejar que los comentarios de aquella amiga, por llamarla de algún modo, le afectasen tanto, incluso después de muerta?

—Respóndeme solo a una cosa más —pidió Mikael.

—¿Qué? —preguntó acurrucada en su cuello, pegada a su cuerpo.

—El corte en tus muñecas que te trajo aquí… ¿Tratabas de suicidarte?

—No. Ese día me emborraché para dejar de pensar en ella. Me bebí una botella de vodka y no pude controlar cómo me cortaba, me hice más daño del que pretendía. Aunque es cierto en ese momento deseaba morir.

—Pues doy gracias al cielo de que no lo consiguieses —dijo sin pensarlo, Lola alzó el rostro para mirarle a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque, a pesar de las circunstancias, estar aquí, en este lugar, ha merecido la pena solo por haberte conocido —confesó sin filtros. Los ojos de Lola resplandecieron como dos supernovas. Mikael sintió cómo se le secaba la garganta, cómo un fuego arrollador le ascendía desde el estómago y luego volvía a descender, más abajo. Carraspeó, más nervioso de lo que lo había estado en toda su vida—. A todos, a Jan, a Pablo y a ti, por supuesto.

Se sintió un imbécil por haber dicho aquello último. No porque no fuese cierto, sino porque estaba comparándola con ellos y Lola significaba algo distinto para él. No sabía muy bien qué, pero desde luego no era el mismo sentimiento que habían despertado sus nuevos amigos.

Ella en cambio sonrió. Fue una sonrisa dulce, a pesar del halo de tristeza. Volvió a abrazarle, en silencio, y al apartarse deslizó con cuidado la nariz por su mejilla, acercándose peligrosamente a sus labios. Mikael sintió cómo el corazón le latía desbocado, cómo la sangre le burbujeaba en las venas, y reuniendo más valor del que había tenido en toda su vida, la besó.

Fue un beso dulce, lleno de ternura. Un beso que provocó que el burbujeo de su interior estallase por completo como una botella de champán al descorcharla, que le sacudió y le hizo sentir flotando como un globo lleno de helio. Aquellos labios sabían a Maná celestial.

Lola se apartó despacio.

—¿Tienes una herida en el labio?—Ni siquiera se acordaba, en ese momento recordaba su nombre de puro milagro.

—Sí. Fleki me ha empujado y me he golpeado contra el suelo.

—¿Te duele?

—Ahora mismo, estoy en el cielo —confesó sin tapujos haciéndola reír, abrazada a su pecho.

—Eres tan especial.

—Tu sí que eres especial, espero que me creas porque te lo digo en serio. Desde el primer día me acogiste en este lugar, e hiciste que no me sintiese solo, me ayudaste mucho.

—Lo hice porque lo que necesitabas, lo vi en tu mirada.

—¿Y ahora? ¿Aunque estemos a oscuras, no sientes que necesito algo? —bromeó, sacándole una nueva sonrisa. Lola se acercó y le besó de nuevo. Esta vez el beso fue de mayor intensidad, mucho más apasionado, y Mikael percibió cómo una parte de su anatomía despertaba anhelante ante el contacto de su lengua cálida entre sus labios.

Cuando Lola se alejó de su boca lo hizo con la respiración acelerada, Mikael agradeció la oscuridad que les envolvía, de lo contrario, su excitación no habría pasado en absoluto desapercibida.

—¿Es lo que necesitabas?

—Has dado en el clavo —bromeó.

—Estás seguro de que no te duele el labio.

—Segurísimo.

—Ese desgraciado de Fleki...

—¿Quintanilla te ha dicho algo por lo que ha pasado?

—No he ido a verle. Tenía prisa por irse a Sevilla, así que no ha insistido. El lunes tendré una buena charla —dijo como si de un mal inevitable se tratase.

—Y Almudena, ¿cómo está? ¿Está bien ya?

—Sí, está mejor. El tranquilizante le hizo efecto.

—¿Qué le había sucedido?

—No puedo decírtelo Mik, son cosas de ella…

—Lo entiendo. Pero me gustaría ayudarla, parece buena chica.

—Tranquilo. Ella va a estar bien, en cuanto regrese a casa y recupere su vida estará bien —afirmó acurrucándose entre sus brazos. Mikael acarició su cabello con los dedos—. ¿Alguna vez piensas en tus padres biológicos? —preguntó de improviso.

—Muchas veces.

—Yo pienso en mi madre. No se lo digo a mi padre porque sé que le molestaría, pero pienso en cómo será su vida, si habrá tenido más hijos.

—¿No tienes ningún contacto con ella?

—Ninguno. Creo que se fue a vivir a Argentina o a Chile. A veces me gustaría buscarla, sobre todo para preguntarle si me echa de menos.

—Seguro que lo hace.

—Entonces, ¿por qué no ha intentado ponerse en contacto conmigo?

—Probablemente no sepa cómo hacerlo, o le de miedo tu rechazo… Yo he pensado

muchas veces lo de buscar a mis padres biológicos, sobre todo a mi madre, pero el miedo a hacer daño a mi madre adoptiva nunca me ha permitido decirlo en voz alta. Pero lo haré, algún día, cuando me sienta preparado iré a buscarla, a conocerla, a conocer la vida que habría tenido a su lado. Aunque me asusta un poco encontrarla y que me rechace.

—Estoy segura de que no te rechazará, que estará encantada de concerté al fin.

—¿Tú crees?

—Si quieres, yo te acompañaré cuando te decidas a ir. Para que no te sientas solo, aunque solo sea para ofrecerte mi hombro por si lo necesitas.

—Gracias.

—¿Crees que nos merecemos las cosas que nos han pasado?

—No lo creo. Pero piensa que cada cosa que nos ha sucedido nos ha traído hasta aquí, hasta este momento. Y te garantizo que justo ahora, no me cambiaría por nadie del mundo —le susurró, besándola en el cabello. Lola se volvió y sosteniendo su rostro entre sus manos le besó de nuevo.

El sonido de la puerta al abrirse les despertó. Haciéndoles tomar conciencia de que se habían dormido.

—Lola, son la seis de la mañana, deberías volver a tu habitación. Vamos —pidió Gerardo entre susurros y la esperó en el pasillo, dejando la puerta entreabierta.

—Gracias —le dijo en un susurro mirándole con dulzura.

—¿Por qué?

—Por ser tú —añadió y le besó en la mejilla antes de ponerse en pie y marcharse.

Lola

Sevilla, 8 abril 2011

Querida Silvana:

Esta es la última vez que te escribo. Yo te quería mucho, pero no sé si tú me quisiste alguna vez o solo veías en mí un espejo en el que querías reflejarte, o una especie de proyecto que llevar acabo… No lo sé. Pienso que no tenías la culpa de ser como eras, o al menos no toda la culpa, pero sí tuviste la culpa de lo que me hiciste a mí, y me hiciste mucho daño, aunque nunca fui capaz de decírtelo. Mucho.

Me hiciste sentir que no valía nada, que poco importaría si vivía o moría. A veces, aún me siento así y me da rabia hacerlo.

He estado hablando con Mik, con El chico pantera, ese al que no habrías permitido ni que me acercase si le hubieses conocido, y sus palabras me han ayudado mucho. Cuando me mira a los ojos siento que es capaz de verme a mí, al fondo de todas las máscaras y caretas que me enseñaste a ponerme, tantas que casi olvido cómo era ser yo.

He llamado a casa por teléfono, esta mañana en cuanto me he levantado. Después de dos semanas aquí encerrada, le he pedido a la recepcionista que me permita hacerlo, y he hablado con mi padre. Estaba arreglándose para ir a trabajar, se ha quedado de piedra cuando ha cogido el teléfono, incluso le temblaba la voz. Me he puesto a llorar al oírle y se ha asustado.

Le he dicho que le echo de menos, que quiero que vengan a verme, que estoy mejor, pero que les necesito a mi lado.

¿Sabes? Ha sido duro oír a mi padre llorar, porque, aunque imagino que ha llorado mucho a mis espaldas, nunca lo hizo delante de mí. Casi no podía ni hablar, solo oía su respiración y su llanto al otro lado del teléfono. Él siempre se ha mostrado firme, como un bloque de hormigón, pero cuando le he dicho que quiero ponerme bien, se ha roto, y yo también.

Porque mi padre me quiere, Silvana, y se preocupa por mí. Incluso creo que hasta Rafaela lo hace. No, ellos no me odian, como decías. Me quieren, de verdad.

Mi mayor preocupación es mi hermana, por ella debo hacer todo lo posible por recuperarme y salir de este infierno. Y lo haré.

Por eso he decidido que esta es la última carta que te escribo. Yo no soy tú, nunca lo fui, puede que mi madre no quiera saber nada de mí, pero el resto de mi familia sí.

Siento todo lo que sufriste. Lo siento de veras.

Siento no haber estado contigo aquella noche de la fiesta a la que fuiste con tus primas y un montón de tíos mayores, pero papá no me permitió ir porque sabes que no me dejaban dormir fuera de casa.

Pero te apoyé cuando me llamaste por teléfono aquella mañana y me contaste entre lágrimas que despertaste en la playa, dolorida, sin ropa interior y sin recordar nada. Recuerdo que te dije que hablases con tu padre, o que acudieses al hospital y les contases lo sucedido.

Una semana después, cuando al fin pudimos vernos tu versión había cambiado por completo. Entonces nos contaste que perdiste la virginidad con un tío guapísimo, un alemán… o un inglés, no suelo recordar bien las mentiras.

Traté de que me contases la verdad. Me encerré contigo en tu dormitorio y te pedí que me dijeses lo que había sucedido, ¿lo recuerdas? Pero tú aseguraste que estaba loca, que jamás me habías dicho algo así.

Y me callé.

Porque tú siempre lo sabías todo y yo no sabía nada. Pero lloré, Silvana, lloré por ti, porque tú parecías incapaz de hacerlo.

No sé si fue tu padre, o tu madre, o fuiste tú misma quien decidió fingir que no habían abusado de ti en aquella playa, pero ahora sé que nunca lo olvidaste. Que, aunque fingiste hacerlo, nunca lo dejaste atrás.

Yo te habría ayudado, habría estado a tu lado, si me lo hubieses permitido. Pero desde ese día, te volviste una persona más y más fría, que disfrutaba viendo cómo otras chicas, entre ellas yo, pasaban por algo parecido a lo que te sucedió a ti. Y eso no estaba bien, no lo estaba. Por eso te gustaba saber cuándo perdíamos la virginidad, por eso te atemorizaba que nos enamorásemos, que sintiésemos algo que tú creías que jamás podrías sentir por un chico.

Lamento que el vacío que sentías te destruyese de ese modo, pero también siento que tú tratases de hacer lo mismo conmigo. No voy a cumplir la promesa que te hice, todo el dolor que me causaste en vida me
libera de hacerlo. Y sé que ahora tengo por delante una lucha complicada, la de dejarte atrás para siempre, pero lo conseguiré, ahora sé que puedo hacerlo.

Adiós Silvana, descansa en paz.

Te quiere.

Mimi.

Las cuartillas de papel ardieron sobre la blanca superficie esmaltada del lavabo. Ella observó la danza hipnótica de las llamas doradas recorriendo el papel, absorbiéndolo, destruyéndolo, convirtiéndolo en cenizas. Y pensó que también una parte de sí misma había sido consumida por el fuego, una parte que como una máscara había utilizado para enfrentarse al mundo y que quedaba atrás a partir de ese momento. Era consciente de que no sería fácil dejarla atrás y desaprender todo aquello que la había dañado, pero estaba dispuesta a intentarlo, a hacerlo, con uñas y dientes.

12

Mikael

La puerta de la habitación acolchada se abrió de nuevo, descubriendo detrás a un Gerardo con expresión cansada y en cuyo rostro las arrugas se habían multiplicado como si en lugar de varias horas hubiesen transcurrido años desde la última vez que le vio con suficiente luz. Mikael se había incorporado al ver cómo se encendía la iluminación del pasillo.

—Son las ocho, sube a tu habitación, dúchate y ve a desayunar.

—Muchas gracias por permitir que Lola me acompañase.

—No sé de qué me hablas —respondió con una leve sonrisa—. Pareces un buen chico, por eso voy a darte un consejo: haz lo que debas para marcharte pronto de aquí y después vive una vida larga y feliz.

—No es sencillo.

—Mira, me da mucha rabia cuando jóvenes sanos y fuertes como tú decís cosas así. O cuando tratáis de haceros daño, o de suicidaros. No puedo entenderlo —afirmó iniciando la andadura por el pasillo, a su lado—. Mi hijo Pedro murió cuando tenía veinte años. Un conductor borracho se lo llevó por delante un sábado por la mañana. Él había salido a entrenar con su bicicleta y el tipo iba tan bebido que lo atropelló en una recta, a la salida de una rotonda.

—Lo siento muchísimo, Gerardo.

—En aquella época yo estaba preocupado por muchas cosas: porque acababa de quedarme en paro después de diez años trabajando en una fábrica de neumáticos, porque me había inscrito en el curso de celador y apenas tenía dinero para la gasolina, en fin, por mil cosas… Pero cuando me llamaron y me dijeron que no volvería a ver más a mi hijo con vida, me di cuenta, de que lo único importante es la vida. Todo lo demás se puede reemplazar, se puede cambiar, todo. Pero la vida, no. Si la pierdes, se acabó. Ojalá, Pedro hubiese tenido la oportunidad de elegir vivir, como la tenéis vosotros ahora.

—Gracias, Gerardo. Yo elijo vivir —afirmó, provocando una expresión de alivio en el celador—. A pesar de que creo que el doctor Quintanilla y su hermano no es que nos hagan las cosas más fáciles precisamente.

—Quintanilla es el experto, él sabrá más que yo y que tú, sobre los desórdenes mentales. El otro es un desgraciado al que tenía que buscarle un hueco para contentar a sus padres. Espero que se canse pronto de estar aquí, y se marche a vivir la vida como hacía antes de entrar.

—Ojalá, por el bien de los pacientes. Pienso ponerle una reclamación por el empujón de ayer.—Gerardo le dedicó una mirada cargada de escepticismo.

—Solo conseguirás que centre su rabia en ti. Pero hazlo si con eso te sientes aliviado, de todos modos, hasta que recibas el alta no podrás ponerla, los pacientes no pueden poner reclamaciones, es una de las normas del centro, sino estarían todo el día haciéndolo por los más

variopintos motivos. Sí pueden hacerlo tus padres, ellos sí.

—Es increíble. Hablaré con ellos de todos modos.

—Concéntrate en recuperarte, márchate y se feliz —le dijo desde el umbral, habían subido toda la escalera inmersos en la conversación.

—Gracias, lo haré, se lo aseguro.

Cuando entró en su habitación Jan estaba sentado en la cama, su mirada se iluminó al verle llegar, se puso en pie de inmediato. Mikael se fijó en su ropa, aún estaba vestido con la sábana de la noche anterior y las profundas ojeras le hicieron saber que se había pasado toda la noche aguardándole.

—¿Mikael bien? —le preguntó preocupado.

—Sí, estoy bien. ¿No habrás pasado la noche ahí sentado, sin dormir? —Él hizo un gesto de negación.

—Jan dormir, caer y hacer bollo —afirmó acariciándose la frente. Mikael se acercó y vio el pequeño hematoma que se había formado—. ¿Fleki hacer daño?

—No —mintió, no quería que fuese en su busca para vengarle.

Jan se incorporó y le rodeó con uno de sus abrazos de oso, Mikael creyó que le desmontaría por piezas como un Lego.

—Ya, colega, suéltame. Y dúchate que hueles a fiesta de sobacos —pidió con un hilo de voz haciéndole reír.

—Jan preocupado, temer que Fleki pega Mikael —dijo soltándole, al hacerlo se fijó en su rostro, en sus labios, percibiendo la herida en estos—. Tú no mientes Jan, Mikael daño —le recriminó señalándole hacia los labios.

—Me empujó y me golpeé con el suelo.

—Suelo acolchado no duele.

—Si te cortas con los dientes sí. Pero tranquilo, no es nada. ¿Tú has estado allí?

—Muchas veces. Doctor *Pinchazo* castiga Jan abajo.

—¿Y por qué lo permites? Sabes que puedes marcharte de aquí cuando quieras, ¿no?

—¿Dónde ir Jan?

—A cualquier parte, si tienes dinero para pagar este sitio lo tienes para vivir por tu cuenta fuera de aquí.

—Jan no gusta estar solo. Gente da miedo de Jan.

—¿Te gustaría venirte a vivir conmigo? Mi abuela paterna tenía un piso en Madrid, en el centro, ella me lo dejó en su testamento, así que es mío. Está muy antiguo y casi vacío porque vivo con mis padres, pero podríamos intentar vivir juntos allí. No sé, hacer una especie de grupo musical entre los dos y ganarnos la vida.

—¿Mikael vivir con Jan?

—¿No lo estamos haciendo ahora? Podríamos probar qué tal nos va, si te parece bien.

Jan apretó los labios en un mohín y constriñó el ceño con mucha fuerza, Mikael le observó tratando de descifrar si aquello era una respuesta hasta que cerró los ojos y su barbilla comenzó a temblar.

—Jan, Jan tío, ¿qué te pasa?

La respuesta se materializó en forma de dos gruesas lágrimas que resbalaron por sus mejillas hasta caer en el suelo. El grandullón rompió a llorar como un niño pequeño, con la respiración entre cortada, sacudido por la emoción.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa?—Aún tardó varios minutos en calmarse y ser capaz de

abrir los ojos, le dedicó una sonrisa llena de ilusión.

—Jan feliz marchar de aquí, feliz vivir con Mikael.

—Pues no hay nada más que hablar, cuando me vaya y me haya instalado te llamaré para que recojas tus cosas y vendré a por ti —El grandullón hizo ademán de volver a abrazarle, pero le contuvo—. Primero dúchate. Por cierto, tendrás que aprender a ducharte solo, porque yo no pienso hacerlo.

—Jan sabe.

—Entonces, ¿por qué te ayuda Rosa?

—Ella solo recuerda orden, primero la cara, después cuerpo, después pies… Jan demuestra baña solo.

Y tanto que lo demostró. Cuando entró al baño tras él parecía uno de los canales de Venecia. Había agua por todas partes. Mikael dejó su ropa en el lavabo y se metió en la ducha. Se enjabonó el pelo mientras pensaba en la oferta que le había hecho al grandullón.

Le había nacido de modo espontáneo, sin pensarlo, pero no se arrepentía. Se imaginaba viviendo con él, desayunando en la cocina del apartamento, mientras se tomase el tratamiento todo iría genial y él estaba dispuesto a encargarse de que lo hiciese. Sobre todo, porque merecía algo más que vivir entre aquellas paredes el resto de su vida. Estaba deseando presentarle a Iván, seguro que su mejor amigo y el danés encajarían a la perfección.

Sabía que sus padres no iban a entenderlo, pero no tendrían más remedio que aceptarlo, como tantas otras cosas que iban a cambiar cuando regresase.

Sentía un hormigueo especial en el pecho. Estaba nervioso por volver a ver a Lola después de los besos que habían compartido. Los había revivido en su mente una y otra vez. Incluso se había visto reflejado en el espejo del baño con cara de alelado al rememorar el tacto cálido y suave de su boca.

¿Habrían significado algo para ella?

Lola tenía más experiencia que él. Esto le intimidaba un poco, aunque no lo suficiente como para dejar pasar la oportunidad de conocerla mejor, de averiguar si lo que había sentido, lo que sentía, podría acabar convirtiéndose en algo más.

Aquella chica merecía la pena.

A pesar de todo lo que había pasado, de todo lo que había sufrido, en el último momento tuvo la fortaleza suficiente para no rendirse. Y esto le hacía sentirse orgulloso de ella, de su valor y sus ganas de salir adelante.

Todos sus nervios se esfumaron cuando al fin la vio en el comedor y ella le regaló una sonrisa y dio los buenos días a ambos. Pudo distinguir cierta timidez en sus ojos azules, lo que le hizo sentir reconfortado, porque solo ambos sabían del momento compartido.

Desayunaron todos juntos en el comedor: Lola, Jan, Pablo e incluso Almudena aceptó sentarse con ellos. La joven de la mirada melancólica se había recogido el largo cabello en una coleta y aunque no decía una sola palabra sí que prestó atención a sus conversaciones sobre la temática estrella del día: era sábado, día de visitas.

—¿Crees que tus padres vendrán a verte? —le preguntó Lola cuando ambos se adelantaron paseando por el jardín interior.

—No lo sé, supongo que sí. ¿Y el tuyo?

—Seguro. Debe estar al llegar. Él y Rafaela han venido cada fin de semana, aunque nunca he querido recibirles, me he quedado en mi habitación hasta que se han marchado —dijo

apartando la mirada. Que se sintiese abochornada por ello era un paso, pensó Mikael—. Pero hoy es distinto, esta mañana le pedí a la recepcionista que me permitiese llamarles en cuanto me levanté y le he dicho a mi padre que voy a verlos y a contarles que algo ha cambiado.

—¿Qué ha cambiado?

—Yo. Después de la conversación que tuvimos anoche algo hizo *clic* en mi cabeza. No pretendo insinuar que estoy curada, ni mucho menos, pero quiero curarme. Quiero hacerlo de verdad y para siempre.

—No te imaginas lo feliz que me hace oír eso.—Lola sonrió y sus ojos brillaron con la fuerza de una estrella. Mikael sintió que su corazón volvía a acelerarse.

—Chicos, tengo un plan para esta noche —dijo Pablo alcanzándoles, interrumpiéndoles.

—¿Qué plan?

—Esta noche vamos a colarnos en la piscina cubierta.

—¿Qué piscina cubierta?

—La que está en el pabellón que hay al final del jardín. El lunes comienza la temporada de fisioterapia acuática. Y está lista, la han limpiado y la han llenado. Lo he visto desde el despacho de la primera planta.

—¿Has vuelto a subir al despacho?

—Sí. Anoche.

—¿Para jugar?

—No, para programar la tarjeta que nos dará acceso a la entrada —afirmó sacando del bolsillo de su pantalón una tarjeta blanca, idéntica a con la que había abierto la puerta de la escalera de acceso a la planta superior, se la mostró y volvió a guardarla—. Esta noche, cuando las auxiliares hayan hecho la ronda de las once y pico nos escapamos, recorremos el jardín y nos encontramos en la puerta de la piscina. ¿Qué os parece?

Mikael y Lola se miraron y sonrieron.

—¿A ti te apetece?—Lola asintió.

Una pelota rodó hasta sus pies, era Tim, que jugaba al fútbol con otros pacientes.

—Esta noche nos vemos entonces —dijo Pablo devolviéndole la pelota a Tim y decidido se unió al partido.

—Le preguntaré a Almudena si quiere acompañarnos —sugirió Lola, volviéndose para mirarla, su amiga caminaba junto a Jan, que parecía estar relatándole algo y de pronto echó a reír —. ¿Qué estará contándole?

—Ni idea. Jan es muy divertido.

—Y Almu necesita reírse. ¿Cómo está tu labio?

—Mejor.

—Esperaba que se te hubiese curado con mis besos —dijo sorprendiéndole, Mikael sonrió y la miró a los ojos.

—Quizá el labio no se haya curado, pero sí algo muy importante para mí.

—¿Qué?

—He compuesto una melodía pensando en ti.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Anoche soñé con ella, contigo, justo antes de que llegases. Es un adagio, y me muero de ganas de interpretarlo para ti. Así que has *curado* mi miedo a tocar.

—Oh, qué ilusión. Estoy deseando oírlo.

—Primero tengo que terminarlo, he memorizado gran parte del comienzo y la armonía, pero aún tengo que concluirlo.

—Espero que lo hagas antes de marcharte, podemos pedirle a Rosa que nos busque un organillo o un teclado...

—Lola, cariño.—La llamó alguien a su espalda. El grupo se giró y pudieron ver a un caballero alto con el cabello y la barba cobrizos que hacían resaltar sus ojos azules, los mismos ojos de Lola. Vestía de modo informal con un polo azul y unos vaqueros, a pesar de esto tenía un porte muy elegante. Junto a él había una mujer de mediana edad, con el cabello rubio corto y rizado, vestida con un traje blanco estampado de flores, que les observaba unos pasos atrás.

—Hola papá —le saludó ella. Y sin decir nada más caminó hasta alcanzarle y le abrazó. Dos lágrimas emergieron de los ojos del caballero que apretó los labios tratando de contener la emoción. La mujer que le acompañaba se llevó las manos a los labios, también emocionada.

—Creo que será mejor que les dejemos a solas —dijo Mikael a Jan y Almudena que le habían alcanzado, y continuaron caminando por el jardín.

—Cuando Jan pequeño, hermanos meter con Jan, ellos mayores y decir a Jan mentiras —continuó este relatando lo que estuviese contando a Almudena.

—¿Tus padres aún viven? —le preguntó ella.

—No. Ellos morir. Si ellos vivos Jan no aquí tanto tiempo. Aunque Jan pronto marcharse.

—¿Te vas? ¿A dónde?

—Voy con Mikael. Cuando él se marcha Jan va con él.

—¿Jugáis al fútbol? Nos falta uno —les preguntó Pablo acercándose. Mikael hizo un gesto de negación, tenía la esperanza de que sus padres acudiesen a visitarle y no quería recibirles sudado. Jan en cambio asintió y se marchó con él.

—¿Es cierto, Mikael? ¿Vas a llevarte a Jan cuando te vayas? —le preguntó Almudena cuando se quedaron a solas. Era la primera vez que hablaba con ella.

—No voy a llevármelo, le he ofrecido que venga a vivir conmigo y ha aceptado —afirmó sentándose en uno de los bancos del paseo, desde allí podían ver a Jan y Pablo, colocándose en dos grupos sobre el césped junto con Tim y otros pacientes.

—¿Sabes que Jan tiene esquizofrenia?

—Sé que ve cosas que no existen si no se toma la medicación, pero ya lleva mucho tiempo tomándola. Además, estaré pendiente de que lo haga.

—¿Y por qué quieres echarte una responsabilidad así?

—Porque nadie merece vivir en un sitio como este para siempre. Creo en él, sé que es capaz de hacer su vida fuera de aquí, he visto videos suyos en internet, es un gran músico.

—Era.

—Es. Solo que nadie le ha dado la oportunidad de volver a demostrarlo. En cuanto enfermó y no pudieron obtener más rendimiento de él lo hicieron a un lado. No se hace eso con la gente a la que se quiere, con la familia. La familia está por encima de todo, incluso de la enfermedad.—Los ojos de Almudena se empañaron.

—Yo quiero a mi hijo. Le quiero muchísimo.

—No he pretendido insinuar lo contrario, no me refería a ti, en absoluto —aclaró alarmado por haber podido ofenderla sin pretenderlo.

—Le quiero, pero cada vez que le miro siento miedo. No soy capaz de cogerlo, me asusta quedarme a solas con él porque temo que me pase algo y nadie pueda ayudarle, tengo miedo de darle el biberón porque pienso que puede atragantarse, de tomarlo entre mis brazos porque temo que se me caiga, porque… me aterroriza que le suceda algo malo. Y a la vez no puedo dejar de sentirme una mala madre por estar lejos de él, por pensar que otros puedan cuidarle mejor que

yo.

—No debes pensar así, Almudena. Tu hijo siempre estará bien a tu lado. Pierde el miedo poco a poco, deja que te ayuden, pero toma la iniciativa. Verás, cuando llegué de Rusia, mis padres nunca habían tenido un hijo y se encontraron de repente con uno de ocho años que además no hablaba su idioma.

—¿Eres adoptado?

—Sí. No les entendía, ellos me hablaban, me sonreían, pero yo no entendía una sola palabra. Al segundo día de conocerlos, mi madre intentó cambiarme de ropa, llevaba dos días con la misma, porque era lo único que tenía, lo único que era mío, y que me recordaba al orfanato en el que había pasado mi vida. Me resistí porque no sabía por qué ella quería que me desnudase y me pusiese las prendas que me había comprado. Todo me asustaba. Incluso la comida, era distinta. Pero mi madre tuvo una paciencia infinita conmigo y con una sonrisa fue haciéndome sentir en casa. Yo la miraba, y veía tanto amor en sus ojos, tanto cariño hacia mí, que poco a poco fui convenciéndome de que aquella mujer que ahora era mi madre nunca haría nada que me hiciese daño.

—Pero ¿y si le hago daño sin querer?

—¿Qué familia no se hace daño? Cada vez que tengas dudas pide ayuda, una y mil veces. Pero no te pierdas ver el amor en sus ojos, porque será un reflejo del tuyo.

Almudena sonrió.

—Gracias Mikael, Lola tiene razón, eres muy especial —le dijo y le apretó el brazo con afecto. Al alzar la vista vio cómo un carrito de bebé se acercaba a ellos empujado por un hombre joven, que miraba a Almudena con todo el amor del mundo. También le acompañaban los que debían ser los padres de ella. La joven le miró y le sonrió antes de incorporarse y salir a su encuentro.

Poco después también vio como Pablo dejaba el partido de fútbol y acudía a saludar a su familia. Jan continuó jugando con el resto de los pacientes, el danés parecía ganar confianza a pasos agigantados y eso le hacía muy feliz. Aunque de vez en cuando debía detenerse para recuperar el aliento. Debía perder peso, pensó Mikael, mover aquel cuerpo gigante debía ser un esfuerzo titánico y más si su corazón no estaba del todo bien.

Miró a su derredor y vio la felicidad en el rostro de quienes le rodeaban, acompañados de sus familias, aquí y allá, disfrutaban del jardín más concurrido que nunca.

Vio cómo Lola hablaba con su padre, sentada en otro de los bancos, relatándole algo entre lágrimas. El caballero la oía y asentía, visiblemente emocionado. No cabía duda de que la quería, la expresión de dolor y alegría en su rostro no dejaba lugar a dudas, también su esposa. Quizá el resquemor que sentía hacia ella le impidiese verlo, pero Rafaela, también la quería.

Los padres de Pablo estaban más serios, Mikael temió que estuviesen regañándole hasta que su padre le sacudió el cabello, echando a reír, probablemente por cualquier chascarrillo de su amigo.

Almudena sostenía su bebé en brazos, aún en la distancia podía sentir su miedo, también el cariño de su familia, rodeándola, apoyándola mientras lo hacía.

Pasados unos minutos decidió regresar a su habitación, echarse un rato para leer. Sus padres no habían llegado aún y comenzaba a temer que no lo hiciesen. Jan, en cambio, quizá acostumbrado a no recibir visitas, continuó jugando al futbol sin prestar atención a quien llegaba o quien se iba.

El temor fue convirtiéndose en una certeza poco a poco, no acudieron a visitarle. Quizá lo hiciesen por la tarde, pero ¿por qué? Sus padres estaban en aquella ciudad única y

exclusivamente por él. ¿Qué sentido tenía que estuviesen allí y no fuesen a verle?

Alguien llamó a su puerta, se incorporó con el corazón acelerado, había sido un necio por pensar mal, allí estaban.

—Adelante.

Lola abrió la puerta despacio, mirándole a los ojos con una sonrisa tímida.

—Hola, vamos a salir a comer y le he preguntado a mi padre si puedes venir con nosotros y me ha dicho que sí.

—Muchas gracias, Lola. Pero prefiero quedarme.

—¿Por qué? Puedes llamar a tus padres y comentárselo. Si no han llegado ya, es muy probable que no vengan ahora, quizá por la tarde…

—Ya, pero no me apetece ir a comer, es mejor que vayáis solos, en familia, tenéis mucho de lo que hablar.—Lola asintió, cerró la puerta a su espalda y se aproximó a él. Mikael se miró en sus ojos, que resplandecían y los cerró para recibir un beso.

Fue un beso lento, suave, dulce. A plena luz del día, sin oscuridad que camuflase su rubor. Un beso que despertó un nuevo revuelo en su interior, una explosión de fuegos artificiales y una inevitable sensación de excitación en una parte de su anatomía que tenía la terrible manía de cobrar vida propia cuando le apetecía.

Por suerte los vaqueros camuflaron su revolución. No quería que Lola pensase que era un *salido* que se empalmaba solo con un beso, aunque al parecer así era. Pero no se trataba de cualquier beso, sino de un beso de *ella*.

—Tus padres no habrán podido venir, por cualquier motivo. Pero vendrán, ya lo verás —susurró sobre sus labios, haciéndole saber que era consciente de su preocupación.

—Eso espero.

—¿Vas a estar bien? Puedo quedarme...

—Claro que estaré bien. Anda, ve y disfruta.

—Te veo cuando vuelva —dijo apartándose de él, despacio, como si a cada paso que le alejase de él fuese más y más difícil de dar.

—Aquí estaré. Pásalo bien.

Ella sonrió de nuevo y se marchó, salió de la habitación, dedicándole una última mirada.

Los minutos transcurrieron despacio mientras trataba de adivinar el motivo por el que sus padres no habían acudido a visitarle. Se quedó en la cama y solo salió para almorzar. En el comedor se encontró con Jan en la fila, este le dedicó una mirada constreñida.

—¿Tú triste?

—No.

—Padres no vienen, nadie viene. Tú triste.

—Quizá no triste pero sí decepcionado, la verdad. Me resulta muy raro que no hayan venido estos días, pero hoy es sábado, ¿qué escusa pueden tener?

—Tú no agobias. Padres vienen esta tarde o mañana. Padres Mikael quieren Mikael —le dijo dándole un pequeño golpe con el codo.

—¿Dónde está Pablo?

—Pablo salir con padres.

—Me alegro mucho por él.

Llenaron sus bandejas de comida y tomaron asiento en una de las mesas. Después de comer, cuando fue a dejar las bandejas vacías en el bandejero algo le golpeó en el brazo, desestabilizando el precario equilibrio con el que las sostenía, provocando que los vasos y platos de plástico acabasen en el suelo. Cuando miró hacia quien le había golpeado descubrió que se

trataba de Jaime Romero. No, al parecer no se había olvidado de su existencia.

—¿No han venido a verte tus padres, pringado? —le preguntó. Él le ignoró y se agachó, comenzando a recoger lo derramado. Pero entonces

Jaime le dio una patada a la bandeja quitándosela de las manos—. Contesta cuando te hablen, gilipollas.

Se levantó, enfrentándole.

—¿Es que no piensas dejarme en paz? Tampoco parece que tú hayas recibido visita, ¿eh? —le dijo, consciente de que para Jaime aquella conversación era un mero trámite previo a los golpes.

—Eres muy chulo tú, ¿no? —preguntó mirándole con desprecio.

—En ningún momento me he planteado quitarte el puesto. Aunque últimamente te he visto más dedicado a vigilar qué puedes chivar a los celadores que a ejercer de gallo del corral —respondió. Jaime se lanzó a darle un puñetazo, pero se hizo a un lado y lo esquivó.

—¿Qué pasa aquí? ¿Os queréis estar quietos de una vez? —protestó el enfermero que estaba de guardia ese día, un tipo alto y fuerte, alcanzándoles, colocándose entre ambos. Sujetó con una mano en el pecho a Jaime, que no le prestaba atención, con la mirada fija en Mikael. Mikael en cambio no apartaba la vista de Jan que se había incorporado y caminaba hacia ellos, le hizo un gesto, tratando de que se detuviese, que no interviniese.

Jaime se zafó de la mano del enfermero de un manotazo.

—Eres un desgraciado de mierda y te voy a partir la cara —le amenazó.

—Tocas Mikael y Jan te arranca cabeza —dijo este al alcanzarles.

—Tú también recibirás tu merecido, maldito retrasado.

—Jan no retrasado, Jan enfermo.

—Ya vale, ¿nos dejamos de montar circos? Cada uno a lo suyo —ordenó el enfermero. Jaime se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida, seguido de su fiel compañero.

—Me ha amenazado. Lo has oído —dijo Mikael al enfermero. Fernando, leyó en el bolsillo de su pijama.

—Cuando se pone nervioso dice tonterías como esa, Jan también le ha dicho que le arrancará la cabeza y no lo hará, no debes preocuparte. ¿Eres nuevo? Soy Fernando, aún no nos conocemos porque solo trabajo los fines de semana —le ofreció la mano para que la estrechase. Mikael la miró.

—¿Tonterías? ¿Crees que el chino de la tienda al que estuvo a punto de matar pensará lo mismo? —dijo apartándose, alejándose. Le indignaba que el personal restase importancia al comportamiento de Jaime porque sabían quién era, la influencia de su padre en aquel lugar. ¿Por cuánto tiempo creían que aquella situación se mantendría en pie? En algún momento Jaime haría daño a alguien, ¿y entonces qué?

Las horas transcurrieron despacio sin nada que hacer. Tanto la terapeuta como el psicólogo no acudían al centro los fines de semana, por lo que no había actividades organizadas, lo cual provocaba que los pacientes se aburriesen como ostras. Algunos se tumbaban en el césped a ver pasar el tiempo, otros se pasaban el día viendo la televisión.

A él no le apetecía de eso, estaba decidido a volver a echarse en la cama de nuevo tras el almuerzo, pero Jan no se lo permitió. Le arrastró hasta el jardín cargado con un juego de fichas de dominó. No tenía ni la menor idea de cómo se jugaba a así que cuando vio llegar a Pablo, le cedió su lugar gustoso, y él se sentó bajo uno de los árboles, a esperar que concluyesen su partida.

—Hola.—Su voz era inconfundible, alzó la mirada deseando encontrarse con sus ojos y

así fue. Lola sonrió y fue como si el malestar que sentía por la discusión con el *rabioso* se hubiese desvanecido como las cenizas azotadas por el viento. Ella le ofreció la mano para levantarse y lo hizo.

—Hola —respondió de pie, frente a ella.

—Hay alguien que quiere conocerte —afirmó tomándole de la mano, haciéndose a un lado. El padre de Lola y su mujer estaban tan solo a un par de metros de ambos.

—¿A mí?

—Sí, les he hablado de ti y quieren conocerte.

—¿Por qué?

—¿Qué más da? ¿Puedes saludarles?

—Sí, claro —caminó hacia la familia de Lola. Se detuvo ante ellos, nervioso.

—Él es José, mi padre y ella es Rafaela, su esposa. Él es Mikael —les presentó.

—Encantado —dijo. La mujer se acercó y le dio dos besos, al caballero en cambio le ofreció la mano y la estrechó con energía. Había una sonrisa en los rostros de ambos.

—El gusto es nuestro, por supuesto. Nos han hablado mucho de ti —sugirió provocando una sonrisa en Lola.

—Espero que bien —bromeó, con cierta timidez.

—Claro.

—Cariño, ¿quieres que llevemos a tu habitación el vestido que te has comprado? —preguntó la mujer, que cargaba con un par de bolsas. Lola asintió. La esposa de su padre antes de alejarse con ella hacia el edificio principal le guiñó un ojo a este. Aquello era una encerrona en toda regla, lo que no tenía ni idea era de con qué intención.

—¿Me acompañas a dar un paseo por el jardín? —le preguntó el caballero. Mikael asintió y ambos comenzaron a caminar.

—Mi hija me ha dicho que eres de Madrid.

—Sí.

—Dice que eres pianista.

—Lo soy.

—Y de regreso del restaurante hemos visto uno de los carteles que anunciaban tu actuación del pasado sábado.

—¿Aún quedan carteles? Deberían retirarlos para no confundir a la gente.

—Al oír la pasión con la que hablaba mi hija de ti durante la comida te he buscado en internet y he visto artículos en los que hacen referencia a ti como el representante nacional en un concurso europeo de música, hay periodistas que te denominan incluso como el nuevo Sergei Rachmaninov.—Mikael se encogió de hombros. No sabía dónde quería ir a parar. Traer todo aquello a su mente no le hacía sentir bien, más bien todo lo contrario.

—Eso es porque como él soy de origen ruso, imagino. La gente exagera mucho. Mi padre es un gran pianista y yo toco desde que tenía nueve años, no me queda otra que hacerlo más o menos bien.

—No seas tan modesto, muchacho. Hemos visto una grabación de una de tus audiciones mientras veníamos de vuelta, tienes un don.

—Gracias.

—Y no solo para el piano, al parecer.

—¿A qué se refiere?

—A mi hija. No sé qué habrá sucedido entre vosotros, o de qué habéis hablado estos días, no sé qué le has dicho, si le has dicho algo, pero está distinta. Es ella. Vuelve a ser ella al

fin. Hace años que no reconocía a mi propia hija —La voz se le quebró por la emoción. Se contuvo, carraspeó aclarándose la garganta—. Sé que has hablado con ella. Que tu consejo, o tu opinión, no sé… le ha removido algo por dentro. Ha provocado una chispa de sensatez dentro de su cabeza.

—No he hecho nada, señor.

—Llámame José, por favor, tutéame.

—Está bien, lo haré. Solo hemos hablado, le he contado mi experiencia, mi vida, y ella me ha hablado de la suya. Nada más.

—Sea como sea, ella… ha vuelto. Me encantaría conocer a tus padres para darles la enhorabuena por el hijo que tienen.

—No diga eso por favor, que no he hecho nada.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no veía a mi niña sonreír? Años. ¿Puedes imaginarte lo que es ver cómo se consume lentamente y sentirte un verdadero inútil porque no puedes hacer nada? No puedes agarrarla y darle de comer a la fuerza, porque sabes que lo vomitará después. ¿Imaginas la impotencia que he sentido al ver cómo se destruía a sí misma, estando en la flor de la vida? Ahora sé que es consciente de que tiene un problema y quiere solucionarlo.

—Pues si quiere ayudarla de verdad, sáquela de aquí. Llévesela.

—¿Por qué dices eso?

—Porque en este lugar la curación de sus pacientes está en el último escalón en la lista de prioridades. No niego que haya grandes profesionales, pero están sometidos a su director y a este lo único que parece importarle es el dinero.—José le miró muy serio, reflexionando en sus palabras, las arrugas de expresión de su rostro pareciesen haberse pronunciado tras oír aquello—. Hágame caso, el lunes a primera hora busque otro lugar en el que puedan tratar su enfermedad, a ser posible desde casa… Ella les necesita, necesita a su familia.

—Y nosotros la necesitamos a ella. Por eso la trajimos aquí, porque ya no sabíamos cómo ayudarla. ¿Te ha contado lo que hizo?

—Sí. Y no fue como piensa, en realidad no trataba de suicidarse… Será mejor que lo hable con ella y si está preparada se lo explicará como hizo conmigo. Pero busque ayuda y llévesela, por favor.

—Gracias Mikael. Lo haré, me la llevaré. Tú has conseguido algo que en este lugar no han logrado en las semanas que lleva aquí, no puedo sino hacerte caso. ¿Y a ti? ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—Se lo agradezco, pero yo estoy bien.—José le miró con cierta compasión, como si pensase que no quería aceptar el problema que le hubiese llevado allí—. Quiero decir que Lola me ha ayudado mucho. Me ha ayudado a darme cuenta de en qué fallaba y cómo solucionarlo. Créame, no necesito nada. En cuanto me marche de aquí estaré bien al cien por cien.

—Me alegra oír eso, eres un gran tipo.

—Gracias.

—¡Mikael! —le llamó Pablo a viva voz.

—Ha sido un placer conocerle. Si me disculpa voy a ver qué quiere mi amigo —dijo al padre de Lola, este asintió con una sonrisa y volvió a ofrecerle la mano que estrechó, pero entonces tiró de él y le dio un abrazo lleno de cariño. No estaba acostumbrado a ese tipo de muestras de afecto, pero al contrario de lo que habría imaginado se sintió cómodo. Permitió que le abrazase hasta que se apartó y le miró a los ojos.

—Gracias, de veras.

Caminó hasta donde estaban Pablo y Jan terminando la undécima partida de dominó, a

ellos se había unido Tim, que sin dejar de mover las manos como si pudiese crear ondas celestiales, dividía miradas entre el cielo y la mesa en la que jugaban.

—¿Qué pasa?

—Esta es la última partida, el que gane esta, es el ganador. Y quiero que estés pendiente de Jan porque está haciendo trampa —le explicó Pablo.

—Jan no trampa —protestó este muy serio con el ceño fruncido.

—No sé cómo lo hace, pero está adivinando todas las fichas que no tengo.

—Os advierto de que no tengo idea de cómo se juega.

—Tú solo estate pendiente a ver cómo sabe mis fichas. Si se me reflejan en las gafas o qué.

—¿Os habéis apostado algo? —preguntó situándose junto al grandullón, dándole un golpecito afectivo en el hombro.

—El que pierda se tiene que bañar desnudo en la piscina esta noche —reveló Pablo. Mikael echó a reír, dudaba mucho de que Jan sintiese pudor alguno de bañarse desnudo ante ellos, estaba seguro de que a este lo que le motivaba era el deseo de vencer a Pablo. Jan mezcló las fichas sobre la mesa y las repartió. Tim comenzó a mirar hacia el cielo y caminar alrededor de ellos, danzando, lanzando besos a los ovnis de su imaginación. Cada uno de ellos tomaron sus siete fichas y comenzaron la partida.

No había transcurrido ni cinco minutos de juego cuando descubrió a Tim, a un par de metros a la espalda de Pablo, haciendo una señal con los dedos a Jan. Tres dedos. Acto seguido Jan colocó una ficha terminada en tres y Pablo tuvo que tomar una ficha del montón.

—¿Lo ves? ¿Cómo puede saber que no tengo ningún *tres*?

Mikael echó a reír, Jan le miró y sonrió.

—¿Quién tuvo la idea de desnudarse? —preguntó Mikael.

—Yo, por desgracia —admitió Pablo.

—Pues ve preparándote.

13

Mikael

El reloj de pulsera marcaba las once y media de la noche cuando oyó abrirse la puerta de su habitación. Era Lola, podría distinguir su silueta menuda en la oscuridad más absoluta.

—¿Estás despierto? —susurró acercándose a su cama. Mikael sonrió al oír su voz y se hizo el dormido. Entonces ella posó una de sus manos en su muslo, y una corriente de nerviosismo le ascendió hasta el estómago. Y no dejó de aumentar cuando percibió cómo se arrodillaba a su lado y palpaba su rostro con las manos.

—¿Por qué no me despiertas con un beso? —preguntó y sintió que el revuelo en su pecho aumentaba al percibir su risa suave. Le besó, con dulzura.

—¿Ha despertado ya príncipe?

—Creo que aún estoy soñando —respondió acariciándole la mejilla y volvió a besarla. Un beso pleno, sin pudor, que arrancó suspiros anhelantes a ambos. Un beso que les decía que un sentimiento tan puro podía surgir en cualquier lugar, como una pequeña flor que crece entre las rocas.

—¿Por qué crees eso? —preguntó divertida.

—Porque alguien tan maravilloso como tú no puede ser real —susurró.

—No digas eso —suplicó, con la voz entrecortada, apartándose, poniéndose en pie—. No me gusta cuando me dices esas cosas porque no son verdad.

—Claro que son verdad, es lo que siento, lo que me haces sentir —aseguró incorporándose, deteniéndose de pie a su lado.

—Yo no pienso lo mismo.

—¿Y qué piensas?

—Vamos, despertemos a Jan y marchémonos, están todos esperándonos.—Mikael alargó la mano hasta tocar su brazo con delicadeza y la deslizó despacio por la manga de su camiseta hasta engarzar sus dedos
con los suyos.

—No me importa que estén esperando. ¿Qué ves cuando te miras al espejo? —pidió, agarrando su otra mano, tirando de ella hasta pegarla a su cuerpo, besándola en la frente. Lola se acomodó en su cuello y sintió cómo inspiraba su olor y se relajaba, besándole en la garganta.

—Veo a la chica insegura, que está llena de cicatrices, esa que solo sabía hacer daño y que estaba vacía…—confesó con la voz tintada de dolor en las penumbras.

—Pero tú ya no eres esa Lola. Porque has decidido dejar de serlo. Era tu decisión continuar por ese camino o no y has elegido apartarte de todo lo que te hace daño.

—Y aun así nunca seré suficientemente buena.

—¿Suficientemente buena para qué?

—Para alguien como tú.

Mikael sintió como si le hubiesen apretado el corazón con ambas manos, estrujándolo hasta que no quedase una sola gota de sangre en él.

—Ojalá pudieses mirarte con mis ojos para saber cómo te veo yo. Porque cuando te miras al espejo no eres justa contigo misma. Eres especial, eres única e irrepetible. Jamás he conocido a alguien como *tú*. No tienes que ser buena para mí, ni para ningún otro. Tienes que ser buena para ti, solo para ti, debes perdonarte tus errores y cuidar de ti misma. Solo cuando lo hagas serás capaz de aceptar que los demás te vemos como realmente eres —dijo sintiéndola estremecer entre sus brazos. La abrazó con fuerza, apretándola contra sí, ofreciéndole la seguridad que necesitaba en ese momento.

—Será mejor que nos marchemos, están todos esperándonos —dijo cuando se sintió con fuerzas.

—¿Quiénes?

—Almudena, Pablo y Tim. Están en puerta del jardín.

—¿Tim también? —dudó Mikael caminando hasta la cama de Jan dispuesto a despertarle.

—Se ha presentado en la puerta, dice que Jan le invitó a venir, no sé por qué lo ha hecho —aseguró Lola, Mikael sonrió, él sí lo sabía, era su compinche de dominó. Se dirigió hasta la cama del danés dispuesto a despertarlo.

Caminaron en silencio hasta llegar a la salida del jardín, esquivando a las cuidadoras que se movían por los pasillos arrastrando un pequeño carro de metal en el que llevaban los suplementos alimenticios que repartían a esa hora: leche, zumo, algún yogurt, a quien lo solicitaba.

—¿También Fermín? —preguntó Lola al reunirse con el grupo y descubrir a un nuevo miembro en la expedición, un chico menudo y alto, con el cabello castaño y nariz prominente. Mikael le conocía de haberle visto en el comedor, normalmente solo o con Tim.

—Es mi compañero de habitación. Alguien se ha ido de la lengua y estaba esperando a que me levantase para venir. Dice que se chivará si no nos acompaña —advirtió Pablo—. He pensado en amordazarle con una cuerda hecha de calcetines usados, ¿qué pensáis?

—Desde luego uno solo de tus calcetines sirve como sedante —replicó el mencionado—. No diré nada si me dejáis ir, sino me dejáis ir se lo diré a los celadores —proclamó sosteniendo un pequeño hatillo en las manos con un mohín de fastidio.

—Tú chivas, Jan parte tu cara.

—Ya vale Hulk, de partir caras —bromeó Mikael con una sonrisa.

—A mí no me miréis, yo no le he invitado, bastante tengo con el tiempo que llevo aguantándolo, que es el tío más escrupuloso del mundo —dijo Pablo a los recién llegados—. Y tú no vas a avisar a nadie, porque si lo haces cuando te pille te restregaré unos calzoncillos usados por la cara —le dedicó apuntándole con el dedo índice, provocándole una mueca de repulsión que hizo reír a los demás.

—Eres un cerdo. Pero vamos, ya me lo habías demostrado dejando toda la ducha llena de pelos, que parece que comparto cuarto con el Yeti. Y no soy escrupuloso, tengo un TOC. Un trastorno obsesivo compulsivo —replicó Fermín.

—¿Veis? —dijo Pablo exasperado.

—Fermín es mi amigo, yo le invité —confesó Tim—. Él y Jan son dos de los amigos que

me llevaré en el ovni cuando llegue la gran inundación propiciada por nuestro señor.—Pablo miró a Jan que se encogió de hombros con una sonrisa.

—Menuda excursión hemos montado en un momento —resopló Pablo, pasándose una mano por la cara—. Pues espero que el ovni sea de dos plantas porque Jan va a ocupar una entera él solo —chascó, recibiendo un codazo de Mikael—. Ay, justo en el hígado.

—Vamos —pidió Mikael. Pablo tomó la cabeza de la expedición y pasó la tarjeta por el lector automático de la puerta encendiendo la ansiada luz azul que les permitió salir a la calle. Lola le cogió de la mano, entrelazando sus dedos de nuevo.

Recorrieron de la mano el sendero de tierra y caminaron en silencio por los setos entre penumbras, únicamente iluminados por los focos que apuntaban hacia arriba desde las paredes del edificio. Sostuvo aquella mano cálida y menuda, con los dedos sudorosos, como si se tratase de un suave pedazo de terciopelo.

No pudo evitar pensar que le encantaría arrinconarla contra alguno de aquellos setos y volver a besarla hasta borrarle el color de los labios. Pero no era el momento ni el lugar, desconocía cómo reaccionaría si daba rienda suelta a sus impulsos, quizá le molestara que diese por hecho que no le importaría que sus compañeros supiesen lo que había sucedido entre ellos.

Suspiró y sintió cómo Lola le apretaba la mano. Le devolvió aquel pequeño apretón y buscó su mirada entre las penumbras, ella sonrió y eso provocó que su corazón palpitase más rápido.

Llegaron hasta la zona de la piscina cubierta. Pablo pasó la tarjeta por el lector de la puerta que daba acceso y esta también se abrió como por arte de magia, cuando las campanas de la ermita próxima daban las doce de la noche. Mikael pensó en la noche en la que subió con Lola a la azotea, lo enigmática y dura que le había parecido en ese momento, y lo tierna y dulce que era en realidad.

Pasaron al interior de un pasillo de azulejos color crema y cuando hubieron cerrado la puerta Pablo encendió las luces.

—Esa puerta del fondo es la de la piscina, vamos —indicó hacia el final del pasillo.

—¿Y los vestuarios? —preguntó Fermín.

—¿Quién necesita vestuarios?

—¿No os habéis traído bañador? —preguntó mirándolos como si acabasen de volverse de color verde.

—Menudo tío friki —resopló Pablo.

—Y que lo digas tú —chascó Mikael con una sonrisa—. Fermín, yo no tengo bañador y voy a bañarme en ropa interior, pero si tú tienes y quieres utilizarlo genial.

—Nosotras tampoco tenemos, también nos bañaremos en ropa interior —advirtió Lola y Almudena asintió.

—Jan baña desnudo —proclamó sacándose la camiseta por la cabeza mostrándoles su pálida espalda velluda.

—¿Como un salvaje, con todo al aire? —dudó Fermín.

—Tú no quieres ver pene Jan, cierra ojos —sentenció.

—¿Dejamos el tema *moda de baño* y entramos a la piscina? —les urgió Pablo caminando hasta el final del pasillo y abriendo la puerta.

El olor a cloro y el vaho les alcanzó de inmediato, provocándoles una sana urgencia por entrar en la gran sala de la piscina.

Era una estancia rectangular rodeada de grandes ventanales hasta el suelo, la única

iluminación procedía de las luces de emergencia. La piscina era de grandes dimensiones, con cinco líneas de nado delimitadas por bollas blancas y rojas.

—Todas esas cristaleras se abren y dan con una zona aparte del jardín en la que hay tumbonas y mesitas bajas, a la que solo se tiene acceso por una puertecita entre los setos que está cerrada con candado —explicó Pablo caminando hasta un cuadro eléctrico en la pared del que accionó una llave, encendiendo una de las luces subacuáticas de la piscina cuyo reflejo azulado iluminó la sala lo suficiente como para ver con cierta claridad.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —le preguntó Mikael.

—Porque he venido aquí a explorar por las noches.

—Veo que te cunden mucho las noches a ti.

—Estoy acostumbrado a dormir cuatro horas y aquí las noches se hacen eternas —aceptó entre risas.

—¿No nos verán con las luces encendidas?

—No lo creo, son led e iluminan poco en larga distancia. Además, hay una hilera de árboles colocada estratégicamente para que no se vea a los bañistas desde el jardín.

—¿Podemos bañarnos ya? —preguntó Almudena con un brillo de ilusión en la mirada.

Jan se bajó los pantalones como respuesta quedándose completamente desnudo y se tiró al agua.

Pablo hizo lo propio, como le obligaba la apuesta perdida aquella misma tarde. Tim se aproximó a la cristalera y trató de ver algo del cielo exterior y Fermín entró en uno de los vestuarios para cambiarse de ropa.

—¿Nos bañamos? —preguntó a Lola y ella asintió con una sonrisa. Entonces soltó su mano, húmeda por el sudor y se sacó la camiseta por la cabeza, mostrándole un sostén de encaje color burdeos, que presionaba unos pechos redondos y firmes, y acto seguido se deshizo de los pantalones, bajo los que llevaba unas braguitas de color negro. Aún estaba muy delgada y su abdomen y sus brazos estaban llenos de cicatrices por las lesiones que ella misma se había provocado tiempo atrás, pero su cuerpo era hermoso.

—No llevo la ropa interior a juego —dijo con pudor al percibir que la miraba.

—¿En serio crees que estaba fijándome en tu ropa interior? —aseguró sacándose la camiseta por la cabeza, echándola hacia una de las tumbonas—. Eres preciosa.—Sus palabras la hicieron sonreír.

Pasaron un buen rato en el agua, jugando entre todos. Pablo tuvo la genial idea de jugar al *pilla pilla* acuático y todos huyeron de Jan despavoridos cuando fue su turno pues él no les atrapaba, se les abalanzaba encima aplastándoles con su cuerpo desnudo, sin pudor alguno en rozarles con su *bayoneta*.

Los minutos transcurrieron entre risas, salpicones y ahogadillas. Cada vez que Lola se pegaba a él no podía evitar sentirse excitado. Su cuerpo tomaba el control y sus boxers de lycra no eran buenos aliados para disimularlo. La deseaba con cada fibra de su ser.

Hubo un momento en el que Pablo se echó en una de las tumbonas y Fermín se sentó en otra, a su lado, Mikael vio como hablaban entre ellos. Quizá lograsen limar asperezas. Jan y Almudena competían en carreras de natación inagotables mientras Tim ejercía de árbitro sentado en el borde de la piscina.

Lola también tomó asiento en el borde del extremo más alejado y Mikael se sentó a su lado. El resplandor del agua se reflejaba en su rostro, dibujando ondas que surcaban su tez, en la que resplandecían minúsculas gotitas de agua, otras resbalaban por su largo cabello. Su pecho se

mecía arriba y abajo, algo agitado y él se preguntó si se debería a su proximidad.

—Ha sido una buena idea venir aquí —dijo de pronto, mirándole con timidez. Él asintió —. Nunca pensé que Pablo fuese así.

—¿Así cómo?

—Divertido, ocurrente… le veía siempre callado, enfadado con el mundo, encerrado en sí mismo. Y nunca imaginé que fuese capaz de tener ideas locas, como esta.

—En ocasiones las personas no son como parecen y es agradable descubrirlo.

—Tú en cambio eres transparente.

—¿Yo?

—Sí. Lo eres, al menos para mí. Te contaré una cosa, a veces cuando miro a alguien se me representa a un animal, es una tontería, pero no puedo evitarlo.

—Qué divertido, ¿y yo qué animal te parecí?

—La primera vez que te vi me pareciste una pantera negra.

—¿En serio? —preguntó entre risas.

—Sí. Me vino a la mente que eras una pantera negra atrapada en una rama, sobre un precipicio. Un animal fuerte, muy fuerte, pero con miedo a caer, necesitabas que alguien te enseñase cómo bajar para seguir tu camino.

—Gracias por enseñarme —dijo dándole un toquecito en el puente de la nariz—. ¿Y Jan? ¿Cuál es su animal?

—Un oso, por supuesto. Inmenso y *achuchable*.

—¿Pablo?

—Un búho. Con esos ojos grandes que lo saben todo.

—¿Almudena?

—Una ardilla, inteligente y preciosa.

—Tim.

—Un gato, curioso y capaz de ver cosas que nosotros no vemos.

—Fermín.

—Un unicornio multicolor que hace cacas de gominola —aseguró haciéndole reír.

—Jaime Romero.

—Una hiena, siempre al acecho de los más débiles.

—Qué divertido, Lola. ¿Y tú?

—¿Yo? No lo sé. Nunca lo he intentado conmigo misma.

—A ver, déjame pensar…

—No te atrevas.

—¿Por qué no? Tú eres… —reflexionó un instante—. Una mariposa Monarca, elegante y preciosa, pero fuerte a la vez, capaz de soportar una travesía por el desierto —Ella sonrió complacida.

—Todas esas cosas que me dijiste en la habitación sobre mí…

—Son ciertas, todas.

—¿De veras me ves así?

—Por supuesto, ¿crees que te mentiría?—Se armó de valor para coger sus manos y llevarlas hasta su pecho. Ella hizo un gesto de negación—. Sé tú misma y piensa en lo que es mejor para ti. Hazlo a tu ritmo, poco a poco o deprisa, habrá cosas que continuarán acudiendo a tu mente una y otra vez, pero aprende a apartarlas.

—Pero Quintanilla dice que soy una persona dependiente…

—Quintanilla es imbécil. ¿Vas a creer lo que te diga cuando ha demostrado ser un

hipócrita al que no le importan sus pacientes? A mí me pidió que no me acercase a ti cuando llegué, me dijo que eras peligrosa.

—¿Eso te dijo?

—Sí. Pero ya ves el caso que le hice —afirmó apretándole ambas manos contra su piel —. Es un desgraciado, nada más.

—No le soporto. No soporto quedarme a solas con él. El modo en el que me habla, en el que me mira, cada vez que me toca siento nauseas…

—¿Qué quieres decir con que te toca?

—Siempre se ofrece a darme un masaje para que me relaje en las sesiones. La primera vez que ingresé, con catorce años, me masajeó los hombros, las clavículas y poco a poco me rozaba con los dedos cerca del pecho. Me sentía muy incómoda, pero él era el doctor, se supone que lo que hacía estaba bien, ¿no?

—Lola, ¿te das cuenta de lo que me estás contando? ¿Cómo puede estar bien acariciar cerca de los pechos a una niña de catorce años?

—Me sentía muy sucia cuando lo hacía.

—¿Y no se lo dijiste a tu padre?

—Es que nunca me tocó más abajo, siempre se quedaba en esa delgada línea que rozaba lo inapropiado, ¿qué podía decirle? ¿Que el doctor me masajeaba los hombros y yo sentía que me quería tocar algo más?

—¿Alguna vez trató de ir más allá?

—Cuando ingresé esta vez. Volvió a intentar hacerlo, me acarició los hombros, pero le dije que me dolían y que prefería que no me diese ningún masaje. Insistió y comenzó a hacerlo por encima de la ropa.—Un músculo palpitó en la mandíbula de Mikael, apretó los dientes con rabia. Quería mantenerse sereno, pero estaba a punto de estallar de ira—. Y cuando intentó meter la mano por el cuello de la camiseta y me besó en la garganta, me levanté del diván. Se enfadó mucho y me dijo que era una malpensada, que tenía que confiar en él si quería curarme. Y empezó a decirme que soy una persona dependiente, que eso no se puede cambiar, y que las personas así necesitamos de alguien que sepa guiarnos, que por eso me pegué a Silvana, porque veía en ella a mi guía. Pero que tenía que aprender a elegir un guía adecuado, alguien que supiese lo que es bueno para mí.

—Alguien como él, ¿no? Menudo hijo de puta.

—¿Crees que no es cierto? ¿Qué no hay personas dependientes?

—Lo que creo que un psiquiatra tiene que estar ahí para ayudar a hacerte fuerte, no para aprovecharse de tu debilidad para intentar abusar de ti, ¿es que no lo ves?—Lola se quedó con la mirada perdida en la piscina, su expresión era indescifrable—. ¿Estás segura de que no te ha hecho nada más? ¿Estás diciéndome la verdad?

—Sí, por supuesto.

—¿Sabes si ha hecho lo mismo con alguien más?

—No lo sé. No es algo de lo que hables con facilidad con nadie.

—Maldito malnacido… ¿Y hay algún modo de demostrarlo?

—¿A qué te refieres? ¿Demostrarlo para qué?

—Para denunciarle.

—Él graba las sesiones con la cámara de su ordenador, se cree que no me doy cuenta, pero siempre lo pone sobre el escritorio, abierto y sé que está grabándonos.

—Será desgraciado…—Mikael sentía más rabia de la que había sentido en toda su vida. Si le tuviese delante sería capaz de arrancarle la cabeza con sus propias manos. ¿Cómo podía

haber seres de esa calaña en el mundo? Seres capaces de abusar de alguien en sus momentos de mayor debilidad—. ¿Nunca fue más allá?

—No.

—¿Me lo prometes? —pidió con el alma tiritando de inquietud.

—Te lo prometo —respondió con las mejillas enrojecidas, sofocada por su insistencia. Mikael percibió que estaba provocando que se sintiese incómoda, así que decidió cambiar de tema, aunque desde luego no dejaría pasar por alto lo que acababa de descubrir.

—Perdóname, lo siento. No he debido insistirte así. Pero es que pensar en que alguien intente hacerte daño provoca que me hierva la sangre en las venas.—Ella sonrió con pudor. Qué distinta era aquella Lola frágil, insegura, desnuda de todas aquellas capas de prepotencia y superioridad con las que había tratado de ocultar su verdadero ser.

—¿Por qué?

—Porque me importas —respondió y carraspeó, aclarándose la garganta.

—¿Por qué?

—Porque eres una buena persona.—La decepción en sus ojos llegó presta, no era eso lo que ella esperaba oír. Tampoco lo que Mikael quería decir, pero tenerla tan cerca le volvía más torpe que de costumbre con las palabras, trató de corregirlo—. Además de una de las chicas más maravillosas que he conocido en mi vida, la más, quiero decir.

—Dice Almudena que eres virgen —dijo de pronto, provocando que sus mejillas se encendiesen como farolillos de feria. Ahí acababa de irse por la borda la poca seguridad que le quedaba.

—¿Y ella como lo sabe?

—Se lo ha dicho Pablo y me lo contó.

—Qué bonito. ¿Y en qué clase de conversación puede surgir hablar de mi vida sexual?

—No te enfades. Me lo contó como una curiosidad —pidió apretando su mano, llevándola a los labios y besándola. Así no podía enfadarse con ella por hablar de él a sus espaldas.

—Ah, claro, qué curiosidad. Están la física de las partículas, la aurora boreal y mi virginidad a los dieciocho. A ver, yo se lo dije a Pablo porque no es algo que me avergüence, pero tampoco me parece que sea un tema para comentar a todo el mundo.

—Entonces es cierto.

—¿Importa?

—A mí no, desde luego. Me parece muy bonito que estés esperando a alguien especial —dijo con melancolía.

—No es que esté esperando a nadie especial, bueno, tampoco me gustaría perder la virginidad con cualquiera, pero no se ha tratado de eso.—Estaba rojo como un tomate, las orejas le ardían, casi podía oír el agua evaporándose entorno a sus piernas, haciendo *ssssh*. No le resultaba cómodo hablar de aquello y menos con *ella*—. A ver, ejem… Simplemente no se ha dado.

—Y, ¿has tenido novias?

—He salido con chicas, que no es lo mismo. Y hemos tenido… nuestras cosas, pero simplemente no se ha dado el momento adecuado —aseguró arrojándose al agua para aliviar el calor sofocante. Ella le siguió.

—Eres tan dulce —le dedicó en cuanto asomó la cabeza. Ese comentario no le hizo demasiada gracia, no quería ser dulce. No. Quería parecer apuesto, fuerte, valiente, cualquier cosa menos *dulce*.

—Tortolitos. Creo que será mejor que nos vayamos ya —dijo Pablo sorprendiéndoles, les había alcanzado andando por el borde. Ambos se miraron y sonrieron.

—Ya vamos, *cotorra*—le dedicó Mikael.

—¿Por qué me llamas cotorra?

—Porque creo que hay que amarrarte el pico.

14

Mikael

Mikael Levi tiene visita, acuda a recepción. Oyó decir por megafonía. Aquellas palabras le hicieron desconectar de la partida de ajedrez que terminaba contra Pablo. Su rey estaba arrinconado y sabía que tarde o temprano lo mataría, pero en cuanto oyó el aviso su destino dejó de importarle lo más mínimo.

El día habría transcurrido con la inactividad habitual en aquel lugar de no ser porque era consciente de que se trataba del último día antes de que Lola se marchase. Si su padre cumplía lo que le había dicho.

Había pasado gran parte de la noche dándole vueltas a lo que le había revelado, apenas logró conciliar el sueño. No le cabía en la cabeza cómo un profesional podía saltarse su ética y su integridad y aprovecharse de una paciente, que además era casi una niña en aquel momento. ¿Cuánto tardaría Quintanilla en dar el siguiente paso? ¿Lo habría hecho con alguien más? Que Lola continuase siendo una persona dependiente emocionalmente suponía tenerla a su merced, si la ayudaba a curarse la alejaría de él.

Sentía una profunda rabia y deseaba decirle a la cara la clase de desgraciado que era. Había barajado la posibilidad de hablar de nuevo con el padre de Lola para que le denunciase, pero cuando estuviese a salvo, lejos de Quintanilla, solo entonces. Siempre y cuando ella estuviese de acuerdo, no lo haría a sus espaldas porque sería un modo de traicionarla.

Lola.

Habían desayunado juntos, entre miradas cómplices, y rodeados del resto de miembros de su *club,* que entre risas rememoraban las hazañas de la noche anterior. Después ella había recibido la visita de su familia y habían salido a comer. Nuevamente le ofreció que los acompañase, pero declinó la oferta de nuevo. Lola necesitaba tiempo a solas con su familia.

Ahora se alegraba de haberlo hecho, ella aún no había regresado y según anunciaba la megafonía, tenía visita.

—Vamos tío, son tus padres —aseguró Pablo con un brillo de ilusión en su mirada—. De todas formas, ya habías perdido.

—Como siempre —dijo con una sonrisa poniéndose en pie.

—Si no te importa yo jugaré por él —se ofreció Fermín.

—¿Estás seguro? Mira que las fichas las han manoseado muchos pacientes y están llenas de virus y bacterias —bromeó Pablo.

—No creo que tengan una bacteria más grande que tú. Después me lavaré las manos y ya está —afirmó este ocupando su lugar al otro lado del tablero. Mikael miró a Pablo que se encogió de hombros sorprendido por el arrebato antihigiénico de Fermín.

Mientras caminaba hacia el interior del centro no podía dejar de pensar cuánto había

cambiado su vida en los últimos días. Y no solo por el intento de suicidio, en el que casi no se reconocía. Reconocía el agobio, la presión, pero en ese momento estaba convencido que de todas las opciones había elegido la más desafortunada para escapar de la situación. Porque el suyo no era un problema del que escapar, sino uno al que enfrentar. Y eso lo había aprendido junto a Lola.

Conocer a Jan, a Pablo, a Almudena, e incluso a Fermín y Tim, pero sobre todo a ella, a Lola, le había cambiado.

Se había dado cuenta de que había un mundo desconocido para él ahí fuera en el que todos eran diferentes y no por ello menos valiosos como personas, como amigos. Aunque no fuesen el canon perfecto de joven actual, por sus trastornos, por sus problemas, pero ¿quién lo era?

Al menos eran ellos mismos y se habían mostrado los unos a los otros sin filtros, sin dobleces.

A lo largo de aquella semana había hecho amigos de verdad.

Y había conocido a una chica, el tipo de chica en el que nunca se habría fijado por no considerarla a su alcance y a la que sin embargo había descubierto e incluso había escrito una melodía, un adagio que no podía dejar de repetir en su cabeza.

Y se había prometido que sería sincero y honesto consigo mismo, que se respetaría, y para ello debía hablar con sus padres y contarles lo que deseaba y lo que pensaba hacer con su vida a partir de que se marchase de aquel lugar.

Llegó a la entrada, donde la recepcionista permanecía atenta al ordenador, miró en todas direcciones y no vio a nadie.

—Hola —le dijo. Ella no pareció enterarse, su mirada continuó fija en la pantalla, Mikael descubrió que tenía puestos unos auriculares oscuros. Se asomó por el lateral del mostrador y le tocó en el brazo. Ella sobresaltada apartó la vista de lo que estaba mirando y se deshizo de los auriculares tirando de los cables. Tenía las mejillas enrojecidas y la respiración acelerada. Comenzó a mover el ratón, nerviosa. Mikael miró la pantalla por primera vez y vio en esta un pie, y un trasero. Porno. La recepcionista, veía porno en horario laboral. ¿Y nosotros somos los locos? Pensó.

—¿Qué quieres? Menudo susto me has dado.

—Tengo visita, o eso ha dicho por megafonía.

—Sí.—Miró el derredor, las sillas permanecían vacías—. No sé dónde se habrá metido, estaba aquí ahora mismo. Y ha venido muy a lo justo, quedan solo diez minutos de la hora de visitas, pero bueno, me haré la sueca, ¿no? ¿Tú también sabes hacerte el sueco? —preguntó indicando hacia la pantalla en la que ahora aparecía un texto. Mikael sonrió.

—Claro que sí. Pero, ¿quién ha venido a verme?

—Él —apuntó indicando a su espalda. Se giró y vio a alguien muy familiar saliendo de los lavabos. Corrió hacia él y le abrazó.

—¡Iván! —dijo estrechándole con fuerza entre sus brazos. Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero logró contenerlas, no quería llorar delante de su amigo.

—Ey, mira cómo estás, estás estupendo —le dijo al apartarse para mirarle de pies a cabeza.

—En diez minutos acaba la hora de visitas, pero os dejaré veinte porque me caéis bien —advirtió la recepcionista.

—Gracias —dijo Mikael, sin dejar de mirar a su amigo. Iván lucía un moreno importante, llevaba el cabello negro revolucionado en la parte superior de la cabeza, vestía una

camiseta blanca y unos vaqueros oscuros.

—¿Puedes salir?

—Sí, aunque supongo que avisarán a mis padres.

—Entonces como quieras —dijo con su amplia sonrisa.

—Mejor nos quedamos dentro, no me apetece que les llamen, no sea que se presenten aquí de inmediato. Vamos te enseñaré mi habitación —sugirió iniciando el camino hacia el pasillo de la derecha —. ¿Sabes? No han venido a verme, he hablado con mi madre por teléfono, pero no han venido. Y según ella están aquí en Sevilla.

—Están en Sevilla. Lo sé porque mi madre habló con la tuya para preguntarle como estabas y se lo dijo.

—¿Y qué le dijo mi madre?

—Que te habías operado de apendicitis —dijo encogiéndose de hombros.

—Ya. Soy la vergüenza de la familia.—Cuando alcanzaron su dormitorio Mikael se detuvo y abrió la puerta, estaba vacía, recordó que Jan estaba en el jardín jugando a la petanca con otros pacientes—. Este es mi cuarto, entra —pidió ofreciéndole pasar al interior—. ¿Cómo has venido?

—En el AVE. Por eso he llegado tan justo de tiempo. Me vuelvo en el de las cinco. ¿En serio creías que mi mejor amigo, mi hermano, iba a estar ingresado en un sitio así y no iba a venir a verlo?—Iván se adentró en la habitación y observó su cama hecha y la otra sin sábanas, pero con una camiseta de pijama enorme usada sobre la cama—. ¿Compartes habitación?

—Sí, con un tío inmenso, pero es buena gente. Es compositor musical, aunque tuvo que retirarse por un problema, tengo pensado que se venga conmigo cuando me marche.—Iván enarcó una ceja mirándole con escepticismo.

—¿Qué día te vas?

—Si logro convencer a mis padres cuando hable con ellos, el día que me digan, si no logro convencerlos, mañana mismo. Mi estancia aquí es voluntaria.

—¿Pero no tienen que darte de alta, o algo así?

—Me dieron de alta en el hospital y me recomendaron seguimiento psicológico y les aconsejaron a mis padres este centro, pero en realidad puedo seguir tratamiento desde casa. Total, no estoy tomándome las pastillas y el psiquiatra de aquí es un desgraciado del que no pienso hacerme el menor caso.

—¿No estás tomándote las pastillas?

—No. Porque no quiero pasarme el día convertido en un zombi sin fuerzas ni para respirar.

—Lo que hiciste no fue ninguna broma.

—¿Crees que no lo sé? Me arrepiento mucho de lo que hice. Y todo por ser un cobarde.

—¿Por qué dices eso? No eres ningún cobarde.

—Es la verdad. No he sido capaz de enfrentarme a mis padres en demasiadas cosas, no he sido capaz de decirle a mi padre que quiero que deje de ser mi maestro y solicitar clases con el gran maestro Pixie Datum, en Hamburgo, o con otro gran pianista en Madrid. Y tampoco
he sido capaz de decirle a mi madre que quiero viajar a Rusia y tratar de encontrar a mi madre biológica. Y no lo he sido porque me siento tan en deuda con ellos por lo que han hecho por mí que no he tenido narices de luchar por vivir mi propia vida.

—Vaya —respondió este tomando asiento en su cama—. Creo que es la primera vez que te oigo hablar así. ¿Quién eres tú y que has hecho con mi amigo?—Mikael sonrió y tomó asiento a su lado en la cama.

—Para mí no ha sido fácil darme cuenta de que la principal causa de mi desdicha residía en mí.

—¿Y eso te lo han enseñado los loqueros?

—No. Eso me lo ha enseñado una chica.

—¿Una chica? ¿Que trabaja aquí?

—La chica de la que te hablé, la que me enseñó esto el primer día. Se llama Lola. Hablando con ella me he dado cuenta de que tengo que cambiar eso.

—¿Y cómo es? ¿Rubia, morena? ¿Está buena? —preguntó con picardía.

—Es muy guapa, pero es aún más bonita por dentro.

—Madre mía, no me lo puedo creer, ¿estás pillado por ella?

—Sí, creo que sí. Me gusta.

—¿Y por qué está aquí? ¿Es que está pirada?

—Está aquí por un tema de desorden alimenticio. No está pirada, no más que yo, al menos.

—Es increíble. Con la de tías que hay en Madrid y vienes a pillarte por una sevillana internada en un centro de salud mental.

—El mismo centro en el que estoy yo, ¿crees que estoy pirado?

—No, joder. Lo que has hecho es una locura, pero no creo que estés pirado, solo que tuviste un momento de… de no sé, de gilipollez profunda. Y que espero que nunca, jamás…

—No volveré a hacerlo, te lo aseguro.

—Y… esa chica y tú, ¿habéis tenido algo?

—Algo.

—Vaya, mírate, estás hecho un ligón —afirmó orgulloso—. Y habéis…

—No, aún no he perdido la virginidad. Ni me preocupa hacerlo.

—Es tiempo que pierdes. Que perdéis, los dos. A las chicas les gustan los tíos decididos, que toman la iniciativa, quizá ella lo esté deseando y tú no te decides. Lánzate. Y no se te ocurra decirle que eres virgen.

—Ya se lo he dicho.—Su amigo se pasó una mano por la cara, incapaz de dar crédito a lo que él consideraba una torpeza mayúscula.

—A las mujeres les gustan los coches con kilómetros, con rodaje, y si es mucho, mejor. ¿Cómo se te ocurre decirle que eres virgen?

—¿Por qué no? No tengo de qué avergonzarme. Es algo que tiene que surgir.

—¿Y ella es virgen?

—No.

—Pues entonces no va a surgir, si le has dicho que eres virgen, si no te lanzas, la conviertes a ella en una Matahari que tiene que corromper a un inocente.

—Dejemos el tema, ¿vale? No he venido aquí a estrenarme, sino a recuperarme. Si tiene que pasar algo pasará, pero mejor fuera de aquí.

—¿A ella también te la piensas llevar a Madrid?

—Pienso mantener el contacto con ella cuando salgamos de aquí. La quiero en mi vida. Si ella quiere, claro.

—Estás pillado de cojones.

—Quizá sí —apuntó con una sonrisa tímida.

—Me gusta verte así, tío. Con las cosas tan claras, es como si hubieses madurado todo de golpe.

—Gracias.—Miró el reloj, habían transcurrido diez minutos—. Vamos al jardín que voy a presentarte al resto del club.

—¿Has hecho un club aquí, sin mí?

—Tú formas parte de él, eres miembro honorífico.

—¿Y cómo se llama el club los Pirados Vírgenes? —bromeó haciéndole reír.

—El redil de las ovejas negras.

—Entonces soy miembro de pleno derecho.

Salieron al jardín. Mikael vio a Pablo que terminaba de aniquilar el rey de Fermín sentados en los bancos de piedra del tablero incrustado en la mesa. Algo más apartado estaba Jan jugando a la petanca con Tim y otros pacientes.

Caminaron hasta Pablo y este se puso en pie al verlos llegar.

—Pablo este es mi amigo Iván. Es él quien ha venido a visitarme.

—Hola, vaya, me alegro. Encantado —dijo chocándole la mano derecha como saludo.

—Igualmente.

—Pablo es un hacker informático, es un fenómeno con los ordenadores.

—Genial.

—Y él es Fermín.—El mencionado alzó la vista para mirarle, Iván le ofreció la mano.

—No doy la mano, gracias. Seguro que te has hecho una paja con esa mano esta mañana —le dijo, dejándole totalmente descolocado. Mikael y Pablo echaron a reír.

—Pues en realidad me he hecho dos, pero me he lavado la mano después —respondió Iván con humor.

—Él es así. No se lo tengas en cuenta —advirtió Mikael—. Ahora te veo en el almuerzo —dijo a Pablo, este asintió. Se dirigió entonces a Jan que vestido con una camiseta verde y unas bermudas beige lanzaba bolas de petanca con tanta fuerza que parecían cañonazos, estrellándolas contra las otras que salían despedidas.

—Ese tío…

—Tiene un TOC. Un trastorno obsesivo *nosequé* y está obsesionado con los microbios, por lo visto se lava las manos cien veces al día, ya me parece increíble que esté tocando las piezas de ajedrez.—Alcanzaron a Jan que acababa de vencer al resto. Tim bailaba por el derredor lanzando besos al cielo y haciendo la señal de la victoria.

—¿Y a ese qué le pasa? —le preguntó Iván en un susurro refiriéndose a Tim.

—Agradece a Jesús victoria de Jan —respondió Jan volviéndose hacia ambos con una amplia sonrisa, estaba empapado de sudor, que descendía por sus brazos peludos. Iván miró a Mikael desconcertado.

—Iván, él es mi amigo Jan. Jan, este es Iván, mi mejor amigo de Madrid.—El danés le miró de reojo.

—Jan mejor amigo de Mikael.

—Claro, Jan es mi mejor amigo de Sevilla, Iván es mi mejor amigo de Madrid.

—¿Y cuando Jan viva en Madrid con Mikael?

—Tendré dos mejores amigos, ¿qué te parece? —preguntó con una sonrisa. Ya comenzaba a conocerle y a saber que no le hacía feliz compartir nada. Jan se abalanzó sobre Iván al que el abrazo pilló desprevenido, le atrapó los brazos entre los suyos y le apretó contra sí hasta casi dejarle sin respiración.

—Ya vale, Jan. Ya vale —le instó Mikael a que le soltase. Le dejó en el suelo y le liberó. Iván sintió cómo el aire volvía a llenar sus pulmones permitiéndole seguir con vida. Tosió e inspiró hondo recuperando el aliento.

—Tío, tienes una fuerza increíble.

—¿Iván amigo de Jan?

—Seremos amigos toda la vida si quieres, pero no vuelvas a estrujarme así, por favor —masculló mientras Mikael reía a gusto.

—Jan no controla fuerza a veces, pero Jan aprende —aseguró con una amplia sonrisa, mostrando sus paletas separadas—. Jan aprende mucho desde que se fue conejito azul.

—¿Quién es Conejito azul? ¿Es el apodo de su novia? —le preguntó Iván en un susurro.

—No, mi novia es Rosa.

—¿Tu novia es un *conejito rosa*?

—¡No! ¡Rosa no ser conejito! —protestó Jan cruzándose de brazos enfadado dando una voz que hizo que Iván se estirara como si le hubiesen pinchado.

—Tranquilo, Jan. Si no se lo explicamos es imposible que lo entienda, ¿no crees?—El danés continuó con los brazos cruzados ante el pecho y la frente convertida en un acordeón de arrugas—. Su novia se llama Rosa, en realidad es la terapeuta del centro y es su novia aún sin saberlo…

—Ella sí sabe —susurró Jan, la palabra salió de sus labios fruncidos casi a la fuerza.

—Y el conejito azul, es una alucinación que tuvo durante un tiempo que estuvo sin tomar la medicación.—La expresión de Iván era todo un cuadro, miró a Jan, que descruzó los brazos y le sonrió, mientras asentía. Mikael supo que su amigo necesitaba un momento para asimilar la información—. ¿Has visto a Almudena, Jan?

—Almudena salió con su hijo.

—Gracias, tío. Iván y yo vamos a dar un paseo por el jardín, ahora os veo en el comedor —se despidió de ellos y comenzó a andar por el sendero entre los setos, alejándose del grupo.

—¿Quién es Almudena? —preguntó Iván cuando fue capaz de articular palabra.

—Otra chica que me gustaría presentarte, pero al parecer tiene visita y ha salido.

—¿Y ella también ve conejitos azules, o saluda a Jesucristo, o le preocupa que te hayas tocado la polla antes darle la mano?

—No.

—Ese tío ha dicho que ha salido con su hijo, ¿es imaginario?

—No, su hijo es real. Está aquí por una depresión post parto.

—¿Ha tratado de hacerle daño a su bebé? —preguntó horrorizado.

—No, ella adora a su bebé. Está aquí porque el miedo bloqueaba su instinto maternal… pero ya está mucho mejor.—La expresión de Iván empeoraba por momentos, alcanzó con la mirada uno de los bancos de piedra y tomó asiento en él, pasándose una mano por la frente que alargó hasta la nuca—. ¿Qué? Di algo.

—¿Qué diga algo? Están chalados. Por completo. ¿Y tú quieres llevarte al gigante peludo a vivir a Madrid? No te preocupes por la opinión de tus padres con respecto a estudiar piano con otro maestro, en cuanto le digas lo del tío este se mueren de un infarto.

—No volveré a la casa de mis padres. Me quedaré en el piso de mi abuela. Y Jan vendrá a vivir conmigo, y había pensado que te vinieses tú también…

—¿Me estás hablando en serio?

—Claro.

—Pero si está zumbado. ¿Es que piensas convertirte en una especie de ONG de pirados?

—Sé que es difícil de entender, pero saldrá bien, créeme. Y deja ya de decir que está pirado, no lo está, él, solo… vive la vida de otra manera.

—Pero si veía una alucinación que le hablaba, ¿qué me estás contando?

—La veía. En pasado. No lo hace desde que toma la medicación. Es un tío súper divertido, es un gran amigo que se preocupa por los demás, es… genial, en serio.—Iván le miraba como si se hubiese vuelto de color azul, como el conejito—. Créeme, de veras. Jamás le haría daño ni a una mosca, al menos de forma voluntaria.

—¿Y si algún día no se toma la medicación y te ataca? ¡Es el puto Hulk!

—No dejará de tomarla, porque me ha prometido que lo hará.

—Me estás hablando de la promesa de un chalado.

—No digas eso. Iván, eres como un hermano para mí, pero por favor te pido que dejes de insultarle. Jan está enfermo, nada más, como hay gente que tiene diabetes o colon irritable, como tu amigo Joaquín. Y yo no te pregunto si Joaquín se cagará encima si no se toma la medicación.

—Ya, pero la diferencia está en que la diarrea no mata, ¿sabes? Quiero decir, que si él tiene diarrea a nosotros…

—Te he entendido. Ahora entiéndeme tú a mí, ¿vale? Llevo casi una semana viviendo con ellos, durmiendo en la cama junto a Jan, pasando casi las veinticuatro horas del día con ellos, y es cierto que algunos tienen problemas mentales más graves que otros, pero en el fondo, solo son personas como tú y como yo. Con sueños, con expectativas, con las mismas ganas de hacer algo con su vida que tú y que yo y que por alguna razón han desarrollado esas… dificultades. ¿Recuerdas el ataque de ansiedad que te dio el día de las arañas?

—No quiero recordarlo.

—Sabes que no a todo el mundo le dan miedo las arañas, al menos no un miedo paralizante. Cuando abrimos el techo desmontable de la habitación de química y te cayeron ese par de arañas inofensivas encima…

—Lo de inofensivas lo sabes porque eres aracnólogo, ¿verdad?

—Lo sé porque eran de las que no hacen nada.

—Eran gigantes.

—A ti te lo parecían. Te sacudiste como si tuvieses un ataque epiléptico y después te hiciste un ovillo y… te hiciste pis.

—No hace falta que me humilles recordando aquello, ¿vale? Teníamos quince años.

—No pretendo humillarte, solo que te des cuenta de que si en lugar de enfrentarlo, de acudir a la psicóloga que te hizo ir a Faunia a enfrentarte a tu fobia, no hubieses encontrado a nadie que te orientase bien, y eso te hubiese superado…

—Que sí, muy bien. Y que conste que solo fui a verla tres veces, y porque estaba buena —argumentó.

—Entiendo que Jan puede asustar por su envergadura y todo el tema del *conejito azul*, pero hace dos años que no tiene alucinaciones y creo que se merece una oportunidad de tener una vida lo más normal posible.

—¿Y su familia?

—Sus padres murieron y sus hermanos pasan de él. Se encargan de pagar sus cosas, pero nada más. Es un tío genial, confía en mí.

—Ya, me lo repetiré cuando vaya a visitarte y vea tu cabeza colgando de la lámpara.

—Ah, pero ¿vendrás a visitarnos? —sugirió dándole un empujón cómplice en el hombro.

—Qué remedio. Si he sido capaz de venir a verte aquí, es que debo ser capaz de cualquier cosa.

—Gracias, de veras.

—Y… Esa chica, Lola, no me dirás que ve *Barbies* asesinas, que tiene un pasado como bruja o…

—No. Ya te he dicho que el problema de Lola es un trastorno alimenticio.

—¿Eso quiere decir que es adicta al chocolate o algo así?

—Algo así.—No sentía adecuado hablar de la enfermedad de Lola en su ausencia, ni siquiera con su mejor amigo.

—Vale, me quedo mucho más tranquilo. Pero sobre todo porque creo que este sitio te ha sentado bien. Has cambiado, y eso me hace suponer que tiene buenos profesionales.

—Los tendrá, al menos alguno, pero no es suyo el mérito. Es de ellos, mis nuevos amigos. Conocerlos, vivir una realidad distinta… Eso me ha cambiado.—Iván enarcó las cejas escéptico.

—Sea lo que sea, me alegro mucho por ti —afirmó rendido ante la evidencia, su amigo parecía haber madurado una década.

—Iván, tu padre es poli…

—Sí. Con mi edad ya estaba en la academia, sabes que no deja de repetírmelo, ¿por qué?

15

Mikael

Cuando Iván se marchó sintió una mezcla entre melancolía y esperanza. Conversar con él había sido como un baño de agua fresca, energizante, revitalizador. Sabía que el impacto había sido importante para él, pero esperaba que fuese capaz de ver por encima de la superficie. Como siempre había hecho con él mismo, y se permitiese ahondar bajo el estigma que producían las enfermedades mentales y descubriese a las bellas personas que había más allá de sus problemas.

Al menos en los casos de Jan, Pablo, Almudena y sobre todo Lola.

Ojalá hubiese podido presentársela, le habría encantado que la conociese porque se habría dado cuenta de que solo era una joven preciosa con la cabeza hecha un lío.

Pero ya tendría oportunidad de hacerlo, porque pensaba continuar viéndola cuando ambos se marchasen de allí. Hablar con ella por teléfono, por email, por video llamadas, lo que fuese. Quería descubrir si aquello que sentía podía llegar a convertirse en algo serio, en algo importante.

—Oye, ese colega tuyo, Iván, parece buen tío —dijo Pablo llevándose una patata frita de la bandeja a la boca. A los tres habituales se les habían añadido Fermín y Tim para comer.

—Lo es. Es un gran tipo. De no ser por él creo que mi vida en el instituto habría sido una pesadilla. Es divertido, independiente, inteligente…

—Se hace pajas por las mañanas —añadió Fermín capturando la expresión de todos—. Lo ha admitido. Iba a medio afeitar por la zona del cuello, aunque no tiene demasiada barba. Y tenía las uñas negruzcas, no creo que se lave las manos a menudo.

—Vaya sí que te has fijado con detalle—sugirió Mikael.

—Tiene un polvazo —aseguró volviendo a captar la atención del resto—. Después de bañarlo en desinfectante, por supuesto.

—¿Eres gay? —preguntó Pablo.

—Sí. ¿Algún problema?

—Ninguno.

—También tú tienes un polvazo —le dijo a Pablo, que agachó la cabeza sin saber cómo reaccionar. Tomó un poco de puré de calabaza con el tenedor y se lo llevó a los labios.

—Dios dice que ser marica no es malo. El creador te acepta tal como eres —dijo Tim de improviso sobresaltándoles, sin levantar la vista de su comida, con el cabello pajizo algo revuelto.

—Pues cuando vuelvas a hablar con tu *jefe*, dile que mande un rayo a este centro en cuanto nos hayamos largado y que lo fulmine —sugirió Pablo. Después de decirlo se dio cuenta de que Jan vivía allí de forma permanente, miró al grandullón que arrugó los morros.

—Jan no estará, va a vivir con Mikael. Pero decir a Rosa que busque otro trabajo.

—¿En serio vais a vivir los dos solos en Madrid? —preguntó Pablo con una sonrisa.

—En serio —respondió Mikael—. Y puedes venir cuando quieras, el tiempo que quieras, siempre habrá un lugar en nuestra casa para ti.

—Ejem —interrumpió Fermín, Mikael echó a reír.

—Para todos, si os apetece. Siempre y cuando no trates de desinfectar a mi amigo —apuntilló a Fermín.

—A menos que él me lo pida.

—Me parece que le van las tías, pero últimamente, con todo eso de que el fin del mundo se acerca no estoy seguro de nada —bromeó haciéndoles reír.

—Vaya, parece que los perdedores se divierten, Dios los cría y ellos se juntan —dijo Jaime Romero deteniéndose a su lado, junto a la mesa, acompañado por su amigo habitual.

—Dios dice que todos somos iguales y hay que respetar al prójimo —añadió Tim.

—Cállate, puto chalado —ordenó y el joven rubio descendió la cabeza, amedrentado.

—No le hables así —exigió Mikael poniéndose en pie.

—¿Por qué?

—Porque si haces Jan parte tu cara —advirtió este incorporándose.

—Os creéis muy valientes juntos, ¿eh? A ver si cuando os pille por separado lo sois tanto.

—¿Tienes ganas de que nos veamos a solas? —sugirió Fermín, guiñándole un ojo.

—Maricón de mierda.

—Te tienes que sentir valiente, ¿eh? Con una vida tan triste que tienes que llenarla metiéndote con los demás para sentirte importante —
dijo Pablo poniéndose también de pie.

—¿Qué pasa chavales? —preguntó uno de los celadores aproximándose a ellos.

—Nada —dijo Jaime dedicándoles una mirada de desprecio antes de alejarse, seguido de su amigo.

—Ese tío es gilipollas —masculló Pablo volviendo a sentarse, retomando su plato de patatas.

—Es infeliz, estoy seguro. La mayoría de los abusones lo son, hay algo en sus vidas que les hace daño y enfocan ese daño en los demás.

—¿Te refieres a Jaime o estás pensando en otra persona? —le preguntó Pablo.

—En nadie concreto.

—Ya.

—Lola no es una abusona, nunca lo ha sido, si te refieres a ella con tan poca sutileza —añadió Mikael provocándole la risa.

—Puede que no fuese una abusona, pero sí que estaba en el otro bando, en el bando de ellos, de los que *mandaban*.

—¿Y tú qué sabes en qué bando estaba?

—No hay más que verla, si esto fuese una película americana, nosotros seríamos los *nerds* y ella la capitana de las animadoras —afirmó—. Y sin embargo no era feliz. Y no me preguntes cómo lo sé, porque si hubiese sido feliz no habría acabado aquí.

—¿Y qué es la felicidad, Pablo? Acaso es algo más que un espejismo.

—Dímelo tú, que eres quien ha sonreído al mencionarla.

—¿Qué dices?

—Ayer estabais muy acaramelados en la piscina.

—Nos llamaste tortolitos.

—Es lo que parecíais y por mí, genial, en serio. Ella es una tía de puta madre y tú eres mi colega. Pero el tiempo se acaba, tic tac, tic tac…

—Le he escrito una melodía.

—¿En serio? —preguntaron Pablo y Fermín a la vez, ambos se miraron, y el segundo le guiñó un ojo al primero que apartó la mirada.

—Sí. Pero aún no he podido tocarla con un piano y no para de revolotear en mi cabeza.

—¿Mikael dice Lola? —preguntó Jan.

—Sí, se lo he dicho, y está deseando oírla. Cuando llegue a casa la grabaré y se la enviaré.

—Tienes que tocarla para que la oiga, en vivo y en directo —dijo Pablo.

—Ya, ¿y cómo? Ella se marcha mañana.

—¿Lola se marcha mañana?

—Sí, sus padres van a llevarla a recibir tratamiento en otra parte.

—Entonces tienes que tocarla para ella hoy —dijo Fermín.

—Ya. Pues encarga un piano y que me lo traigan para esta noche.

—Uhm. Un piano para esta noche… Tengo una idea —sugirió Pablo.

Jan se había acostado a dormir la siesta así que decidió salir un rato al jardín para leer pues sus ronquidos le impedían concentrarse. Pablo y Fermín estaban en la sala de televisión viendo una película junto a Almudena, que había regresado tras el almuerzo.

Llevaba un buen rato con la espalda apoyada en uno de los troncos cuando vio en la distancia a Jaime Romero, este se tumbó en el césped, bajo otro de los grandes árboles del jardín, fumando un cigarrillo. Él en cambio no le vio.

Mikael se incorporó y caminó hasta donde estaba sentado, tomando asiento a su lado y abriendo el libro ante sí. Aunque hizo poco ruido fue el suficiente como para que Jaime abriese los ojos.

—¿Qué coño haces tío? —preguntó sentándose.

—Nada, solo estoy leyendo.

—¿Leyendo? ¿Y te tienes que poner a leer a mi lado? ¿Es que quieres que te parta la boca?

—Llevas amenazándome con ello desde que llegué. Si quisieses hacerlo de verdad ya no me quedaría un solo diente.

—Ahora no está tu amigo el gigante para defenderte, lo haré.

—Tú mismo, si es lo que quieres —dijo sin apartar la vista del libro. Estaba aguardando el puñetazo, disimulando a su vez, pero por encima de todo estaba cansado de soportar el comportamiento de Jaime. El puñetazo no llegó, tal y como pensaba, y cuando le miró, había vuelto a tumbarse en el césped.

—Que te den —chascó arrojando la colilla de su cigarrillo lejos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿No piensas dejarme descansar, chalado?

—Es que necesito tener una conversación contigo, y no es que lo pongas demasiado fácil.

—¿Conmigo? Te crees que soy tu amigo, ¿o qué?

—Ni mucho menos… Pero no dejo de preguntarme qué te pasa, por qué necesitas pasarte la vida metiéndote con la gente.

—Mira… Te voy a dar una hostia a mano abierta que te va a resolver todas las dudas.

—¿Ves? A esto me refería. Esa rabia interior que sientes no es sana —dijo en plan filosófico.

—Estoy dispuesto a echarla fuera —apuntó apretando la mandíbula y el puño.

—¿Y por qué no lo haces? Acabo de entenderlo. Ahora mismo, ahí sentado, cuando te he visto llegar y sentarte se me ha encendido la bombilla. Si me agredes, a mí o a cualquiera de los pacientes, vas a la cárcel, ¿a que sí?—Jaime apartó la mirada, su mandíbula estaba tan tensa como un cable de acero—. Y tú, no quieres ir a la cárcel. Porque tu padre ha conseguido evitarlo, mandándote aquí, pero no podría salvarte si reincides.

—¿Y tú qué coño sabes quién es mi padre?

—Pues fíjate por donde sé más de lo que crees. Y como vuelvas a meterte con alguien, a ponerle la zancadilla a alguien, o a burlarte, o a acusar a alguien, o simplemente a mirar mal a alguien, me daré un golpe en la cara y diré que me has golpeado tú.

—Serás hijo de puta.

—Pues no sé si lo seré o no. Pero tú tienes un pie en la cárcel y yo estoy dispuesto a darte el empujoncito que te falta —le amenazó, Jaime le sostuvo la mirada sin decir nada—. Y cuando salgas de aquí busca ayuda, aprende a gestionar esa rabia, por tu bien y el de quienes te rodean —apostilló incorporándose y caminó en silencio y sin miedo hasta su árbol. Jaime también se levantó y se marchó dando grandes zancadas.

Lola regresó poco después de la merienda de estar con su familia.

Mikael la vio entrar en el jardín, vestida con un traje de tirantes con mangas de plumeti de color rosa pastel, largo hasta la rodilla, con el cabello rubio suelto, resplandeciendo bajo los rayos del sol y supo que estaba buscándole con la mirada. Alzó una mano, saludándola. Ella sonrió al verle y caminó directa hacia él, tomó asiento a su lado.

—Hola.

—Hola. ¿Qué tal ha ido?

—Bien. Hemos acordado que mañana me marcho. Esta noche recogeré todas mis cosas y mis padres llamarán por la mañana para avisar de que vendrán a por mí y a darme de baja en el centro. Mi padre ha oído hablar de una psiquiatra experta en trastornos alimenticios que es muy buena, o eso dicen, y va a llamarla por la mañana para que me dé una cita cuanto antes. Se acabó Quintanilla —dijo apoyándose en su hombro.

Mikael dejó el libro entre sus muslos.

—Se acabó.

—Se acabó todo lo malo —admitió con una sonrisa—. ¿Por qué lees tantas veces el mismo libro?

—No leo el mismo libro. Me regodeo en los fragmentos que me gustan.

—¿Como cuál? —buscó un fragmento y después cerró el libro y recitó con los ojos cerrados.

—«Hay calma en el enebral espeso. El otoño, potro taheño, peina su crin; sobre la orilla del río suena, el retín azul de sus herraduras. El viento, ermitaño de paso cauteloso, aplasta la hojarasca en el camino y en una mata de serbal besa, las llagas rojas de un Cristo invisible».

—Vaya, es impresionante.

—Es *El Otoño*. Creía que conocías la obra de Essenin.

—En realidad solo memoricé algunos de sus versos para un trabajo que hicimos en clase sobre los poetas rusos, pero me gusta parecer lista.

—No pareces lista, lo eres.

—Ya.

—¿Has decidido qué quieres estudiar?

—No. Ni siquiera sé si quiero estudiar.

—¿Prefieres pasarte la vida de trabajo de mierda en trabajo de mierda? Vamos, seguro que hay algo que te gusta.

—Que estudie no garantiza que no tendré un trabajo de mierda. Pero… si me decidiese a estudiar sería algo que me permita ayudar a los demás, como enfermería, o psicología… No lo sé, algo así. Cuando esté preparada para decidirlo lo haré. No tengo prisa, ahora lo único importante para mí es recuperarme.

—Y yo estaré ahí para apoyarte, decidas lo que decidas, cuando lo decidas, estaré ahí.

—¿Estarás? ¿En serio? —preguntó con ilusión casi infantil. Mikael entrelazó sus dedos sobre el césped.

—¿Lo dudas? ¿Es que creías que podrías librarte de mí?—Ella se llevó las manos de ambos a los labios y besó la suya, provocándole de nuevo ese hormigueo intenso que le nacía en el estómago, la miró a los ojos, a los labios entreabiertos y sintió ganas de besarla.

—Mikael —le llamó alguien. Alzó la vista y descubrió la silueta menuda de su madre, vestida con un elegante traje azul oscuro, con el cabello negro peinado hacia detrás en una cola baja y el rostro compungido, arrugado, como si hubiese envejecido diez años desde la última vez que la vio.

—¡Mamá!—Por un instante había dudado si la imagen era real o producto de su imaginación. Al fin reaccionó, soltando la mano de Lola y poniéndose en pie, también ella lo hizo. En la distancia vio a su padre caminando hacia ellos. Su madre se acercó y le dio un abrazo —. Hola, mamá.

—Hola, cariño. Tienes buen aspecto —aseguró dividiendo su atención entre él y la joven con la que le había descubierto tan próximo.

—Buenas tardes —les saludó su padre al alcanzarles. También él recorrió a Lola con su mirada de pies a cabeza.

—Buenas tardes. Papá, mamá, ella es Lola, una amiga. Lola ellos son mis padres, Susana y Joaquín.

—Encantada de conocerlos —dijo ella. La madre de Mikael apretó los labios en un mohín de incomodidad que no pasó por alto, desconcertándole, pero después sonrió.

—Encantado —respondió su padre, ofreciéndole la mano, que ella estrechó con cierto pudor.

—Es un placer, Lola —aseguró su madre, sonriéndole como saludo. Lola se quedó en silencio, incómoda, sintiéndose observada.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Mikael, tratando de llenar con palabras un momento tan tenso.

—¿Cómo que qué hacemos aquí, cariño? Hemos venido a visitarte —respondió su madre, antes de volver a recorrer a Lola con la mirada. ¿Pero qué estaba pasando? Se preguntó Mikael. ¿A qué se debía toda aquella tensión?—. Lola, estoy convencida de que eres una chica encantadora, pero hace casi una semana que no hablamos con nuestro hijo, nos gustaría tener un poco de intimidad, ¿te importaría dejarnos a solas? —le pidió, con una fingida amabilidad, Mikael se sintió tan incómodo como si estuviese echándola del modo más brusco.

—Quizá llega un poco tarde la preocupación, ¿no crees, mamá?

—No le hables así a tu madre —dijo su padre apretando la mandíbula.

—Sí, por supuesto, os dejo a solas. Nos vemos después, Mik.—Le dedicó con una

sonrisa frágil como el cristal antes de alejarse por el sendero entre los árboles.

—¿Qué ha sido eso, mamá? ¿Por qué le has hablado así?

—No le he hablado de ningún modo, llevo muchos días sin verte y tengo ganas de estar a solas con mi hijo.—Trató de acercase a darle un beso, pero estaba molesto y se apartó.

—Esa chica me ha ayudado mucho estos días. Y no se merecía que le hablases como si fuese… no sé. Como a una apestada.

—Vamos Mikael, no dramatices.

—Tengo ese problema, ¿no? Dramatizo con demasiada facilidad.

—Pues sí, lo tienes y eso nos ha traído hasta aquí —intervino su padre. Sintió una profunda rabia. Se suponía que no iba a ser así, la conversación entre ellos iba a ser muy distinta, así lo había planeado en su mente, o al menos habría comenzado de otro modo.

—Será mejor que os vayáis y hablemos mañana, creo que no vamos a sacar nada bueno hoy —dijo apartándose de ellos un par de pasos.

—Vamos, cariño, por favor. Te pido disculpas por haberle dicho a tu amiga que se marchase, lo siento. Pero tenemos que hablar, no podemos estar así…

—El doctor Quintanilla tenía razón, no deberíamos haber venido —masculló su padre entre dientes. Mikael se volvió para mirarle, vestido con su impoluto traje gris a pesar del calor, como si acabase de escapar de un anuncio de puros habanos.

—¿Os ha pedido Quintanilla que no vengáis a visitarme? —preguntó a su madre. Esta inspiró hondo, dio los pasos que les separaban y le agarró del brazo.

—Sí. Nos recomendó que era mejor para ti que no te visitásemos todavía y mantuviésemos el menor contacto telefónico posible. Tienes que adaptarte a este sitio y con nosotros encima a cada paso sería mucho más difícil…

—¿Y habéis hablado con Salva, con el psicólogo?

—Tenemos cita la semana que viene.

—No quiero estar aquí la semana que viene. Ya sé por qué hice lo que hice, sé que estuvo mal y no volveré a hacer nada igual —afirmó mirándolos a los ojos. Ahora sí, tenía que decirles eso que había planeado, y fuese cual fuese su reacción se mantendría firme—. ¿Queréis hablar, pero hablar de verdad?

—Por supuesto, cariño.

—¿También tú, papá? ¿Estás dispuesto a oír todo lo que tenga que decirte?—Su padre arrugó la frente con la mirada fija en sus ojos, pero no apartó la mirada, aguantó hasta que se desvió a algún punto en el horizonte y asintió y esto le produjo una especie de vuelco en el corazón, había sido capaz de sostenerle la mirada. Por primera vez, en su vida, había sido él quien la había apartado. Era un gran comienzo—. Vamos a sentarnos, por favor —pidió indicándoles hacia uno de los bancos del jardín, lo suficientemente alejado como para conversar con tranquilidad. Ambos tomaron asiento y Mikael permaneció de pie ante ambos. Buscó en su interior la fuerza necesaria para comenzar aquella conversación—. Empezaré diciéndoos lo agradecido que estoy de ser vuestro hijo. Me siento muy orgulloso de tener unos padres que se preocupan por mí, en serio, no lo digo con la menor ironía. Los días en este lugar han hecho que me dé cuenta de que la familia es muy importante, y no todo el mundo tiene la suerte de tener unos padres que se preocupen por sus hijos y quieran lo mejor para ellos.

—Vaya, cariño, gracias —masculló su madre con los ojos empañados de emoción. Su padre aún permanecía en silencio, estoico con la espalda recta como si llevase una tabla cosida en el interior de la chaqueta.

—Pero dicho esto, también tenéis que entender que habrá muchas ocasiones en mi vida

en las que lo que vosotros consideréis lo mejor para mí no tiene porqué serlo, o al menos, no será lo que yo considero que es lo mejor. Tengo dieciocho años y aún no he hecho muchas de las cosas que hacen los tipos de mi edad, porque continuáis tratándome como si tuviese doce y es como si yo mismo me lo hubiese creído. No me he emborrachado nunca, no había fumado, aún soy virgen…—Su madre se llevó una mano a los labios, pero no dijo nada—. Necesito vivir. No digo que vaya a emborracharme nada más salir de aquí, pero necesito tomar las riendas de mi vida, tener experiencias, que me dejéis decidir qué quiero hacer con ella.

—Emborracharte, fumar y acostarte con chicas, ¿eso es lo que quieres hacer con tu vida? —rugió su padre con su voz profunda, las manos apretadas entre las rodillas separadas, como si estuviese conteniéndose con todas sus energías para no saltarle al cuello.

—No. Quiero que dejes de ser mi maestro y seas solo mi padre. Y quiero no volver a dedicarme a la música clásica —reveló provocando que su padre apretase los dientes con tanta fuerza que temió que en algún momento saltase alguno. Su madre posó una mano en su rodilla tratando de que se tranquilizase antes de intervenir.

—No puedo entenderte. Eres un privilegiado, puedes llegar a convertirte en uno de los pianistas clásicos más importantes de todos los tiempos y te lo dice alguien que si sabe de algo, es de piano. ¿Y quieres tirarlo todo por la borda y dedicarte a dar *conciertuchos* de música de baile? —añadió casi en un grito.

—Eso quiero. Quiero estudiar con el maestro Pixie.

—Pues no será con mi dinero, no pienso pagar ni una sola de las clases de ese excéntrico farsante.

—No te he pedido dinero. Trabajaré para pagar mis clases.

—¿Y en qué piensas trabajar si puede saberse?

—Trabajaré de jardinero, de repartidor de pizzas, de cualquier cosa…

—¡Menuda estupidez! ¿Para que te dañes cualquier dedo y tu carrera se vaya a la mierda? —protestó el señor Levi incorporándose de su asiento, taladrándole con su mirada acusadora. Su esposa le agarró de la mano tratando de tranquilizarle. En ese momento, el antiguo Mikael habría agachado la cabeza, habría pedido perdón por su osadía y habría acatado las órdenes paternas, pero el nuevo Mikael no, no lo haría, nunca más.

—Mi carrera se ha ido ya a la mierda, papá. Desde el momento en el que no disfruto con lo que hago. No lo soporto, no soporto pasar horas y horas encerrado tocando melodías que detesto, oyéndolas una y otra y otra vez, imaginándome una vida de hastío repitiéndolas hasta la saciedad, cuando mi corazón me pide otro modo de entender la música. No se trata de que mi carrera se vaya a la mierda, se trata de que mi vida entera se ha ido a la mierda, ¿es que no lo ves? ¿Quieres que sea infeliz el resto de mi vida haciendo algo que no me gusta?

—¿Es que crees que vivir de hacer lo que te gusta será fácil? No lo es, muy pocas personas consiguen hacerlo.

—Ya, pero tú eres una de ellas. Tú me has enseñado a amar lo que haces, tú disfrutas con cada melodía que tocas, acaricias el teclado porque lo amas y eso se transmite en tu música, por eso eres tan grande como pianista. Yo solo quiero hacer lo mismo, solo que de otro modo. No creo que eso sea algo malo ni de lo que avergonzarse —confesó emocionado. Su padre volvió a mirarle a los ojos y Mikael percibió que algo había cambiado en ellos—. Déjame intentarlo, dejadme intentarlo, y si fracaso os pido que estéis a mi lado para apoyarme.

—Siempre te apoyaremos, cariño. No tenía ni idea de que estudiar piano clásico te hacía tan infeliz —dijo Susana acercándose a él, Mikael la contuvo con un gesto.

—¿Y qué pasa con el concurso de Jóvenes Músicos Europeos? Hemos firmado un

contrato… —preguntó Joaquín.

—Lo haré papá. No voy a poner en entredicho tu prestigio.—Acababa de decidirlo, aquellos serían sus dos últimos recitales como alumno de su padre—. Tocaré en el concierto de presentación como representante español y después en el concurso en Austria. Y se acabó.

No era una respuesta que calmase el malestar de su padre, pero al menos solucionaba el gran problema que se les vendría encima en caso de que se negase a tocar en ambas actuaciones.

—Hay algo más, mamá.

—¿Qué?

—Mamá, yo te quiero, te quiero muchísimo, lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué tienes tanto miedo de que conozca mis raíces cuando nada de lo que descubra podrá alejarme de ti, ni de papá?

—Yo no tengo…—Miró a su esposo en busca de apoyo, pero este apartó la mirada.

—Quiero conocer mis orígenes, saber de la cultura de mi pueblo y, cuando me sienta preparado, viajar a Múrmansk y tratar de conocer a mi madre biológica.—Los ojos de su madre se empañaron—. Pero nada de eso hará que deje de quererte ni un ápice de lo que te quiero, mamá.

—Lo sé, cariño, pero me da tanto miedo que te apartes de nosotros…

—No lo tengas, mamá, de verdad. Sois unos buenos padres, pero necesito ser yo, necesito aprender por mí mismo, equivocarme, pero sobre todo encontrarme a mí mismo.

La expresión de su padre le decía que no las tenía todas consigo, pero al menos le había oído y no estaba gritándole y eso era todo un avance.

—Cuando… entramos en tu habitación por la mañana, después de aporrear la puerta sin obtener respuesta, y descubrimos que no reaccionabas —comenzó su madre, agarrándole de la mano, tirando de él hasta hacerle tomar asiento en el banco, a su lado—, mi mundo, nuestro mundo se vino abajo —dijo tomando también la mano de su esposo, apoyada en su rodilla, Mikael miró a su padre, apretaba los labios conteniendo la emoción—. Y todo dejó de importar. No importaba el vestido que iba a ponerme y que me estaba algo ancho, no importaba que el embajador italiano no hubiese confirmado su asistencia, ni que los músicos aún no se hiciesen con la última estrofa de la primera melodía, todo eso que el día anterior parecía tan importante, dejó de importar en solo un instante. Lo único que importaba era que te salvases. Que volvieses a abrir esos preciosos ojos tuyos y nos mirases de nuevo. Que pudiésemos volver a ver cómo sonreías, oír tu risa, volver a oír cómo me decías: *hoy tenemos pesadilla en la cocina*, los domingos porque no hay servicio. Sentir la melodía en la planta inferior y saber que eres tú. Hubo un momento en el que no sabíamos si habíamos perdido todo eso para siempre, si nos habías dejado para siempre. Y te garantizo que fue el peor momento que he vivido en toda mi vida, que hemos vivido. Ahora sé que no hay nada peor que perderte, nada, peor que verte en esa cama, tendido, inmóvil como un muñeco, mientras tu padre y yo no dejábamos de preguntarnos por qué, por qué habías decidido acabar con tu vida.—Miró a su padre, dos lágrimas recorrían sus mejillas mientras permanecía en silencio, con la mirada fija en el horizonte, incapaz de mirarle.

—Vamos a apoyarte, Mikael. En cada paso que quieras dar en esta vida nos tendrás a tu lado. Eso no vuelvas a dudarlo un solo instante y discutiremos, por supuesto, pero nunca, jamás, vuelvas a hacer algo parecido —dijo este, sorprendiéndole, dejándole anonadado, por completo.

Mikael le abrazó, les abrazó a ambos, y lloró todas las lágrimas que no había llorado desde que ingresó en el hospital, pero en esta ocasión, de felicidad.

16

Mikael

Eran las doce y veinte, o eso marcaba su reloj de pulsera. Jan roncaba, como de costumbre. Durante la cena había estado haciéndole preguntas sobre cómo sería su nueva vida en Madrid, desde qué le gustaba desayunar, a dónde podría comprar una cama grande, ya que llevaba demasiado tiempo durmiendo en una pequeña. Estaba muy emocionado por volver a llevar una vida normal, salir, entrar, ir al cine… dejar de sentirse un *enfermo,* al fin y al cabo.

Había decidido que a la mañana siguiente hablaría con Rosa primero y con Quintanilla después, pediría que comenzasen a preparar sus pertenencias para el día en el que Mikael regresase a por él. También le contó que pensaba proponer a la terapeuta una relación a distancia, todo aquello con sus palabras. Pero le había entendido a la perfección, algo le decía que siempre se entenderían bien.

Y quién sabía, incluso puede que Jan conociese a alguien a quien no le diese miedo su aspecto y se molestase en ahondar un poco más adentro y conocerle de verdad, de un modo romántico.

Pero su atención durante la cena había estado dividida entre Jan y Lola, más callada que de costumbre. Almudena les había contado que casi con total probabilidad se marcharía el martes, Quintanilla había comentado a su marido que fijaría el alta para ese día y él no había podido resistirse más para contárselo. Estaba radiante de felicidad y Lola la observaba con cierta melancolía, con un halo de tristeza en los ojos que Mikael achacó a la próxima separación de su amiga.

Ella aprovechó para contar al resto, sin demasiados detalles, que también se marcharía al día siguiente, que su padre había encontrado otra psiquiatra para tratarla desde casa y solicitaría el alta voluntaria. Los siete juntos brindaron con zumo de manzana por ello.

Justo antes de salir del comedor Pablo le metió algo en el bolsillo y cuando palpó de qué se trataba descubrió que era una tarjeta.

—No puede irse sin oír tu canción. En la primera planta, dos puertas después del despacho de Quintanilla está el aula de música que no
utilizan. En ella hay un piano pequeñito, de esos eléctricos, esta tarjeta te abrirá la puerta. Asegúrate de ponerlo en voz muy baja porque, aunque la habitación está insonorizada con paneles en las paredes, a la vuelta de la esquina están los cuartos de descanso del personal.

—Eres increíble. ¿Cómo has logrado programar la tarjeta?

—Desde el ordenador de recepción, es fácil.

—Te has recorrido todo este lugar, ¿no?

—En el armario junto a la entrada hay velas gruesas y cerillas, para cuando se va la luz. Y esto, solo por si lo necesitas —añadió guiñándole un ojo, metiéndole algo más en el bolsillo, lo

reconoció de inmediato al tocarlo, era un preservativo. ¿Pero qué pensaba aquel loco que iban a hacer? —. Solo por si acaso —repitió. Mikael sonrió y negó con la cabeza.

—Muchas gracias, Pablo, pero me gustaría pedirte algo más.

—Lo que sea.

Cuando citó a Lola a las doce y media en las escaleras de emergencia que conducían a la planta superior, sin explicarle el motivo, temió que rechazase su propuesta. Ella en cambio asintió con una sonrisa haciéndole saber que confiaba en él, fuera cual fuese la razón, acudiría.

Ambos sabían que sería la última noche juntos en aquel lugar, aunque Mikael se repetía que no sería la última vez en la que se verían, que continuarían en contacto después de salir de allí. Por eso quería que Lola no olvidase nunca aquella noche, que no le olvidase a él. Había pedido un bolígrafo y un folio a la recepcionista y había escrito una pequeña partitura con la melodía que pretendía tocar para ella. La que ella había inspirado.

Cogió el papel, que había guardado bajo la cabecera de la cama. Se sentía más nervioso de lo que había estado en toda su vida, se miró al espejo y peinó con un poco de agua el flequillo rebelde antes de salir al pasillo donde trataría de esquivar a las cuidadoras que hacían ronda en el turno de noche.

Jan dormía, le había advertido de su excursión nocturna para que no se preocupase si despertaba y no le veía, y había colocado las almohadas extras del armario simulando su silueta en la cama. Todo estaba listo para encontrarse con ella.

Incluso se había vestido con unos vaqueros y una camiseta porque se negaba a tocar en pijama.

Enfiló el pasillo y permaneció escondido mientras oía rodar el carro de las cuidadoras, en cuanto lo sintió lejos se aventuró con pasos decididos. Llegó a oscuras hasta la escalera de emergencias y pasó la
tarjeta que Pablo le había entregado.

La luz azul le indicó que la puerta estaba abierta. Pasó dentro y esperó. Había acordado con Lola que ella llamaría dos veces a la puerta cuando llegase.

Miró su reloj. Eran las doce y treinta y un minutos.

Aguardó de pie tras la puerta.

El tiempo pasaba despacio esperando así que comenzó a repetir la melodía en su cabeza.

Volvió a mirar su reloj, las doce y treinta y tres minutos.

Lola se retrasaba, solo tres minutos, no era demasiado.

¿Y si la habían descubierto?

¿Y si había decidido no venir?

Las doce y cuarenta minutos.

Oyó un par de golpecitos en el metal y una oleada de euforia que le devolvió la sonrisa.

Abrió la puerta y Lola entró veloz. Estaba preciosa vestida con unos vaqueros gastados y una blusa de color blanco.

—Lo siento. Al salir me tropecé con Fermín que volvía de fumar en el patio interior y me he asustado, no sé cómo le he metido un dedo en el ojo y bueno… le hice pasar a la habitación y se lo he mirado en el espejo y sabía que estaba tardando, y temía que ya te hubieses ido…

Mikael la calló con un beso. Liberándola de todo el miedo y la tensión que hubiese sentido al temer que no estuviese aún allí. La rodeó por la cintura y la pegó con energía contra su cuerpo, deleitándose con el sabor cálido de su boca, una boca que sabía a dulzura, a inocencia,

pero también a pasión y deseo.

—Te esperaría cien años. Toda una vida si es necesario, aquí sentado en estos escalones —le dijo sobre sus labios, regalándole un nuevo beso.

—¿Aunque te congelases de frío?

—Aunque llegase el cataclismo que tanto predica Tim, seguiría ahí sentado, esperándote. Es que soy de ideas fijas.

—Ya lo veo —aseguró dándole un nuevo beso.

—Vamos, no quiero que nos descubran.

—¿Dónde vamos? ¿Por qué tanta intriga?

—Tú sígueme.

Ascendieron la escalera y después recorrieron el pasillo hasta la puerta indicada, Mikael temía en su interior errar de puerta y colarse en uno de los cuartos de descanso, pero no fue así. El aula estaba en el lugar señalado y accedieron a ella en las penumbras de las luces de emergencia.

Una vez dentro abrió el pequeño armario de la entrada y tomó dos gruesas velas que prendió con las cerillas.

—¿Es la sala de música? Jan me ha hablado de ella, pero nunca había estado —preguntó ilusionada. Él asintió con una sonrisa.

Le entregó una de las velas y con la otra se dispuso a buscar el pequeño piano eléctrico. Había varios instrumentos apilados en un lateral en una estantería: una trompeta, un trombón, un triángulo, y el pequeño piano del que Pablo le había hablado. Junto a ellos había una amplia alfombra de lana enrollada, probablemente utilizada para trabajar en el suelo con personas con problemas de movilidad que no parecía haber sido usada nunca. En realidad, la sala estaba muy limpia, como si se limpiase una y otra vez sin utilizarse.

Mikael extendió la alfombra en el suelo, era bastante grande, tomó el piano y un alargador y lo conectó a un enchufe.

—¿Vas a tocar para mí?

—Voy a tocar tu melodía.

—¿Mi melodía?

—La que tú me has inspirado. Siéntate por favor —pidió muy metódico, extendiendo el papel ante él, enchufó el teclado y ajustó el volumen. Lola tomó asiento en la alfombra, frente a él, situando la vela en un lateral para concederle la mayor luz posible.

—¿No nos oirán los celadores?

—Tranquila, les he dormido con mis superpoderes —aseguró con una sonrisa con la que trataba de tranquilizarse a sí mismo. Era la primera vez que tocaría el piano desde… el incidente. No. No volvería a llamarlo el incidente. Desde que cometió el mayor error de su vida. Un error que le había llevado a aquel lugar, a aquel momento—. ¿Estás lista?

—Estoy ansiosa.

Inspiró hondo y comenzó a tocar. Los dedos se reencontraron con su elemento, reconociéndolo, apoderándose de las teclas, deslizándose sobre ellas como si las acariciaran, presionándolas como si les contase así cuánto las habían extrañado. Y la melodía comenzó a sonar tal y como habitaba dentro de su cabeza. Cerró los ojos, no necesitaba el papel, la sabía de memoria, cada subida, cada cambio. Por unos minutos, el éxtasis de la música les envolvió, y aún con los ojos cerrados, sintió cómo el corazón de Lola latía al mismo ritmo que el suyo, cómo sus almas conectaban de algún modo por la música de aquel adagio, una unión que nada ni nadie podría destruir nunca.

Cuando concluyó abrió los ojos y vio cómo las lágrimas recorrían las mejillas de Lola.

—¿No te ha gustado? —preguntó preocupado por su malestar.

—Nunca, nadie, en toda mi vida, había hecho algo tan bonito por mí —dijo con la voz congestionada por las lágrimas—. Gracias, Mik.

—Tú la has inspirado, no tienes por qué dármelas, en absoluto.

—¿Tiene nombre? —preguntó limpiándose las lágrimas con las mangas de su camiseta.

—En realidad es un adagio. Se titula... *El adagio de la locura*. Porque es un poco como tú, como yo, como todos quienes hemos pasado por este lugar, con nuestras subidas y nuestras bajadas, nuestras luces y nuestras sombras.

—Es precioso, precioso —repitió acercándose, cogiéndole de las manos, con solo el pequeño piano separándoles. Mikael se inclinó hacia ella y sosteniendo su rostro la besó. Cuánto extrañaría aquella boca a partir del siguiente día. Lola no dejaba de llorar.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí. No estoy acostumbrada a… Algo así. Jamás había conocido a alguien como tú. Creo que estoy enamorada de ti. Y sé que es una locura porque apenas nos conocemos y…— Volvió a besarla pasando por encima del piano que presionó con la rodilla y provocó que sonase. Sin apartarse de su boca lo hizo a un lado y la abrazó por la cintura. Deleitándose con el roce suave de sus labios, explorándolos con su lengua, y sintiendo un chisporroteo eléctrico bajo el vientre cada vez que sus lenguas se encontraban.

—Yo no lo creo Lola, estoy seguro, estoy enamorado de ti hasta los huesos —confesó con la respiración acelerada.

—Hasta los huesos —repitió con una sonrisa sobre su boca y volvió a besarle, envolviéndole en el deseo que ambos sentían.

Lola tiró de los bajos de su camiseta, sacándosela por la cabeza y Mikael hizo lo propio, arrojándolas a un lado. Su cuerpo era hermoso, contempló las rotundas formas de sus pechos firmes bajo el sostén negro, y deslizó los dedos por su piel suave.

Ella recorrió sus brazos, recabando en su torso, que acarició con suavidad.

Mikael deslizó los dedos por sus hombros y ascendió hasta su garganta, acariciando sus labios con el pulgar, que ella lamió haciéndole estremecer. Sintió cómo esa parte de sí mismo que parecía tomar el control cada vez que estaban a solas, crecía reclamando su piel.

Deseaba hacerle el amor. Como no había deseado a nadie en toda su vida.

Deslizó la mano hasta sus pechos y los acarició aún por encima de la prenda, besó su garganta y con besos ardientes descendió hasta uno de ellos y lo mordió aún por encima del sostén. Mientras, con sus manos, buscaba el engarce en la espalda y lo liberaba con mucha más facilidad de la que él mismo hubiese esperado. Lola se echó hacia detrás en la alfombra, tumbándose y él se inclinó sobre ella, su mirada de anhelo le resultó arrebatadora.

También él anhelaba aquel momento. Besó su esternón, dejando un reguero de besos hasta alcanzar uno de sus pechos, lamió el pezón que respondió enhiesto a su caricia, Lola gimió y esto le hizo saber que estaba en el camino correcto. Sonrió y volvió a repetir el gesto, sosteniendo el pezón entre los labios mientras con sus manos acariciaban el otro seno.

—No me hagas sufrir —suplicó y supo que no se refería al sexo. Tiró de sus vaqueros, bajándoselos, descubriendo en las penumbras la multitud de cicatrices en sus muslos, vestigios de cuando no se quería, de cuando odiaba su cuerpo. Y besó aquellas cicatrices.

—No te haré daño, nunca… —dijo besando las antiguas marcas—. Eres una preciosidad, toda tú —aseguró posando los labios sobre su pubis, aún sobre la ropa interior, unas bonitas braguitas blancas de algodón. Y era cierto, era la chica más hermosa que había visto en toda su

vida. Ella volvió a gemir y la deshizo de la ropa interior, besándola también ahí.

—Mik, por favor…—pidió y agarró su rostro entre las manos, obligándole a ascender por su cuerpo. Con manos urgidas tiró de su pantalón y de la ropa interior, desnudándole por completo.

Se sintió enloquecer cuando le acarició con sus manos suaves, y supo que estaba en terreno peligroso, si no la detenía. La sostuvo por los hombros, obligándola a mirarle y la besó, complacido con el brillo de su mirada.

—¿Vamos a hacerlo? —le preguntó, ella asintió con una sonrisa, solo él haría una pregunta como aquella. Mikael se hizo a un lado y tomó algo de sus pantalones—. Te advierto que esto no estaba planeado, Pablo me lo dio por si acaso, pero yo no pensaba en ningún momento…

—Después le daremos las gracias a Pablo —dijo besándole apasionada.

Se colocó el preservativo y se inclinó sobre ella.

—Si en algún momento te hago daño…

—Sé que no me harás daño.

Volvió a besarla y sintió como si accediese al paraíso cuando se abrió paso en su carne, deleitándose con la expresión de sus ojos, dulce y tentadora.

—Eres preciosa —repitió. Lola sonrió y de pronto fue como si la habitación se hubiese llenado de una nueva luz. La besó en el cuello, inspirando el aroma cálido de su piel—. Te quiero —susurró a su oído y la oyó gemir de placer. Buscó sus ojos y solo pudo leer felicidad en estos.

—Yo también a ti —jadeó, encajando las caderas en su ser, forzando una incursión más profunda y enérgica, haciéndole saber que necesitaba aún más de él.

Enfebrecido aumentó el ritmo de sus movimientos, hasta que el aire se impregnó del perfume a sudor, hasta que la melodía del golpear de sus caderas y sus gemidos se convirtieron en el único sonido audible. Hasta que sintió cómo se estremecía bajo su cuerpo y se dejó arrastrar también por esa montaña rusa que le sacudió y le llevó a tocar el cielo con los dedos por primera vez en su vida.

La despertó con una caricia, con la sensación de unos dedos suaves deslizándose por su frente como si dibujasen en esta un reguero de estrellas. Lola abrió los ojos con una sonrisa y le miró tumbado a su lado en la alfombra, muy cerca. Se había dormido envuelta en sus brazos tras la cálida calma que sigue al sexo. Inspiró hondo, el aroma de la habitación a besos, a la tibieza inigualable de la desnudez, pareció reconfortarla.

—Son las seis de la mañana, será mejor que nos marchemos o nos descubrirán —sugirió con la voz algo ronca, deslizando el dedo por su nariz, hasta sus labios en los que se detuvo un instante, concluyendo su caricia con un beso. Ella volvió a sonreír y se acurrucó aún más contra él, contra su pecho, acariciando el escaso bello tostado que cubría su esternón, entrelazando sus piernas.

—No quiero marcharme, quiero quedarme aquí, contigo, para siempre —dijo hundiendo la nariz en su cuello.

—¿En la alfombra de la clase de música?

—Entre tus brazos —confesó, besándole en la garganta.

—Yo también me quedaría así, para siempre. Me siento en paz por primera vez en mucho tiempo —admitió apretándola contra sí—. Al parecer a veces es necesario estar un poco

loco para que el mundo cobre sentido —añadió muy serio. Lola comenzó a reír en voz muy baja, enterrando el rostro en su cuello de nuevo—. ¿Te burlas de mis arranques filosóficos?

—En absoluto. Estaba pensando en que no se te ha notado para nada que fuese tu primera vez —afirmó apartándose, apoyando el codo en la alfombra para poder mirarle a los ojos. Mikael sonrió ante su ocurrencia.

—La teoría la conocía de memoria —afirmó satisfecho—. Tú dame un par de oportunidades de práctica más y verás.

—¿No has tenido suficiente? —sugirió mordiéndose el labio inferior.

—¿Suficiente? ¿De ti? Eso es imposible, pero no quedan más preservativos, maldito Pablo, tendría que haberme entregado la caja —insistió haciéndola reír de nuevo. Mikael deslizó la mirada por su cuerpo desnudo, la hendidura de su esternón, sus pezones sonrosados y erectos, el ombligo y el vello dorado bajo este.

—¿Sigues pensando que soy atractiva?

—Tendría que estar ciego para no pensarlo.

—¿A pesar de las cicatrices?

—Las cicatrices forman parte de ti y toda tú eres perfecta —aseguró—. Pero no te hagas más.

—No he vuelto a hacerlo, desde que te lo prometí.

—Yo también he cumplido mi promesa. Hoy he hablado con mis padres —al mencionarles Lola desvió la mirada un instante como si le incomodase que les mencionara, pero enseguida recuperó la sonrisa.

—¿Y qué tal ha ido?

—Mejor de lo esperado. Va a funcionar, ya lo verás.

—Os irá genial a Jan y a ti, en serio.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Esto —dijo indicando a ambos—. No se acaba aquí, ¿verdad? Voy a volver a verte.

—No me gusta hablar de lo que sucederá mañana Mik, no quiero hacer planes más allá de mi recuperación —afirmó con cierta incomodidad.

—Está bien, no quiero agobiarte. Pero necesito que sepas que siempre habrá un lugar para ti en mi corazón y en mi casa. Estaré ahí cuando me necesites, aunque sea para escondernos del mundo. Como amigo o como algo más…

Lola le calló con un beso.

17

Mikael

Por la mañana, cuando se encontraron en el comedor a la hora del desayuno, ninguno de los dos pudo contener la sonrisa de complicidad. Mikael la miraba como si fuese la primera vez que la veía, consciente de que quizá pasase mucho tiempo antes de que volviese a tenerla a su lado. Él respetaría su espacio, el tiempo que necesitase, y estaría ahí para ella tal y como le había prometido.

—Jan, ¿pudiste dormir bien anoche? —preguntó Pablo al danés. Ellos ya estaban sentados en una de las mesas cuando Lola y Almudena se pusieron en la fila del servicio de cáterin. Fermín no parecía haberse levantado aún y Tim ya estaba en el jardín saludando a Jesucristo, le había visto desde una de las ventanas del pasillo.

—Jan dormir bien.

—¿No te despertó Mikael cuando llegó?

—Mikael no hace ruido.

—Anoche nuestro amigo se estrenó —añadió este, él le miró por debajo de las cejas.

—¿Mikael mete-saca? —preguntó Jan en voz alta y recibió un codazo.

—Anoche no pasó nada, le regalé su canción y nada más —mintió.

—Claro, por eso fui a tu cuarto a las cinco para decirte que ya había hecho tu encargo y aún no habías regresado. Qué canción tan larga… Será una ópera completa —ironizó.

—¿Hiciste lo que te pedí?

—Sí.

—¿Lo encontraste con facilidad?

—Sí. Maldito desgraciado. *Mis favoritas* se llama la carpeta.—Pablo apretó el mentón con rabia.

—¿Quién es imbécil?

—Un amigo de Pablo —intervino Mikael haciéndole un gesto. No quería que Jan les entendiese, le haría daño saberlo, un daño innecesario.

—Pero no me cambies el tema, anoche te estrenaste.

—Nos quedamos dormidos, nada más.

—Ya. Pues entonces devuélveme el condón —pidió con picardía, aguardando su respuesta.

—¿Para qué lo quieres?

—Tú devuélvemelo.

—¿Qué tienes que devolverle? —preguntó Lola sentándose entre ambos cargada con su

plato con dos tostadas y un vaso de leche con cacao. Mikael y Pablo se miraron entre ellos sin saber qué responder.

—El mete-saca. Pablo gay quiere a Mikael —dijo el grandullón de improviso provocando que el mencionado se atragantase con su propia saliva y le diese un ataque de tos. Almudena y Lola echaron a reír —. No preocupes, Jan acepta igual.

—Muy bien dicho, Jan —dijo Mikael entre risas.

—¿De dónde te sacas eso? ¿Qué tiene que ver con lo que hemos hablado? —dijo este cuando fue capaz de pronunciar palabra.

—Bueno, tengamos la fiesta en paz —intervino Lola.

—Tus padres tienen que estar a punto de llegar, ¿estás nerviosa? —le preguntó Almudena.

—Un poco, sobre todo por dejaros a vosotros aquí.

—Tranquila, yo cuidaré de ellos —dijo Fermín sentándose a su lado en la mesa cargado con su bandeja y guiñando un ojo a Pablo que apartó la vista hacia otro lado, molesto.

A la salida del comedor Lola le agarró de la mano, abrió la puerta del cuarto de lencería y les introdujo en el interior. Olía a limpio, a las notas florales del suavizante. La siguió sin dudar y la besó en cuanto estuvieron a salvo de los ojos del resto de pacientes.

—Voy a echarte mucho de menos.

—No demasiado.—Mikael vio sobre una estantería un listado que las auxiliares iban rellenando con la ropa que sacaban del cuarto del que colgaba un bolígrafo atado con un trozo de venda de algodón. Lo cogió y rompiendo un pedazo de papel de la parte inferior anotó su teléfono—. Llámame mañana por la tarde, estaré rumbo a casa —. Ella asintió con tristeza y guardó el papel en el bolsillo.

—El *adagio* que compusiste para mí, ¿cada vez que lo toques pensarás en mí?

—No necesito tocarlo para pensarte, créeme, no puedo dejar de pensar en ti desde que entré en este lugar, te vi en el pasillo y me guiñaste un ojo —recordó con una sonrisa.

—Me mirabas con tal cara de asustado que quise descolocarte. Me pareciste súper sexy.

—¿Y ahora ya no?

—Ahora que sé que además de sexy eres maravilloso —aseguró besándole de nuevo. La apretó contra su cuerpo, como si quisiese grabar su silueta sobre su piel, consciente del poco tiempo que les quedaba juntos.

—¿Sabes a qué hora llegarán tus padres a recogerte?

—Sobre la una y media.

—¿Ya lo tienes todo listo?

—Sí.

—Pues quiero regalarte algo.

—Ya me has dado el regalo más bonito que me han hecho en la vida, no tienes que regalarme nada. Además, yo no te he regalado nada a ti.

—No digas eso. Conocerte ha sido el mayor regalo que podrías hacerme.—Lola le besó y después enterró el rostro en su cuello, rodeándole con sus brazos por la cintura. La besó en el cabello y la apretó contra sí.

—No me olvides nunca, por favor.

—¿Cómo podría olvidarte? Es imposible.—La besó con dulzura infinita, en un beso paladeado que reavivó el chisporroteo nervioso de su estómago.

Primero salió Lola de la habitación, segundos después lo hizo él sin que nadie le

descubriese, y caminó hasta su dormitorio para coger el regalo que había decidido hacerle, que no era otro que su ejemplar de Antes de Octubre de Essenin. La habitación estaba vacía, sobre la cama de Jan había un bolso de viaje grande en el que este había comenzado a meter algunas pertenencias.

Sintió la necesidad de entrar en el baño y lo hizo, dejando la puerta entornada. Mientras se lavaba las manos oyó entrar a Jan en la habitación, venía hablando con alguien por el pasillo, alguien que cerró la puerta al pasar tras él a la habitación.

—Pero ¿lo has pensado bien, estás seguro? ¿De qué conoces a Mikael? —Oyó la voz de Rosa, la terapeuta, no le cabía la menor duda. Cerró el grifo y dudó en salir o no del baño, le incomodaba interrumpirles.

—Jan marcha con Mikael.

—¿Y si no eres feliz allí?

—Jan vuelve.

—Depende, volverás si aún hay habitaciones libres, sino tendrás que dormir en la calle —dijo en tono amenazador. Mikael sorprendido por su respuesta se asomó por la rendija de la puerta entreabierta y vio a su amigo de espaldas, mirando hacia la bolsa que había sobre su cama y a la terapeuta tras él, ataviada con su bata blanca sobre un vestido azul por la rodilla. Ella dio un paso hacia él, situándose muy cerca—. Además, sabrás que si te marchas… ya no podré ser tu novia.—Al oír aquello Jan se revolvió para mirarla a los ojos.

—Jan escribe carta todos los días y llama por teléfono a Rosa.

—Ya, pero no voy a estar esperándote aquí. Quizá… incluso conozca a otro hombre y me enamore de él.

—Rosa no. Rosa novia de Jan. Rosa ir despacio y Jan respetar. Rosa decir que ser secreto y Jan no decir a nadie.

—Porque si lo dices tendríamos que dejar de ser novios, no está bien visto que me relacione con un paciente —admitió ella. En ese momento toda la supuesta fantasía de su amigo con respecto a la terapeuta se desvaneció. Así que no era una ensoñación irreal del danés, pero ¿estaban juntos? ¿En serio?

—Jan viene visita. Rosa viene visita.

—Ya, de visita. ¿Y qué será de mí ahora? —preguntó con voz emocionada, como si estuviese a punto de llorar—. ¿Cómo podré pagar el tratamiento de mi pobre madre? —sollozó. El grandullón se acercó y la abrazó, ella acomodó el rostro en su pecho, con los ojos cerrados, lloriqueando.

—Jan sigue firmando papeles y Rosa saca dinero.—Aquella frase rechinó en la mente de Mikael. ¿Rosa saca dinero?

—¿No le habrás dicho a nadie lo del dinero? —preguntó abriendo los ojos sin un ápice de emoción en estos. Mikael se escondió tras la puerta temiendo que le descubriese. Estaba fingiendo, no podía dar crédito, pero la expresión de sus ojos no dejaba lugar a dudas.

—No.

—Ni a Mikael.

—Jan guarda secreto.

—Eso espero porque si me traicionas pierdo mi trabajo y no volverías a verme en la vida —le oyó decir.

—Jan nunca traiciona a Rosa.

Necesitó unos minutos para recomponerse y salir del baño una vez que ambos hubieron

abandonado la habitación.

Así que Jan entregaba dinero a Rosa de forma regular y a cambio ella, en secreto, fingía ser su novia.

No podía dar crédito.

¿Es que en aquel lugar no quedaba nadie con una pizca de integridad moral?

Abandonó la habitación cargado de dudas, ¿debía decirle a Jan que Rosa estaba utilizándole? ¿Dejaba que se marchase sin saberlo? Pero entonces seguiría sacándole dinero, aprovechándose de él. Decidió pedir opinión a Lola, ella sabría qué era lo correcto.

Por el camino oyó cómo por megafonía la llamaban al despacho de Quintanilla y apuró el paso. Fue ella quien le abrió la puerta de su habitación.

—Hola, Mik —le saludó ofreciéndole pasar al interior, estaba a solas, su maleta permanecía sobre la cama hecha.

—Hola. ¿Lo tienes todo listo?

—Sí. Solo me queda una camiseta que está en lavandería, pero me la enviarán a casa.

—¿Has oído la megafonía?

—Sí, supongo que mi padre le habrá llamado ya.

—¿Quieres que te acompañe?

—No pienso ir a verle, no quiero volver a saber nada de él en toda mi vida —respondió con una sonrisa triste.

—Se acabó —dijo aproximándose a ella, tocándola en el hombro. Ella se volvió y le abrazó con energía. Ambos oyeron cómo se abría la puerta de la habitación y al volverse descubrieron que se trataba de Quintanilla que les observaba con ojos desorbitados.

—¡Venía a preguntarte por qué tu padre ha llamado enfadado exigiendo tu alta voluntaria, pero ahora veo claramente el motivo! —gritó sin molestarse en aparentar la menor actitud profesional, con la mirada de un demente celoso—. Así que es por él, ¿no? Porque te ha lavado el cerebro para que te marches —espetó con rabia. La expresión de Lola era de auténtico terror.

—Déjala en paz —exigió Mikael, dando un paso hacia él, protegiéndola con su cuerpo —. No intentes acercarte a ella, ya le has hecho suficiente daño.

—Lola, vamos a mi despacho. Hablemos. Aún podemos solucionarlo *Ratita.*… —pidió fingiendo recuperar la calma.

—¡No me llames así! ¡No vuelvas a llamarme así! ¡Te odio y no tengo nada que hablar contigo! —respondió Lola, detrás del cuerpo de Mikael.

—Señor Levi, salga de la habitación, necesito hablar con mi paciente a solas —le exigió recuperando la compostura a duras penas, dio un paso hacia ellos, Mikael lejos de obedecerle le cortó el paso, impidiendo que se acercase más a ella.

—Lola, por favor, no puedes irte, no estás preparada. Él te ha embaucado con su palabrería y te ha hecho creer que estás curada pero no lo estás, eres dependiente…

—¡Ya basta! —le interrumpió Mikael, no iba a permitir que la hiciese dudar, que se aprovechase de su debilidad—. ¡Se acabó! Deja de intentar engañarla. No vas a volver a abusar de ella, ni de ninguna otra paciente.

—¿Abusar de ella? ¿De qué demonios estás hablando?

—Lola me lo ha contado. Me ha contado cómo la has manoseado de forma inapropiada aprovechándote de su debilidad.—Ella descendió el rostro, apoyando la frente en su espalda, sobrecogida.

—¿Yo te he manoseado? ¿Debes tener la mente muy sucia para creer que mis

masajes…?

—¡Mente sucia la tuya! Hay que tener muy poca calidad moral para abusar de una niña de catorce años.

—Lola, ¿yo he abusado de ti? ¿Eso es lo que crees? —le preguntó, la joven era incapaz de enfrentarle. Mikael la sentía estremecerse entre lágrimas.

—¡Que la dejes en paz! No quiere saber nada más de ti.

—¡Contéstame, Lola! ¿Yo he abusado de ti?

—¡Yo no quería que me tocaras! ¡Yo te pedía que no lo hicieras y lo hiciste! —fue capaz de gritarle, rompiendo a llorar.

—Era nuestro momento juntos, Lola… Nuestras caricias especiales —dijo con total naturalidad. Mikael sintió náuseas y una rabia inconmensurable.

—¡No vuelvas a acercarte a mí!

—No voy a darte el alta, tu padre tendrá que pedir una orden judicial, que te examine un médico forense para permitir que te marches. Eres menor de edad.

—Te equivocas —intervino Mikael—. Vas a dejar que se marche, y vas a permitirlo porque si no lo haces, además de la denuncia por abuso de menores, tendrás otra por retención ilegal.

—No sé de qué hablas.

—Anoche, un amigo mío, subió archivos del disco duro del ordenador de tu consulta a una nube de internet, archivos de vídeo de sesiones grabadas por ti en la que realizas esos *masajes*, que van a ser entregados a la policía en el día de hoy.

—Mientes.

—¿Miento? No debería poner nombres tan clarificadores a las carpetas de su ordenador, nombres cómo *Mis favoritas*.—La expresión de Quintanilla se mudó, sus bigotes se pusieron tiesos como los de un gato. Lola le miró sin entender nada, ella desconocía por completo el encargo que Mikael había hecho a Pablo el día anterior.

—Entrégame esas grabaciones.

—Tendrá que pedirlas a la policía.

—Entrégamelas.

—O… ¿qué?

—O ahora mismo te administro una sobredosis de diazepam. O eliminas las grabaciones o te harás tus necesidades encima una temporada. ¿Sabes que hay medicación que puede hacer que pierdas la cabeza del todo?

—Hijo de puta.

—¡Si le haces daño lo contaré todo! —le amenazó Lola—. Y contaré que el otro día le hiciste lo mismo a Almudena, sí, ella me lo ha contado, que te atreviste a tocarla.

—¿Tú? Tú estarás recuperándote de tu último intento de suicidio —la amenazó con una sonrisa lobuna que les produjo escalofríos.

Quintanilla tomó su teléfono móvil del bolsillo y ante ellos realizó una llamada.

—¿Enfermería? Soy el doctor Quintanilla, carguen cincuenta miligramos de diazepam y una ampolla de haloperidol y vengan a la habitación de la señorita Lola Mateo… Sí, cincuenta he dicho. El señor Levi sufre una fuerte crisis de agresi…—Mikael no le permitió acabar la frase, se abalanzó sobre él, golpeándole con el hombro en el estómago, haciéndole caer de espaldas al suelo.

—Lola, ¡corre! —le ordenó.

Quintanilla se revolvió bajo su cuerpo y le dio un puñetazo en la cara que provocó que la

nariz comenzase a sangrarle. Lola que había desobedecido su orden de huir le dio una patada en los genitales provocando que se retorciese de dolor. Mikael aprovechó el momento para huir, la agarró de la mano y ambos echaron a correr. Había un par de celadores al fondo del pasillo, en la dirección a la salida del centro, que acudieron al verlos correr.

Huyeron hacia el jardín, corrieron por el camino de albero hasta adentrarse entre los setos ante la mirada desconcertada del resto de pacientes.

Jan, que jugaba a la petanca con Tim, Fermín y Pablo en un lateral, los vio correr, miró hacia la entrada y vio a los celadores seguirles con Quintanilla a poca distancia con la nariz amoratada. Armado con una de las bolas de metal se dirigió hacia ellos a toda velocidad.

Otro par de celadores que permanecían de guardia a mitad del paseo les cortaron el paso. Uno de ellos era Fleki.

—¡Dejadnos en paz! —exigió Mikael.

Quintanilla se detuvo ante ellos, de la nariz le salía un pequeño hilo de sangre y su labio había comenzado a hincharse.

—La aventura acaba aquí. Ojalá nunca hubieses pisado esta clínica maldito desgraciado —proclamó ante la mirada incrédula de los otros celadores y el enfermero que acababa de alcanzarles con dos jeringas en la mano. Fleki, en cambio, sonreía satisfecho.

—No te atrevas. La policía está a punto de llegar —trató de contenerle Mikael.

—Podíamos haber sido muy felices, Lola —le dijo.

—¡No soy nada tuyo! Preferiría morirme a estar contigo.

—¡Pínchale! —ordenó al enfermero. Tres celadores se abalanzaron sobre Mikael, otro trató de sujetar a Lola.

El enfermero se inclinó sobre él y recibió un golpe con la bola de petanca en la cabeza que le dejó inconsciente. Las jeringas cayeron al suelo. Quintanilla las cogió cuando Jan se detenía ante él como un muro infranqueable.

—¡No te metas Jan! —le gritó Mikael forcejeando con los tres tipos que trataban de sostenerlo.

—Tocas mi amigo, Jan te mata.

—Puto loco de mierda —profirió Quintanilla.

—Jan no loco, Jan enfermo.

—¡Sujetadle! —gritó cuando más celadores llegaban como refuerzo. Jan se abalanzo sobre él, tirándole al suelo, con las jeringas en la mano. Quintanilla le inyectó ambas en el cuello mientras los celadores que acaban de alcanzarles le ayudaron a quitárselo de encima. Jan los hizo saltar por los aires cuando Pablo se unió a la trifulca a puñetazo limpio, ayudando a liberar a Mikael de sus opresores.

—Jan no loco, Jan enfermo —repitió el grandullón apretando los dientes con rabia, caminando hacia Quintanilla que lo miraba con auténtico terror.

—No Jan, tranquilo, claro que no estás loco, perdóname —afirmó este con voz temblorosa, caminando hacia detrás.

—Jan no loco, Jan enfermo —insistió enlentecido, golpeándole con toda su fuerza en el pecho, haciéndole caer de espaldas, antes de hincar ambas rodillas en el suelo y desplomarse.

—¡Jaaaaaan! —gritó Mikael corriendo hacia él, liberado con ayuda de Pablo de quienes le retenían—. ¡Jaaaaan!

Se arrodilló en el suelo a su lado. Le zarandeó, tenía el rostro ladeado, los ojos abiertos y la mirada perdida. Trató de volverle, le empujó por el hombro con toda su fuerza, pero pesaba demasiado.

—¡Jan! ¡Jan por favor contesta! ¡Ayudadme!

Vio cómo Quintanilla era incapaz de levantarse, moviéndose en el suelo con lentitud. El enfermero comenzaba a moverse, estaba vivo y Fleki observaba el cuerpo inerme de Jan, paralizado.

—Ayudadme a darle la vuelta —pidió desesperado. Pablo, Tim, Fermín, Lola y otros dos pacientes más que habían acudido al revuelo le ayudaron a ponerle boca arriba.

Le tomó el pulso en el cuello, su corazón no latía. No respiraba.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme por favor! —pidió a los sanitarios que se acercaban, rodeándoles. También comenzaron a congregarse más y más pacientes. Algunos de ellos gritaban, otros observaban en silencio.

Mikael comenzó a realizarle la reanimación cardiopulmonar, nunca la había hecho a nadie, pero en el instituto les habían puesto un vídeo sobre cómo se realizaba, ojalá hubiese prestado mayor atención.

Sus ojos azules estaban fijos en el infinito.

Su amigo se desvanecía. Mientras él empujaba en mitad de su torso con fuerza con ambas manos.

—Por favor, ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —gritó sin dejar de presionar su pecho una y otra vez—. Jan despierta, despierta por favor. No puedes morirte, Jan, tenemos que irnos juntos de aquí… Tenemos que celebrar fiestas juntos, tengo que enseñarte la Puerta del Sol y el Museo de Cera…—Las lágrimas le cayeron en las manos mientras no dejaba de intentar reanimarle—. Despierta Jan, por favor, por favor…

—Está muerto, Mikael. Está muerto —dijo Lola arrodillándose en el suelo a su lado, rompiendo a llorar.

Quintanilla se había levantado con ayuda de Fleki y les observaba en silencio.

—¡Haced algo! ¿Es que no vais a hacer nada? —preguntó desesperado.

—Lleváoslo a asilamiento y encerradlo —ordenó el psiquiatra. Fueron necesarios cuatro celadores para arrancarle del lado de su amigo.

Y durante el tiempo que estuvo en aislamiento, dando vueltas como una pantera enjaulada, golpeando la puerta con los puños hasta que las manos comenzaron a sangrarle, la imagen de Jan tirado en el suelo sin que nadie ocupase su lugar tratando de reanimarle, no se apartó de su mente un solo instante.

Cuando la rabia le dolió en los puños rompió a llorar como un niño pequeño, con desesperación, sin aire, sintiendo que se ahogaba. Se sentó en el suelo y descargó en llanto toda la ira, todo el dolor, toda la pena.

Un año después, durante el juicio, la autopsia revelaría que el corazón debilitado de Jan, a causa de su sobrepeso y el exceso de tratamiento, no había sido capaz de soportar la sobredosis de medicación que le había sido administrada.

La sentencia condenaría por homicidio involuntario al doctor Quintanilla y a quienes le ayudaron. Y recogería que gracias a la intervención del psicólogo del centro después de conocer lo sucedido, los hechos no pudieron ser camuflados de ningún modo. Lo cual era la intención del psiquiatra, que ordenó trasladar el cadáver para fingir que había fallecido mientras dormía. A la

condena por homicidio se unieron varias condenas por abusar sexualmente de un total de cinco pacientes, gracias a los archivos subidos a una nube digital por un informante anónimo al que ni siquiera los más avezados miembros de la policía telemática fueron capaces de rastrear.

El centro fue clausurado, días después, tras una exhaustiva investigación en la que se corroborase que en casos como el de Jan Jørgensen no se había cumplido con el objetivo de reintegración en la sociedad. Más bien todo lo contrario. Y se descubriese cómo algunos de los empleados se aprovechaban de la debilidad de los pacientes para obtener de ellos réditos económicos, como en el caso de la terapeuta.

Los pacientes fueron enviados a sus domicilios o en los casos más graves trasladados a otros centros.

Pero nada de eso le devolvería a Jan. Nada. Nada le haría justicia.

Ha sido mi culpa, ha muerto por salvarme. No había dejado de repetirse en el tren que le llevaba de vuelta a casa, con la mirada perdida, mientras su madre le acariciaba el cabello como cuando era niño. Por su culpa Jan había reaccionado de ese modo. Por su culpa le habían inyectado aquel medicamento que iba destinado a él.

A todo ello se unió el dolor de no haber podido despedirse de Lola, porque sus padres ya se la habían llevado cuando la policía le liberó del aislamiento.

Sin embargo, Pablo le entregó una nota manuscrita y doblada, sujeta con una goma del pelo rosa. Una carta de Lola, escrita a su nombre, fechada aquella misma mañana, antes de que se desatase el horror.

Lola

Sevilla, 10 de abril 2011

Querido Mikael:

No sabes lo extraño que me resulta escribirte esta carta, pero sé que de otro modo no seré capaz de decirte lo que significas para mí. Y significas mucho, muchísimo.

Acabo de llegar a la habitación, me he tumbado sobre la cama y no he podido cerrar los ojos siquiera. No hay modo de que se me borre la sonrisa de los labios, ni de que se me alivie el cosquilleo en el estómago. Y es que ha sido tan especial… No puedo explicarlo, me he sentido como si también fuese mi primera vez. Y de algún modo creo que lo ha sido, quiero recordarla como tal.

Jamás imaginé encontrar a alguien como tú en un sitio como este. Aunque suene a frase de película trasnochada, es verdad. ¿Quién podría haberlo sospechado? Y sin embargo llegaste y me cambiaste la vida. Sí, lo has hecho, no sabes cuánto. Gracias por devolverme las ganas de sonreír, por confiar en mí sin conocerme, por estar a mi lado y apoyarme, por hablarme con franqueza. Ni siquiera yo misma sabía lo mucho que lo necesitaba.

Sé que aún me queda un largo camino por delante para recuperarme, también a ti, pero juntos hemos aprendido que somos más fuertes de lo que nosotros mismos creíamos. Y, sin embargo, sé que cuando me marche hoy, cuando te entregue esta carta, lo mejor para ambos será que cada uno tomemos un camino distinto. No solo necesitamos tiempo para recuperarnos, también espacio. Necesito demostrarme que puedo ser yo misma y no depender de nadie, ni siquiera de ti. Espero que no te enfades conmigo y mi decisión no empañe lo que hemos vivido. Porque ha sido real, lo que siento lo es y estoy convencida de que lo sientes tú también.

Esto no es una despedida, sino un hasta luego, mi Chico Pantera. Gracias por esos momentos de felicidad que me has regalado, por sanar mis heridas con tu paciencia y tu dulzura. Y quién sabe, quizá pronto, puedas volver a interpretar para mí el Adagio de la Locura.

Te quiere, tu Chica Mariposa.

18

Mikael

Nueve años después

—En quince minutos sales al escenario —dijo Pablo abriendo la puerta del camerino, sacándole de sus pensamientos, se había echado en el sofá envuelto en la nube de melancolía y añoranza que habían invocado sus recuerdos.

—Gracias, enseguida voy —respondió. Su amigo le miró con curiosidad y él se esforzó en sonreír tratando de convencerle de que todo estaba bien. Pablo cerró la puerta y se marchó.

Notó cómo el teléfono móvil le vibraba en el bolsillo trasero del pantalón y lo sacó comprobando quién le llamaba.

—Dichosos los oídos —dijo a modo de saludo a su amigo Iván, hacía más de dos semanas que apenas sabía de él, cada vez que le había llamado o enviado mensajes estaba demasiado ocupado para hablar con calma.

—Ya lo sé. He estado muy liado, pero no creerías que no iba a llamarte hoy antes del último concierto de la gira.

—In extremis.

—In extremis, pero aquí estoy para desearte mucha mierda —dijo divertido—. ¿Mañana vienes a Madrid?

—Sí, en el primer tren de la tarde.

—Y después vacaciones.

—Bueno, me pasaré por la academia para ver que todo esté bien y en un par de días me voy a Múrmansk, a revisar la obra del ala nueva del orfanato. Después sí, tendré unos días de descanso.

—Nunca cambiarás, ¿eh? Ese espíritu de Papá Noel tuyo no te deja apenas tiempo libre y el cuerpo tiene un límite.

—No es el espíritu de Papá Noel, tengo que revisar que todo esté bien para los niños, para los de España y los de Rusia. Cuando la fundación funcione por sí misma no tendré que trabajar tanto.

—¿Y eso cuándo será?

—Muy pronto, espero. De todos modos, no tengo nada mejor que hacer. Además, cuanto más visito Rusia, más la extraño después.

—¿Quedamos para tomar un café antes de que te marches?

—Está bien y así me cuentas cómo se llama ese *asunto* tuyo que te tiene tan ocupado? —sugirió con complicidad.

—Me conoces demasiado bien, Mikael —admitió—. Se llama Mimi, y estoy deseando que la conozcas.

AGRADECIMIENTOS

Jamás podría haber escrito este libro si no fuese enfermera. Porque no habría tenido la suerte de relacionarme con personas tan maravillosas como las que describo en él. Todo eso de que la realidad supera a la ficción parece solo una frase manida, pero en este caso es demasiado real. Por eso decidí escribir estas novelas, para mostrar una realidad que la sociedad pretende esconder por incómoda, por molesta, por fea… Condenando al ostracismo a personas maravillosas que la viven, cada día. Para todos ellos, va dedicada esta novela. Sois únicos y sois maravillosos.